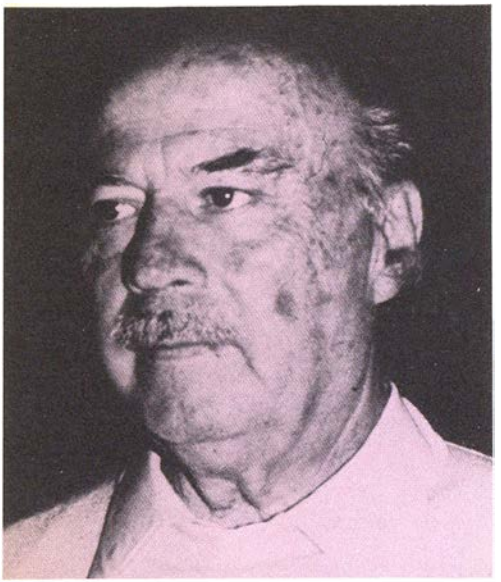
Guillermo Díaz-Plaja
De la Real Academia Española

EL ENCANTO DE EUROPA

VIAJES Y MEDITACIONES

(Edición ilustrada)



Lo que da personalidad a la literatura viajera de Guillermo Díaz-Plaja es la original mezcla de unas impresiones sensoriales y unas meditaciones en profundidad. De este modo, este libro es, a la vez, un «Baedeker» y un libro de ensayos; un repertorio de descripciones y una interpretación cultural, constituyendo una fórmula absolutamente original, que convierte a su autor en un realizador extraordinario, sin parangón posible en nuestra literatura.

En varios libros de viajes, Guillermo Díaz-Plaja ha descrito paisajes europeos; pero sólo en éste se ha atrevido a ensayar una síntesis en la que se describen las fuerzas que emanan de Europa, y —a la vez— las que ella recibe de otros continentes, en una especie de endósmosis que sirve para definir y comprender la Historia universal.

LA
VUELTA
AL
MUNDO
EN
OCHENTA
LIBROS

Guillermo Díaz-Plaja
De la Real Academia Española

EL ENCANTO DE EUROPA

Viajes y meditaciones

PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Primera edición: Abril, 1981

© 1981, Guillermo Díaz-Plaja
Editado por PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33 - Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-81237-2 — Depósito Legal: B. 13.182 - 1981

ÍNDICE

PREÁMBULO EN FORMA DE ELEGÍA 9

MEDITACIÓN DE EUROPA

Europa como unidad 17
Enterizos y fronterizos 20
Europa como diversidad 23
La diversidad y el peligro 25
Los límites de Europa 28
Europa no tiene fronteras 30

FRANCIA

París: Una sonata 35
La lengua como arma 38
Sólida Francia 41
Tres picas en Flandes 44

UN ANGULO DE FRANCIA: BRETAÑA

1. Una isla y un continente 49
2. De Brest a Saint-Malo 52
3. La aristocracia y la guillotina 55
4. «Materia de Bretaña» 57

INGLATERRA

1. El respeto 63
2. El «sí» a Europa 66

HOLANDA

La fuerza de los débiles 73

ALEMANIA

Horas alemanas (1964) 79

ITALIA

Horas en Roma 83

AUSTRIA

Viena, ciudad abierta y misteriosa 89
El barroco, bandera católica 92
Al aire de un vals 97

HUNGRÍA

Recuerdo de Budapest 103

CHECOSLOVAQUIA

Praga, la síntesis del barroco 109

RUMANIA

La obra de Trajano 117
Los monasterios decorados de Rumania 120

BULGARIA

Una encrucijada apasionante 127
Sofía: Los escritores y la guerra 131

POLONIA

Todo acontece en Varsovia 137

FINLANDIA

Melodía en gris perla 143
Bilingüismo y diculturalismo 146

El espíritu de Helsinki 149
Un sueño para arquitectos 152

URSS

Meditaciones sobre el mapa. Unidad política, pluralidad cultural 157
Rusia, España: URSS 161
Fiel contraste 169
Carta para un lector soviético 173

UCRANIA

Kiev, la bien arbolada 179
La voz de los poetas 185

EUROPA ANTE ASIA

No hay más que una guerra 191

UZBEKISTÁN

Uzbekistán: Encrucijada religiosa y cultural . . . 197
Ulugh Beg el sabio 200
Las luces de Samarkanda 204

ESPAÑA

DOS ESTAMPAS DE CADAQUÉS:
1. Tarde de octubre 211
2. La tramontana 215

ESTAMPAS BALEARES:
1. Mallorca 219
2. Menorca 223
Pregón por la «Bellea del Foc» en Valencia . . . 227

POSTALES DE GRAN CANARIA:
Escala en Las Palmas 233

Excursión a Agaete 237
Lanzarote y los cuatro elementos 240

EUROPA ANTE ÁFRICA

Meditación en Melilla 245

VIAJE A TÚNEZ

Cuando África es una tentación 251
África, tentación política 254
Una encrucijada cultural 256
El Gran Sur 259
Djerba, Sidi Bu Said, Kairuán 262
África y la negritud 265

EUROPA ANTE AMÉRICA

América, como frontera de Europa 271
Los límites de América 278
Cuando América es Europa 281
Cataluña y América 284
Compleja América: Los mestizos 287
Compleja América: Los «negros» 291
La lengua 295
Función hispánica del libro 299
México y el rey Juan Carlos 304
México y Juan Pablo II 307
Horas nicaragüenses 310
Las mil fundaciones de Buenos Aires 314
El resplandor de Arequipa 318
Europa - USA 321
La lección de Quebec 326

PREÁMBULO EN FORMA DE ELEGÍA

EL ENCANTO DE EUROPA

Si Dios no lo remedia, el bimilenario imperio de Europa va a terminar, para dejar paso a un nuevo universal dominio de dos elementos: uno, natural, el petróleo, cuyo centro será Arabia Saudí; y otro tecnológico, concentrado en el Japón. Tal es, por lo menos, la escalofriante profecía de J. J. Servan-Schreiber, a través de su bien conocido libro El desafío mundial.

Lo que significa que vivimos las décadas epilogales de un período, que hemos fijado provisionalmente en veinte siglos, en el cual ese rincón occidental del continente euroasiático, ese extremo rameado de penínsulas que llamamos Europa, ha sido el eje político y cultural de la Humanidad.

El fenómeno parte de Roma, cuyo «imperium» asume cinco siglos de cultura helénica, y lo expande por los dos litorales del Mediterráneo: el del Sur, hacia África, bajo cuyos arenales subyacen aún columnas y mosaicos grecolatinos; y el del Norte, frontera de los mundos céltico, germano y eslavo. Esta expansión de la romanidad hacia el Norte, alcanza las islas Británicas, hasta el muro de Adriano en la actual frontera de Escocia, y se detecta en el factor clásico que percibimos en el análisis de las ciudades centroeuropeas: Munich, Budapest, Viena, Varsovia, Leningrado, Helsinki; todas ellas marcadas por el sello de los arquitectos italianos. De donde se deriva que las almas más ilustres del septentrión europeo —de Goethe a Axel Munthe— desfallecen de amor ante «el país donde florece el limonero», donde el Mediterráneo extiende su lapislázuli de hermosura.

Antigüedad, Renacimiento, Neoclasicismo son, pues, los diversos nombres que asumen los períodos sucesivos en una sola fórmula: el clasicismo europeo. Partiendo de unos «cánones» admitidos, la evolución del arte occidental se produce en un sentido unitario al que, todo lo más, modifican levemente los movimientos barrocos aceptados como unas constantes que no truncan, sino que enriquecen la línea general del clasicismo grecolatino. Un solo ingrediente perturbador,

procedente del Norte, crea la constante complementaria del goticismo germanizante, que acaba insertándose en la noción general de Europa.

A los flancos de esta doble línea, surgen, más tímidamente, las actitudes «exóticas»: los influjos del mundo lejano, que llegan a Holanda a través de la Compañía de las Indias Occidentales y llevan a Europa las deliciosas chinoiseries, *como llegan de América, a través de los navíos españoles y portugueses, formas de mestizaje que incorporan elementos indígenas —aztecas, mayas, incas— al barroco español multiplican los elementos decorativos exóticos, como en el estilo manuelino portugués. Ya que, como señala agudamente Eugenio d'Ors,* toda colonización es recíproca.

Todo ello ocupa, en el panorama europeo, una cierta actitud «herética» que casi nunca rompe la unidad sucesiva de la tradición clásica grecolatina, como el Protestantismo no interrumpe la línea de continuidad del Cristianismo.

Nadie duda, pues, de la unidad sucesiva de nuestra tradición cultural que, a través de las colonizaciones y de las predicaciones, va invadiendo el mundo exótico, que se va integrando a la «ecumene» de la cultura cristiano-occidental. Así, América se convierte en la Obra Maestra de Europa. *Las lenguas se trasplantan al continente ultramarino, desde el Canadá —influjo franco-inglés—, los Estados Unidos —presencia sajona—, Iberoamérica —extensión del castellano y del portugués—. Los puritanos de Inglaterra, llevan sus iglesias neogóticas y sus costumbres tradicionales, como las Universidades de Méjico, Lima, Santo Domingo, la Antigua de Guatemala, transportan los saberes teológicos y los decires barrocos de la Metrópoli.* El hombre americano se convierte en una prolongación del hombre europeo. *Y América es el bastión occidental de Europa.*

El mismo movimiento de expansión de «lo clásico» podemos seguirlo en dirección a Africa. La ya señalada huella romana en el litoral nórdico, va a prolongarse a lo largo, especialmente, de las colonizaciones francesas —Marruecos, Argelia, Túnez, Congo— e inglesas —Egipto, Kenya, Tanzania, Sudáfrica—. El capítulo que en este libro se dedica a Túnez, tiene un simple valor de documentación mínima, que nos in-

teresa, además, como recuerdo de las incursiones de Carlos V a este sector del litoral norteafricano.

El bastión oriental de Europa es el que se asoma al mundo eslavo. Partiendo del cogollo central, lo que los alemanes denominan Mitteleuropa, doy en este libro mis vivencias y meditaciones en torno al bastión oriental del núcleo europeo, a través de mis experiencias en Finlandia, Polonia, Ucrania, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Rumania y Bulgaria, demostrando la función defensiva de estos núcleos, frente a lo asiático, elemento invasor que acaba integrándose en la realidad europea, como (en el otro extremo del continente amarillo) China y, sobre todo, Japón acceden a la cúspide de la occidentalización asimilando y superando todas las tecnologías europeas.

En un momento dado, toda la cultura universal se entiende conformada por el modelo europeo, que impone la aceptación de los módulos estéticos de la tradición grecolatina, hasta el punto de que, desde el siglo XVIII, se acepte la unidad *del patrimonio espiritual de la Humanidad.*

Incluso, la expansión del pensamiento soviético a su inmenso imperio asiático, ¿no es una forma de penetración europea, en la que los ejércitos de Breznev confirman la política expansiva de los zares de Rusia? En un admirable espectáculo de «luz y sonido», que pude presenciar en Samarkanda, capital del Uzbekistán, me sorprendió un insólito juego acústico que cerraba las evocaciones de la historia de este pueblo: «Son las campanas del Kremlin», me dijeron, confirmando que la URSS actuaba, en Asia, como un ariete del pensamiento europeo. Todo el continente amarillo, en efecto, está, en un momento dado, en la órbita del «encanto de Europa».

Debemos llegar al siglo XX para descubrir que, al margen de esa tradición «europea», tienen derecho a existir otras formas expresivas independientes, antes menospreciadas por el criterio unitario que acabamos de señalar. Los estudios de Frobenius, sobre las culturas centroafricanas —y la consiguiente valoración de sus fetiches—, como el influjo arrollador de las expresiones de la negritud llegadas a América en el sollado de los navíos de los traficantes de esclavos, que se complementan con la tremenda oleada de ritmos exóticos

—en viaje de «regreso a las raíces»— invaden con la música, desde Nueva Orleáns a las Antillas y el Brasil —todos los centros coreográficos del mundo— produciendo una inversión de valores, hasta el punto de que, después de Oswald Spengler, la idea de una «Cultura única» deja paso a la noción de una multiplicidad en la que cada expresión aborigen manifiesta su derecho —y su orgullo— de existir. De una «prolongación de Europa» pasamos a una pululación de focos independientes que exigen el reconocimiento de su múltiple e independiente realidad.

La Humanidad, que en sus zonas exóticas de culturas aborígenes, se había dejado subyugar por el «encanto de Europa», considerándolo como hontanar de cultura de validez universal, siente la llamada múltiple de otras expresiones, y su «monarquía» parece empieza a vacilar.

Y en este momento crítico, justamente, surge la apocalíptica indagación de J. J. Servan-Schreiber. La profecía terrible en la cual dos focos exóticos, la Arabia del petróleo y el Japón de la técnica más sofisticada, se preparan a convertirse en los dos ejes rectores de la Humanidad futura.

Las vivencias y meditaciones que constituyen este libro, son una especie de música melancólica para acompañar esta realidad gigantesca y trascendente. Durante dos mil años el encanto de Europa *ha sido el hilo conductor de la Historia del hombre. Lo que hoy aparece en el horizonte es una transformación inmensa, una brutal sacudida que conmociona las raíces y los horizontes de la Humanidad. Este libro quiere ser otra «pavana para una infanta difunta». Un adiós a lo que Europa ha sido en el panorama de la historia universal.*

G. D.-P.

Barcelona, abril de 1981

MEDITACIÓN DE EUROPA

EUROPA COMO UNIDAD

Cuando se examina un mapa de Europa para señalar las nociones determinantes de su identidad cultural, se llega rápidamente a una primera noción de insuficiencia. El término geográfico «Europa» no nos sirve a la hora de trazar una lista de obras representativas de nuestra expresión. La Biblia, no es, en su origen, una obra «europea». ¿Y podríamos prescindir de ella? Por el otro extremo, ¿dónde cortar las obras de expresión inglesa, cuando se producen en los Estados Unidos, o los de nuestra tradición lingüística cuando surgen en nuestra realidad cultural trasatlántica? Europa es, a la vez, una «raíz» y una «proyección»; y mutilar una u otra es desfigurar su realidad.

El segundo tipo de dificultad aparece cuando queremos establecer los grados de esta identidad. Se diría que hay, en nuestro viejo continente, unas zonas «centrales» de europeidad y otras que podríamos llamar «periféricas». Tomemos, por ejemplo, lo que los alemanes llaman «Mitteleuropa», el bloque germánico en torno a Prusia; el bloque gálico, en derredor de Île de France; la zona itálica que centra la Toscana; incluso la «Old Merry England». ¿No diríamos que estas geografías poseen un europeísmo «per se»; un europeísmo sin vuelta de hoja?

Lo comprenderemos mejor si enfrentamos núcleos territoriales a lo que yo llamo zonas periféricas en la medida que forman un contorno «fronterizo». Eugenio d'Ors decía, hace muchos años, que la historia de la cultura alemana era la historia de una «oscilación». Dos «tentaciones», en efecto, asedian al alma germánica: hacia el Este, la llamada del eslavismo; hacia el Sur, el encanto de la latinidad que le llega de Francia y de Italia.

Si trasladamos el análisis a la cultura francesa, veremos el mismo juego de fronteras, en el Este con la llamada céltica de Bretaña o de Normandía; al Este, la presencia de lo germánico en la Alsacia con la significación estratégica de

Estrasburgo, como nudo cultural; al Sur, la presión de lo occitano-provenzal, y el problema de Córcega.

Para Italia, las formas de complejidad, vendrían del lado véneto y su tentación eslava, como del costado genovés y turinés, la proximidad de lo francés, al paso que lo siciliano nos da un espíritu de frontera en relación con el Sur.

E incluso Inglaterra, a pesar de su espléndido aislamiento, ¿no ofrece una vertiente céltica hacia occidente (Gales, Irlanda) como una presencia escandinava y vikinga hacia el Nordeste?

Si traspasamos esta consideración a la realidad de España, estaremos tentados de analizar todo el bloque cultural ibérico como una realidad periférica en relación con el centro de Europa. De ahí que en nuestra expresión alternen los «castizos», con los «europeizantes» (que los portugueses llaman *os estrangeirados*), en una larga y bien conocida historia polémica, que parte de esta «situación de frontera» que hemos señalado más arriba.

Pero esta situación puede analizarse también conjuntamente dentro del bloque ibérico que posee, también, ciertamente, unas formas «centrales» y unas formas «fronterizas». En este sentido, el rol de Castilla —de las dos Castillas— es evidente en el centro del territorio, monolítico y monolingüístico. Mientras que las zonas litorales propenden al bilingüismo —como Cataluña o Galicia— y significan, dentro del bloque conjunto, una cierta «porosidad» a las influencias exteriores. Lo que supuso Compostela en la Edad Media como vía de penetración de modas culturales europeas es una realidad típica. La función que asume Cataluña, como vía de penetración de actitudes europeas —Renacimiento, Romanticismo, Vanguardias—, se encuentra en cualquier manual bien informado. En cualquier caso, la penetración de la épica carolingia, del modo trovadoresco, del endecasílabo italiano, son evidencias que garantizan la existencia de una relación integradora con lo europeo. Pero la complejidad cultural hispánica ofrece otros dos factores: el que penetra desde el sur islámico que, de modo tan enérgico, asume Andalucía, ofreciendo a ciertos españoles una bandera de separatismo cultural para uso y regocijo de los castizos (que todavía los hay) que se sienten extraños en Europa. De suerte que ins-

talan en el corazón peninsular un abrupto gesto de soberbia: «que inventen ellos». En cualquier caso, esta actitud «central» se opone, dentro del juego de «constantes» que estamos analizando, a la actitud abierta, permeable y dialogante de las culturas periféricas reduciendo a escala hispánica la dualidad europea que hemos señalado más arriba.

Continuemos su análisis cultural, recordando otras formas de complejidad como las que ofrece la frontera oriental de la Europa germánica, con los factores que pueden esquematizarse en unas cuantas ciudades-clave: Varsovia, construida por arquitectos italianos; Viena, bastión contra el turco; Budapest, muro de contención de tártaros y mongoles; Rumania, bastión de Roma frente al escita y al cosaco.

Y, del otro lado del mapa, pensemos en la función de frontera que realizan Galicia, Portugal, Irlanda o Bretaña, como pueblos asomados a la noción de lo «infinito».

De todo ello resulta que la única definición posible de Europa sería la de su propia «diversidad».

ENTERIZOS Y FRONTERIZOS

Pero prosigamos. Veo que, en los papeles, se plantea la cuestión de reflejo de nuestra geografía en la literatura. Se trata, al parecer, de volver a un cierto determinismo, a la olvidada manera del señor Hipólito Taine, para quien el entorno —paisaje y clima— podía configurar un cierto modo expresivo. (Pero ya ha llovido mucho desde entonces.)

Sin embargo, hay motivos para creer en la presión ambiental en el corazón del escritor. No se es, en vano, hombre de continente, centro de un paisaje mineral o criatura de litoral, hijo de un finisterre. Ni es lo mismo, nacer al norte o al sur de un determinado territorio. Y así hay, en cada país, unos relativos septentriones y mediodías estéticos.

Por lo que a nuestra geografía concierne, confieso haberme apasionado en estas dicotomías y he hablado —ya hace muchos años— de constantes meridionales del Barroco, enfrentando a Mena con Santillana; a Góngora con Quevedo y a Lorca con Salinas o Jorge Guillén.

Algo tendrá el tema cuando se repite en diversidad de escenarios y así, en otros climas europeos hallamos análogos contrapuntos. ¿No es verdad que Sicilia en Italia, Austria y Baviera para el mundo germánico, la sólida y venteada Provenza para el espacio francés asumen de alguna manera las extremosidades expresivas de lo andaluz?

En otro sentido, y con otra dimensión, he ensayado enfrentar Mesetas y Litorales, hasta el punto de sistematizar unos modos de ser —los del Noventa y Ocho— en la zona del altiplano central, y otras maneras de decir —las del Modernismo—, en la bordadura del Mediterráneo. Como el tema se ha puesto de moda, como diré en seguida, quiero agradecer a Dámaso Santos y a Florencio Martínez Ruiz la defensa de mi primacía en su tratamiento, que tiene los cuarenta años que median entre la aparición de la primera edición de mi libro *Modernismo frente al Noventa y Ocho,* y la tercera edición que acaba de aparecer. Libro doblemente afortunado

en su aceptación y en su discusión, que intentaba la discriminación apuntada, señalando los distintos temas: espaciales —visión trascendente y visión inmanente del paisaje— y temporales —conciencia del tiempo y percepción del instante— respectivamente para el Noventa y Ocho y el Modernismo.

Cuando se profundiza en esta dicotomía, se advierte mejor el juego de contrastes que no sólo afecta a lo «espacial» o a lo «temporal» sino, de alguna manera, a la conducta. ¿No hay en lo castellano un predominio de la ética sobre la estética, tal como lo fulminó Unamuno en la consabida frase: «¡Os ahoga la estética, levantinos!»

Pero toda confrontación conduce —o puede conducir— a cierto enfrentamiento. Y así, algunos críticos catalanes al denominar «mesetaria» la poesía que se construye en Castilla, parecen añadir un matiz despectivo. ¿Y no encierra la denominación de «venecianos», con que algunos críticos castellanos definen a algunos poetas litorales, también una cierta matización irónica?

Otra situación salta a la pluma, y que he utilizado en ciertos estudios en torno al barroco europeo que, en estos meses, ocupan mi menester ensayístico: la que enfrenta lo «enterizo» a lo «fronterizo». El primer modo de ser, de acuerdo con la dicción académica, indica lo que es «de una sola pieza». Y está instalado —en lo que se refiere a su sentido cultural— especialmente en los grandes centros territoriales (Prusia, Isla de Francia, Toscana) cumpliendo una misión centrípeta y coordinadora. Son grupos humanos generalmente monolingües lo que acarrea un cierto sentido absolutista y maniqueo. Denomino culturas fronterizas a las que aparecen en zonas limítrofes, en general de expresión bilingüe; y de una cierta porosidad receptiva de lo exterior y, por ello mismo, con un talante liberal y pactista.

Trasladar esta dualidad al mapa de España, nos daría hecha la correlación entre Castilla, como ejemplo de cultura enteriza y el litoral peninsular (Cataluña, Valencia, Baleares, País Vasco, Galicia) como modelo de culturas fronterizas, con las connotaciones que acabamos de señalar en cada una de ellas.

Pero lo interesante, periodísticamente hablando, surge del

hecho de que los factores de que hacían gala estos elementos «litorales» halla su eco en cada una de ellas.

Acaso ello sea debido al recobramiento de la conciencia de Castilla, al socaire de la nueva estructura política de las Españas. El tema me ha interesado desde el primer momento, y estaba entre los escasos curiosos que no pudieron llegar a Villalar (por la acción de la Policía) cuando allí quiso reunirse una primera asamblea reivindicatoria de los derechos históricos de Castilla. Y, caminador infatigable de la Meseta, he sentido la emoción de la grandeza de esta tierra desangrada en el esfuerzo de crear la historia de España.

Pero no hay toma de conciencia que no aparezca reflejada por una expresión poética y esto lo sabe bien Castilla desde Mío Cid y Fernán González y el Romancero. Y lo que está sucediendo ahora, es decir, la aparición de una alta cota de lírica castellana, puede interpretarse como un recobramiento de una identidad que reclama su presencia, de nuevo en su Historia. Algunos pocos son perfectamente detectables, como el que ha surgido en la región manchega; el que aparece en torno a León y el Bierzo; el que irradia del foco solar de Salamanca; el de Valladolid y la Tierra de Campos; el que crepita en la zona burgalesa y en La Rioja o el que despliega sus oriflamas en la sierra guadarrameña en torno a El Escorial.

Pero lo importante de esta presencia es que su ambición estética alcanza a la vez la profundidad de lo castellano y la perfección de lo litoral, ya que como ha subrayado ese agudo, docto e infatigable vigía que es Florencio Martínez Ruiz, este grupo poético «ha alcanzado hoy un alto nivel fusionando su preocupación por el hombre y la tierra con la estructura estética adecuada». Con lo que, por una vez, se refunden las capacidades expresivas de las culturas «enterizas» y «fronterizas» en una admirable fórmula de plenitud.

EUROPA COMO DIVERSIDAD

Hace muchos años, un prestigioso observador de nuestra realidad espiritual, Cudenhove Kalergi, hallaba para definir a Europa, como signo distinto y claro, la acumulación de enormes formas de diversidad (cultural, lingüística, racial) dentro de su territorio. Cuando se analiza por contraste la existencia en África o en América de enormes extensiones territoriales definibles por rasgos uniformes comprendemos mejor las razones de la definición anterior, que hacen de Europa un microcosmos siempre cambiante.

Escribo esto a la sombra de la impresionente aguja gótica que señorea la catedral de Estrasburgo. Estoy, pues, en uno de los ejes vitales de Europa. Las gentes de mi contorno hablan un dialecto del alemán; pero en esa misma aguja gótica, flamea, bajo el cielo color ceniza, la bandera francesa. Y los escaparates de las librerías nos muestran, con primacía absoluta, las novedades de las editoriales de París. Aquel maestro de escuela que, en un famoso cuento de Daudet, protagonizaba la lengua francesa que los alemanes desterraron de las aulas después de ganar en Sedán la guerra franco-prusiana de 1870, no podría denotar melancolía alguna. Bajo esa bandera y con disciplina racional cartesiana, Alsacia es, desde la escuela primaria a la Universidad, tierra sólidamente inserta en el mundo galoparlante. Pero es también —como ciudad de encrucijada— sede del Consejo de Europa y del Parlamento Europeo.

Pienso, pues, en el papel crucial de esta ciudad, donde en el año 842, descendientes de Carlomagno firmaron los famosos «Juramentos de Strasbourg», suscribiendo un documento de paz y concordia redactado el uno en el viejo alemán y el otro en la lengua francesa balbuciente, hija de Roma. Era un intento de reanudar la tradición carolingia (cuya capital se nombraba de tres maneras: Aachen, Aix-la-Chapelle, Aquisgrán) a través de un «diálogo de las lenguas»

que, a partir de este momento, es el sueño de Europa.

Pero la realidad, las realidades nacionales, tiran hacia abajo, de las ansias volanderas que levantan este sueño. Por ello Charles de Gaulle quiso matizar como «Europa de las patrias» el compromiso entre el sueño unitario y las realidades nacionales (o estatales). Porque la unificación lingüística y cultural ha sido una consigna imperturbable —a través de los siglos— del Estado francés.

Cuando, en el siglo XVII, el Rosellón cae bajo el poder de Francia, las disposiciones conducentes a la descatalanización del territorio producen estremecimiento. Y esa política prosigue, sin fisuras, a través de Luis XIV, de la Revolución francesa —que tritura las regiones históricas en pequeños y más manejables «departamentos»— de Napoleón y del propio De Gaulle.

Pero la Francia de Valéry Giscard d'Estaing no es ya la misma (porque también Europa ha cambiado), aun cuando él sea un ejemplar típico de la tradición humanística francesa como acaba de acreditarlo en su disertación sobre Guy de Maupassant en la «Académie Goncourt». Sí, las consignas culturales han cambiado también para Francia. Gusto de recorrer en mis viajes las librerías de las pequeñas ciudades. En Alsacia, sí, he visto algunas publicaciones en el dialecto germánico del país. En las librerías de Rennes o de Saint Malo, he descubierto algunos intentos de retorno a las viejas tradiciones en lengua céltica de la «Bretaña bretonante». En las tiendas de libros de Montpellier o de Perpignan veo proliferar la fuerza del occitano y del catalán, y el nombre de «Catalunya Nord» se expande con creciente —e increíble— fuerza en los pueblos del costado pirenaico. Éste es el hecho, y también su evidencia a los ojos de cualquier espectador. Quien advierte en seguida que no se trata de evoluciones a nivel local.

Sino que se trata de una vasta progresión del tema que puede detectarse en todo el ámbito cultural europeo, y que podría definir como un triunfo de la realidad sobre los esquemas intelectuales.

Se diría que, en el campo de la política surge algo parecido a lo que la ecología supone en el campo de las fuerzas de la Naturaleza: la proclamación del «derecho a existir».

LA DIVERSIDAD Y EL PELIGRO

El proceso de Europa ha sido, en fin de cuentas, un doble juego de fuerzas unitarias y separadas, que, efectivamente, alcanzan un predominio histórico. El punto de partida sería Roma, madre de Europa, capaz de concebir al Mediterráneo como una unidad política y militar, relegando al norte del Danubio los pueblos «escitas» o «bárbaros». Más allá de esta frontera —que en las islas Británicas se traza al sur de Escocia— están los pueblos libres. Pero los imperios —clásicos— gustan secretamente de lo que no tienen, y en tiempo de Augusto, los jóvenes romanos añoraban la libertad de los pueblos del Norte, como aquel personaje ultradanubiano que, según cuenta fray Antonio de Guevara, se presentó ante el Senado de Roma para pedir que se les dejara en libertad, creando la imagen idílica del pastor de la Edad de Oro, del «bon sauvage» de Rousseau y del «hippy», que desean cambiar la máquina del Estado por la libertad de la Naturaleza.

A imagen de Roma, Carlos V, Luis XIV, Gustavo Adolfo de Suecia, Napoleón y Hitler imaginaron una Europa férreamente constreñida por un poder que ignoró aquel derecho a existir de las fuerzas espontáneas y diferenciadoras creando unidades supranacionales, que —queramos o no— cumplieron una misión histórica. Pensemos, como único ejemplo, en lo que significó el Imperio austro-húngaro como equilibrio (inestable pero eficaz) de fuerzas contradictorias.

Pero desde el Romanticismo, todo trabajaba en la liberación de estas fuerzas. La aportación de unas conciencias «nacionales» configura el mapa de Europa, y el «derecho a existir» se reclama por los políticos, como el respeto a la vitalidad de la Naturaleza es exigido por los ecólogos.

Claro está que ello perturba los esquemas supranacionales que creían en su derecho a sojuzgar a los disidentes, a los que se llama ya «separatistas». He aquí un nuevo delito, que los códigos castigan.

Cuando se repasa la historia de las minorías nacionales se percibe el dramatismo de esta nueva situación, por la cual un cambio de perspectiva convierte a esos «rebeldes» en «patriotas», para cuya conciencia, las sanciones jurídicas del Estado represivo son siempre desmesuradas.

Pero la situación se agrava cuando se produce en un ambiente de guerra. ¿Quién no recuerda la trágica situación de Irlanda que lanza su primera consigna independentista en plena guerra del 14-18 y recibe clandestinamente armas alemanas, que encuentran en los patriotas de Dublín un inesperado y precioso aliado para sus ejércitos?

Algo parecido se produjo en Francia cuando la Segunda Guerra Grande. Núcleos de nacionalistas bretones que se vieron favorecidos cuando las tropas del Tercer Reich se aproximaban a Rennes y a Saint-Malo —al término del conflicto—, se hallaron situaciones en extremo comprometidas.

Más dramático todavía, el caso de Alsacia. Instaladas las autoridades francesas en su territorio, después de 1919, la población que hablaba un dialecto germánico no dejó de mirar a Alemania que, un día, ofreció sus campamentos de las juventudes hitlerianas para los mozos en vacaciones. Cuando sobreviene la ocupación nazi, no hubo lugar para la escapatoria. Y al terminar la tremenda guerra con el patíbulo de Nuremberg, las autoridades francesas se encontraron ante el trágico deber de enjuiciar a los «traidores».

Es necesario entender el poso de patetismo que todo esto tiene. La diversidad es un derecho —el «derecho a existir»— que plantea terribles cuestiones, que hay que afrontar con un criterio distinto al de las perspectivas de la jurisprudencia estatal.

Y todo ello —esperémoslo— en un ambiente desdramatizado. Y la esperanza importa. La última —¿la última?— Guerra Grande agravó —como hemos visto— estos problemas, cuando —en el caso de Francia —la invasión hitleriana pareció encontrar aliados terribles en los grupos independentistas de Bretaña o de la propia Alsacia, signo esta última del patético destino que las oleadas demográficas empujadas por los tanques y las bayonetas pueden imponer a un país.

Por eso Estrasburgo se levanta como un ademán que in-

tenta conjurar cualquier residuo dentro de una comunidad que, en un siglo, hubo de cambiar cinco veces de nacionalidad.

De ahí que el alcalde de la ciudad, Pierre Piflimlin, al presentar la interesantísima exposición «Estrasburgo y Europa» (setiembre de 1979), nos dibuje la ciudad como un signo de reconciliación, a la sombra de ese «Parlamento Europeo» y de ese «Consejo de Europa» que simboliza tantos deseos de llegar al noble sueño de tantas gentes ilustres, para los que el proyecto de una Europa unida, el viejo ideal de Roma, de Carlomagno y de Goethe podría dibujarse en un posible porvenir.

Diversidad es una forma de la riqueza. Y el camino para nuestro más noble destino colectivo.

A condición de que las piezas integradoras de nuestro mosaico continental se sientan piezas solidarias de un todo armónico, que, apoyándose en el sueño del humanísimo proyecto, piense a Europa como una fusión de fuerzas espirituales que, entre sí, conjunten todas las fuerzas de una tradición dos veces milenaria.

Lo demás es jugar con fuego. La cólera de las metralletas del IRA, o los ataques sangrientos de la ETA señalan un paroxismo y una crispación que producen estremecimiento. Entre una Europa férreamente constreñida por unos esquemas imperialistas y una Europa desangrada por una diversidad encendida en místicas nacionalistas, sólo queda en el horizonte —en un lejano horizonte— una comprensión, posible camino de una Europa que entienda su misión histórica como una realidad necesaria fundada con una solidaridad supranacional. No hay otro camino.

LOS LÍMITES DE EUROPA

«Europa limita al norte...» Así comenzaba la cantilena escolar de nuestros años párvulos. Sí: ahí está el mapa, con su precisa caligrafía, con los nombres decorando las fronteras; esas líneas de puntos que dividen las tierras y ponen barreras en los caminos. A lado y lado de la aduana, nacen gentes de parecida presencia, de costumbres análogas, acaso de lenguas idénticas o muy parecidas... Pero las líneas que hacen los hombres, después de las guerras, después de los llamados «tratados de paz», deciden que unos hayan de morir por una bandera, y los del otro lado, por una bandera distinta.

¿Dónde empieza y dónde termina un pueblo? Coged el mundo centroeuropeo y el balcánico, ¿cuántos millones de gentes han sido obligados a integrarse en un país que, como consecuencia de la última guerra grande, militó en el bando de los vencedores? ¿Cuántos húngaros, rumanos, checos, polacos, se encuentran «desplazados» en su actual residencia?

Bien. Existe un concepto total, abarcador, sin límites ni discusiones... Existe Europa. Pero tampoco en esto hay claridad...

Hace unos meses, en París, en el seno de la Agrupación Internacional de Críticos Literarios, se reunía la comisión patrocinada por la Unesco, para trazar una lista de obras literarias representativas de la cultura europea. Todos estábamos de acuerdo en integrar los grandes nombres de la cultura grecolatina, como base histórica. Éste es el punto de vista clásico de un historiador de la cultura. Luego habrían de venir los puntos de vista «románticos», que integrarían las literaturas nórdicas originales; las de las lenguas «vikingas»; el islandés, el viejo alemán, el mismo finlandés... Después, naturalmente, las grandes literaturas europeas de base estatal (España, Francia, Italia, Inglaterra...) o nacional (gallega, catalana, provenzal, bretona, sarda, etc.) Los reunidos pensábamos que un catálogo de las expresiones

literarias europeas, presentes o pretéritas, quedaba así perfectamente establecido de acuerdo con los límites geográficos que precisan y definen la noción de Europa.

Pero, de pronto, caímos en la cuenta de que esta noción era inválida. Porque, ateniéndonos a ella, quedaba fuera de la lista nada menos que la Biblia. Ya que, considerando sólo los límites físicos de Europa, el Estado de Israel queda fuera del contorno europeo establecido de una manera estricta. Y que se trataba de un grave error ya se encargó de hacérnoslo notar el flamante representante de Israel en la reciente conferencia de críticos de Helsinki. ¿Cómo, en efecto, podía pensarse una Europa sin la raíz común que el catolicismo, el luteranismo y la Iglesia ortodoxa tienen en los textos del libro revelado a Abraham y a Moisés?

¿Cuáles son los límites de Europa? «El Espíritu sopla donde quiere», y las lenguas cantan con la misma altura de voz en todas las latitudes en donde arraigan. Los grandes movimientos literarios de Europa, el Renacimiento, el Barroco, el Neoclasicismo, el Romanticismo tienen una réplica ultramarina, como reflejo de la dinámica cultural del Viejo Mundo. Por eso me gusta decir que «América es la obra maestra de Europa».

Y, a sensu contrario, también es posible el camino de «retorno» por el que un modo o escuela literaria producido más allá del Atlántico gravita sobre las literaturas europeas. Pensemos en lo que representó el Modernismo, o en lo que hoy representa el «boom» de la novelística hispanoamericana, para comprender hasta qué punto estamos en lo que en física se llaman «vasos comunicantes».

Todo lo espiritual es fluido, y se aviene mal a las barreras geográficas que llamamos «fronteras». No, no es tan fácil como en la cantilena escolar definir, con un puntero en la mano, y ante un mapa, cuáles son los «límites de Europa».

Todos estamos, en efecto, convencidos de esa realidad supernacional y abarcadora, y en qué medida ciframos en ella la mejor tradición intelectual de la cultura de Occidente.

Porque nos cuesta trabajo renunciar a esa herencia; porque sabemos cuánto se acumula de sabiduría multisecular en esa línea, que parte de Grecia y de Roma, empalma con el Renacimiento itálico, se concentra y se retuerce en los barrocos, se insufla de libertad en el Romanticismo, sin dejar de ser nunca Europa. Sin abandonar esa espléndida trayectoria, que nos ofrece esas «garantías constitucionales» que nos aseguran de una continuidad que puede ser teñida, alguna vez, de orientalismos seductores, de indigenismos precolombinos o de balbuceos africanos, pero todo ello como fuerza lateral y complementaria, nunca como sustitución de la columna vertebral del espíritu de Occidente.

De tal manera que, sin olvidar los Frobenius y los Spengler, nos mantengamos fieles a esa forma de perfección razonante, a la vez aristotélica y platónica, que sustenta —veinticinco siglos después de alumbrada— nuestra conciencia cultural.

Todo esto surgía, decíamos, hace poco, en París, en ocasión de perfilar la Asociación Internacional de Críticos Literarios una lista de las obras clásicas que debían constituir una serie de libros que, bajo el patrocinio de la Unesco, asumiesen la representatividad de la cultura europea.

Descubrimos entonces —los que participábamos en la docta asamblea— que el concepto de «Europa» se nos había quedado estrecho. Cierto que, en sus líneas fundamentales, el acuerdo era completo. ¿Cómo no encabezar la lista de autores con Homero, con Esquilo, con Platón, con Demóstenes, con Jenofonte? ¿Quién podrá dudar, en efecto, de la condición de jefes de fila de la epopeya, del teatro, de la filosofía, de la oratoria o del relato histórico? ¿Cómo no aceptar que, encadenadamente, podíamos seguir estos géneros en la su-

cesión que acabamos de esquematizar unas líneas más arriba? E, incluso, procediendo por unas líneas marginales, ¿no deberíamos incluir, paralelamente, las literaturas del mundo vikingo y sajón que, mancomunadamente, constituyen la otra Europa, la Europa boreal, vertical y soberbia como el gótico de sus catedrales?

Sí. Los nombres de Shakespeare, de Milton, de Erasmo, de Goethe, tienen por derecho propio un lugar en esta larga «teoría» o procesión de la literatura de Europa.

El acuerdo era tan total que, de pronto, caímos en la cuenta de que, en este aspecto, la famosa «biblioteca» que estábamos proyectando, aun incluyendo —como allí se dijo— seiscientos volúmenes, pecaría de repetición de textos demasiado frecuentes en otras colecciones de clásicos. ¿Y no sería —dijimos algunos— la ocasión de centrar este magno esfuerzo en la salvación de las literaturas «cenicientas», en las expresiones colectivas de pueblos de débil demografía, de lenguas minoritarias, para salvarlas del purgatorio de su propia marginalidad?

Sí. La noción de Europa se había quedado estrecha. Porque una de sus raíces —la más importante— quedaba fuera de su contorno geográfico estricto.

Nuestro orgullo de europeos quedaba así castigado, por habernos olvidado de que las fronteras continentales eran más fluidas de lo que suponíamos. ¿Y no habríamos de confirmarlo si nos poníamos a estudiar las formas de infiltración que el mundo asiático producía, desde los orientalismos de *Las mil y una noches,* las *chinoiseries* que pintaban de azul y blanco las cerámicas de Delft, o los «paraísos polinésicos» de los Gauguin o de los Sommerset Maugham?

Pero faltaba, a nuestra forma de conciencia humillada, otra constatación complementaria. Al revisar la lista de las obras seleccionadas de la literatura inglesa, la representación norteamericana de la Unesco la declaró insuficiente. Si incluía los nombres de Dickens o de Oscar Wilde, ¿por qué no colocar, también, los nombres de figuras destacadas de la literatura de los Estados Unidos, como Edgar Allan Poe o Walt Whitman? ¿En qué medida estos escritores no eran europeos, tanto por la lengua que usaban como por la estética en que se producían?

Excusado será que diga que, en este momento, yo formulé la misma observación en relación con la literatura hispanoamericana. ¿Con qué motivos científicos podríamos excluir del estudio del barroco español los nombres del colombiano Hernán Domínguez Camargo o de la mexicana sor Juana Inés de la Cruz? Y, lógicamente, mi querido colega portugués Jacinto de Prado Coelho hizo notar el caso coincidente de la literatura brasileña. Y si en la asamblea hubiera estado presente un canadiense, no habría dejado de señalar la asistencia de una literatura francesa de Ultramar, en el Quebec o en la Martinica.

Resulta, por lo tanto, que la noción de una Europa clausa, limitada por unas fronteras rígidas, deja paso a una noción por la cual, de una parte, nuestro Continente asume una función rectora y, por otra, extravasa su presencia más allá de sus límites geográficos. Y esto hay que decirlo —claro está— respetando la exaltación de los valores estéticos indigenistas, pero situándolos en su lugar preciso. No es la incomprensión, sino el respeto, lo que me ha hecho definir a América como «la obra maestra de Europa».

FRANCIA

PARÍS: UNA SONATA

Continúo en París mi meditación europea. Y utilizando el contraste que marca mi observatorio, al pasar de una zona «fronteriza» o limítrofe, a una zona «enteriza» o central: la primera, vacilante por el peso de fuerzas diversas; la segunda, estable en su seguridad caracterológica.

Lo hemos visto en Alsacia, por la fuerza modificadora del elemento germánico. Podríamos ejemplificarlo en Bretaña, bajo la sombra céltica; o en Córcega, donde penetra el mundo itálico; o en el Rosellón donde flamea el verbo de Cataluña... Sí. Pero estas realidades «fronterizas» se enfrentan a un «centro» sólido y coherente; a una conciencia de Estado, inventora del centralismo administrativo, apoyado en una continuidad cultural fabricada de racionalismo cartesiano y de gramática bien sabida.

Esto sobre todo. Francia impone a través de la escuela nacional la norma lingüística unitaria. Un viejo libro de lectura escolar empieza con esta frase: *Le père d'Aline parle patois; mais Aline parlera français.* Dios santo, ¡qué diríamos aquí si oyésemos denominar «patois» a todas las lenguas distintas del castellano! Oímos el mismo tono imperativo, en frases conminatorias como *Parlez propre, parlez français,* que nos recuerdan otras que no quisiéramos retener ni en la memoria.

Si el instrumento de dominio es el idioma, el arma de la seducción es París. Ya está París —lo veo, en este viaje, menos blanco que cuando André Malraux le quitó la pátina secular a los grandes edificios oficiales de la plaza de la Concordia; esa plaza que el feroz guerrero teutón, Adolfo Hitler definió, desmayado de amor como una cantinera, como «una sonata»—. Pero París es un juego de grises —del perla al ceniza— y ya sabemos que esta grisalla pálida es, justamente, la que nos gusta. Con esta delicada paleta color neblina, Francia ha tendido la red de sus seducciones. ¿Cómo no caer en ella como una paloma aprisionada? ¿Cómo resistir

la tentación «glamorosa» de la geometría de sus calles y plazas?

Pensamos una vez más que París tuvo, ha tenido, tiene, tendrá vocación de capital de Europa. Vivo cerca de la rue Saint Jacques, frente a la Sorbona. Le explico al amigo francés que me acompaña que ésta es la más española de las calles de París, puesto que esta calle de San Jaime o de Santiago inicia el camino de la peregrinación a Compostela que era, en la Edad Media, el *carrefour* donde resonaban todas las lenguas de Europa.

Pues bien, la historia de Francia es la historia de la continuidad de París, en tanto que encrucijada central europea. Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV, Luis XVI, Napoleón, la República: cambian los siglos, los escudos, las banderas; pero no cambia esa vocación capitalina que no tiene otro nombre que el de *grandeur*.

Desde la Île de Saint Louis hasta las últimas experiencias arquitectónicas de sus «ciudades satélites», París ha sido fiel a su vocación histórica de patrón del urbanismo europeo. Cuando el decrépito cinturón de las murallas cede, como se derrumba el propio recuerdo del París medieval, el ingeniero Haussmann creará la línea de bulevares que, jalonados por las antiguas «puertas» creará el cinturón de una ciudad distinta, tal como a su ejemplo lo dibujarán el «Ring» de Viena o las Rondas de Barcelona.

De manera que aquí todo es diverso y solidario. Eiffel puede levantar su torre metálica en el borde idílico del Sena y el Centre Pompidou su escandalosa ruptura estética en pleno barrio del Marais, donde toda la vieja armonía de Francia tuvo su asiento.

París, o la voluntad integradora. No alcanzo a entrar en el Grand Palais —exposición de Picasso— porque la cola de público que espera alcanza medio kilómetro. En el Beauburg, por otra parte, se anuncia ya la exposición de Salvador Dalí. Al Estado francés le salen bien las cuentas de su hospitalidad: la gigantesca muestra picassiana —más de quinientas piezas— es simplemente el impuesto —en obras— que se derivan de la testamentaría de Picasso. Picasso paga en buena moneda, y en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, el pintor de Málaga figura entre los que llenan la sala de pintu-

ra francesa. En cuanto al pintor de Cadaqués, su formación parisién —como pintor y como escritor— cuenta desde la época surrealista de la «Closerie des Lilas», hace medio siglo...

Para mí, una vez más, París es una dulce costumbre.

Francia, «continuidad cultural, fabricada de racionalismo cartesiano y de gramática bien sabida». Recojo este esquema definitorio de mi capítulo anterior, en la medida en que sirve para aclarar conceptos históricos. Ya desde el momento en que aparece el concepto de nación-Estado, en teoría con Maquiavelo, pero en la práctica con la monarquía española, podemos recoger ese factor idiomático partiendo de aquella frase de Nebrija en la que considera a «la lengua como compañera del Imperio». Y recordemos que por esos años se fragua el gran instrumento de unificación idiomática: es decir, la imprenta. El invento de Gutenberg, en efecto, no sólo da posibilidad de multiplicar los textos, sino la de estabilizar la lengua, creando —como ha visto brillantemente Mac Luhan— la noción de «público», paralelamente al de «nación». Ya que una nación no es otra cosa sino el conjunto de entes capaces de entender un mismo libro.

Pero esta noción uniformadora en lo lingüístico va a ser utilizada con insuperable fuerza por Francia. Pues mientras la tradición de la España de los Austria tendía al concepto confederal, ya que cada uno de los «reinos» que integraban la Monarquía conservaba sus instrumentos políticos y su lengua privativa, Francia aprovecha el pretexto de las guerras de religión, tanto para la feroz extirpación en la Edad Media del núcleo albigense occitano, como para imponer a la Alsacia protestante sus formas de asimilación política. Y al Rosellón, a partir del Tratado de los Pirineos (1659), la supresión de sus instituciones políticas, y llegando —con la Convención— a suprimir su nombre tradicional. La monarquía de Luis XIV utiliza los medios coercitivos religiosos y políticos para imponer el francés en el plano cultural (colegio de jesuitas de Perpiñán desde 1662), y en los actos públicos, a partir de 1700. El proceso de asimilación, pues, a través de la escuela —de la «gramática bien sabida»— y de los medios de comunicación es perfectamente detectable.

Y aquí me parece oportuno enlazar mi meditación con la que me ha deparado mi reciente experiencia alsaciana. Como en Rosellón, el campo de batalla es preferentemente el idiomático, aunque no pueda excluirse el factor religioso llevando el tema a la confrontación del catolicismo (francés) y del protestantismo (alemán) aspecto que no dejó de tener en cuenta la política unitaria de Luis XIV. Quien a partir del Tratado de Westfalia (1648) incorpora por el «droit de Supreme Seigneurie» Alsacia a la corona francesa.

Pero las gentes que siguen hablando su dialecto germánico, como señala Eugene Philip en su libro *Les luttes linguistiques en Alsace* saben ahora que el francés es *la langue du Roi.* Y —como aconteció en el Rosellón— la alta burguesía se acerca a la lengua prepotente. (Se produce, pues, un caso parecido al que enfrentó en la Bélgica del XIX la alta burguesía industrial francoparlante a la clase popular agrícola de habla flamenca.) Y es curioso observar que esta política de imposición en el campo idiomático, continúa cuando la monarquía desaparece. La «Nación» - «una e indivisible» que proclama la Revolución francesa no es menos absorbente que la monarquía de Luis XIV, ni más respetuosa con los nombres geográficos tradicionales —sustituidos por los pequeños «departamentos» más manejables desde el poder central. La «Razón», entronizada como deidad en el campo de Marte tiene el fuero y la frialdad de lo científico o de lo matemático y sus «leyes» son tan férreas como las de la monarquía del «Ancien Régime». Y así, un famoso tribuno de la Convención, Bertrand Barène, en un discurso famoso pronunciado en enero de 1794, unía curiosamente los conceptos de «lengua única» y de «doctrina revolucionaria», y así no dudaba en afirmar que «el federalismo y la superstición hablan en bretón; la emigración y el odio, en alemán; la contrarrevolución en italiano y el fanatismo, en vasco». Para los ardorosos revolucionarios *representants du Peuple,* las mujeres alsacianas debían abandonar el uso de las modas alemanas *puisque leurs cœurs sont français* (proclamación del 25 Brumario del año 2, fechada en Estrasburgo).

El fenómeno va a adquirir una nueva virulencia a lo largo del siglo XIX, porque el Romanticismo va a encender las hogueras de las «nacionalidades» sumergidas en el mo-

saico de los «Imperios-Estados». Esta fuerza va a gravitar sobre Alsacia, convertida en una dramática «oscilación» entre el mundo latino y el mundo germánico, lo que le llevará a ser francesa hasta la derrota de Sedán, que la coloca en manos de Alemania, hasta el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, en donde prueba el furor asimilista de la ocupación hitleriana...

Ésta es la patética historia que no ha terminado todavía. De un lado, las fuerzas centrífugas que se multiplican en Francia, Bretaña, Córcega, Occitania, la propia Alsacia. De otra, la necesidad de hallar fórmulas, que no sean naturalmente coercitivas ni totalitarias, pero que permitan llegar a entendimientos «europeos» como las que han obligado a pactar en lo económico (MCE), en lo agrícola (FAO) en el Parlamento Europeo, junto al Consejo de Europa.

Porque si Europa no existiera, habría que inventarla.

SÓLIDA FRANCIA

El viajero recorre Europa a la captura de signos definitorios. ¿Cuáles son —aquí y ahora—, estos signos?

Si nos atenemos a lo que denominamos habitualmente «sucesos», la apariencia podríamos decir que se centra en lo paroxístico. Unas fuerzas «airadas» rasgan los aires con el percutor de sus metralletas. De una parte, los fanatismos nacionales —entreverados de guerras de religión como en el caso del Ulster— o simplemente la vindicación de agravios opresores, como en Córcega o el País Vasco.

Frente a estos panoramas ensangrentados, es detectable, sin embargo, una amplia operación de retorno a ciertas formas conservadoras de la convivencia. Una enorme fracción de Europa desea desesperadamente la paz. Y esto se advierte mejor en las celebraciones multitudinarias, en las «luces de la ciudad» que decoran las grandes conmemoraciones litúrgicas de las distintas religiones europeas. Una enorme sed de gozar de las prodigiosas posibilidades de la era tecnológica mueve los corazones.

Acaso se comprende especialmente este estado de espíritu en los grandes focos de la civilización europea. Por ejemplo, Inglaterra. ¿En qué medida esta convivencia pacífica se ordena por el hecho de que una gran tradición política eleve ciertos conceptos patrimoniales —por ejemplo, la Corona— a categoría de realidad indiscutida?

Análogamente, Francia ¿no ofrece como clave de su bienaventurado equilibrio político —a medio camino entre la autoridad y la libertad— como un dogma de vivir colectivo?

Venimos hilvanando nuestra meditación europea en torno a la realidad francesa que tan cerca tenemos. Y hemos llegado a una primera conclusión: la de que la vertebración secreta de ese país se explica por su trasfondo cultural.

Yo diría que, en el fondo, es una cuestión de formación; análogamente a como en la tradición de la convivencia inglesa se encuentra la magnífica fidelidad de las clases dirigentes a la gran tradición grecolatina europea.

En último término, ésta es una cuestión de bachillerato. Yo recuerdo siempre con emoción que, al terminar el curso escolar, los grandes rotativos de Francia se honran publicando a toda página los trabajos mejor calificados de los alumnos que han terminado la Enseñanza Media. Su lectura nos produce asombro como índice de la capacidad de razonamiento, de la *maturité*; de la perfecta asimilación de los saberes clásicos. Esas sabidurías adolescentes conforman el rigor cartesiano de la elocución; la perfecta regularidad de la sintaxis; la flexibilidad con que se manejan los instrumentos lingüísticos después de muchos ejercicios de *composition* y de *redaction*.

De ahí que, para el francés medio, esto sea como una carta de identidad que afecta al profesional, al ejecutivo, tanto como al *amateur* de las expresiones culturales.

También al político. En estos días ha circulado la anécdota, protagonizada por Valéry Giscard d'Estaing, en la que se recuerda que, quince días antes de su elección como Presidente de la República, asistió a un almuerzo literario, organizada por la *Revue des Deux Mondes*. En el curso de la sobremesa, el famoso político francés, dijo estas palabras: «A veces leo en los periódicos que tengo tal o cual ambición. Pero —continuó— nadie ha dicho que mi verdadera ambición es puramente literaria. Yo hubiera preferido ser un Flaubert o un Maupassant. Con una condición —añadió Giscard— la de que al cabo de un gran esfuerzo llegara a la certidumbre de realizar una obra de calidad similar.»

—¿Sería capaz —le preguntó un vecino de mesa—, de intervenir en un programa de televisión sobre un tema literario?

—¿Por qué no? —replicó el futuro Presidente. El interlocutor era el agudo periodista Bernard Pivot, animador del programa cultural «Apostrophes» quien, una vez Giscard d'Estaing asumió la presidencia de la República, le recordó su promesa, dando motivo a una disertación impecable del político francés acerca precisamente de Guy de Maupassant. ¿Y no podríamos recoger ejemplos paralelos de preocupación humanística en las figuras paralelas de Georges Pompidou o de Charles De Gaulle?

Lo que sirve de índice espiritual de un pueblo es la per-

fecta intercomunicación, en los espíritus, del factor «cultural» y del factor «ejecutivo». Lo que da a Francia esa noble solidez intelectual es justamente esa estimación —a todos los niveles— de la tradición humanística.

El viajero —recorriendo Europa— comprueba esta sencilla y profunda verdad.

TRES PICAS EN FLANDES

O en París; como queráis. En el corazón de Europa, en cualquier caso, el viajero ha podido registrar simultáneamente tres acontecimientos culturales de indudable signo español: la clausura de la Exposición Picasso; la inauguración de la Muestra antológica de Salvador Dalí; el estreno de *La torre de Babel,* la pieza escénica de Fernando Arrabal. Tres signos felices, cuyo análisis tienta al cronista.

Empezaré diciendo que París bien vale una misa; pero que Francia sabe cobrarla. La hospitalidad tiene su precio, y aunque no todo el monte sea orégano, bien puede pasar de contrabando el que, en algunos museos americanos, Picasso y Dalí estén en la sección de «pintura francesa», cuando no que Ionesco —y ahora Margueritte Yourcenar— pidan pasaporte francés para ingresar en la «Academia». En cuanto a Fernando Arrabal, no le hace falta pasaporte, ya que redacta en francés para servir una visión de España especialmente comprensible desde más allá de los Pirineos.

Otros tipos de alcabala no hace falta mencionarlos. Cuando se piensa que las quinientas obras de Picasso que llenan el Grand Palais no son otra cosa sino el impuesto fiscal que cobra el Estado francés a los herederos del pintor de Málaga (bajo el delicado eufemismo de *dation*) se comprende bien que hay políticas culturales de excelente rentabilidad. Y lo mismo podría decirse de la instalación en el Beaubourg de la espléndida Muestra del pintor de Cadaqués. París es un ejemplo admirable de capacidad de incorporación; y cuando uno piensa en la detonante arquitectura metálica del Centre Pompidou, rompiendo la dulce armonía del barrio del Marais, se acuerda de que, con pareja audacia, Monsieur Eiffel instaló —hace casi un siglo— su sorprendente vertical junto a las más dulces praderías del Sena.

Por lo demás, los tres signos —Picasso, Dalí, Arrabal— no esconden su aire de vecindad. Para los pintores, porque desde que el paisaje dejó las «academias» romanas por las

nieblas de Normandía, a caballo del Impresionismo, lo francés se convierte en una dulce costumbre. Cuando se visita el pequeño museo de Ceret, en el sur de Francia, se advierte hasta qué punto los nombres de Picasso, de Manolo o de Juan Gris eran habituales en el panorama estético de principios de siglo. Barcelona estaba muy cerca de París, aun cuando ello no ahorrará la monumental *gaffe* de titular *Les démoiselles d'Avignon* a los retratos de unas suripantas que ejercían su viejo oficio en un burdel de la barcelonesa calle de Aviñó.

Por otro lado, esta presencia no era una novedad para una geografía que nos coloca en estrecha proximidad, lo que permite que la literatura francesa, desde la «Chanson de Roland» hasta Montherlant, esté llena de motivos españoles, como lo acreditan Corneille, Molière, Lesage o Víctor Hugo. Por eso el español es aceptado de cuerpo entero, y la españolía de Picasso, su gusto por los toros o por el tabaco negro, su alucinante vitalidad, su pisar firme y su virar en redondo forman parte de una manera de ser aceptada y aplaudida. Y a lo largo y a lo ancho de la Exposición del Grand Palais, Picasso planta bien su pica en Flandes.

Lo mismo puede decirse de la espléndida Muestra de Salvador Dalí en el Beaubourg presentando un juego de analogías y contrastes, tentación para un ensayo en profundidad. Y no comentamos la inocente catetada de fijarnos en los juegos de sorpresa para turistas con que Dalí contrapesa dolorosamente su genialidad, porque la obra expuesta ofrece tal cantidad de planteamientos culturales, físicos y metafísicos, y tal riqueza de perfecciones técnicas, que su Exposición adquiere un nivel impar dentro de la pintura universal del siglo XX. Segunda «pica en Flandes», pues, con el mismo ímpetu y gracia para el desplante.

Y vamos con la tercera. La que ha impresionado al público teatral de París, nada menos que desde el escenario del Odeón de la Comédie Française. *La torre de Babel*, de Fernando Arrabal, es una obra crepitante e incandescente, que aspira nada menos que a presentar la radicación de lo español a lo largo de su historia. En un viejo castillo, Villa Ramiro, la duquesa Laitidia de Terán, anciana y ciega, asiste al derrumbamiento de su casa devorada por las termitas.

Contra ese desmoronamiento, lento pero implacable, la aristócrata española llama en su auxilio a las figuras fantasmales de Teresa de Ávila, Don Juan, Cervantes, el Cid, Doña Jimena... y Emiliano Zapata; o el *Ché* Guevara. Todos deben ayudar —estremecidos por los gritos históricos del Dos de Mayo o de Numancia— a combatir a los enemigos, a los especuladores, a los pícaros, a los rufianes, al grito de «no pasarán».

La representación se inicia con el canto en castellano de las dos primeras «coplas» «a la muerte de su padre», de Jorge Manrique. Una escenografía alucinante, de cuatro niveles practicables, utiliza viejas tramoyas, figuras que vuelan, frisos de águilas, patéticos esqueletos de soldados y de clérigos que enarbolan y agitan desvencijados estandartes, mientras se oye con energía sobrecogedora el Himno nacional español.

La puesta en escena, del argentino Livelli, llega al corazón de los espectadores, acaso porque Fernando Arrabal les sirve —como ha notado la crítica de París— una visión de exiliado. Pero, en cualquier caso, el éxito rotundo de público y el juicio de la Prensa coloca en una primerísima línea de la dramaturgia europea a esta visión patética de España, en la que se mezcla el sentimiento de la grandeza y del honor con la visión irritante de los mendigos y de los pícaros, de los elementos de corrosión de nuestra realidad histórica.

UN ÁNGULO DE FRANCIA: BRETAÑA

1. UNA ISLA Y UN CONTINENTE

Julio César el inventor, a la vez del laconismo militar —*veni, vidi, vinci*— y del más bello relato bélico —la *Guerra de las Galias*— nos ha dejado una página alucinante. El vencedor —ya en poder de todo el territorio franco— se apresta a construir, con cólera febril, una armada en las riberas del Loira. ¿Qué ha sucedido? Del lado del mar occidental, ha surgido un temeroso enemigo. Son las gentes de la Isla. Poseen, estos extraños personajes, una poderosa armada, cuyas naves se mueven con extraños y pesados velámenes de piel. Son los britanos, y consideran la tierra nordoccidental del continente como una prolongación natural de su propia patria a la que llaman, primero Armórica, es decir tierra del mar, y más tarde Bretaña. Julio César sabe muy bien que estas gentes bárbaras y terribles, si consiguen desembarcar, darán al traste con esa conquista admirable que él narró como un relámpago ante el asombrado Senado de Roma. Desde uno de los pocos altozanos de la costa de Cornualles, en uno de los entrantes roqueros, donde se abriga su armada, César ve maniobrar, lentamente, a esas doscientas veinte naves que, como hemos dicho, llevan pesados velámenes de piel de toro y medita la dificultad de su victoria. La batalla es inevitable, y el Caudillo romano da la orden de avanzar en el momento en que el viento empuja hacia sus naves las tremendas barcazas de los britanos o bretones. Pero Marte viene en su ayuda, requiriendo a Eolo para que cese el viento. Sus naves han quedado inmóviles. Pero la mayor fuerza de los remos favorece a los hombres de Roma que acometen a la escuadra enemiga y la destrozan. Julio César sabe ya que nadie le disputará el dominio total de la Galia y que, incluso más, las legiones de Roma abarcarán toda la sección sur de Inglaterra, que se hace romana hasta el muro de Adriano, que separa el Imperio de las extrañas gentes que se llamaban entonces pictos y después escoceses. Gracias a esta muralla defensiva, un tercio del

vocabulario inglés es de origen latino y toda el alma de Roma sirve de substrato al Imperio británico.

Aquella Galia *divisa in partes tres* que Julio César define al empezar su relato militar es, ahora, *tota una pars* bajo los lábaros de Roma. Aquellas gentes que hablan rarísimas lenguas, declinaron las voces del latín, la ordenada gramática en que se expresan los hombres doctos del Imperio. Los sacerdotes druidas que conocen los secretos misteriosos de los árboles y de las estrellas, aprenden los nombres de los dioses que designan los días de la semana. Un día, desde la capital del Imperio llegan otras gentes que instalan en Tours las iglesias de un Cristo que enseña, como a san Martín, su enviado apostólico, que cuando se encuentra a un pobre hay que darle la mitad de su capa. Toda la Bretaña céltica está ya romanizada y los menhires druídicos se han convertido en «calvarios». Cuando Carlomagno instala un trono, es a la vez «sacro, imperio, romano y germánico». Es decir, que es ya Europa.

Pero los acantilados de Bretaña y de Normandía siguen mirando hacia esa Isla. Durante siglos el devenir histórico se hace de esta confrontación que, fatalmente, conduce a la guerra. Larga guerra secular en la que toca a las gentes de Inglaterra la invasión de Europa, que ellos consideran como una prolongación de su tierra y de sus gentes: de Bretaña y de sus bretones.

He aquí un episodio: en 1418, los ingleses, al mando del duque de Berwick asediaba una ciudad francesa del Norte. Tomada la plaza, el jefe inglés condena a la horca al más esforzado defensor francés, Alain Blanchard, a menos que pague un crecido rescate: «Yo no tengo bienes —contesta—; pero si los tuviera no los gastaría en impedir que un inglés se deshonrara.»

Esta infamia se produce poco después cuando los ingleses hacen prisionera en Compiégne y conducen a la hoguera —tal como cantó François Villon—, a Juana de Arco, *la «bonne lorraine» qu'Anglois bruslèrent a Rouen.*

Pero el diálogo militar entre la Isla y el Continente continúa. Un día el hombre continental se llama Felipe II, y su desenlace se llama el desastre de la Invencible. Otro día, asume el nombre de Napoleón, su desenlace se denomina Wa-

terloo y su epílogo Santa Elena. Otro, el hombre continental asume el nombre de Adolfo Hitler, y su epílogo se termina en el patíbulo de Nuremberg.

Para iniciarse en la complejidad espiritual del país, el viajero puede adquirir, en las librerías de Rennes o de Saint-Malo, un opúsculo de Olier Mordrel, titulado *l'Essence de la Bretagne,* publicado por primera vez como serie periodística en 1937, y reeditado con un apéndice en forma de libro, en 1977 (ed. Kalen). Es un intento de hallar las señas de identidad que separan y definen lo «bretón» frente a lo «francés», cuya acción integradora ha llevado a estas gentes a la lucha armada, bien con signo tradicionalista —como en el caso de los «chouans» o de la «Vendée»— frente a los principios de la Revolución francesa, bien con signo autonomista o independiente frente al Estado. Estas formas diferenciales parten de una singularidad lingüística —de origen céltico—, de una mitología de ultratumba, y de perfiles caballerescos; de una historia ligada al mundo anglosajón; de una religiosidad católica que conduce a la mística y al apostolado. Todo ello configura una conciencia nacional que, durante la Segunda Guerra Mundial, intentaron aprovechar los ocupantes alemanes, con las previsibles operaciones de castigo al terminar la contienda. Por ello, las heridas están abiertas, y un «Frente de Liberación de Bretaña» reúne las fuerzas políticas que velan las armas de un sueño de independencia.

2. DE BREST A SAINT-MALO

Bretaña es una fuerte proa que avanza sobre el Mar Tenebroso, por medio de dos finisterres, la tierra de León y la tierra de Cornuailles, que centran un mascarón blasonado que se llama la ciudad y el puerto de Brest.

Se ve en seguida que la tentación marina envuelve esa avanzadilla de tierra llana y arenosa, rica en marismas que, bordeada de fiordos, de baja presencia al Sur y de impresionante altura en el costado norte, especialmente en Saint-Malo explica esa condición de navío que define el alma y el ímpetu de los bretones, a lo largo de una seríe de navegaciones vikingas y descubridoras, la más importante de las cuales, la de Jacques Cartier, regala, en una prolongación de la Bretaña en la bella proyección francesa del Canadá, en cuya capital, Quebec, el castillo de Frontenac es un reflejo fantástico de los castillos que decoran la tierra bretona.

Yo diría que el componente fundamental de este paisaje es el agua: no son sólo los horizontes marinos, los que asoman en cada hendidura de paisaje, sino que se diría que el elemento acuático que llega en la corriente de sus ríos y de sus canales, sigue viviendo bajo la superficie y aflora en las interminables marismas que convierten el paisaje en un juego de espejos, ya que el reflejo del cielo lluvioso nos repite un paisaje celeste en el que el agua es también un componente definidor.

La geografía occidental de Bretaña es un juego de dentelladas roqueras sobre el Atlántico, que se mete, tierra adentro, en la gran ensenada de Brest y en el amplísimo golfo de Morbiham, refugios ciertos para navegantes de altura, corsarios y vikingos.

Mar, pues, para la aventura y para el peligro, como bien sabemos las gentes hispánicas que conocemos el rastro de nuestros galeones. ¿No hay, en la misma rada de Brest, un promontorio sobre el mar que todavía se llama «Punta de los Españoles»? ¿No es la palabra francesa «Calvados», en

Normandía, la curiosa deformación de *Salvador*, uno de los galeones de la Invencible, cuyos náufragos dejaron, en tierra francesa y en tierra irlandesa, rastros fisonómicos morenos indubitables?

Su toponimia nos llama en seguida la atención sobre la complejidad lingüística del país, cuya lengua natural es el bretón. Alguna repetición frecuente de la sílaba *ker* nos sorprende no sólo en los nombres de lugar, sino en los apellidos de las gentes. Así, por ejemplo, en la lista telefónica de Nantes, anoto Keraudran, Kerbourc, Kerkladon, Kerforme, Kerhamon, Kerneur, Kerohan, Kernóuor. Parece ser que esta sílaba repetida tiene el significado de casa o roca, y yo me acuerdo ahora que el nombre de mi pueblo marinero de Cadaqués es una corrupción de Cap-de-quers, o cabo roquero.

No es fácil de explicar esta presencia, tanto más cuanto la sílaba en cuestión pertenece al vocabulario céltico cuya geografía se sitúa más a occidente, así la lengua de los britani o gente de Bretaña sería el antiguo celta del que derivaría el gaélico que se habla en Irlanda y en el País de Gales y el actual bretón que, como el vasco, se ha ido batiendo en retirada. De manera que hoy sirve de caracterización del país en dos demarcaciones: la occidental, o Baja Bretaña, que por conservar el idioma se llama «Bretaña bretonante», y la oriental, o Alta Bretaña, que sin perder su personalidad, se explica en francés. La línea divisoria vertical pasaría por Saint Brienc y Loudeac, teniendo la primera como ciudades importantes Vannes y Quimper; la segunda, Nantes, Rennes y Saint-Malo.

De suerte que, también como en el País Vasco, la vigencia del idioma originario, no condiciona el sentimiento nacionalista. Y así, en las librerías de Nantes o de Rennes he visto libros escritos en la lengua bretona, ediciones de cuentos infantiles, novela y poesía, y —naturalmente— alegatos políticos en pro de una Bretaña autónoma, cuando no independiente.

El movimiento, sin embargo, ha persistido, y sigue fiel a los principios del escritor Olier Mordrel y la revista *Stur*, suspendida al empezar la guerra (1939), que cuando la ocupación alemana de 1940 adquirió tintes de traición «colabo-

racionista», lo que provocó una muy dura represión por parte del Gobierno francés al terminar la contienda.

Como de costumbre, estos movimientos se inician con vagos sentimentalismos folklóricos y terminan en un verdadero «Frente de Liberación de Bretaña» que intenta oponerse a lo que ellos llaman política discriminadora del Gobierno francés, destinada a paralizar la vida política, económica y cultural del país bretón, y apoyada en la tremenda fuerza centralizadora de la cultura francesa, como lo muestra la abrumadora mayoría de los volúmenes que se exponen en las librerías del país.

El fin de mi itinerario bretón termina en los acantilados donde se alza la fortaleza de Saint-Malo.

En Saint-Malo he comprendido, mejor que en parte alguna, el alma de Bretaña: el alma marinera y corsaria que adelanta sus muros fortificados sobre el mar que azota sus duros basamentos minerales. Saint-Malo es, sí, un balcón abierto al infinito, y es obligado y tópico recordar que, desde estas murallas, Chateaubriand, joven, aprendió la lección de la melancolía oceánica —la sensación de perderse en un horizonte sin límites—, que dibujaba en la neblina Américas remotas, que un día habría de recorrer con ilusionados pasos, buscando el alma virginal de sus bosques y de sus indios, imagen perfecta de la ingenuidad sentimental del *bon sauvage* que Juan Jacobo Rousseau había tomado de aquella fábula española del «villano del Danubio» con las que nuestro Antonio de Guevara se atrevió, en pleno siglo XVI, a defender los derechos del indígena frente a la «civilización».

Pienso todo esto, asomado al paseo de ronda de las murallas de Saint-Malo, al terminar mis itinerarios de Bretaño. Suena el órgano del mar, que percute con su oleaje la fortaleza. Desciendo de los altos muros, para refugiarme en un restaurante típico, servido por unas admirables viejecitas que llevan el traje popular bretón. Me alargan el blasonado menú; pero no es necesario. Mi elección, lógicamente, ya está hecha:

—*Un Chateaubriand au point, s'il vous plaît, Madame!*

3. LA ARISTOCRACIA Y LA GUILLOTINA

La muy ilustre ciudad de Nantes disputa a Rennes la capitalidad de la Bretaña oriental, o Alta Bretaña que se expresa en francés, frente a la que se llama Bretaña Bretonante porque se conserva su idioma céltico. La ciudad se asienta en la desembocadura del Loira y es, de alguna manera, el origen del largo estuario que conduce a Saint Nazaire, puerto de entrada y salida de las navegaciones a América.

Tierra rica en leyendas e historia. Basta recorrer las calles de Nantes para observar cómo las grandes líneas palaciales de la arquitectura clásica denotan la presencia y la prestancia de una clase aristocrática orgullosa y fuerte. Y no puedo por menos de recordar que, contra el viento ideológico y la marea revolucionaria, la Bretaña opuso a la Revolución Francesa, una obstinada oposición armada —la Vendée— largamente explicada por historiadores y novelistas.

Las viejas alcurnias se advierten, en efecto, en esos viejos palacios señoriales de Nantes, cuyos escudos presiden heráldicas pomposas y resonantes apellidos. Y en el mismo centro de la ilustre ciudad, he observado la gigantesca lápida que exorna la fachada del teatro, que majestuoso preside la plaza de Graslin, a pocos pasos de la que todavía se llama la Place Royale. La lápida reza textualmente:

L' AN 1788
LE 13eme. DU REGNE DE
LOUIS XVI

CE MONUMENT FUT TERMINÉ.
LOUIS JEAN MARIE
DE BOURBON
DVC DE PENTHIÈVRE
GOVVERNEUR

LE COMTE DE THIARS
COMANDANT

LE DVC DE CERESTE
DE BRANCAS
GOVERNEVR DES VILLES

ET DE BERTRAND DE MOLLEVILLE
INTENDANT.

Un año después —exactamente— estalló la Revolución Francesa, que echa a pique todas estas fanfarrias blasonadas. La rebelión armada es reprimida a sangre y fuego, y todavía las crónicas bretonas recuerdan las terribles vindictas del comisario de la Revolución, Carrier, quien cargaba barcazas con aristócratas y las hundía en mitad de la desembocadura del Loira. La dureza de esta represión fue tal que condujo a su protagonista a la guillotina.

Esta fuerza de la aristocracia bretona, polarizada años más tarde, en las guerras de la Vendée, iniciadas en 1793, en las que aquellos obstinados defensores del orden antiguo y del catolicismo tradicional pusieron en tan largo y duro trance a los ejércitos de la Convención y del Directorio. Como el duro pedernal de sus cabos batidos por el Atlántico, estas gentes, igual que sus parientes célticos los irlandeses, sabían remar a contracorriente, creando una nueva mitología caballeresca y fantástica que podemos denominar, también, «Materia de Bretaña».

4. «MATERIA DE BRETAÑA»

Los profesores de literatura llamamos de esta manera al conjunto de leyendas que milagrosamente se originan en este rincón céltico del noroeste de Francia y que circulan después, gracias especialmente a Chretien de Troyes, por toda Europa.

Es una serie interminable de mitologías que encabeza el rey Artús y sus Caballeros de la Tabla Redonda, uno de los cuales, Perceval (Parsifal en la versión de Wagner), asume la misión de rescatar el Cáliz de la última cena que José de Arimatea había perdido cuando llegó a Bretaña.

Estas leyendas llegan a España a través del Romancero y de los libros de Caballerías, y el propio Don Quijote recuerda las gentilezas de las damas con el caballero Lanzarote «cuando de Bretaña vino».

Éstas son las historias que gusta de contar, para delicia nuestra, Álvaro Cunqueiro, en libros tan gustosos como *Merlín y familia.* O en relatos menores, como aquel que cuenta la llegada de Malco a las tierras de Galicia. Como sabéis, Malco es aquel personaje del Evangelio que con su espada cortó la oreja de uno de los soldados romanos que iban a prender a Jesús. El texto sacro nos cuenta que Cristo reprendió al ardoroso Malco, uniendo milagrosamente el miembro desprendido. Asombrado Malco, según el relato de Cunqueiro, decidió predicar al Hijo del Hombre, atravesó las siete tempestades del mar y arribó a la Galia, contando, enardecido, las gracias de Nuestro Señor. Pero aquellos sabios sacerdotes célticos, aquellos druidas que sabían tantos secretos sutiles, sonreían irónicamente al escuchar los arrebatos férvidos del pobre Malco, quien, para convencerles obtuvo de Dios, como milagro singular, que pudiese desprender y volver a colocar su propio pabellón auditivo.

Pero el mejor libro de Álvaro Cunqueiro, en lo que conviene a la «materia de Bretaña», es sin duda *Las crónicas del sochantre.* ¡Cómo me hubiera gustado tenerle a mi lado en mis andanzas bretonas, recordando con él aquella delicia des-

criptiva que empieza diciendo: «Bretaña es una tierra peñascosa por el lado del mar, pero se abre en amplias planicies, valles estrechos y alegres oteros, por donde se une a Francia. Es tierra muy viciosa de caminos, puesto que en ella, amén de la gente natural del sobremundo, andan fáciles y vigilantes pasajeros, gentes de las soterradas alamedas, finados vespertinos, fantasmas, huestes de caballeros, ánimas redimiéndose de penas; las más de ellas, gentes difuntas a las que alguna paulina niega descanso. Las hieren los vientos y las noches por los innúmeros caminos, hasta que sólo queda de ellos un aliento frío... Los vivos en Bretaña conocen si los aires que corren son de muertos o no, y le sacan el sombrero a una brisa de mayo porque adivinan que se trata de la hermosa Ana de Comburg que pasa sonriendo entre las verdes cimas de los abedules... Por los caminos de Bretaña va la danza macabra empujando viento, y la más dominante flor que nace en abril a la vera del camino, ignora si va a ser el cabello de una niña o pisada por el pie de un esqueleto que salta al frente de las huestes, guiando el paso que denominan *l'embrasse* y es un momento de amor en las gallardas.»

Pues bien, Álvaro Cunqueiro, sitúa su famoso libro *Las crónicas del sochantre* en tierras de Bretaña, justamente en los años en que ha triunfado la Revolución Francesa. La aristocracia que no pierde la cabeza literalmente —es decir, en la guillotina— se repliega en los dominios de sus nostalgias. También el protagonista del libro, sochantre de un monasterio bretón, ahora constreñido a tocar el bombardino en los entierros solemnes, en uno de los cuales, cuitado, deslizó por error unas notas del himno realista entre los compases de «La carmañola». El relato de Cunqueiro, como recordaréis, se inicia cuando el buen sochantre es instado a subir en una carroza donde unos nobles personajes aguardan para acudir a un entierro de un pariente suyo, el hidalgo de Quelven. Puesto en marcha el vehículo, advierte que todos están ya muertos, y alegran el camino contándose sus vidas. En uno de los pueblos del tránsito, los alegres esqueletos representan la historia de Romeo y Julieta. Es, un poco, la danza de la muerte del mundo aristocrático y religioso, que la Revolución ha condenado a la guillotina.

El encanto de Europa

Tierra céltica, tierra de formas que se desvanecen. Como en toda geografía de niebla, los milagros se producen con facilidad. Por eso los niños españoles leen los cuentos de Andersen, en los que la bruma permite descubrir entre los bosques espesos a una princesa que peina, cantando una dulce melodía, sus cabellos de oro.

¡Celtia de las brujas y de los trasgos, cuyas provincias son Galicia, Bretaña e Irlanda! Cumplo ahora mi viejo sueño de recorrer tus caminos.

Desde el París de Francia, atravesando la dulce tierra de la Turena, va el viajero español, que rinde al pasar por Tours, los honores de ordenanza a la fidelidad al clasicismo en la figura de Pierre Ronsard, que aquí amó y fue querido. Y al entrar en el castillo de Chambord descubre inesperadamente la Sala Noble, en la que se encuentra instalado el famoso cuadro de Gerard que nos evoca el momento majestuoso en que Luis XIV presenta en su Corte a su nieto Felipe V, ya en su calidad de rey de España.

El viajero va en busca de esa tierra de Artús y de los Caballeros de la Tabla Redonda, donde toda magia tiene su asiento, puesto que ahí se encuentra el bosque de Broceliande, donde Viviana y Merlín vivieron; donde se desenlaza la tragedia de Tristán e Isolda que Wagner instrumentó en el límite de la expresión humana; donde existe una ciudad junto al mar de Cornuailles, la fantástica IS, cuyo rey Gradlon está enamorado de la bella princesa Dahut que abre con una llave de oro la esclusa del mar, ya que era el mismo demonio que buscaba la perdición de todos. Por una orden del cielo, Gradlon arroja la princesa al mar, que se retira milagrosamente pudiendo salvarse el héroe. Pero entretanto las olas se han tragado la ciudad de la que sólo queda su nombre y su recuerdo.

Recordamos, también, a otros personajes como Konan Meriadek, supuesto antepasado de los príncipes de Rohan de biografía legendaria; o al rey Konomor que es una especie de Barba Azul de la Bretaña.

Pero sobre todo, dejadme recordar la leyenda de aquel famoso héroe llamado Yann, quien abandona la casa de sus

padres y acompañado por un caballo, poseído del don del lenguaje y con quien mantiene largas conversaciones, llega a la Corte del rey Fortunato, donde se enamora de su hija, atrevimiento por el cual es condenado a ser quemado vivo. Pero su buen caballo le explica minuciosamente dónde encontrar el ungüento mágico que habrá de salvarle preservándole del fuego. Es bien sabido que, en las leyendas, los animales de Dios gozan del don de la palabra.

INGLATERRA

1. EL RESPETO

Me acontece —no sé por qué— que cuantas veces mi buena fortuna me depara un viaje a Inglaterra tengo una sensación de regreso a los orígenes. Me gustaría analizar las razones, acaso oscuras, de esta repetida vivencia intelectual. Razones que no puede explicar mi propia conciencia histórica, forzosamente distinta de la que paladeo, una vez que el gran pájaro de acero me deposita en uno de los aeropuertos londinenses. Regreso a los orígenes, que acaso signifique sensación de tomar contacto con una tradición firmemente arraigada.

Inglaterra, la impávida. Ya la moneda ha aceptado, por fin, adaptarse al sistema decimal. Pero las millas y las yardas siguen siendo medidas de longitud, aun cuando —con paradoja insigne—, sigan teniendo el espécimen del metro en el observatorio de Greenwich, excursión obligada de los turistas por los alrededores de Londres. Y, por supuesto, se continúa conduciendo por la izquierda, aunque con una prudencia nada continental.

Lo que produce esta impresión de «regreso» acaso sea esta noción de continuidad impertérrita, con que Inglaterra podría modificar el verso famoso: «telle qu'en elle même l'eternité la change». De ahí que, a cada viaje, nos ofrezca la intocable imagen de sí misma, por encima de esos cambios minúsculos que reciben el nombre de partidos políticos, porque acaso sea Inglaterra el país en que más se parecen los adversarios que militan en unos frentes polémicos que se hallan, todos, macizamente de acuerdo respecto a esa realidad sutil, enorme y consuetudinaria que se llama la Corona.

Pido perdón por explicar tantas cosas elementales, que, naturalmente, no descubro ahora, sino que sencillamente confirmo a cada viaje. Si no fuera por algunos espectáculos de furor popular que se producen entorno al público futbolístico, bien podríamos decir que este país goza de una póliza de

seguro al respeto. Desde la seguridad que ofrecen los pasos cebra, a la tranquilidad con que en Hyde Park los *speakers* despliegan sus más peregrinas ideas. «Si los ingleses —cuenta Maurois— se reuniesen frente a Westminster dando voces, el policía les diría que se fuesen, y se irían.» Es una página de ese gran «baedecker» que se llama *Los silencios del coronel Bramble.* O bien, como en otra blanda caricatura —creo que es de Chesterton— donde los *bobbies,* en el propio Hyde Park, colocan en ordenadas filas separadas a los que se proponen incendiar el palacio de Buckingham y a los que desean destruir la catedral de San Pablo.

«Seguro de respeto» que se apoya en unas reglas fijas e inmutables. José María, un estupendo chico español —hijo de unos entrañables amigos que viven en Londres— me habla de su profesor de deportes.

—¿Qué te enseña este profesor? —le pregunto.

—Nos enseña tres cosas: la primera, que hay que respetar las reglas del juego; la segunda, que hay que procurar ganar; la tercera, que, cuando se pierde, hay que acudir inmediatamente a felicitar al vencedor.

Y yo pienso, melancólicamente, en la tendencia española a romper la baraja, alegando que la victoria de los demás no es tolerable. Olvidando que la lucha por vía democrática comporta dos hechos igualmente importantes:

Primero: que el triunfador va a ejercitar el poder, dentro de los términos cronológicos establecidos.

Segundo: que el perdedor va a aceptar el mando de los otros, sin perjuicio de señalarle —con vista a una próxima elección— los errores en que pueda incurrir.

Desde el aeropuerto de Heatrow hasta la zona residencial en que yo he vivido, hemos atravesado algunos centenares de semáforos. Ni un solo policía de tráfico. Puedo decir, sin temor a equivocarme, que hay muchos más agentes de circulación en Barcelona que en Londres, sin duda porque nosotros necesitamos de un guardia que nos recuerde que el «color rojo» significa «prohibido el paso». La redundancia es evidente.

De ahí que el peatón tenga la absoluta seguridad de ser respetado por el automovilista, cuando tiene prioridad de paso, y no debe correr para evitar los intentos de asesinato

con que le amenazan los conductores de vehículos. Y perdón por insistir en tanta trivialidad aparente.

Seguro de respeto. He vivido en Londres en los días del referéndum en torno a la inserción de Inglaterra en la Comunidad Económica Europea: ni una manifestación, ni un grito, ni una «pintada». Incluso en la conversación, el tema se ha eludido, sin duda porque no se considera «decente» inmiscuirse en la opinión ajena. «La conversación británica —dice, también, Maurois— es un juego, como el críquet o el boxeo: las alusiones personales están prohibidas, como los golpes bajos, y aun la discusión apasionada apareja la descalificación.»

El voto favorable a la incorporación europea se hacía visible en unos discretos cartelitos en los parabrisas de los coches: *keep Britain in Europe.* Los partidarios del «no», que obtuvieron casi el cuarenta por ciento de los votos, ni siquiera juzgaron necesario una exteriorización de su sentir. He aquí la *privacy,* el respeto a la intimidad privada de cada ser humano.

Las únicas «pintadas» que he visto en Londres están escritas en castellano, en torno a Portobelo Road, la calle que, como ustedes saben, hace el papel del «Rastro» de Madrid o de los «Encants» de Barcelona. En esta zona, al parecer, habitan gran parte de los miles de españoles que residen en Londres, más o menos tolerados sólo en los oficios que implican servidumbre: camareros o empleadas de hogar —pues a más no llega la tolerancia británica—. En los muros adyacentes a esta famosa calle, nuestros paisanos exhiben su furor polémico, pintando rótulos antifranquistas y democráticos, y dando un inconfundible matiz ibérico a toda la zona.

Me han contado que un famoso político inglés fue preguntado cuándo se nos devolvería Gibraltar a España, a lo que contestó con zumba británica:

—Cuando los españoles nos devuelvan Portobelo.

Que se queda ahí, entre el rumor de los mercaderes de nobles antigüedades y de cachivaches increíbles, como testimonio vivo del tiempo que no vuelve. Así, también Inglaterra, pone en presencia impávida la historia que fue y que continúa impertérrita. Con la tranquila seguridad de que lo que existió tenía sus buenas razones para existir.

2. EL «SÍ» A EUROPA

El acontecimiento central —como ya dije— en los días de mi última estancia londinense fue el de la expresión, por medio de un referéndum, de la decisión de permanecer o no en Europa. La verdad es que la respuesta —afirmativa— parece una redundancia: *Keep Britain in Europe,* como decían los carteles de la propaganda: pues ¿no es Inglaterra una noble realidad continental? Los caballos de las legiones romanas, ¿no caracolearon por los tiernos y verdes prados de la «tierra de Anglia» como dicen nuestros textos medievales? ¿No está la lengua inglesa plagada de palabras procedentes del latín? Recorriendo la geografía británica comprendemos que cada frontón neoclásico sobre impávidas columnas, es expresión de homenaje a esta fidelidad, incontrovertible, puesto que ,excepto los ejemplos insignes del gótico «tudor», el neoclasicismo es el modo universal de esa arquitectura. Los templetes que, en Oxford, decoran los edificios universitarios con bustos de filósofos antiguos, hacen pensar en la frase —entre zumba y envidia— de Ortega, según la cual el idioma nativo de los oxonianos fue (y sigue siendo) el griego. La cultura clásica está en la raíz de todo. Y es archiconocida la anécdota del famoso hombre de gobierno que, en la Cámara de los Comunes, quedó cortado al recitar, de momoria en latín, un texto antiguo, cuya continuación fue coreada por todos los parlamentarios. Creo que es de Kipling la historieta del soldado inglés, de guardia en su trinchera que, declamando en alta voz un texto clásico, descubrió que, del lado alemán, lo continuaba un soldado enemigo. Sí: Europa es una unidad. Negar que Inglaterra es Europa sólo pueden hacerlo. Con su *humour* característico, los propios ingleses que, como en el caso de la ruptura del cable Dover-Calais, anunciaron en un periódico que «el Continente había quedado aislado». Y también dentro de esta línea de blanca socarronería se encuentra aquella idea del personaje, ya citado, de Maurois, en *Los silencios del coronel Bramble,* que

sostenía que la guerra del 14 era, en realidad, una lucha entre Escocia y Alemania, atribuyendo a los «highlanders» del norte el fermento del cantonalismo separatista, en el que acaso —pienso yo— pudieran acompañarle aquellas «extravagantes» y soñadoras gentes célticas de Irlanda y del País de Gales.

En la Inglaterra estricta, la tradición clásica persiste impertérrita y, en las grandes universidades, las ediciones de autores griegos y latinos constituyen renovadamente el ejemplo perdurable y viviente de esta fidelidad al mundo antiguo. Como los grandes monumentos arquitectónicos que —decíamos— se rubrican con sus columnatas de estilo clásico, llegando en algunas ciudades, como Bath, a convertirse en el símbolo total del conjunto arquitectónico.

Recuerdo ahora la conversación mantenida, en un día para mí memorable, en el que visité al ilustre T. S. Eliot, en su despacho de la «Editorial Faber and Faber» de Londres, cuando fui a mostrarle las fotografías de su obra *Asesinato en la catedral* que habíamos montado, con los alumnos del Instituto del Teatro, en nuestra Plaza del Rey.

—¡Qué bonitas decoraciones! —me dijo.

—Son del siglo XIV —hube de contestarle sonriendo.

A Eliot le encantaba lo que para él era una sencilla demostración de la historia como permanencia. También se quedó subyugado cuando le expliqué que, en Tarrasa, existía una pintura mural que evocaba el mismo asesinato (de santo Tomás de Canterbury) realizada a los pocos días del crimen: era como un «telediario» medieval del suceso. Y digamos, de paso, que esta evocación religiosa del martirologio podría añadirse a esta serie de comprobaciones sobre la prolongación de lo continental en las islas Británicas. Porque Cristo es otro modo de ser Europa. Lo meditaba, en estos días, con los amigos que me llevaron a visitar la tumba de Saint Olban, de san Albano, primer mártir cristiano de Inglaterra, en la tercera centuria de nuestra Era.

—Nosotros —me decía Eliot, repitiendo una frase favorita de sus libros—, no somos los «continuadores de los griegos». ¡Somos los griegos!

«Los griegos y los romanos —dice también otro personaje del mismo libro de Maurois—, no nos interesan como temas

de estudio, sino porque son nuestros antepasados. Somos los herederos directos del modo de vivir helénico y del concepto del Imperio de Roma. Cuando Cicerón, en el Senado romano, denuncia la gestión de Varrón como gobernador de Sicilia, es como si se llevase al Parlamento inglés uno de nuestros temas coloniales. Y Alcibíades, ¿no era una especie de Winston Churchill sin sombrero?»

En la figura británica del *dandy* siempre se nos dibuja la idea de que hay alguien que trabaja para que él pueda pasear su prodigiosa impertinencia. La idea del viejo colonianismo inglés era el mismo sueño de Roma (o, si queréis, de Alejandro Magno) que aceptaba como la cosa más natural del mundo que había pueblos cuyo destino era el de laborar —e incluso el de morir— para otros pueblos. La noción de raza inferior, no la inventó Adolfo Hitler sino que —como es sabido— la aprendió de un pensador británico, Houston Chamberlain, quien realizó sus trabajos en Alemania donde publicó (1899) sus ideas sobre la superioridad de los pueblos arios, por lo que no es extraño que acabara casándose con una hija de Wagner, inventor de aquellos mitos grandiosos, tan gratos al pensamiento nazi, por los que se dividía a la Humanidad en pueblos de señores *(herrenvolk)* y pueblos de esclavos. «Inglaterra luchará hasta el último francés», solía decirse con terrible zumba en los tiempos de la segunda de las guerras grandes de Europa.

Toda la historia inglesa —volvemos a decirlo— está simbolizada en esas mansiones donde la nobleza edifica sus sueños de perfección clásica. De la casa de recreo de los Montagu, bajo frontones y columnatas, surgió la sede del actual Museo Británico, adonde la piratería disfrazada de curiosidad cultural llevó las piedras más ilustres del Partenón de Atenas. Es el Sur el que gobierna. Hay una irradiación «italiana» que llena de armonía y de gracia los más nobles edificios de Viena, Munich, Varsovia, Leningrado, con unos palacetes dignos de figurar en una «piazza» de Florencia o de Turín, y que llega hasta Inglaterra.

Es esa misma aristocracia de vida que recordábamos en un artículo anterior, caracterizada por su fidelidad a las posesiones campestres, con todo lo que ello contiene de devoción a las raíces. No olvidemos que del mote que señalaba

a un hombre como «Sine nobilitate» deriva la palabra «snob».

Aristocracia que se convierte, en símbolo de ejemplaridad, como comentábamos aquí, en torno al mote de *noblesse oblige*. Como se es fiel en la misma devoción continental, a los viejos vinos europeos que salen tantas veces en las comedias de Shakespeare, especialmente los vinos ibéricos, el de Canarias, tantas veces citado, el Jerez («sherry») o el Oporto. Por la misma razón, en las terribles tragedias shakesperianas, circula el fuego con viento de las tragedias de Esquilo. Todo es uno y lo mismo. «Tradición obliga.» A pesar de conducir por la izquierda, de medir en millas o en yardas, o de adoptar, tan tardíamente, el sistema métrico decimal.

HOLANDA

LA FUERZA DE LOS DÉBILES

Un venturoso azar ha decretado que haya visto morir el año lejos de mi contorno entrañable. Diré que la noche del 31 de diciembre me encontraba en una pequeña población de Holanda. Era, junto a los canales tranquilos, la imagen misma de un dormido silencio.

De pronto, el carrillón sonoro desató sus campanas de media noche. Y de aquellas casitas silentes, con techos de pizarra, surgió una graciosa e inesperada artillería. Miles de salvas y morteretes; de bengalas policromas; de cohetes de incendiada calma, iluminaban el cielo ceniciento y bajo. Y en cada uno de los canales se duplicaba, increíblemente, la imagen de los fuegos. Salían los niños, bajo la helada noche, a corretear entre el artificio. Se veían, al fondo de las callejas, las nubecillas escarlatas de los pequeños incendios del regocijo. Y todas las ventanas, decoradas con flores, aparecían como más milagrosamente iluminadas. Bajo la apariencia tranquila de los rostros nórdicos surgía, pues, la energía vital que parecía soterrada bajo los ademanes lentos y silentes.

Ignoro de dónde les ha llegado a las gentes de los Países Bajos esa para mí sorprendente vocación pirotécnica. ¿Les viene —como me dicen— de los colonos en Indonesia que la aprendieron de los chinos? ¿Es un recuerdo subconsciente de los juegos de pólvora —que no siempre eran juegos— en que se ejercitaban los españoles del XVII y a los que tan gallardamente respondieron en «las kermesses heroicas», cuando las cañas se volvieron lanzas?

Yo pensaba todo esto en la noche de San Silvestre, al contemplar la súbita y alegre explosión de estas pacíficas gentes del Norte. Y se me ofrecía como ejemplo evidente de esas colectividades a las que la circunstancia histórica obligó a los ademanes viriles. Más allá de la alegría jocunda de los banquetes gremiales de los pacíficos industriales y campesinos, su misma tenacidad laboriosa hizo surgir una potencia militar, que mantuvo a raya a los tercios españoles —entonces

sin rival en el mundo—; sostuvo la independencia de las Provincias Unidas; puso la quilla a escuadras poderosas capaces de crear un imperio marítimo desde Curaçao hasta el Índico y sentó las bases de una de las economías más prósperas del mundo.

Y seguía meditando, mientras recorría, bajo cielos aborrascados de nubes de color gris-plomo, esas pequeñas ciudades holandesas —tatuadas por sus canales, a cuyos bordes las viejas casitas de techos puntiagudos son una muestra de la tenacidad de estas gentes y de su admirable sentido de tradición; de la fuerza secreta que les ha sostenido a través de los siglos.

(Y recordaba aquella curiosa producción de nuestro Eduardo Marquina, *En Flandes se ha puesto el sol*, en la que, junto al gesto grandilocuente del héroe castellano, Diego Acuña de Carvajal, se dibuja, con una simpatía inmensa, la psicología del pueblo flamenco, personificado en la propia esposa del capitán español y en su hermano que, a escondidas, imprime panfletos contra el invasor. A ambos los defiende, frente a las propias tropas españolas, el protagonista. Y he pensado siempre que la condición catalana de Marquina le permitió matizar sus simpatías hacia la expresión del oprimido, en vez de ceñirse a una visión triunfalista y retórica.)

El mundo, la última clave de la Historia, está, muchas veces, en el pequeño ademán insistente, laborioso, obstinado. ¿Quién pensaba, en la opulenta Roma del siglo II, en la oscura tarea, que bajo la tierra, realizaban los primeros cristianos de las Catacumbas? Si a los próceres del Palacio Imperial se les hubiera dicho que, un día, los fundamentos del Estado romano cederían, minados literalmente por las secretas galerías de aquellas gentes humildes y extrañas, que predicaban que su reino no era de este mundo, ¿qué hubieran dicho?

Caminemos a través de los siglos. He aquí, en la España del siglo XVI, el culto al Héroe. He aquí a la novela caballeresca que exalta el gesto, la Proeza. Pero, fijaos; a su lado encogido, en la sombra, acaso con gesto mendicante, un mozo de aire despierto y de penetrante mirada. Su nombre, Laza-

rillo de Tormes, pobre criatura menesterosa, insignificante. Pero he aquí que, al promediar la centuria, este «mozo de muchos años», va a explicarnos la sociedad desde su cínico, dolorido, desgarrado punto de vista. Ni el héroe es tan valeroso, ni la virtud tan real como se pinta. Lazarillo en su autobiografía va a realizar un primer paso gigantesco; un primer proceso de desmitificación.

Al cabo va a salirse con la suya. Y una gran parte de la apariencia suntuosa de la sociedad en que vive va a venirse abajo, con estrépito.

Hace unos días, en una población suiza, se ha desaparecido, como si se hubiera colado por un tubo mágico, Charlie Chaplin, Charlot. Quien —como Lazarillo— es, también, débil, perseguido y pobre. En sus primeras películas, el artista es un simple muñeco de resortes rápidos, siempre perseguido por la Policía, por el grandullón, por el prepotente. Van pasando los años, y el público empieza a percibir, en el rostro del muñeco cómico, el fulgor de una lágrima. Después, va descubriendo su mensaje a la Humanidad entera. Era él, el hombre pequeño, el fugitivo quien, lentamente, iba imponiendo sus banderas. Era él, el personajillo, quien, a lo largo de los años, ha pasado a ganar las últimas batallas.

Quien ha podido dar testimonio, una vez más, en la Historia, de la fuerza de los débiles.

ALEMANIA

HORAS ALEMANAS (1964)

Cuando escribo estas líneas ignoro si los cinco portillos abiertos en la muralla de Berlín se han cerrado ya. Me temo que sí. Pero la realidad histórica registrará que, durante los días navideños de 1963, los dos mundos, que la tremenda línea de cemento separa, se pusieron en contacto y unos cuarenta mil berlineses occidentales llevaron la alegría de su presencia y el lujo portátil de sus regalos a sus familiares de la zona oriental. Se ha cumplido, pues, aquella irradiación del espíritu de Cristo, aquella «Navidad de los otros» de que, al acercarse las jornadas del Gran Natalicio... Aunque los portillos se hayan cerrado de nuevo, esa luminosa presencia perdurará como un polvillo de estrellas sobre el corazón de la Humanidad.

Mi experiencia berlinesa —hace un año y medio, en el estío de 1962— fue parcial: estando en vigor ya, y muy enérgicamente, las medidas de aislamiento, tuve que limitarme a recorrer la zona occidental. El día anterior, un desventurado joven berlinés había sido acribillado a balazos al intentar entrar en ella. Del lado de acá, gentes silenciosas y graves llevaban brazadas de flores al lugar del sacrificio, que presidía un largo crespón negro. Un crespón que contrastaba con la mañana luminosa, con el gentío agrupado en las terrazas de la Kurfürsterdamme, o en los estanques maravillosos de los espléndidos parques berlineses.

Sólo algunos turistas se dedicaban a recorrer el muro ceniciento, salpicado de otras ofrendas florales —signo de otros tantos sacrificios de sangre—; la terrible cenefa gris sobremontada de las casas con las ventanas cegadas de ladrillos, en cuyos intersticios se adivinaban, escrutadores, los teleobjetivos fotográficos de la información soviética. A intervalos, las torretas de los «vopos», o «policías populares» del Berlín oriental, mostraban sus uniformes verdes, su fusil terciado, sus prismáticos impertinentes.

Todo con una perfecta, con una estupenda naturalidad.

Como si la historia se hubiese congelado, definitivamente. Como si una ciudad pudiese, en efecto, partirse en varias; autodestruirse. Otra cosa me impresionó: la sensación de costumbre con que esta desgarradura se conllevaba. Millares y millares de berlineses vivían, pues, en su insólita condición de isla occidental en el «mar rojo», organizados ya en el negocio y en el ocio, explotando incluso su extraña y patética condición fronteriza, exhibiendo un poco estridentemente el lujo de la zona elegante —los rusos, naturalmente, se quedaron con las barriadas obreras—, que se ofrece, como contraste luminoso y descarado (con el apoyo financiero del mundo occidental), frente a las viviendas de color gris cemento, rodeadas todavía de ruinas, del otro lado de la puerta de Brandeburgo.

Yo pensaba en «los otros»; en aquellos cuyos familiares habrán podido abrazarles, ¡por fin!, en esta Navidad de 1963, pululando en sus organizaciones férreas, en sus duros planes de trabajo. ¡Los «otros»! ¡Los que quedan al otro lado! La impresión más viva en mi excursión berlinesa se produjo en la Postdammer Platz. Se ofrece allí, a los visitantes, la posibilidad de observar, desde lo alto de una escalerilla, el fragmento del Berlín oriental que puede abarcarse con la mirada. Los ojos recorren ansiosamente el fragmento de paisaje urbano, en cuyo fondo «los otros» se mueven hacia sus quehaceres. De pronto, descubrimos que, en un observatorio parecido al nuestro, puestos de puntillas, un grupo de esos «otros» nos contemplaban, con un terrible gesto de curiosidad. Los «otros» éramos, pues, para ellos, nosotros mismos. Era un modo ansioso de escrutar, de observarnos, como si perteneciésemos a otro planeta, como si nos devolviesen, con la misma moneda, la cruel curiosidad con que les veíamos. O, acaso, con un intento de entrecruzar, con las miradas, unos lazos de amor, de conocimiento, de hermandad.

Por encima del cruel muro divisorio, gentes de aquí y de allá nos entendíamos con los ojos, sabiéndonos seguramente inocentes de tanta cruel estupidez como divide al mundo.

ITALIA

HORAS EN ROMA

Tramonto, en italiano, es el ocaso. Y suena bien, para decirlo ahora, cuando veo desmayarse la tarde desde el Gianícolo, apoyado a uno de los pretiles de San Pietro in Montorio, difuminando en la sombra cúpulas y obeliscos. La construcción renacentista del Bramante y del Bernini, junto a las flechas verticales de la piedra que recuerdan la más vetusta antigüedad. Roma es esto: obelisco y cúpula. La veo esta tarde, una vez más, en esta escenografía de los modos «palazzescos» que se enriquecen con los sienas tostados, los colores calientes, los muros decorados con la gama pompeyana; cobres, carmesíes, escarlatas, tierras, barro cocido, llama solidificada. Y, sobre este fondo cálido, el hielo de los mármoles: las estatuas sobre las fuentes, sobre las «fontanas», que crean el teatro de las aguas cuando se vierten en trémulos espejos.

Transito las callecitas junto al «corso» antes de abordar «piazza Venezia», con su escenográfico balcón pensado para arengar muchedumbres. Recuerdo, sí, viejas estampas memoriosas, cuando el Gran Personaje se asomaba, teatral y grandilocuente, a hacer vibrar a los suyos, después de anunciar su palabra con apabullantes redobles de tambor. Me siento en el cafetín de la esquina del «corso» y la «piazza», donde unas jóvenes walkirias se transmiten su emoción turística. Lo que fue «pacto de acero» es, ahora, nostálgica emoción. Porque la Germania fue, siempre, secretamente esclava de la Latinidad, aunque pretendiera sojuzgarla .Aquí, en Roma, el alma del joven Goethe declaraba, con germánico candor, que había nacido de nuevo, al contemplar la tierra «donde florece el limonero».

Anoche en «piazza Navona», junto a la fuente iluminada, en un dulce tibio ambiente otoñal, los pintores-hippies mos-

traban su mercancía. Los contemplaba, al salir de la «trattoria» de Stéfano. ¿Qué ofrecen sus rápidos pinceles? ¿No nos ofrecen una vez más el tema tópico, la operación refleja de unos clásicos para jóvenes turistas más o menos encantadoras? ¡Qué fidelidad a sí mismos, qué pereza para la renovación y para el riesgo!

Anuncian de todo: conciertos de música sacra y —observad el neologismo— «pornojuegos». ¡Feria infatigable de la fantasía itálica!

Sí. Los «sonetos fecho al itálico modo». Sí. Todos los sonetos —de anteayer, de ayer, de hoy, de siempre— son al modo itálico.

En el café «Berando», bajo los soportales de la Via del Corso, he escrito, también, mi soneto a la Columna trajana:

Arquitrabes, estatuas, galerías,
giran en torno a la Columna enhiesta,
tirabuzón del cielo, piedra en fiesta,
berbiquí de las altas lejanías...

El tornillo sin fin de sus estrías
desarrolla preguntas sin respuesta,
multiplica y divide, suma y resta,
encadenando las alegorías.

El Tiempo y tú, Columna, sentenciados
a ver girar la historia, piedra viva
que dibuja proezas combatientes,

como giran los hombres fatigados
uncidos a la rueda fugitiva
que se hunde en las tristezas impotentes.

El encanto de Europa

He recordado, en mi charla del Instituto Español, algunas vinculaciones, olvidadas, con Italia. Aquel pintoresco Diego Ruiz, médico psiquiatra, filósofo del entusiasmo, cordobés de cuna, recriado en Cataluña, prologado por Maragall, tránsfuga por Europa, regresado a España cuando nuestra guerra civil, furibundo colaborador de la FAI y hundido en un misterioso refugio final hasta su muerte. Diego Ruiz, que escribió un libro autobiográfico —*Nieto de Carducci*— recordando sus épocas de colegial de Bolonia, y publicó en italiano algunos de sus libros. O a José Pijoán, que dirigió nuestra Escuela Española en Roma. O a Baroja, cuya novela *César o nada* (1909) transcurre en Italia; como *Mare Nostrum* de Blasco Ibáñez; como *La mujer de ámbar* de Ramón Gómez de la Serna. Pero esto son presencias anecdóticas. Los poetas de Cataluña sienten la impronta italiana —López Picó, Saperas, Tomás Garcés, Josep Aragay—. Cuando Xenius escogió la villa Hipólito d'Este, cerca de Roma, para centrar la ascención de la *Ben Plantada,* ¿no alcanza para lo italiano una dimensión trascendente? ¿Qué sentido tiene, por ejemplo, la huella italiana en Miguel de Unamuno, desde el pensar poético de Carducci hasta el desdoblamiento de la personalidad en Pirandello? ¿Sería comprensible la meditación orteguiana sobre la *España invertebrada,* sin el conocimiento de la historia de Roma, revelado por Mommsen? De estas asombrosas realidades conjuntas, clave de pensamientos solidarios, se ocuparon mis sencillas palabras en el Instituto Español de Roma.

¿Qué es, en suma, lo italiano, para nosotros? ¿Qué sentido, por ejemplo, tiene, en la política, la presencia italiana? ¿No hay en torno a los años veinte, paralelo al fervor poético, un regusto mediterráneo en la obra pictórica de Togores, de Sunyer, de Obiols, de Sisquella? ¿No hay, en torno a la segunda década del siglo XX un período italianizante de Picasso, que enlaza con la estimación lírica del paisaje italiano en los versos de Ramón de Basterra o de Rafael Sánchez Mazas?

Guillermo Díaz-Plaja

Quien se proponga crear una síntesis esquemática de las correspondencias italo-hispánicas se encontrará —como yo me he encontrado— en un laberinto de sugerencias. Pienso en todo ello durante mis últimas horas romanas, cuando dejando a la derecha el Quirinal, desciendo lentamente por la «Via 4 Noviembre», en busca de esa librería recóndita donde tienen «todos» los libros. Hay un fondo de cipreses, como los que pinta Velázquez en la «Villa Medicis», que emergen sobre un muro de rojos suntuarios, color de hoja de otoño. El aire sabe a miel. Roma no ahorra el estrépito, ni la prisa. Pero siempre hay un ángulo, una callecita, un patio palatino, un decir familiar y entrañable.

AUSTRIA

VIENA, CIUDAD ABIERTA Y MISTERIOSA

Cuando, por la brecha de Bolzano, dejamos Italia por el Nordeste y, por Villach y Klagenfurt, ascendemos al corazón de Austria, hasta Salzburgo o hasta Viena, la presencia de lo italiano nos va siguiendo. Si antes viramos hacia Eslovenia, nos encontramos con análoga característica en Liubliana. Y lo mismo si proseguimos en ambas direcciones hacia Budapest o hacia Praga; o hacia Baviera. El gran corazón católico de Europa, que se identifica con su signo barroco, alcanza a Varsovia, y, aunque sólo en lo arquitectónico, hasta la vieja San Petersburgo, hoy Leningrado o «*Ciudad de Lenin*».

Si alguna duda nos asalta acerca de la integración de estas tierras dentro de la tradición humanística de la Europa occidental, esta sucesión de palacios, dentro de la línea del Palladio y de Borromini, nos certifica de su honda realidad. Descubrimos entonces que la genialidad de la Italia renacentista estriba en el foco inicial de «*un modo de hacer*» que define a las mejores ciudades de Europa.

Es el gran muro frontal en que intenta ser fiel a sí misma, frente a la amenaza del Este. Su modo de decirnos lo que es y lo que ha querido ser. Recorremos esta «*internacional del Barroco*», el itinerario de lo monumental católico: una religiosidad histórica, gritada en piedra, acentuada en su dimensión y en su expresionismo: su arrebato y su gesto; llevando a calles y plazas los signos religiosos: las estatuas del Cristo y de la Virgen María. La piedra convertida en dogma. Con un barroquismo exterior que yo llamaría «*necesario*» y cuyo ámbito se centra en el corazón de Viena.

Pero el signo específico de Austria —en la historia de los siglos barrocos— se inserta en el concepto de Imperio y —a través de la familia Habsburgo— a la realidad geopolítica de España.

Para comprender la inserción de lo español en el caña-

mazo de Centroeuropa, hay que pensar en la política de alianzas que se manejaba en los enlaces reales. Austria tenía fama de buena casamentera. Ya lo decía el popular dístico latino: mientras otros se entregan a promocionar las guerras («*bella gerant altri*») *tú, feliz Austria, nube,* es decir, contrae nupcias, cásate.

Pero no todo eran cánticos nupciales. Austria es una frontera, la del Danubio, y la torre adelantada de su defensa. De ahí que el viejo *limes* romano sigue siendo campo de batalla y la España del siglo XVI tiene demasiadas cartas en el juego para no lanzarse a cubrir la brecha cuando el turco amenaza, y levantar el sitio de Viena en 1532, fue una de las grandes proezas de Carlos V, en defensa de la integridad de Europa. Y el nombre de Eugenio de Saboya es, por la misma razón, otra figura capital europea.

Entro en una breve iglesia, junto a la Herrengasse vienesa. Es otro templo barroco, que las gentes llaman de los «*escoceses*», en recuerdo de sus primeros monjes propagadores del ideal católico. Veo a mano derecha, con sus ostentosos mármoles, la lápida de un soldado de Europa:

Ilustre. Ac Generosus DNS
Ludovicus A. Prevost
Anno 1639 Sub Hispanus Miles
Caesaris Equitibus Anno 1647
Colonellus Heros Victor

La dicción epigráfica de la lista de las nueve campañas *(nono praelio)* que batalló este soldado de España. A su lado, otra lápida recoge a otro militar glorioso que luchó bajo las banderas de Eugenio de Saboya, italiano de nación, español de servicio, vienés de corazón, que mantuvo a raya el azote turco («*otomanice flagello*»).

Más allá, sin salirme de la Herrengasse, en el número 5, una lápida me advierte que allí vivió entre 1812 y 1813 Franz Grillparzer, adelantado del culto europeo a Lope de Vega, de quien fue traductor y corifeo admirable.

Si hasta el siglo XVIII, como vamos viendo, los módulos urbanísticos europeos proceden de la Roma barroca, bien podemos decir que el plano general de las ciudades euro-

peas del siglo XIX debe mucho a las reformas de París, dirigidas por el gran urbanista francés Georges Eugene Haussmann (1809-1891) que, siendo prefecto del Departamento del Sena, acometió en 1853 la gran reforma por la que las viejas murallas, que entorpecían el crecimiento de la Ciudad, fueron derribadas, convirtiendo su espacio en bulevares que todavía conservan, como monumentos, las viejas puertas del recinto amurallado. La reforma tomó en seguida un aire progresista, viendo en los muros que desaparecían el símbolo de una renovación necesaria, y así, por ejemplo, en Barcelona los trazos del recinto amurallado se convierten en las Rondas o paseos de circunvalación, cuya inauguración coincidía con la demolición de la Ciudadela erigida por Felipe V, símbolo de la operación centralista. Paralelamente, Viena sigue el mismo proceso y a espejo de la reforma Haussmann el emperador Francisco José I, entonces en el inicio de su reinado, firma el decreto que comporta la desaparición de las murallas (1857), que —como en París y en Barcelona— son sustituidas por la gran avenida circular que lleva, por ello, el nombre de Ring, es decir, anillo, lo que permite la expansión de la Viena barroca hacia sus contornos actuales, en los que se despliegan las formas de la evolución arquitectónica que en el umbral del siglo XX va a tomar las formas de Jugendstil, gracias especialmente al arquitecto José Olbricht, y al mismo creador del Modernismo, Otto Wagner. Después ya viene el movimiento Bauhaus, con Walter Gropius a la cabeza, que tiene en Viena ejemplos significativos. Y ésa es la deliciosa Viena entre dos siglos, con valses y sin valses, abierta y misteriosa, con sus coches de caballos, los «fiacres», de cocheros con bombín y esa sonrisa que se hace de la mejor esencia de Europa.

La definición de esta zona del Este europeo viene marcada por su propia condición fronteriza. Todos los territorios mencionados se alistan del lado católico, frente a los tres enemigos posibles: el mundo protestante —Guerra de los Treinta Años—; el enfrentamiento de Polonia con el conglomerado de la Iglesia Ortodoxa; la amenaza turca que, durante estos siglos, asedia como una punta de lanza el corazón de Europa, la ciudad de Viena.

EL BARROCO, BANDERA CATÓLICA

La Europa que camina entre 1550 y 1750 es como una hoguera de fabulosa crepitación, en la que se aviva la llama que alumbró un mundo nuevo. Las seguridades del Renacimiento, su fe en la realidad clásica resurrecta se agrietan en temblorosas fisuras. De un lado, la mente cartesiana muestra las luminarias de la Razón y los descubrimientos de la Ciencia (Galileo, Kepler, Newton); de otro, la inquietud protestante abre libertades en la conciencia del hombre religioso. Uno y otro movimiento hallan su réplica en el bloque contrarreformista que, en el campo de la estética, adopta el nombre de Barroco.

De ahí que, en un mapa de Europa, podemos señalar la precisa geografía del fenómeno a la manera de un proceso radial, cuyo centro está en Italia y que procede, de Sur a Norte, en forma de curvas concéntricas que van abarcando las zonas meridionales del mundo germánico —Baviera, Austria, Bohemia y Moravia (Checoslovaquia), Hungría y Eslovenia. Basta recorrer las ciudades que encabezan estos territorios —Munich, Viena, Praga, Budapest, Liubliana— para comprender esta trayectoria expansiva en la que el Catolicismo tiene su expresión más grandiosa.

Continuando el análisis geográfico del movimiento barroco dentro de este ámbito expansivo, añadiremos, junto a algunas ciudades ilustres (Salzburgo, Dresde, Innsbruck, Bratislava), una segunda zona concéntrica expansiva en la que cabrían territorios tan significativos como Polonia (Varsovia y Cracovia) y Lituania. Y en la deliciosa ciudad de Leningrado la huella genial de un arquitecto italiano, Rastrelli, ¿no parece señalar la voluntad de ser distinta, de esa prodigiosa maravilla que, asomada al Neva, es el contrapunto europeizante de la Rusia continental y esteparia simbolizada por Moscú?

El encanto de Europa

Seguir el tratamiento del tema barroco y su específico peso español nos llevaría, en el campo de la arquitectura, a reseguir las tesis definitorias de los grandes maestros de la crítica que, como Camón Aznar, hacen salir el barroquismo del «estilo tridentino» personificado en el Gesú, el templo máximo de la Compañía de Jesús en Roma. Estilo en el que participan «la belleza auténtica de las proporciones» y «el misterio de la armonía cósmica».

Pero otro ilustre conocedor del arte español, José Pijoán, aporta otro factor que va más allá de los primores que atesoran los edificios. El «Barroco triunfante», dice, se caracteriza por planificar también las ciudades. Algunos ejemplos ilustres, la plaza Vendôme, de París; la plaza Navona, en Roma, muestran que el Barroco, más allá de las piezas arquitectónicas aisladas, inventa los conjuntos urbanísticos, como en la propia Roma cuando, con ocasión de la visita de la reina Cristina de Suecia, se ordenaron las construcciones de la actual plaza del Pópolo. En cualquier caso, frente a la fusión tridentino-barroco, José Pijoán sigue fiel a su idea juvenil formulada en 1906: «*Por barroco entendemos acumulación de formas de cualquier estilo que sea, exceso de decoración, superposición de elementos formales curvados y transformados, prestando cada elemento un servicio para el que no estaba destinado.*» Así, recuerda Pijoán la columna que no sostiene, el arquitrabe que se disloca, el frontón que no sigue las líneas del techo, los pliegues agitados por el viento, son otros tantos ejemplos de «el dominio de las ideas y los detalles prescindiendo de la estructuración de formas».

¿Se nos permite recordar lo que hay en el Barroco de radical desequilibrio, sea cualquiera la tendencia del mismo? Tan barroca es la sobrecarga de Góngora como la desnudez de Gracián, la ampulosidad de Churriguera como el ascetismo del arquitecto de El Escorial. El equilibrio fondo-forma se rompe en uno y otro caso.

El punto de vista de José Pijoán podría completarse con el de otros historiadores alemanes, tal como los aduce un viejo texto de Eugenio Montes (enero de 1932) y en el que recuerda la función europeizante del Barroco, como estilo de unificación continental:

«*Si lo histórico es, como dicen una y otra vez los alemanes, lo eficaz, la ineficacia de lo europeo otorga el supremo rango histórico a lo español. A las mentes más agudas se les impone así la exigencia de explorar el sentido hispánico de la vida, acercándose a nuestra historia con el ánimo propicio a conocimiento y a amor. Pero ese sentido hispánico no puede conocerse sino a través de las formas culturales, porque lo que queda de la Historia es sólo eso: un repertorio de formas, un conjunto de modas en las cuales la vida se modificó. He aquí, pues, planteado ante todos los historiadores universales, el hispánico afán de catolicidad, aquel nuestro dolorido anhelo de un estilo común. Nada más apasionante que eso de poder reconstruir el gesto contorsionado con el que España quiso por última vez en la historia de salvar a la Humanidad entera en el naufragio de universalidad.*» «*El postrer gran estilo continental* —añade Montes— *fue el español de la Contrarreforma. Tras eso vino luego el juego de sistemas privados* (Privatsysteme). *Pero Europa ya no volvió a conocer un estilo colectivo* (Denkstil), *un modo de vida pensado para que en él pudieran habitar todos los seres de la Tierra.*» Son de un joven historiador germánico estas palabras. De un joven historiador que desde Munich, allí donde Europa acordó desgarrar nuestro Imperio, emprende la reivindicación de la España imperial. Adoptando una terminología que cada vez gana más adeptos, llama Karl Eschweller «barroco» a ese hispánico estilo imperante.

Pero junto a estos factores estéticos, en el ámbito centroeuropeo los núcleos señalados presentan una dimensión religiosa. En efecto: Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Eslovenia, Baviera, se nos muestran como una unidad fortificada y coherente que se apoya en el Sur, en el Catolicismo Romano y organiza una línea de resistencia que tiene a raya las presiones que llegan del Norte (Protestantismo), del Este (Iglesia Ortodoxa) y del Sudeste (Islamismo, presión turca), bien como amenaza militar, bien como infiltración religiosa. Así, pues, toda esta actitud religiosa tiene, del lado católico, su expresión plástica en el Barroco. Su voluntad de apariencia, su brillantez formal, su énfasis, su

gigantismo, su juego de contrastes son forma de triunfalismo apoyadas en la actitud combatiente que adopta la Contrarreforma, actitud no menos conflictiva que la Reforma misma, una y otra impregnadas de ánimo militar. Del léxico castrense tomó Ignacio de Loyola el bélico nombre de la Compañía de Jesús, cuyos dirigentes supremos llevaron y llevan todavía el nombre de «general». El Barroco, pues, como signo de exaltación, de aplomo, de seguridad teológica.

Cuando recorremos este trascendental rincón de la Europa centrada por el Danubio, comprendemos que transitamos por una frontera en la que se jugaba el destino de Europa, y en torno a la cual, todo, desde la sublevación del checo Juan Huss, del helvético Calvino y del germánico Lutero ponen en juego la continuidad de la tradición del Occidente europeo, simbolizada por Roma, y por ello esta tradición se abandera en esos signos plásticos inequívocos que conocemos con el nombre de Barroco.

Empezamos a comprender, entonces, que la expresividad del Barroco es un titánico gesto de afirmación del Catolicismo, un ademán a la vez orgulloso y desesperado, que exhibe en gigantes alegorías de piedra su sí y su no en cuanto a la actitud religiosa. Su expresividad barroca es así un modo de afirmarse orgullosamente en una creencia, con todas las banderas desplegadas al viento. Cuando paseamos por el corazón de Viena, en el Graben y observamos el Monumento a la Santísima Trinidad, obra de Burnacini, que conmemora el fin de la peste de 1683, comprendemos que esta aglomeración vertical de esculturas sacras es un grito mineral —desafiante y sólido—. Igual comprobación podemos anotar en la multiplicidad de imágenes de la Virgen María.

El catolicismo barroco es, así, un modo de marcar la radical diferencia frente a lo que no es católico, dando a este signo todo el valor de una definición discriminadora. Ésta es la Europa que no es ni ortodoxa, ni protestante, ni musulmana.

Se comprende, entonces, que este cinturón geográfico es un certificado de identidad, un reajuste de la mismidad católica como, en el siglo XIX, el Imperio austro-húngaro

intenta ser un valladar para la doble amenaza que llegaba del Norte y del Este.

Esta fusión, en el campo estético, procede de una pareja adhesión al disciplinazgo de los arquitectos de Italia. Todas las ciudades que hemos citado —van desde Liubliana a San Petersburgo— están marcadas por el sello de los alarifes italianos. El punto de partida fue probablemente Austria. «*La mayor parte de las iglesias católicas* —dice Woermann— *aparecen a sus motivos fundamentales como derivaciones de la catedral de Salzburgo que había tenido por modelo, como sabemos, a la iglesia del Gesú, de Roma.*»

Mi deducción es ésta: la noción de límite de la Europa Católica, se detecta en la multiplicación del Barroco en la arquitectura, la escultura y la pintura que se produce en un frente cerrado que se centra en Austria y agrupa en su contorno Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Eslovenia y Baviera. Este conjunto se ordena en torno a Viena, constituyendo, por un lado, el factor meridional del germanismo —Baviera y Austria— que tiene evidentemente el signo diferencial que yo denomino los sures barrocos (Andalucía, Valencia, Nápoles-Sicilia, Provenza) que presentan una agilidad expresiva y una densidad verbal y de invención en relación con los núcleos originarios (Castilla, Cataluña, Toscana, Île de France) fáciles de detectar, especialmente en el campo de la expresión literaria.

La tradición católica de Austria que he visto reverdecer en las solemnidades del culto —con espléndido acompañamiento litúrgico y musical— no es menos intensa en los demás países de este núcleo compacto —Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Eslovenia— aun bajo la presión entre tolerante y opresiva de sus respectivos gobiernos socialistas. Más todavía, la religiosidad de estos pueblos les sirve de carnet de identidad y, a la vez, de hontanar interior, de íntima fuerza para resistir otras presiones. Ser «católicos» —para ellos es un modo de ser ellos mismos y de «*no ser*» otra cosa. El catolicismo de Polonia es su modo de definirse antirruso, como el catolicismo de Irlanda sirve de signo para «*no ser*» inglés. En uno y otro caso lo que cuenta es lo religioso como seguridad en el propio existir histórico de cada colectividad.

Viejas casas germánicas de Estrasburgo

Vista general de Estrasburgo

Vista de la Universidad de Estrasburgo

Viena. La catedral centrando el barrio antiguo

Viena. Palacio imperial

Viena. Palacio de Schoenbrun

Praga, al borde del río Moldava

Praga. Iglesia católica de Santa María de Tyn

Praga. El famoso puente de Carlos IV

Praga. Monumento a la Patria

Los dulces campos de la Bucovina

Monasterio de Putna

Monasterio de Sucevita (con pintura exterior).

Fresco de un monasterio rumano

AL AIRE DE UN VALS

Hace unas semanas nuestra querida y centenaria «Asociación de Escritores y Artistas Españoles» —en cuya revitalización pongo tanto empeño—, recibía, dentro de su programa cultural, a un grupo de hispanistas austríacos. Se trataba de ponerlos personalmente en contacto con algunos de nuestros grandes escritores, cuyo estudio desarrollan ante sus alumnos de las cátedras de Literatura Española de las Universidades de Viena, de Graz y de Insbruck. Y fue ciertamente una fiesta el que nuestros ilustres visitantes —los profesores Hinterhäuser, Linz, y Kramer— pudiesen escuchar la palabra viva de quienes como Buero Vallejo, Marta Portal, Leopoldo de Luis o Dolores Medio o José Gerardo Manrique de Lara aceptaron ser sus interlocutores.

Pensaba mientras los oía, que, bien que en un plano modesto, estábamos todos juntos «haciendo Europa». Y que, de alguna manera, esta visita prolongaba aquella tradición egregia iniciada por Franz Grillparzer hace siglo y medio que en sus «Studen zum Spanischen Theater» puso a Lope de Vega de moda en los medios culturales europeos.

Y, al recordárselo a nuestros ilustres visitantes, yo hacía mención de hasta qué punto Austria es una costumbre de nuestro devenir histórico. Nuestra casa de la calle de Leganitos, ¿no está frontera a lo que todavía hoy todos llamamos el Madrid de los Austrías?

Cuando ante el cuadro de *Las Meninas* contemplamos aquella deliciosa infanta que centra el conjunto cortesano, pensamos en el destino histórico de María Teresa, una pieza, tal como un alfil marfileño, del ajedrez diplomático de Europa, y que llevaba en el equipaje comedias de Lope de Vega y de Calderón para sus fiestas palatinas. Y cuando paseamos hoy, por el corazón de Viena ¿no estamos sintiendo en su esplendor barroco y católico una extraña réplica del mundo español? ¿Y no se repite esta reminiscencia al contemplar

4 — 3850

en el Museo Vienés tantos retratos de protagonistas de una historia que nos es común?

Recorriendo Viena —o Salzburgo— sentimos que Austria —como Baviera— simbolizan el «Sur» del mundo germánico, con una clara impronta mediterránea. La arquitectura de «orientación italiana», por otra parte, es una realidad cultural que detectamos no sólo en esta zona fronteriza sino en una prodigiosa difusión que alcanza, por un lado a Praga y Budapest e incluso Varsovia y Leningrado. Por otro, a Inglaterra, cuya arquitectura civil es un trasunto de los modelos clásicos y mediterráneos. Sí, Italia maestra de urbes europeas.

Pero desde Austria llega, también, naturalmente, la música. El 20 de mayo de 1802, Mozart arriba a Madrid para estrenar en el teatro de los Caños del Peral su obra *Las bodas de Fígaro* que ya se cantó en castellano y donde entusiasmó especialmente, como puede suponerse, fue en el brioso fandango del acto III. Para completar la temática española de Mozart, recordemos que el *Don Juan,* apoyado en el libreto de Del Ponte, se estrenó también en Madrid en el teatro de la Cruz en 1834. Supongo que vinculada al mito de Don Juan, podemos anotar también dentro de Austria, la ópera de Suppi *Donna Juanita* (1880).

Todo esto es bien sabido, pero menos difundido el hecho de que otro gran músico austríaco Haydn compuso su famosa obra *Siete palabras* por encargo de un canónigo de la catedral de Cádiz. España es, pues, un centro activo en el conjunto musical europeo.

Lo es, también, como foco temático. Durante el siglo XIX, la ajetreada historia de España ocupa la atención universal Es curioso, por ejemplo, el prestigio que la revolución liberal de Riego tiene en los círculos de conspiradores decembristas que conspiraban contra el poder omnímodo de los Zares. Y la aureola del famoso caudillo liberal estaba viva también en Austria, donde en 1850 se estrenó una ópera bajo el título para nosotros pintoresco de Don Riego.

Lo español, en suma, sigue vibrando en Austria en obras romanzas como *El sombrero de tres picos,* de Hugo Wolf y la *Rapsodia española* de Raff, y *Los amigos de Salamanca* de Schubert.

El encanto de Europa

Sustituyo la remembración histórica por vivencia. Vuelvo a pasear en la imaginación, el «Ring» vienés, arquetipo de las transformaciones de la ciudad europea desde mediados del siglo XIX. Y pienso en que esta «norma» urbanística es, de alguna manera, un canon de civilizada convivencia.

Lo que Austria significa, para nosotros en nuestra historia, sólo puede calibrarse al estudiar las consecuencias que, la pérdida de su función histórica ha acarreado. Lo que supuso la ruptura de esa máquina «enorme y delicada» que fue el Imperio austro-húngaro y lo que supuso más gravemente el «Anchluss» nos hace comprender mejor aquel milagroso juego de equilibrios de fuerzas. Recorriendo Yugoslavia, ese querido y admirable país, se comprende bien lo que su vida política tiene en este aspecto de lección bien aprendida.

Ahora recorremos Viena como un delicado artilugio de cristal; como un aparato sutil de relojería, cuyo funcionamiento importa a todos. Nunca se sabe todo lo que contiene un minué, solía decir Wanda Landowska. Nunca podremos comprender del todo lo que duerme en la música de un vals de Viena. Pero algo muy hondo de seda y porcelana, tan delicioso como frágil, sigue centrando el corazón de Europa. Y que el corazón de Europa no puede cesar de latir.

HUNGRÍA

RECUERDO DE BUDAPEST

El sino y el signo. Tiene la historia sus raíces en la geografía. Los destinos de los pueblos vienen marcados por su configuración física. He aquí a Hungría, la horizontal absoluta que se permite llamar montañas a altozanos de quinientos metros de altitud. En uno de estos altozanos donde el Danubio hace crecer en su centro la isla Margarita —riquísima en aguas termales— se constituye sucesivamente desde el siglo X el núcleo urbano que se denomina Viejo Buda y Buda, y el océano urbanístico, al otro lado del río, la enorme añadidura que, en el siglo XIX constituye el núcleo urbanístico de Pest.

En Pest empieza la llanura; empieza, en realidad, Hungría, la recta implacable de que se hace todo el territorio y que marca su sino histórico; su ineluctable destino. Pues toda llanura es tierra de invasiones, paraíso de nómadas.

¿Recordaremos que el Danubio marcaba el «limes» o frontera superior del Imperio romano? En el siglo XVI, un clarividente español, fray Antonio de Guevara, inventó la figura del «villano del Danubio», que Lafontaine —en el XVII— convirtió en la fábula titulada *Le paysan du Danube.* Aquel curioso personaje de más allá del límite de Roma que, un día, se presentó ante el Senado de la Urbe a defender los derechos del «bárbaro» (entonces se decía «escita») a permanecer feliz en su mundo marginal, más allá del derecho y de la disciplina que imponían las legiones romanas. Este «villano del Danubio» es una impresionante figura simbólica que, en el siglo XVIII, servirá (como dijimos) a Juan Jacobo Rousseau para defender los derechos del salvaje, del *bon sauvage,* signo de la «ingenuidad del hombre natural».

Esta zona polémica y problemática de la geografía marginal de Roma, va a entrar, finalmente, en la Historia a medida que las migraciones de pueblos asiáticos empiezan a presionar sobre la Europa occidental. Y este ingreso le

aproxima a las grandes líneas de la política de los Habsburgo, en la que los españoles juegan un papel preponderante. Contemplando, en el Museo de Bellas Artes de Budapest, la espléndida colección de pintura española —Juan de Juanes, Velázquez, Carreño, Zurbarán, Goya— que consiguió reunir la noble familia de los condes de Esterhazy se comprende bien el «aire de familia» que entrelaza a las familias reinantes de España y de ese corazón de Europa que late junto al Danubio.

Y así, hacia el año 936, se instalan en el vasto territorio de la Hungría actual unas tribus —siete tribus, cuenta la Fama— que, procedentes de Asia, van a convertir el nomadismo en agricultura, el errático vivir en realidad arraigada. Empieza, pues, la historia de Hungría que, con san Esteban, va a adquirir otra más importante conexión en la Historia, al abrazar el Cristianismo, y al hacer que Gesa I invite al Pontífice de Roma a enviar un obispo, Gerardo o Gelert, a que organice la fe católica en el territorio. A partir de este doble arraigo, político y religioso, Hungría va a convertirse en dique de contención frente a nuevos pueblos que, dentro del nomadismo, intenten continuar la misma marcha hacia Occidente —así los tártaros, los mongoles y posteriormente los turcos— como en el siglo XIX, ya formando el bloque del Imperio austro-húngaro que intentó servir de valladar a las nuevas oleadas que llegaban del Este —los rusos— y del Oeste, los alemanes. Su condición geográfica, pues, coloca a Hungría en el destino de los grandes crucificados.

De ahí la trascendencia de su condición religiosa. San Esteban de Hungría y san Gerardo, el obispo enviado por Roma, son dos símbolos que erigen la patria en bastión. Porque ser católicos es, para empezar, un modo de definirse, un modo de ser. Como Polonia, cuya catolicidad es su forma de no ser ortodoxa, es decir, de no ser rusa, como la religión romana de los irlandeses es su modo de manifestarse anti-anglicanos. He aquí el valor de símbolo que en su día tuvo la resistencia obstinada del cardenal Wyszynski que abandonó su tarea pastoral y se refugió durante largos años en la Embajada de los Estados Unidos, no tanto por defender los intereses de la Iglesia —doctrina hoy «oficial»

en Hungría— como por ofrecer un acto de fe en la mismidad del pueblo húngaro.

Para una lección práctica del desenvolvimiento urbanístico de Europa, Budapest nos ofrece una síntesis ejemplar. De un lado del Danubio, Buda, entre la Ciudadela y el Bastión de los Pescadores, corona de dos colinas, en cuyo centro se alberga el Palacio Real, es la ciudad antigua, el núcleo originario, señorial, de casas de dos a tres pisos, que tienen algo del viejo Moscú, de las ciudades del Este, y cuyo laberinto de calles asume formas concéntricas en torno a los altozanos que sirvieron de resguardo y fortaleza. Este núcleo originario se une a lo que se llama o Buda o Viejo Buda.

De otro lado del río —que señorea la hermosura arbolada de la isla Margarita— empieza la llanura, la horizontal interminable que, como dijimos, caracteriza la casi totalidad del territorio húngaro: la ciudad de Pest, que al fundirse con Buda, constituye el conglomerado urbanístico de Budapest. La geometría urbanística de Pest recuerda la distribución cuadrangular que Haussmann dio a París, cuando fueron derribadas las murallas del primitivo cinturón urbano o que Ildefonso Cerdá dio a Barcelona cuando, en nombre del progreso, las fortificaciones del diecisiete dieron paso a las Rondas.

Pest, pues, es una inmensa cuadrícula que no sólo se parece a París en su configuración geométrica, sino en una gran parte de su arquitectura. Sin duda alegoriza el pasado histórico del pueblo húngaro. Pest es la estampa del esplendor ante los húngaros, cuando en el siglo XIX formó otro bloque no menos poderoso. En uno y otro caso, Buda y Pest son dos emocionantes ejemplos de una voluntad de pertenecer a la Europa cristiana y occidental. Operación tanto más difícil y meritoria cuanto el hontanar originario y la lengua desvinculada tanto de lo eslavo como de lo germánico y de lo latino la convierten en islote exento, que hoy posee sólo diez millones de habitantes, y que debe autoabastecerse culturalmente, con el espléndido resultado que ofrecen sus actividades editoriales que hacen de Budapest la ciudad más rica de librerías que yo he visto jamás.

Arquitectónicamente, Pest es no sólo la cuadrícula reseñada sino una vasta exhibición de poder. La muestra aparencial

de una potente burguesía que, frente a la sociedad vienesa, sentía el orgullo de su historia y de su dinámica creadora. Terratenientes —aristocracia y grandes posesores— o industriales, generadores todos de riqueza, transportan a las fachadas de la ciudad su orgullo y casi su jactancia. Se advierte, en efecto, una sobrecarga de elementos decorativos, atlantes sustentadores de columnas; figuras de ángeles cristianos o de dioses paganos; miradores de trazado neogótico; elementos procedentes de la cerámica o el barro cocido, al modo como, por los mismos años, Gaudí y sus imitadores insertaban en la apariencia arquitectónica detalles de los «bellos oficios», o de la artesanía popular. De ahí la impresión barroquizante del conjunto, la acumulación de elementos eclécticos que mezclan la dignidad del Neoclásico y la exuberancia del Barroco, con una voluntad de poderío y de espectacularidad estética, ciertamente impresionante.

CHECOSLOVAQUIA

PRAGA, LA SÍNTESIS DEL BARROCO

La Europa de las patrias se funda en el otoño de la Edad Media, cuando la unidad de la institución monárquica se va sobreponiendo a la multiplicidad de los poderes feudales. Cada rincón del más noble continente histórico ha de encontrar en este momento la figura que actúe de fundente. Para Bohemia esta función es asumida por Carlos IV, que extiende hacia la llanura los contornos de la vieja ciudadela de Praga; erige la catedral a San Vito; levanta sobre una arbolada colina el poderoso castillo de Karlstein; edifica el barrio de la Mala Strana; funda la Universidad, la primera de la Europa central, que se llama desde entonces Carolina, y alcanza la otra orilla del río Moldava, construyendo el hermoso puente de piedra que hoy se llama todavía el Puente Carlos y que, desde el siglo XVII, se adorna de esculturas, en las que el barroco se hace expresionismo puro. Digamos, para completar el perfil fundacional de este período, que un noble bohemio, Juan Huss —rector de la Universidad de Praga—, levanta la bandera de la protesta religiosa —cien años antes que Lutero— y es condenado a la hoguera (1415). En la espléndida plaza del Ayuntamiento podemos ver su estatua, desafiando, con mirada intrépida, la iglesia que se alza a su costado.

Aceptada la «función» que la realeza lleva a término para la proclamación de una Europa fabricada de las entidades nacionales, alcanza su sentido pleno la gigantesca realización arquitectónica del Palacio Real de Praga, que supone, a lo largo de siete siglos, desde el siglo XI hasta hoy, una antología de estilos que va desde el Prerrománico al Barroco y al Neoclásico, albergue de las dos dinastías fundamentales de la historia de Bohemia, la de los Premíslides (siglos IX al XVI) hasta la de los Habsburgo (desde 1526 a la Segunda Guerra Mundial). Esta admirable continuidad histórica se plasma en la serie de edificios, anexos, bastiones y patios que constituye lo que se llama el Castillo de Praga, símbolo de la soberanía nacional checoslovaca, y actualmente residencia del pre-

sidente de la República. A su lado, lógicamente, los dos símbolos del poder eclesiástico: la catedral de San Vito y el Palacio Arzobispal.

Recorrer el Castillo de Praga es caminar no sólo muchos siglos de historia, sino uno de los conjuntos arquitectónicos más impresionantes de Europa.

El paso al Renacimiento implica la inserción de Bohemia en la cultura científica de Europa, como lo acreditan los nombres de Johannes Kepler y de Ticho Brahe. Pero la historia sigue siendo, en cualquier caso, religiosa. Y Fernando I, hermano de Carlos V, inicia un período de reafirmación política que terminará en la Guerra de los Treinta Años, que personifica como un rayo fulgurante, la figura de Albrecht de Wallestein, estratega genial y aventurero de la acción bélica.

Todo esto se escribe en una hermosa caligrafía de piedra, una caligrafía que se llama Praga. El viajero, atónito, desciende la colina y recorre el más noble laberinto de palacios de que tiene memoria. Praga es la gran ciudad del barroco centroeuropeo, centrado en el italianizante palacio del propio Wallenstein, uno de los doscientos que puede descubrir en el noble recinto de la ciudad.

Para comprender la inserción de Centroeuropa en la gran máquina del Renacimiento —que viene de Italia— y en el Barroco —que llega de España— yo aconsejaría una demorada visita a uno de los edificios más ilustres de Europa: el convento de Strahov que, como su rival, Saint Galle en Suiza, o El Escorial en España, reúne una de las más hermosas concentraciones culturales de que tengo noticia. Convento de premonstratenses, iniciado en 1140, es a lo largo de los siglos, una vasta operación arquitectónica que acumula edificos, patios, corredores y salas —las dos grandes bibliotecas: la «Sala Teológica» y la «Sala Filosófica»— esquemas y síntesis del Barroco Católico del XVII y del pensamiento «ilustrado» del siglo XVIII. Desafectado su carácter nacional por la revolución del 1948 (sólo doce monjes restaban de los seiscientos que lo ocuparon otrora), el Convento de Stanhov es hoy albergue del «Museo Conmemorativo de la Literatura Mundial», y, por

supuesto, una de las piezas de los itinerarios turísticos de Praga, excelentemente adecuado para la información de los viajes, incluidos los efectos sonoros que hacen revivir en determinadas salas, las voces de ilustres conjuntos de canto gregoriano. Por cierto que, en una de ellas, nos fue dado oír el «Agnus Dei», en voces corales, y en latín preconciliar, no en los registros magnetofónicos, sino en las deliciosas y armoniosas voces conjuntadas de un grupo de muchachos norteamericanos que, en el corazón de la vieja Europa, nos aleccionaron mostrando que, en una escuela de la remota California, continuaba impertérrita, la devoción al canto litúrgico del catolicismo medieval.

Para completar de algún modo la visión de la arquitectura religiosa de Praga yo aconsejaría comenzar con la visita del espléndido templo barroco de San Nicolás de Bari, en la plaza de la Malonstranie, en pleno barrio de la Mala Strana, cuyo reflejo literario conocemos en occidente gracias al humorista húngaro Jan Neruda (1834) apellido que, curiosamente, le sirvió al poeta chileno Neftalí Reyes, para fabricarse el seudónimo con que es universalmente conocido. El templo jesuítico de San Nicolás podría ser prototipo para una teoría del gigantismo barroco, en su forma más triunfalista, puesto que los jesuitas quisieron fabricar como un colosal exvoto en acción de gracias por el aplastamiento de la herejía en el pueblo checo. Todo es aquí titánico y rimbombante; recargado de oros escenográficos y de nubes de plata. Si la catedral gótica de San Vito es el reflejo de la figura del rey Carlos, San Nicolás es la proyección de los Habsburgo en la historia de Bohemia, corazón de la actual Checoslovaquia. Obra de las generaciones de arquitectos, los Dienzehofer (padre e hijo). No menos de sesenta años duró la erección de este templo, más representativo del Barroco que de la filigrana del Rococó; desde las estatuas de santos de dimensiones colosales, el techo pintado que ocupa 1.500 metros cuadrados. Es, pues, un monumento a la Contrarreforma; acaso el más impresionante de que yo tengo noticia.

Si, pedagógicamente, esta arquitectura jesuítica marca, como dije, el costado grandioso del Barroco, procedamos a

la lectura de otro aspecto, ya citado, el delicado y sutil «rococo», siguiendo por la calle de los Carmelitas —Karmelinska— hasta llegar a la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria —que tiene el aire humilde de las iglesias teresianas de España— pero con la intención conmemorativa de celebrar la batalla de la Montaña Blanca (1620) ganada por las tropas de los Habsburgo capitaneados por Wallenstein.

A muchos lectores interesará saber que, en esta pequeña iglesia carmelita, entrando, a mano derecha, en el segundo altar, se encuentra una diminuta escultura en cera, de origen español, familiar en todo el mundo: la del Niño Jesús de Praga. Es como una muñequita dulce y mofletuda, que no puede dejar de aparecernos con trazos de la imaginería andaluza, con este sentido de lo diminuto que García Lorca atribuía a lo granadino, y que convierte la imagen en una especie de bebé celeste, que tiene ante él una corona de fulgor de cirios, de exvotos conmovidos y textos para rezar en todos los idiomas. ¿Cómo llegó hasta aquí esta imagen? Nada que pueda sorprendernos, si recordamos que Bohemia era, en aquel momento una parte del Imperio español de los Habsburgo. De las noticias que he podido acopiar parece deducirse que esta frágil estatuilla llegó a Praga por intermedio de una familia española, los Manrique de Lara, emparentada con los linajes que pululaban en este centro de Europa.

Aparte, otro dato curioso: hace unos años, en 1958, un hispanista checo, el profesor Vaclav Cernic, descubrió, en la biblioteca de un noble castillo de este país, nada menos que un manuscrito inédito de Calderón de la Barca, una comedia titulada *El Gran Duque de Gandía,* que, al parecer, vino con el equipaje de la princesa Margarita, la dulce criatura que centra el cuadro de Las Meninas, cuando llegó, niña aún, a casarse con el rey Fernando de Austria, porque entonces los infantes de España eran como alfiles de marfil en el ajedrez de la diplomacia europea.

Dentro de este complicado juego del azar y de la guerra, estos territorios de Bohemia y Moravia se sitúan con sus peones principescos instalados en esos palacios reales de cuya interconexión se hace la historia de Europa

El encanto de Europa

Me acuerdo mucho de Franz Kafka en esta fría mañana de la primavera praguesa, cuando me dirijo a visitar el complejo de edificios que, instalados en el recinto del viejo ghetto de la capital checoslovaca, permiten valorar la trascendencia de esta judería que, en gran parte, se alimentó de los refugiados de España, los «sefardim», muchos de los cuales, en una etapa posterior de la diáspora, constituyen la base de la poderosa sinagoga de Amsterdam. Por eso, todavía hoy, la más hermosa de las construcciones religiosas judías de Praga, se llama la Sinagoga de los Españoles y fue construida, en su etapa actual, en el siglo XIX, en estilo morisco, con alicatados que intentaban imitar los de la Alhambra de Granada.

Pero pienso en Kafka, judío pragués de lengua alemana, cuya lóbrega y patética inspiración debe mucho a la sangre hebrea que circulaba por sus venas, y cuyo cuerpo reposa en el actual cementerio judío de la ciudad de Praga.

En el otro cementerio, en el antiguo, no cabía. El amasijo de lápidas —más de 12.000— muestra que la saturación de muertos es tal que explica que, desde 1769, la comunidad israelita decidirá cambiar el lugar de la fosa —los judíos entierran a sus muertos, en el suelo— acaso porque piensan que cada muerto es una semilla. Desde el siglo XIII, esta semilla daba sus frutos religiosos, y se ofrece en una curiosa edificación gótica, que se conoce con el nombre de «Vieja-Nueva Sinagoga» y que pasa por ser la más antigua construcción de este tipo que permanece en Europa. Otras figuras ilustran la progenie judía de Praga, doctores de la Ley, conocedores de la Cábala, astrónomos ilustres. Pero no me permitiría silenciar el nombre del misterioso saber de Rabbi Löw que vivió en el siglo XVII y al que se atribuye la invención o creación de un hombre artificial, el Golem, padre de todos los «robots» posibles de la historia, tema de uno de los más impresionantes poemas de Jorge Luis Borges.

RUMANIA

LA OBRA DE TRAJANO

El último día del año, los niños de Rumania, sonando pequeñas campanas en las ventanas de sus casas recitan una cantilena que comienza

Sa sculat mai an
Badica Trajan

que puede traducirse: «Se ha despertado hace años el Padrecito Trajano.» Trajano, sigue diciendo la canción, monta un caballo con arneses de oro, que tiene nombre de pájaro, y galopa por los caminos para sembrar el buen trigo.

Dos mil años después de la vida real del emperador Trajano, del español preclaro que ascendió al cetro imperial de Roma, he aquí que su sombra galopa todavía con su caballo por los caminos de la Dacia que hoy recorro, y continúa siendo un símbolo de Rumania, que ve en nuestro emperador la figura capaz de extender la idea y la lengua de Roma hasta la bárbara Escitia. «Orgulloso como si se creyera un Trajano» es todavía decir proverbial de estas gentes, que hablan una lengua romance, que suena a castellano antiguo, y a veces a catalán, como cuando oímos dirigirse a una persona diciendo *ascolta,* o cuando leemos en un establecimiento *reservat, servim café.*

Tierra fraterna, que contemplo ahora por primera vez, después de una larga esperanza de visitarla, esperanza alimentada por un recuerdo entrañable.

Les explico, en efecto, a mis amigos rumanos que, ahora hace cuarenta años, dediqué horas de amor y de entusiasmo a la figura de Ramón de Basterra, poeta que d'Ors colocaba entre las siete cumbres de la lírica española de su tiempo. Y cuyo horizonte intelectual cubría dos mundos: hacia Occidente, donde abarcaba la inmensidad de las Américas y hacia Oriente, donde el genio español estendía su ánimo hasta los confines de Asia.

Basterra había descubierto aquel emperador que describe la «Canción a las ruinas de Itálica» como «gran Padre de la Patria, honor de España, pío, felice, triunfador Trajano»; aquel cuyo recuerdo ostenta todavía el barrio de Sevilla que lleva su nombre: Triana.

En sus mocedades, Basterra, iniciándose como joven diplomático, vio, en el Corso, la Colonna, el espléndido monumento en la que como un film magnífico e interminable, arrollado a su fuste, se escriben las hazañas militares del español Trajano, cuando incorporó la Dacia a las fronteras de Roma, sembrando la emocionante huella de la lengua latina, allí donde empieza el mundo escita. De la misma manera como valoraba que otras lenguas romanas, un día feliz de la historia, hubiesen integrado la tierra vascongada, donde se oye el viril idioma euskera, a la lengua común de la romanidad.

En 1915, Ramón de Basterra es destinado a la Embajada de Bucarest, que por los azares patéticos de la Guerra Europea, debe trasladarse a Yasi. Allí completa su conocimiento de Rumania y toma conciencia del sentido de su historia, que cristaliza en un hermoso libro, hoy inencontrable, *La obra de Trajano* que, en estos días está traduciendo al rumano la eminente hispanista Domnita Dumitrescu.

En otro de sus libros, el titulado *Llama Romance,* el que yo tuve la fortuna de exhumar para las «Publicaciones de la Diputación de Vizcaya» se canta en emocionados versos: *Como la dura Roma de Dacia se arrolla y sube / por la columna que hinca su mástil, el idealista / entre la hierba, lúcida de agua y la alta nube. / Y ahí el Danubio, sus silvas, bárbaras, huestes levanta / hacia sus fines, que enrosa el mármol ante la vista, el imán cielo que, en mi miseria también se imanta.*

La Bucarest que hoy recorro no es, ciertamente, aquella ciudad refinada y cosmopolita, que jugaba a parecerse a París, y cuya calea Victoria —llena de elegantes damas—, sólo en algunos de sus palacetes nos deja sospechar sus perfiles antiguos. Esa Bucarest que Basterra evoca en sus páginas, ha dejado paso a una conciencia política alimentada por el totalitarismo comunista.

Pero que, a pesar de todo, conserva una personalidad insobornable y exenta, como si su fidelidad a la lengua roman-

ce —rodeada de formas eslavas y magiares— exigiera una dirección personalísima a la política de Rumania, todavía imprecisa, pero no cerrada a nuevos horizontes.

Por ahora, basta con la fidelidad al mundo romance que se refleja en su lengua. Basta reconocer, como yo lo hago ahora, el noble sentimiento de afecto intelectual que se transparenta en algunos de sus medios universitarios para recoger lo que tiene de fidelidad a una tradición que a nosotros miembros de la «gens» de Hispania nos importa sobremanera. En este sentido, quiero subrayar la tarea del Instituto de Lingüística adscrito a la Universidad de Bucarest, en el que bajo la dirección de un experto filólogo, Marius Sala, se llevan a cabo no sólo importantes estudios lexicográficos sobre el castellano peninsular sino impresionantes colectáneas del vocabulario de América, tanto el de origen hispánico como el que emana de las fuentes aborígenes constituyendo copiosos volúmenes en curso de edición.

Aquella «Sobrespaña» que Basterra soñaba, como un águila que extendía sus alas por encima de los océanos, cubriendo el mapa desde el Danubio al Orinoco, es el objeto del estudio atento de estos especialistas entre los que no faltan prestigiosos expertos del habla sefardí, el castellano antiguo o «ladino» de los judíos procedentes de España.

Ésta es, continúa siendo, dos mil años después de su huella en la Historia, *La obra de Trajano,* y es grato para el viajero de hoy hallar, en sus amigos de Rumania, el recuerdo agradecido hacia aquel español de Itálica, que sin perjuicio del honor que merecen, los Decebal o los Buerevista —defensores tenaces de la tierra dácica— valoran la inserción de su patria en el mundo romance, convirtiéndola en una avanzadilla de la Latinidad dentro del mundo eslavo. *La obra de Trajano* vive, pues, todavía.

LOS MONASTERIOS DECORADOS DE RUMANIA

La dulce y verde Bucovina, extiende sus colinas en flor, sus praderíos, su paz silenciosa y benigna, al norte de Rumania. El viajero, que está intentando penetrar el corazón de la tierra romance más oriental de Europa, se siente atraído por esa sucesión de altozanos que, en un momento dado, se hace enhiesta y boscosa en la estribación de los Cárpatos.

El itinerario turístico más visitado, obliga al viajero a recorrer la línea de monasterios que, desde el centro de irradiación que es el aeropuerto de Suceava, permite visitar en Dragomirna, Voronet, Moldovita, Sucevita y Arbore una espléndida sucesión de edificios monásticos, caracterizados por sus pinturas murales que, excepcionalmente, decoran no sólo el interior de los templos, sino la totalidad de sus fachadas.

De este modo, cada conjunto arquitectónico se convierte en un espléndido conjunto de lecciones de arte sacro, expuestas sobre superficies al aire libre, a veces de más de sesenta metros cuadrados, en las que los cuadros sucesivos anticipan la técnica del «comic» o de la historieta, es decir, la narración a través de una visión panorámica y, a la vez, sucesiva, de los episodios del Viejo y del Nuevo Testamento que hacen llegar hasta el más ignaro de los rústicos lugareños, aquellas nociones que exige la información religiosa o la intención moralizante de los dirigentes eclesiásticos.

Señalemos, para empezar, que esta expresión cultural es la permanencia unitaria de una conciencia histórico nacional. De una difícil continuidad, en una encrucijada de pueblos que, por su densidad y por la ausencia de serias fronteras naturales tiene siempre abiertas las brechas por las que se infiltra el enemigo.

Así, el antiguo pueblo de los Dacios o de las getas se incorpora a Roma, por la genial tenacidad de nuestro emperador Trajano, que avanza, hasta la Transilvania y la Moldavia, los límites del Imperio, persiguiendo y aplastando, el heroísmo «nacionalista» del caudillo Decebal, el Viriato romano,

cuyo mejor negocio —para Rumania como para España— era perder «la guerra de la Independencia», e incorporarse a la incalculable posibilidad histórico-cultural que constituye la romanidad que habla en latín.

Sobre esta siembra cultural, surge —al desmoronarse el Imperio— una conciencia histórica que habrá de defenderse contra las oleadas sucesivas que proceden del mundo eslavo, de la agresividad germánica o de la amenaza turca, convirtiendo este país en una patética sucesión de invasiones que ponen en juego su resistencia y su capacidad de sufrimiento.

En esta sucesión dramática, los grandes bosques y los fríos terribles, son el mejor instrumento para su defensa. El gran pensador rumano Nicolai Jorga, ha hablado de las «romanidades del país», o de los «pueblos de los valles» para indicar los focos de resistencia que, a la postre, acabarán uniéndose para crear la conciencia de la patria rumana. Estos focos de resistencia son, en principio, militares; pero inmediatamente después, religiosos. De ahí el interés histórico y político de esos monasterios que nos proponemos visitar, y cuyas características estéticas hemos señalado ya. A las que hay que añadir la doble función militar y religiosa de estas unidades arquitectónicas rodeadas de un cinturón de murallas y presididos por una torre de vigilancia que les da un aspecto doble de fortaleza y de refugio de la piedad.

Por lo que se refiere al «aspecto» ya sabemos que sus pinturas se caracterizan, en primer lugar, por su magnitud; en segundo término, por su riqueza; y en tercero, por sus detalles técnicos, entre los que destaca «el azul voronet» (en juego de palabras opuesto al verde Veronés). En cuarto lugar por su temática, a la vez repetida (como precedente del mismo origen bíblico y evangélico) y ambiciosa. En este sentido, la colosal pintura mural de la fachada oeste de Voronet, sobre el Juicio Final, que le ha ganado el título de la Capilla Sixtina de Oriente, así como las «teorías» de personajes, se repiten ciertamente en el monasterio de Moldovita y permite hablar de un gigantesco esfuerzo abarcador entre otras cosas, una visión sinóptica del Cielo y del Infierno, en una versión colosal digna del Alighieri y que incluye a los filósofos paganos como Aristóteles y Platón que aparecen, naturalmente sin halo, en las galerías de los bienaventurados, porque

«también, con su filosofía hicieron posible la noción verdadera», según me dice la monjita de San Basilio, única Orden religiosa que existe —para hombres y mujeres— a diferencia de la pluralidad tantas veces polémica —recuérdese dominicos y jesuitas— de nuestro mundo católico.

«Todo está en manos de Dios», me dice sonriendo. He pasado la noche en la hospedería y he asistido a las «vísperas» —al caer la tarde— y a los oficios de la mañana. La comunidad es escasa —veinte monjas y dos viejos sacerdotes que, a golpe de campana, son convocados a plegaria en comunidad. Son casi todas muy ancianas; pero me dicen que en los centros de formación, seis seminarios y dos Institutos de Cultura Religiosa esperan cerca de ochocientos jóvenes que se aprestan a servir como fuerzas de relevo. No baja, pues, la Iglesia ortodoxa, e incluso en las difíciles condiciones en que se encuentra.

He sido testigo casual del diálogo telefónico entre una de estas monjitas, en los que discutía con el «camarada alcalde» de la localidad en torno a lo que ella consideraba un derecho inmemorial de la Comunidad y os aseguro que era un combate dialéctico «de poder a poder». Entiendo, pues, que la Iglesia rumana tiene todavía mucha fuerza y que —en este ángulo nordeste del territorio que fue sojuzgado durante muchos años por el Imperio austro-húngaro, los creyentes de la Iglesia ortodoxa aprendieron la tradición del diálogo interpares entre el poder estatal y el eclesiástico. Por otro lado, otra lección amarga —la sumisión a un poder comunista y ateo— les ha dado la noción de sus propios límites, y el clero rumano no tiene la prosopopeya mayestática de los «popes» de la Iglesia ortodoxa en Grecia, con sus grandes cruces pastorales y su bastón de mando con puño de plata. Pero en las aldeas de la Bucovina que yo he visitado, el sacerdote es un personaje «necesario» y entrañable en el contorno de la sociedad campesina, aun cuando la escuela estatal haya borrado implacablemente la idea de Dios en esas aulas que frecuentan esos graciosos y vivarachos niños que tocados con sus gorritas de visera de charol van y vienen a los colegios rurales a las casitas de madera pintadas que decoran el paisaje.

El futuro es incierto. La Rumania de Ceaucescu es, por de

pronto, un islote frente a la URSS, como lo es Yugoslavia. El ejemplo inmediato del Norte —hacia Polonia o hacia Lituania— no señala por otra parte demasiada conformidad con la dictadura que llega —o pretende llegar— de Moscú. Mil signos en el horizonte indican ese tremendo poder, obtenido en 1917, que, desde la minoría bolchevique de Lenin por un golpe de mano antidemocrático, ha cosechado más de sesenta años de experiencias amargas, de opresión intelectual, de intransigencia doctrinaria, de fronteras cerradas. Después de doce lustros y medio, millares de gentes empiezan a preguntarse por qué son distintos de los pueblos libres de la Europa no comunista; por qué en la Exposición de los Estados Unidos que acaban de instalar en Bucarest sobre la vida cotidiana de los americanos del Norte se percibe un modo de vivir progresivo y tecnificado en movimientos vertiginosos que los pueblos socialistas —ahogados por dos dictaduras, la ideológica y la burocrática— no consiguen alcanzar.

El porvenir inmediato de estos nobles pueblos del este europeo, entregados en Yalta por Roosevelt, como un regalo innecesario y monstruoso, a una de las fracciones vencedoras, tiene que cambiar un día no lejano.

BULGARIA

UNA ENCRUCIJADA APASIONANTE

A las gentes de nuestra vertiente mediterránea, todo el mundo balcánico le suena a materia remota. La presencia del hecho lingüístico eslavo, añade una nota más de extranjeridad. La tierra búlgara, en su paisaje, nos impone una noción de dificultad, por los riscos que señorean sobre la llanura.

Recorriendo los angostos caminos que nos conducen al famoso monasterio de Rila, percibimos todavía más lo que tiene esta tierra de montaraz y de abrupta, e imaginamos que fue campo de batalla peligroso y sangriento para cualquier invasor.

No creeremos una imagen demasiado abrupta. Esas tierras montañosas son ricas de árboles, y hay mucha flor en las laderas. En cuanto a Sofía, la capital de Bulgaria, acaso sea una de las más ricas en parques de Europa, de suerte que es como si la Naturaleza —el bosque— se hubiese infiltrado en la geometría de la arquitectura. Por lo demás, el jardín está presente, y los búlgaros gustan de decir que su tierra es la patria de las rosas.

Deambular por las calles de Sofía, nos da una primera impresión de culturas superpuestas. Son dos, las que se alcanzan a primera vista; la de la presencia islámica, y la del gusto centroeuropeo.

El primer dato es condicionante. En el mismo corazón de la ciudad, diminuta pero esbelta, una mezquita alza su cúpula redonda —como el platillo de un *ovni*— junto al esbelto alminar desde donde el muecín llamaba a los creyentes en Alá, a recordar el nombre de su profeta.

Dato importante. El Estado búlgaro, que el año que viene celebrará su decimotercer siglo de existencia, vivió durante muchos siglos bajo el predominio musulmán. Cuando pensamos en el rastro de la dominación islámica en España, que sólo alcanzó al siglo XV, y en la huella que sobre nosotros ha dejado, nos impresiona pensar en la prolongación de una

presencia pareja que, en los Balcanes se prolonga cuatro siglos más, como en el caso de Grecia —que se sacude el poder turco en 1830— o en el de Bulgaria que gime bajo el yugo musulmán hasta 1877-78, fecha en la que el «hermano mayor» del mundo eslavo —es decir Rusia— libera a los búlgaros y los devuelve a su tradición originaria. Ésta es la razón —una de las razones— que invocan los actuales dirigentes de Bulgaria para justificar su inclusión en la línea de influencia de la Unión Soviética. La lengua, de raíz eslava, y el alfabeto cirílico, son testimonio suficiente desde el primer contacto del viajero.

Sin embargo, las cosas son más complejas. La actual corriente intelectual de este pueblo intenta hallar raíces más antiguas, y por ello más importantes, de su tradición cultural.

Los primeros contactos de los eslavos, en el siglo VII, los pone en relación con una población protobúlgara que no admite su inserción en la corriente oriental de Europa, sino en el hontanar del Mediterráneo. En una palabra, los búlgaros de hoy buscan su primer origen en el mundo helénico, en los tracios, que ocupaban el territorio del norte de Grecia, lo que permitiría a la cultura de Bulgaria sentirse inserta en la gran fuente de civilización del mundo clásico. Y ello es tan cierto que, cuando la Hélade deja de ser un centro político, Bulgaria sigue incluida en el ámbito del Imperio bizantino. Y esto con tal intensidad que sus habitantes no sólo permanecen vinculados a su poder político sino que, de alguna manera, se convierten en los agentes de la dominación bizantina, como los hombres de confianza de los poderes de Constantinopla. Y ello explica, por ejemplo, que en Rumania los búlgaros sean considerados como unos «colaboradores» del Imperio de Bizancio.

Ello explica, finalmente, la vertiente cultural que, por obra de los venerables Cirilo y Metodio, introdujo en la actual Bulgaria el alfabeto griego modificado, es decir el alfabeto cirílico, que desde el siglo IX se convierte en la escritura nacional.

Todo ello da un sentido a la voluntad de los búlgaros de hoy de sentirse insertos en la gran tradición helénica que, en su forma de fidelidad a Cristo, sirvió de conciencia nacional frente al dominador turco.

Claro está que, caída Constantinopla en poder de los turcos otomanos, la dominación cambia de sentido, y se inicia la larga noche de la esclavitud, en la que únicamente los pequeños monasterios ortodoxos, escondidos en los hondos valles bien arbolados, mantienen el fuego sagrado de la tradición cristiana bizantina, tal como lo muestran al viajero los estupendos frescos del monasterio de Rila, santuario intacto —después de tantos siglos— de la más auténtica tradición de Bulgaria, como hubo de serlo, hace sólo veinte años, cuando la invasión nazi puso a estas gentes en el trance de oponerse a la dominación de la fuerza germánica.

Por este hilo delgado de la tradición bizantina, podemos decir que no todo es extraño para nosotros en este país. Y explica que un grupo de denodados hispanistas busque de modo admirable los hilos conductores de la historia común, como lo prueban las ediciones de autores españoles que por iniciativa de la profesora Lada Gálina, difunden nuestro espíritu, como tuve ocasión de agradecer en el prólogo de una selección de nuestros cuentistas contemporáneos, debida a la iniciativa de la mencionada hispanista.

A pesar de la frontera racial y de la expresión idiomática —con el alfabeto distinto— no todo es vacío en la frontera intermedia. Por estas tierras se pasearon los almogávares de Cataluña, con Roger de Flor tal como nos cuenta el cronista Ramón Muntaner.

Un interesante hispanista búlgaro, el profesor Rumen Stoyanov, aprovecha mi presencia en Sofía para plantear la posibilidad de un estudio conjunto de nuestras relaciones culturales. A mi amigo le ha llamado la atención el que uno de los libros de Caballerías que el cura y el barbero dan a las llamas en el *Quijote* tenga por protagonista a «Don Girongilio de Tracia». Y Tracia, ya lo hemos visto, es el más ilustre de los nombres antiguos de Bulgaria, el que permite, precisamente, sentirse vinculada a la tradición griega...

Tierra, pues, de encrucijadas impresionantes, que he tenido la ocasión de recorrer en varias ocasiones, con motivo de las convocatorias que la Unión de Escritores Búlgaros ha derramado para promover el sentimiento de la paz, a través de la acción de los intelectuales de todo el mundo. El intento es, de por sí, emocionante en su misma inanidad, en

5 — 3850

su terrible pequeñez frente a las fuerzas titánicas de los intereses políticos y económicos que mueven al mundo. Y ello nos ha permitido, venturosamente, tomar contacto amistoso con esas gentes orgullosas de su historia y vigilantes de nuestro porvenir.

SOFÍA: LOS ESCRITORES Y LA GUERRA

Asisto por segunda vez en Sofía a los Encuentros Internacionales de Escritores que, bajo el lema «La paz, esperanza del planeta», convierten la capital de Bulgaria, desde 1977, en un puesto avanzado de defensa de la paz en el mundo, de entendimientos entre los pueblos.

Defender la paz... Pero ¿es que hay quien dice no defenderla? Si analizamos los documentos oficiales de los Estados parece obvio que nadie busca el enfrentamiento armado. Partiendo —para atender a lo más urgente— a los Acuerdos de Helsinki, que prescriben «*el deber de abstenerse de la amenaza o del empleo de la fuerza*»; o de los más dramáticos de la SALT-2, entre la URSS y los USA, en los que se declara que una guerra nuclear sería un desastre para la Humanidad entera, está bien claro que la esperanza —o el pánico— presiden las reuniones internacionales.

¿Qué sentido tienen, pues, esas reuniones de escritores, en Sofía: la de 1977, la de 1979, la de 1980? Dejando aparte el noble y esforzado deseo de protagonismo con el que Bulgaria ha obtenido un claro liderazgo, ¿cuál es el sentido profundo y el alcance trascendente de estas actitudes, que reflejan el sentir de los creadores literarios de medio centenar de países?

Digamos que estos escritores a los que no se pide una profesión política determinada, representan sencillamente un acto de fe en la función del intelectual.

¿Qué función es ésta? Empecemos recordando que en el devenir humano el pensamiento precede a la acción, y que en la mecánica del poder son las ideas las que catapultan los actos de los realizadores. Es la vieja cuestión de la primacía del Verbo —«in principio erat Verbum»— que el hombre fáustico transforma en la frase «en el principio fue la Acción».

Esta es la cuestión polémica, al establecer los límites de cada capitanía en el comercio de la Historia. Si en el prin-

cipio fue la inteligencia, ¿por qué no reconocer en ella la fuente de todo poder? Como se dice en el «Nuevo Prometeo encadenado», de Eugenio d'Ors, «autoridad» viene de «autor»: El que «Crea» es quien debe tener en sus manos las riendas del poder. Pero es evidente que las cosas no son así. El poder lo ejerce el político, el hombre capaz de traducir a realidades fácticas las ideas que engendra el pensamiento.

Esta es la razón por la cual el intelectual es el perfecto insatisfecho: el hombre que marca sus distancias con el hom bre de empresa. Esa legión de seres que D'Ors, genialmente, calificada como «*orgullosos, semiociosos y pobres*»: a quienes no se les deja más que una función de vigilancia: la tarea crítica frente el poder que tantas veces se siente incómodo ante esas gentes conflictivas, rebeldes y problemáticas.

Pues bien: vistos a esta luz, los Encuentros de Sofía no son otra cosa que la expresión de la desconfianza con la que el intelectual contempla el poder, ya que teme que fuerzas oscuras —las del imperialismo o las de la revolución; las de la exigencia económica o las presiones nacionalistas— impongan la «última ratio» que se llama la guerra. Esa cuchillada brutal sobre los mapas, capaz de sembrar la muerte, pero, también, de trazar fronteras a punta de bayoneta, separando comunidades entrañables. Como acontece en toda Centroeuropa con tantas realidades raciales y lingüísticas trasladadas sin su consentimiento. A la fuerza.

Los intelectuales reunidos en Sofía hemos sentido todo el dolor de esta desgarradura y hemos levantado, una vez más, nuestra voz de alarma. Para ello ha habido que vigilar cualquier forma de maniqueísmo, capaz de dividir el mundo en «buenos» y «malos», para repartir elogios y denuestos de acuerdo con posiciones apriorísticas. Y recordando que, en la misma Sofía, el llamado Parlamento para la Paz había combatido tres días antes esta injusta visión de las cosas, que subraya unas y finge ignorar las demás, como lo muestran los recientes ejemplos de Angola o de Afganistán.

Toda violencia es, pues, reprobable.

Y quiero decir que dos voces españolas, en nuestros «Encuentros» —las de Ángel María de Lera y Rodrigo Rubio— han señalado, con justa energía, que el terrorismo es una

forma de violencia que se opone a nuestra libertad y a nuestra voluntad de convivencia.

En este concierto de voces concordes he pensado que, al llegarme el turno en la tribuna de oradores, yo debía recordar la vocación europea de nación que, como España —justamente por su marginación geográfica occidental— ha debido ofrecer muchas veces con explícita energía su vocación continental, y en nombre de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, que me honro en presidir, he recordado que, al estallar la Primera Guerra Mundial, de nuestro país salió aquella idea de la «unidad moral de Europa», según la cual, y siguiendo un lema de Eugenio d'Ors, «*toda guerra entre dos pueblos europeos es una guerra civil*».

Lo que queda claro, en cualquier caso, es la exigencia de que la voz del escritor sea oída y que, como dice el mensaje que el presidente búlgaro ha enviado, al escritor compete crear estados de conciencia. «*Ustedes, los escritores* —dice—, *no están en condiciones, por sí solos, de frenar las fuerzas de la guerra. Pero tampoco los políticos estamos en condiciones de hacerlo... La causa de la paz* —concluye— *sólo puede ser salvada al juntar los esfuerzos de centenares de millones de personas. Y son ustedes, los escritores, los que tienen más posibilidades que nadie de influir en las mentes y en las almas humanas.*»

Los Encuentros de este año tienen, en relación con la experiencia anterior, un plus de nerviosismo, una más clara noción de proximidad del peligro. Por eso, en las intervenciones, había una suerte de crispación ante una amenaza que se diría que se va aproximando.

Pero como se dice en la conclusión final, hay todavía un resquicio para la esperanza. Un comunicado conjunto de los Encuentros de los Escritores de Sofía se dirige a los niños. Y se pide para ellos una educación armónica, de base humanística, sin presiones ni dogmatismos. Donde el deporte no sea una deformación espiritual ni el fanatismo una exigencia de combate.

Donde no pueda decirse nunca que está cerrada esa puerta cuyo nombre es esperanza.

POLONIA

TODO ACONTECE EN VARSOVIA

Mi primer recuerdo de Varsovia me llega envuelto en el frío polar del gélido invierno polaco. Era poco después de la Guerra Grande, cuando las relaciones diplomáticas con España empezaban tímidamente a surgir, y nuestra Embajada era, simplemente, un breve núcleo de habitaciones en un viejo hotel «belle époque». Desde mi ventana, en este mismo albergue, yo veía al otro lado de la gran plaza, las cuatro nobles columnas de lo que fue el palacio Saki, que enmarcaban la «Tumba del Soldado Desconocido», a la que daban guardia relevándose continuamente dos soldados para evitar quedarse congelados bajo la nieve y el aire glacial.

Y yo veía en aquel monumento funeral el símbolo de una historia de banderas ensangrentadas, de andrajos gloriosos, de destinos patéticos pero, también de una heroica, obstinada voluntad de sobrevivir.

Sabía bien hasta qué punto aquella «Polonia infélix», había sido destrozada por la metralla. Pero también que, como ejemplo impar, la capital, Varsovia, se había ido reconstruyendo centímetro a centímetro, devolviéndole con planos y dibujos antiguos, su presencia de otrora. Me lo contaba, emocionada, una noble dama, profesora de Literatura en la universidad, por cuyas venas corría sangre nuestra, ya que se trataba de la hija de Sofía Casanova, escritora egregia que, por su matrimonio con un sabio polaco, se había convertido en testigo de la historia patética de su patria de adopción.

Traigo todo esto a la zaga de los acontecimientos políticos que en estos días hacen de Polonia, una vez más, un eje de la historia universal, cuyo protagonista, el dirigente obrero Walesa, se ha dirigido a Roma para, en su condición de católico, postrarse ante el Santo Padre en un acto de piedad que produce estremecimiento. Veamos, a la luz de este relámpago de la actualidad, la constante de esta tierra, ya vislumbrada por el viajero al contemplar unos paisajes llenos de cicatrices.

Veamos, sobre todo, lo que esta tierra polaca tiene de encrucijada histórica, no sólo en la confrontación del germanismo y del eslavismo, sino también, y muy especialmente en su personalidad religiosa que, adscrita a un férreo catolicismo militante, se nos aparece como una irrupción del mundo mediterráneo en las orillas del Báltico. Que la razón de ser de Polonia —como en el caso de Irlanda— sea justificada por el catolicismo es, pues, decisivo y, a la vez, definitorio. Que, desde el siglo XVII, la Compañía de Jesús haya tenido en Polonia sus dirigentes más preclaros es otro evidente signo de identidad. Que todo ello, en suma, viene configurado a los ojos del viajero por una estética clásica, lo advertimos al recorrer las calles de Varsovia que, como dijimos, se han obstinado en mantener los estilos que destruyó la metralla. Y, ¿no trasciende un aire italiano todo cuanto nuestros ojos contemplan?

Por ahí ronda la sombra de Rastrelli, el arquitecto de origen florentino que, desde San Petersburgo, bajo la protección de los zares de todas las Rusias, configuró los más bellos edificios con unas fachadas en las que adivinamos la sombra del Paladio y del Bernini. En la actual Leningrado los mejores edificios, desde el Palacio de Invierno al de Tsarkoe Selo, rezuman todavía la italianidad del gran arquitecto. Como la catedral de San Andrés en Kiev. La sucesión de frontones y columnatas, se une, además, a una policromía de los muros, en la que predomina el azul pastel y el rosa pálido con ese juego de delicadezas que hallamos también en las «vedutte» venecianas del Canaleto, que también dejó ahí su influencia.

Y todo ello está, también, en la vieja Varsovia, cuyos aristócratas se hacían construir sus palacios, a la moda de aquel italiano que edificaba los palacios de los zares, que eran, a la vez, dominadores del suelo polaco.

Así, pues, vamos viendo en la tierra polaca esa presencia, tanto religiosa como artística de la Europa mediterránea, y comprendemos que, desde Italia, se produce como una sucesión de círculos concéntricos que va invadiendo los sures germánicos —Viena, Dresde, Munich—, penetra en las gran-

des ciudades centroeuropeas —Budapest, Praga, Cracovia—, penetra en el mundo eslavo y alcanza la frontera escandinava, e incluso permite descubrir en la misma fachada marinera de la ciudad de Helsinki, en la hiperbórea Finlandia, aquellas deliciosas combinaciones de arcos clásicos, frontones barrocos y la policromía de pálidos verdes manzana y azul celeste. Y basta con recorrer cualquier guía de viajero para descubrir nombres itálicos, en los ordenadores de esa delicada hermosura arquitectónica.

Sí. Cuando leemos la historia de Polonia, desde sus primeras insurrecciones nacionales, descubrimos el motor de nuestra espiritualidad católica y mediterránea y nos damos cuenta de hasta qué punto el sino histórico de la tierra polaca está prefigurado por esa condición «fronteriza» de su destino.

En efecto, «todo acontece en Varsovia». Una historia tremenda de heroísmo y tragedia, ciñe y define la historia polaca.

Recuerdo ahora, en una pequeña iglesia de Varsovia, un púlpito de tan barroca fuerza escenográfica que adoptaba —en mármol blanco— la figura de un navío navegando velas al viento. Y pienso que me pareció ver ahí el símbolo de un pueblo, cuya arboladura vibraba con una fuerza.

Y pienso también en esa humanidad arrodillada ante la imagen de la Virgen de Czestochowa, cerca de la Cracovia, donde el Papa Woytila inició su magisterio pastoral. Y en el corazn de Chopin, que se conserva en la iglesia de la Santa Cruz, de Varsovia, trémulo todavía de aquella «Polonesa» en la que se oyen vibrar acordes de la «Marsellesa». Y en el impresionante palacio Lazvenski, edificado por el arquitecto Merlini. Y en la plaza del Mercado Viejo, donde se alberga el Museo de la Literatura, es decir, del alma de todo un pueblo. Y en el «ghetto» de los judíos arrasado a sangre y fuego. Y en el rey Segismundo de Polonia, protagonista de una obra de Calderón de la Barca. Y en la calle de Krakowski, pintada por el Canaletto. En la caballería polaca que, en un desesperado gesto final de romanticismo cargó con sus lan-

zas, sobre los tanques de Hitler... Y en el intrépido sindicalista Walesa, postrado ante un paisano suyo, que ostenta la tiara de los pontífices de Roma.

Porque no hay historia válida, si no es historia universal.

FINLANDIA

MELODÍA EN GRIS PERLA

Éste es el Reino del Agua. Llueve mansamente en este solsticio de estío.

Llueve sobre la tierra empapada, sobre los pequeños charcos, sobre el prado interminable. Es un concierto de la perla y la esmeralda. Una grisalla sobre la que se destacan los troncos blancos de los abedules, los castaños intrépidos y algunas coníferas. Los automóviles, en la claridad vacilante de la mañana, llevan sus luces de posición encendidas y todo se disuelve en una líquida bruma.

El viajero evoca siempre, en estos horizontes, la sombra errante de Ganivet. Pasea en lo alto del parque, que se denomina en finlandés Kaivopuisto y en sueco Brunesparken. Porque ésta es una tierra de dos lenguas... Desde aquí, en lo alto de una colina muy verde, donde estuvo su casa, recuerdo al autor de aquellas *Cartas Finlandesas* que amó desesperadamente y fue amado. Y que, desde aquí, salió para buscar la muerte en las aguas heladas del río que baña la capital de Letonia, de Riga, donde también ejercía su puesto consular.

Tierra de dos lenguas... ¿y de dos almas? Hablaremos de todo ello, desde el belvedere de mi remota ignorancia. Sigamos contemplando esta belleza hiperbórea donde una luz esmerilada refleja en el espejo del agua color de plata y ceniza la silueta de treinta mil islas... Esa tierra que Curzio Malaparte, en su *Kapput,* describió con tanta poesía como patetismo en aquella estampa del lago Ladoga, en cuyo hielo vio aprisionados los cabellos de la guerra, inmovilizados en un ajedrez irrepetible y fantástico.

En esta ocasión, el pueblo finlandés conquistó para siempre —aun perdiendo— su derecho a vivir, frente a un enemigo mil veces más extenso y poderoso. Ese pueblo de cabellos rubios, ojos de azul celeste y piel blanquísima que trabaja y que sueña.

Navegar estas latitudes consiste en enhebrarse por entre el laberinto de las islas espolvoreadas sobre un mar de

color de estaño, refugio frente a los asaltos de la piratería vikinga. O frente al poder sueco que, durante ocho siglos, del XI al XVIII, detentó en la tierra finlandesa el poder, impuso su lengua e instaló una población de dominadores. Helsinki pasó a llamarse Helsingfors.

He recorrido, en una pequeña embarcación, la costa sueca occidental de Finlandia —Porvo, Turku, Vaasa— donde la población, en su gran mayoría, habla el sueco. Es como una «cabeza de puente» del germanismo escandinavo, que se instala sobre una tierra que habla una lengua que no se parece a ninguna de Europa, si se exceptúa el húngaro.

Los filólogos explican que se trata de una familia idiomática que procede de Asia y que penetra como una saeta en el mundo eslavo y germánico, instalando sus habitantes en Hungría y acaso también en Turquía. Finlandia, pues, en este aspecto, pertenece a ese bloque lingüístico que se llama ugrofinés o altaico, que se caracteriza por unas raíces insólitas, insertas en una fonética de claras vocales que, a veces, alcanza a tener la clara musicalidad de la lengua griega. Pero que es distinta.

Recorro la tranquila soledad de las calles de Porvo, trazada por los suecos en el siglo XVIII, donde funciona una universidad de lengua sueca. Y advertimos mejor lo que Finlandia tiene de tierra de choque entre dos culturas: la que llega de Escandinavia y, con sus formas idiomáticas germanas, infiltra en su tierra el mundo europeo, los modos aristocráticos de la nobleza y el cristianismo, y la que procede del mundo asiático que actúa como catapulta de fuerzas remotas, desde las que los «escitas» asediaban el Imperio de Roma, que defendía el español Trajano, hasta las avalanchas de tártaros y de mongoles que ensangrientan las fronteras de Polonia y de Hungría. A Finlandia, pues, le tocó el destino histórico de frontera o lugar de combate.

Durante el período de la dominación sueca, se instaló una sociedad de corte germánico, con una aristocracia blasonada que constituía el «brazo noble» del Parlamento (7 condes, 32 barones y 132 gentileshombres) que junto al brazo eclesiástico y el burgués o campesino, gobernaban al pueblo. La lengua sueca se impone como lengua de prestigio en el habla y en la cultura.

El encanto de Europa

En 1809 tiene fin la dominación sueca, y Finlandia se incorpora como Gran Ducado a la Rusia de los zares. El foco de poder se desplaza al mundo eslavo, y su reflejo político se cifra en una tolerancia. Los finlandeses explican que, a lo largo de su historia, nunca fueron gobernados más benignamente que bajo los zares. Esta «apertura» va a permitir que la lengua finesa, cenicienta humilde durante el período anterior, empiece a recobrar su papel de documento de identidad colectivo. Para ello, la lengua popular de los finlandeses, como otras lenguas populares de Europa, va a tener un aliado eficaz: el Romanticismo.

Finlandia, tierra de frontera. Campo de batalla silenciosa y patética entre dos formas idiomáticas, de cambiante influencia, ya sea cuando el poderoso dominador sueco impone su lengua como «habla de los señores» (provocando el conocido fenómeno reflejo de una burguesía indígena que se apresura a adoptar la lengua forastera), ya sea cuando la lengua popular recobre su sentido de identidad nacional diferenciada.

El Romanticismo, como ya dijimos, es el punto de arranque que en toda Europa establece (frente a la cultura neoclásica y racionalista, unificada bajo el cuño del Estado francés) la valoración de las sabidurías populares que ahora se ponen de moda como «sabiduría del pueblo» o «folklore». Cataluña, Provenza, Bretaña, el País de Gales, Escocia o Galicia son otros tantos ejemplos de esta «constante» europea.

Finlandia sigue sus pasos, a la letra. En 1835, un investigador llamado Lanrött recoge viejos cantos populares, testimonio de una confusa teogonía perdida en el tiempo, construyendo con él el «Kalevala», que viene a ser el elemento desencadenante de una toma de conciencia de raíz lingüística y cultural. Y lo interesante es señalar que las huellas de este hallazgo se continúan como valoración de la «manera finlandesa», tanto en los autores que escriben en sueco, como en los autores que se expresan en finés. Las gentes, pues, no otorgan el exclusivismo patriótico por el ejercicio de una lengua sino por la ideología que la sostiene. Escritores como Snellmann o Runeberg son considerados como mantenedores del espíritu patrio, del mismo modo que, en Cataluña, los escritos en castellano de Piferrer, Cortada o Maragall mantuvieron vivo el espíritu de los catalanes.

Pero el fenómeno finlandés es más complejo. En 1917, como es bien sabido, al socaire del triunfo de la Revolución soviética, Finlandia se sacude el poder de los zares, y es-

capa al tremendo destino que hunde a sus hermanos próximos —Letonia, Estonia y Lituania— que no han conseguido traducir sus evidentes características nacionales a un plano de independencia estatal. Y en la Finlandia independiente, el problema del bilingüismo se convierte en un largo pleito interior.

Ya hemos señalado la condición bilingüe del país, y el sentido social que encierra. Es muy difícil, en efecto, dejar de notar que la doble expresión de los finlandeses traduce una situación socioeconómica. La población que habla en sueco mantuvo en otros tiempos la primacía en el poder político y, también, en el campo de la riqueza. Pero la demografía tiene otro signo: hoy día, la población suecoparlante constituye una evidente minoría en relación con la población total. Pero todavía sostiene los puestos clave del poderío industrial. Y, como veremos, en el campo cultural y político.

Nada tiene que ver, por ejemplo, con la situación de otros fenómenos de bilingüismo europeo, como el de Bélgica cuyos efectivos demográficos colocan sus expresiones idiomáticas (el francés de los valones y la lengua que ahora llaman «neerlandés», según me dicen para evitar el matiz despectivo que tiene la palabra «flamand» como patois campesino) en un cierto equilibrio de masas que tiene una fuerza conflictiva enorme, puesto que estos «flamencos» intentan ahora compensar muchos años de menosprecio de los «franceses».

Lo sorprendente en el caso de Finlandia es que la exigua minoría de suecohablantes no sólo posea una paridad absoluta en el trato oficial, exija la expresión bilingüe en todos los rótulos y textos y aun en el uso parlamentario, se produzca en todos los estratos de la enseñanza, y consiga que una universidad en Helsinki y varios «liceos» en las ciudades menores sean de uso exclusivo para suecohablantes. El viajero se sorprende de la arrogancia con que se levanta el edificio de un «teatro sueco» frente al palacio del «Teatro Nacional» de Finlandia y percibe —o es informado por gentes del país— de que todavía hay pequeños núcleos que hablan orgullosamente el sueco para no descender a la lengua popular finesa.

Señalo el carácter meramente anecdótico de estas observaciones que, en modo alguno, parecen modificar la realidad de la realidad nacional finlandesa, solidificada y cernida en el contacto secular del pueblo independiente, especialmente después de la dura prueba del fuego de sus dos guerras contra la Unión Soviética. Pero queda esa realidad sociocultural como ejemplo para estudiar la posibilidad de «una patria con dos lenguas», frente a la consideración de una patria con «una lengua propia y una lengua forastera». La idea de un Estado capaz de absorber ambas expresiones lingüísticas y acogerlas en una realidad tendente podría ser ejemplificada con la fórmula belga en la que la Corona patrocina en forma de «Real Academia» y con la misma jerarquía, las instituciones que agrupan a los escritores de lengua francesa y los escritores de lengua «neerlandesa».

En cualquier caso, lo que el viajero percibe en Finlandia es por una parte, el respeto mutuo y la convivencia de ambas expresiones, y por otra, la lenta ventaja que adquieren las formas del finés, la lengua auténtica y popular, aun cuando este ascenso traiga consigo el peligro de romper el entronque de la cultura finlandesa con el mundo germánico que representa el sueco, a través de cuya expresión llegó a Finlandia la cultura europea y la palabra de Cristo.

Observo, en estas gentes nórdicas, la alegría con que reciben los primeros rayos de sol, de su tardía primavera. Y me acuerdo de mis largos meses de invierno, pasados en los Estados Unidos, en la frontera de Canadá, para comprender la exultación de las almas, al sobrevenir el buen tiempo, como un estallido vegetal de fuerza incalculable. La primavera, literalmente, «explota» ante los ojos maravillados, y recuerdo muy bien, en el año que digo, que me sorprendió en el *campus* de la Universidad de Bloomington, Indiana. Así, como un ramalazo de alegría que me llevó a escribir un texto que luego incluí en mi libro de «poemas de América del Norte» titulado *La soledad caminante.*

Y ahora pienso todo esto recorriendo las calles del viejo Helsinki, junto al muelle donde los vendedores de pescados aproan sus lanchas y convierten toda la longitud del puerto en un mercado vivaz y vocinglero. Como una réplica feliz y tumultuosa a las largas noches del invierno interminable, cuando las aguas del puerto, congeladas, se convierten en pista de patinaje.

Sí, la primavera es aquí como una resurrección, en la que cantan los pálidos azules de un cielo recién lavado: la fina maravilla de unas nubes muy ligeras, blanquísimas y etéreas, navegando, patinando sobre la superficie de seda pálida, sobre la que se recortan los colores verde manzana y ocre claro de los palacios de la ciudad.

La alegría serena de la paz y del trabajo, flota sobre esta muchedumbre que abejea en torno al quiosco de la música, bordeado de abetos y de abedules.

La paz y el trabajo. ¿Cómo no pensar en Helsinki, en la importante asamblea que, en dos días del verano del año 1975, reunió a la casi totalidad de los gobiernos europeos para afirmar un acuerdo de convivencia entre los pueblos?

Todo quedó prefijado en la reunión de 1975: «Soberanía de los Estados, renuncia al uso de la amenaza y de la fuerza,

inviolabilidad de las fronteras, declaración de derechos humanos y de libertades fundamentales, recurso a los medios pacíficos para dirimir las diferencias...» Todo quedó prefijado, pero nada quedó establecido con la solidez suficiente para evitar que el terror de cada nación le lleve a proseguir la carrera de armamentos hasta unos límites delirantes...

Y en eso estamos; en esa realidad escalofriante nos movemos. Paseo por los alrededores del puerto de Helsinki, junto al mercadillo popular al aire libre, cuyos toldos zarandea un vientecillo de verano en agraz, de veranillo ártico, incipiente, lleno de alegría... Esas gentes, salen de su larga noche de hielo; contemplan el mar de color de estaño, levemente rizado, entre los islotes bien arbolados...

Estas gentes forman parte de Europa, en su remoto septentrión. Nosotros, en el cabo sudoccidental, somos también Europa, la otra punta del viejo Continente. Entre nuestras dos geografías el mundo eslavo, el mundo anglosajón, el mundo germánico, y todo nuestro mundo mediterráneo grecolatino. ¿Cuántas cosas nos separan, y cuántas nos unen? Cierto, el mundo lingüístico es diverso, multiforme, babélico. No nos entendemos. Asimismo, es exacto que nos separan diversidades de creencia, de actitud filosófica, de hábito político...

Pero nos une Europa. Nos une —digámoslo— una conciencia intelectual común. La seguridad de pertenecer a una realidad coherente, a un punto de origen que nos hace solidarios.

¿En qué medida esta conciencia de origen unitario es suficiente para garantizar una continuidad histórica en común?

La noción de Europa no es de hoy, ciertamente. Grecia era ya Europa, cuando rechazaba la invasión persa en Maratón y en Salamina. Roma era, también, antecedente de Europa cuando convertía el mar Mediterráneo en el «mar interior» de su Imperio. ¿Y no fue Carlomagno un continuador de la idea europea? ¿Y no quisieron convertir esta idea en pretexto de invasión Carlos V, Gustavo Adolfo, Luis XIV, Napoleón Bonaparte o Adolfo Hitler?

Cierto que esta concepción nos llega envuelta en sangre y en lágrimas. Pero no es menos cierto que, a pesar de ello,

la noción de Europa se abre paso en la conciencia de las gentes y que, debilitada o no, esta conciencia europea se abre camino con una realidad supranacional.

Esta realidad planeaba, sin duda, sobre la asamblea de Helsinki de agosto de 1975, y está suspendida en el aire de este nervioso verano de 1980.

Valdrá la pena una nueva meditación, tal como emergió en mi conciencia meditabunda durante mis días finlandeses. El tema, en efecto, es demasiado complejo. Para empezar, es tema litigioso ya desde su primera embocadura. ¿Qué es Europa?

Como en nuestros manuales de enseñanza primaria, deberíamos empezar por la cantilena escolar «Europa limita al Norte...»

Exacto, exacto. Pero ¿cuáles son los límites de Europa?

UN SUEÑO PARA ARQUITECTOS

Reviso, al llegar a Helsinki, mi teoría italocéntrica de las ciudades de Europa. Según la cual, el modelo que emana de Roma, se expande en círculos concéntricos que llenan de cúpulas y columnatas toda la geografía centroeuropea.

Así, frontones geométricos coronan los más nobles edificios de Munich, de Salzburgo, de Liubliana, de Viena. Una ampliación de esta línea abarcadora nos permite incluir en esa misma estética arquitectónica la ciudad de Varsovia, tan amorosamente reconstruida después de la brutal depredación de la artillería nazi. El círculo se extiende, como es sabido, hasta Leningrado, cuyo más bello conjunto arquitectónico lleva la firma del italiano Rastrelli...

Pero ahora, debo ampliar ese imperio de equilibrio y belleza con la ciudad de Helsinki, cuyas fachadas pálidas coloreadas de rosa y verde manzana prolongan la lección del viejo y adorable San Petersburgo. La misma situación a la orilla del mar, pero aquí con una quietud provincial, dulce y triste como la música de Sibelius. El mismo aspecto de los edificios del Gobierno y de la ciudad aquí, como allí, con el noble decoro que exige su jerarquía. Y en seguida aprendo el nombre de Engels, como creador de esa vanguardia de la vieja Europa, de su fidelidad a la norma clásica que, en el siglo XVIII, adquiere cuño francés. Como lo muestran, también, los nobles palacios borbónicos de España.

Veo el conjunto frontal de Helsinki, desde el barquito excursionista que inicia el pespunte de las islas sobre un mar de color de estaño, que cruzan los intrépidos navegantes deportivos, tensando las cuerdas de sus arboladuras. Al fondo, los pespuntes de verdor de las islas que definen esta geografía hiperbórea; la repetición incesante de las coníferas y los abedules donde se ocultan las casitas placenteras de los burgueses de Finlandia, alzadas sobre praderíos inmensos. Cada islote, un parque, un gajo vivo de Naturaleza, refugio feliz de esta gente tranquila y laboriosa.

El encanto de Europa

El finlandés, arquitecto nato, inicia su aprendizaje estético en el mismo bosque que le cobija. Cuando en los alrededores de Helsinki, os llevan a visitar viejas casonas de piedra granítica oscura comprendéis que la historia de la civilización de estas gentes comenzó en el paso de la arquitectura de la madera; en la humilde realidad campesina del hombre de los bosques, mientras toda la Europa mediterránea alzaba ya una hermosura de cúpulas de oro. Y bien puede decirse que, hasta el siglo XVIII no arribó a estas orillas la lección cartesiana de la geometría clásica.

Finlandia aprende entonces la lección de Europa. Cuando se recorre el noble edificio antiguo que hoy alberga al Museo, se advierte en sus colecciones pictóricas que la lección de los Gauguin, los Dufy, los Marc Chagall, los Modigliani que cuelgan de sus muros fue, en cada momento, bien aprendida.

La arquitectura, una vez asimilada la ya citada tradición clasicista, se incorpora con el fin-de-siglo, a los dictados del «jugend-stil» y de otras formas del modernismo, con una exaltación del neogoticismo y de sus tejados puntiagudos de pizarra.

Pero, como es sabido, Finlandia aprende en seguida otra lección: la del racionalismo de la «Bau-haus» alemana, y la del mediterráneo Le Corbusier.

Los guías turísticos no dejarán, en efecto, de mostraros el conjunto residencial de Tapiola, firmado por diez jóvenes arquitectos fineses, que intentó ser una especie de manifiesto estético para la arquitectura del porvenir, tal como se concebía en aquellos años cincuenta, una «ciudad de reposo». Y claro está que, en este caso, el proyecto disponía de los elementos más favorables: anchas zonas de frondoso verdor para contornar cada edificio de la necesaria belleza silenciosa. Pero, este Paraíso, ¿es factible en países de densidad demográfica superior a la de Finlandia, que no alcanza los 15 habitantes por kilómetro cuadrado? Digamos también que el diseño de las casas, si novedoso entonces, ha perdido impacto al generalizarse su adopción en todas partes.

Queda, claro está, el nombre de Alvar Aalto, que no firmó, según me dijeron, el proyecto de Tapiola, pero cuya

genialidad podemos admirar en el «Estadio Olímpico» y en el «Finlandia Hall», visitas obligadas para el viajero, y bien conocidas por todo el mundo.

Pero en este viaje, he podido contemplar una pieza de indudable novedad arquitectónica, cuya novedad y cuya belleza me han impresionado de manera especial. Se trata de la iglesia de Temelaukio, levantada en el centro de Helsinki, y obra de los hermanos Timo y Tuomo Snomalainen, inaugurada en 1969.

Ocupa una plaza flanqueada por la piedra viva de una cantera de granito negro que los arquitectos utilizan para apoyar el conjunto de su obra, dándole un costado vivo de Naturaleza, con la superficie pétrea brillante por el agua que resbala por su superficie. Sobre este flanco natural, el edificio se alza en forma circular como un gran «igloo» coronado por una cúpula de 24 metros de diámetro, que protege un inmenso techo cóncavo decorado por una capa de cobre. Esta superestructura se apoya —con aspecto de platillo volante—, sobre un círculo de cristal, apoyado sobre vigas radiales, que se apoyan no sólo sobre el muro natural sino sobre el muro construido para cerrar el recinto, que complementa con su sólida realidad la calidad aérea de la techumbre.

El interior del recinto, se adorna con muebles —altar y asientos así como un bellísimo órgano y una pila de agua bendita montada sobre un minúsculo menhir que acentúa la noción de rusticidad del conjunto.

La Naturaleza, pues, es el factor principal de esta extraordinaria obra de arte.

URSS

MEDITACIONES SOBRE EL MAPA
UNIDAD POLÍTICA, PLURALIDAD CULTURAL

Cualquiera de los inmensos vestíbulos del descomunal «Hotel Rossía» que frente al mismísimo Kremlin, levanta sus ostentosos muros de mármol blanco, podría servir de imagen microcósmica de ese océano demográfico que va de Leningrado a Vladivostok. Gentes mongólicas, caucasianas, bielorrusas, tadjikas, estonianas que nos dan la medida de una asombrosa realidad multiforme, deambulan hablando su propia lengua. Más de setenta instrumentos idiomáticos tienen vigencia en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; que elevan a 75 millones la cifra de ciudadanos que no tienen el ruso como lengua materna, sobre el resto de la población, que alcanza 175 millones y cuyo instrumento normal de expresión es el ruso.

Nos encontramos, pues, no sólo en el campo político sino también en el campo idiomático con una realidad multinacional. Y en dos de mis viajes, una feliz programación me ha permitido asomarme a esta multiplicidad, puesto que en uno de ellos visité las Repúblicas de Tadjikistán y de Uzbekistán en el Asia remota, y en otro viaje he conocido la de Georgia, al borde del mar Negro. Los primeros, usando una lengua de raíz iraniana, lo que la vincula a la cultura persa; el segundo, utilizando una lengua caucásica, autóctona, que —al parecer— tiene curiosas concomitancias con el euskera, la lengua de los vascos. Otro de mis desplazamientos, me ha llevado a Ucrania.

Digamos en seguida que la política adoptada —de acuerdo con la más pura doctrina leninista— es la de potenciación vital y cultural de las lenguas locales, quedando en todos los casos el ruso como segunda lengua obligatoria y vínculo de comunicación con los demás pueblos de la Unión Soviética.

La problemática de esta doctrina es, como puede imaginarse, tremenda. Pero la decisión con que se afronta es, por otra parte, enérgica y radical. En las repúblicas visitadas, las respectivas «Academias de Ciencias» poseen los instrumentos

necesarios para estimular la permanencia y el cultivo de las lenguas locales, cuyo uso está admitido incluso en los discursos del Soviet Supremo de Moscú, como lo muestran los auriculares de traducción simultánea que observamos usan sus miembros.

Paralelamente, hay que pensar en la multiplicación de las literaturas soviéticas, de cuya presencia dan cumplida cuenta cerca de cien revistas especializadas y, de modo general, el *Panorama Literario* que dirige Iuri Súroisev, uno de los secretarios ejecutivos de la Unión de Escritores Soviéticos, organismo que constituye el sistema vertebral de la *intelligentsia* de todo país. Cada república o territorio autónomo posee, en efecto, su propia agrupación profesional de escritores, vinculada al órgano central que reside en Moscú.

Esta política convierte cada instrumento lingüístico local en foco cultural, con primacía absoluta en cada caso. En «tadjiko» o en «georgiano», he visto la Prensa, la Radio, la Televisión, el teatro, y, por supuesto, la producción bibliográfica de cada pueblo. Este fenómeno de potenciación plantea problemas muy complejos, pues, al lado de lenguas autóctonas muy evolucionadas, como el ucraniano, existen idiomas que empiezan a balbucear en su expresión escrita. Y así, junto a grupos muy nutridos de habitantes, se dan casos como el de los kirguises que no tenían lengua escrita en un principio y que sólo han conocido la imprenta a partir de 1924 y uno de cuyos escritores, Aimatov, posee hoy una fama universal. El director de *Panorama Literario* Iuri Súrotsev, nos contaba el caso-límite de los yukaguires, pueblo de cuatrocientas almas y en cuya lengua se expresa el poeta Simeón Kurilo, que ha conseguido destacar su nombre en todo el mundo soviético.

Se trata, pues, de una emocionante tarea de salvación que, naturalmente, se apoya en una ingente política educativa que promueve el acceso a la cultura de nivel medio y superior a una gran mayoría de la población. Esto permite pasar muy rápidamente de las formas primarias —folklore, literatura oral, épica popular— a los modos más evolucionados de la poesía, la novela o el ensayo.

Mayor complejidad presentan todavía los casos en los que las literaturas autóctonas ofrecen relación de descendencia

con otras literaturas fuera del territorio de la URSS, como en el ya mencionado caso de los escritores de Tadjikistán, cuyos poemas aparecen en las revistas literarias de Persia, lo que les convierte a todos conjuntamente en continuadores de la gran literatura iraní que encabezan Saadi y Firdussi.

Tenemos, pues, un panorama de complejidad profunda y apasionante, tanto en los casos ya citados en los que se alumbran nuevas fuentes de expresión literaria, cuanto en aquellos que como en los ucranianos o los georgianos participan de una literatura ilustre. He presenciado en Georgia ceremonias emocionantes en homenaje a sus grandes poetas que, como Sota Rustavelli, en el siglo XIII, anuncian una tradición cultural notable, y comprendo el orgulloso acento que ponían en sus palabras esas gentes del Sur hospitalarias, alegres y habladores en su condición exultante de gentes del Sur (1).

Ahora bien: en este panorama multinacional, ¿qué función compete a la lengua rusa? Recordemos que hemos hablado de su enseñanza obligatoria en toda la URSS, y, en los casos en que existen idiomas locales, asumiendo la función de segunda lengua de cultura. Ello permite, naturalmente, que la lectura de los grandes maestros de la literatura rusa sean pasto frecuente de todos los ciudadanos soviéticos y que, aún hoy en día sus ediciones se agoten con tal celeridad que hay colas —yo lo he visto— en las librerías sólo para suscribirse a una nueva edición anunciada, de Tolstoi, o de Dostoievski. El mayor problema de la edición en la URSS es, justamente, este de no poder dar abasto a las peticiones de esos dos centenares de millones de lectores potenciales que contiene su territorio.

El ruso asume, además, una función de catapulta de lanzamiento más allá de las fronteras de la lengua local. Cuando un poeta uzbeko, moldavo, o mongol consiguen que una revista estatal, como por ejemplo, *Literatura Soviética*, incluya unos poemas en sus páginas, con tiradas de más de medio millón de ejemplares, obtienen no sólo unos beneficios que la poesía —género minoritario entre nosotros— no pudo nunca soñar, sino la posibilidad de que, a través del ruso, surjan traducciones a las lenguas europeas de dimen-

(1) Mis impresiones de Georgia, en mi libro *Las ínsulas extrañas*, en esta misma colección.

sión universal. Los escritores de las culturas locales son, pues, los primeros interesados en vincularse a las grandes ediciones estatales de la URSS, y en agradecer esa política de potenciación que se produce desde la Unión de Escritores Soviéticos que a través de sus nueve mil socios constituye una columna vertebral de la *intelligentsia* de todos estos países, como el Partido —con su minoría dinamizadora— lo constituye en el campo de la política económica.

En cualquier caso, el escritor soviético puede expresarse en su lengua local o en la lengua rusa, porque la enseñanza le ha hecho obligatoriamente capaz de dominar una y otra como instrumento expresivo. La «opción» le corresponde en cada caso, personalmente, sin que exista prevención alguna ante la decisión que quiera tomar y nadie reproche al gran escritor kirguiso Almatov o a otro cualquiera el preferir la lengua rusa para su expresión literaria. La coexistencia de muchas literaturas nacionales es, en último término, considerada como una emulación entre fuerzas espirituales que pueden alcanzar niveles distintos a través de las épocas. Y en cualquier caso como un enriquecimiento del patrimonio común.

RUSIA, ESPAÑA: URSS

En ocasión reciente, y con motivo de un viaje de carácter cultural a la URSS, no me han faltado oportunidades para recordar, en público, el curioso fenómeno de «simpatía» que se produce en los contactos espirituales entre Rusia y España. ¿Qué aproxima, en efecto, a dos países geográficamente tan distantes?

Yo diría, para empezar, que su propia «marginalidad» frente al foco centroeuropeo: su condición común de pueblos que, amenazados por dos fuerzas exteriores, una asiática (tártara-mongol) y otra africana (islámica) que comprendieron que para ellos Europa era una «opción»: Rusia y España, en la divisoria de dos mundos quisieron ser —a fuerza de un duro y prolongado esfuerzo— Europa. Paralelismo que se produce, por cierto, incluso cuando Europa se ofrece como una amenaza terrible: ante Napoleón o Hitler.

Se ha dicho, también, que existen otros paralelismos evidentes: en la fuerza que lo «popular» asume en sus culturas; en el predominio de lo efectivo sobre lo racional; en ciertas formas de melancolía; en un parejo sentimiento del honor; en la cercanía de los motivos de sus folklores musicales... Lo cierto es que el contacto humano confirma estos supuestos teóricos, y que la Historia nos da, a lo largo de los siglos, curiosas constantes de proximidad.

A pesar de la geografía. ¿Qué era el mundo eslavo para los españoles de la Edad Media, si exceptuamos las noticias de Ruy González de Clavijo en su *Viaje del Gran Tamerlán*? Un continente hiperbóreo, desdibujado entre nieblas, en el que podían situarse, documentación escasa, *El Gran Duque de Moscovia* de Lope, *Los trabajos de Persiles y Segismunda* de Cervantes o *La vida es sueño* de Calderón, un mundo en el que la remota Escandinavia era un horizonte rayado por los trineos descrita por el conde Bernardino de Rebolledo, embajador ante Cristina de Suecia, o unos cielos fantásticos surcados por los halcones evocados por Góngora en dos hermosos versos:

6 — 3850

quejándose venían sobre el guante
los raudos torbellinos de Noruega...

Remoto mundo, que aparece de pronto en el Museo del Prado en el retrato que Carreño de Miranda pintó al príncipe de Potenkin, embajador ruso en Madrid y que empieza a cobrar realidad noticiosa en las presencias de Pedro Cubero, a finales del siglo XVII, del fabuloso ingeniero militar, Agustín de Betancourt, contratado por el Zar de Rusia Alejandro I, o de aquel fantástico duque de Osuna, embajador de España que, acompañado por Juan Valera, asombró con sus prodigalidades a la mismísima Corte moscovita.

Entretanto, Rusia nos ha descubierto, porque ha empezado a leer a Cervantes y porque Dostoievski percibe la melancolía que subyace en el *Quijote*. El secreto de unos «vasos comunicantes», de un misterioso poder de atracción mutua empieza a producirse, y pueden dar de ello testimonio las motivaciones españolas que surgen en Rimski-Korsakof y otros músicos. Luego viene, lo veremos en seguida, el gran descubrimiento de Rusia en los escritores españoles, apoyada en la atracción que en España —y no sólo en España— ofrece el alma eslava, la condición entrañable de sus criaturas. ¿No hemos visto, incluso en la poesía de los combatientes españoles, en Ridruejo, por ejemplo, una emocionada alusión a la ternura de esas gentes? En un viaje anterior, como me encontrara en el expreso Moscú-Leningrado hablando con mi guía intérprete, un coronel del Ejército soviético se dirigió a ella con estas palabras, que encierran, a mi juicio, un caballeresco homenaje.

—Dígale a este señor que, durante la Guerra Patria, me cupo el gran honor de luchar contra la División Azul.

* * *

Pero si es ésta la «imagen» que ellos tienen de nosotros, ¿de qué factores se construye nuestra visión del alma rusa? A mi juicio, en esquema, a través de cinco momentos.

1. La coincidencia en el tiempo de la eclosión de la gran novela rusa (estudiada por Emilia Pardo Bazán [1898]) y del auge de la novela realista española, que nos ofrece en

Pérez Galdós, especialmente, el rastro de Tolstoi y de Dostoievski. Fue como una especie de deslumbramiento.

2. La etapa que se produce a principios del siglo xx, con el influjo de las ideas socialistas y nihilistas (Kropotkin, Otkine, Bakunin) en los jóvenes del Noventa y Ocho —*Azorín*, Unamuno, Maeztu— con especial atención a la temática de los bajos fondos (Gorki) tan visible en el primer Baroja.

3. Una tercera etapa podría polarizarse hacia 1930, en la que, la caída de la Dictadura de Primo de Rivera hace posible una enorme difusión de los escritores, ya vinculados a la nueva realidad soviética alumbrada en 1917. Los jóvenes «vanguardistas» de este momento, descubrimos la poesía revolucionaria de Mayakovski y de Alexandr Blok; la prosa de Isaac Babel, Ilia Ehrenburg o Alexandra Kolontai. Y, por supuesto, el deslumbramiento ante el cine soviético: Einssenstein, Pudovkin, Dziga-Vertog.

4. La cuarta etapa es necesariamente polémica, y habrá que empezar a estudiarla desde una perspectiva cada vez más serena. Por un lado, la presencia de los escritores españoles del bando republicano, que visitan la URSS con frecuencia, y la hacen motivación de sus poemas, como Rafael Alberti. Otros se instalan en la Rusia soviética, donde producen su obra: el caso de César M. Arconada, ya fallecido, cuyas «Obras Completas» en tres volúmenes han aparecido en la «Editorial Progreso» de Moscú. Es necesario intentar un estudio sistemático de estas producciones (también en el campo de la plástica) que constituyen, naturalmente, un aspecto de nuestra cultura. Como convendría que se intentase un catálogo de las actividades intelectuales de los millares de españoles que, siendo niños, fueron llevados a la URSS durante nuestra Guerra Civil. Estos españoles —me consta— siguen siendo españoles; algunos han regresado; otros, permanecen allí, pero con el alma partida. ¡Qué lástima que no haya surgido una novela testimonial, como la de los niños trasladados a Bélgica evocados en *El árbol de Guernica*, de Castresana!

¿Cuál es el peso de estas gentes en el alma rusa? ¿Cuántos ejemplos podrían añadirse al del escultor Alberto Sánchez, genial ambientador, sobre las tierras de Crimea, o del magnífico film *Don Quijote* dirigido por Kozintzev en 1957?

Entretanto, la URSS nos recuerda; lee nuestros clásicos;

edita a nuestros novelistas y a nuestros poetas; aplaude a nuestros autores teatrales.

5. Una última etapa. La de hoy. Etapa de «normalización» de nuestros contactos culturales. De intercambio de datos y de corrección de ausencias. De ofrecer —como lo hemos hecho— nuestra información bibliográfica —5.500 fichas— de traducciones del ruso al español. De procurar una imagen ya por fin equilibrada de nuestros dos países, a partir del nivel universitario en el que junto a los grandes hispanistas soviéticos —Stepánov, Inna Terterian, Sergi Goncharenko, Valeri Stilvov, Vidas Salumas, Valentín Malikov, Mark Samaev— que participaron en nuestros trabajos, Mesa Redonda de Críticos Literarios, setiembre de 1976 sin que podamos presentar ni una sola cátedra de Filología Eslava en nuestras Facultades de Letras...

Etapa, pues, de convivencia intelectual entre dos mundos que, ahora lo vemos con claridad, están llamados a comprenderse.

Un escritor en la URSS debe «peregrinar» a los santuarios mayores de la literatura rusa. No en balde nuestra formación literaria se ha basado en lecturas de los grandes maestros eslavos. La singular condición urbanística de estas ciudades permite, por otra parte, evocar los contornos físicos del escritor, ya que los perfiles son los mismos de hace cien años. Por lo que se refiere a Tolstoi, por ejemplo, el viejo Moscú nos ofrece exactamente el escenario de su vida real —que puede prolongarse con la visita a Yasnaia Poliana— y al de sus personajes. Así, por ejemplo, cuando visitamos la sede de la Unión de los Escritores Soviéticos podemos recrear el ambiente de las viejas casas señoriales, con amplios recibimientos, salones desahogados, y, en este caso concreto, gran salón de música de techo altísimo tanto más cuanto en este edificio sitúa Tolstoi la familia protagonista de *Guerra y Paz*. Un gran jardín está entre la verja y la casa. Y claro está que junto a este edificio nobiliario miles de edificios del viejo Moscú reflejan, en tono menor, el que corresponde a una pequeña burguesía de funcionarios o comerciantes de la época de los zares.

Todavía más emotivo resulta el recuerdo vivo de Dostoievski. El autor de *Humillados y ofendidos* tiene, especialmente en Moscú, un excelente museo monográfico, que preside —en el parque exterior— una monumental estatua que reproduce la efigie del escritor, encorvado sobre el mundo, en una crispada actitud —alerta y angustiada— de observación de las cosas. Contiene, el Museo, documentación iconográfica —el escritor y su contorno familiar—, recuerdos de su vida —su biblioteca y su mesa de trabajo—, y, en suma, instalación *in situ,* frente al Hospital Militar donde su padre prestaba sus servicios como médico, nos permite recrear el ambiente de su angustiada adolescencia.

Más emocionante, por menos conocido, ha sido descubrir en un ángulo de Leningrado, exactamente en la calle Grasdankeia, número 19, el lugar donde se sitúa la acción de *Crimen y castigo,* en el sórdido patio interior, tan característico de la vieja Petersburgo; en el lugar que se imagina estuvo enclavada la vivienda de Raskolnikov, con el arranque de la lúgubre escalera a cuyo pie os muestran el cuarto donde se encerraba el hacha utilizada por el protagonista del relato para ultimar a la vieja. Es un rincón sobrecogedor y siniestro.

Visita a la Biblioteca Estatal de la Literatura Extranjera. Instalada en un espléndido y grandioso edificio moderno, reúne los materiales de investigación para el conocimiento de las culturas foráneas. Dirige la institución, desde hace unos días, la camarada Kosiguin, hija del Primer Ministro soviético, una muchacha de ojos azules, de enorme atractivo personal, que nos recibe con extrema gentileza, para ofrecernos una taza de café y conversar con nosotros, y agradecernos la curiosidad que nos ha llevado a visitar la Biblioteca. Está claro, en las palabras de todos, que los conceptos de «frontera» y de «cultura» son incompatibles, y que sólo este entendimiento cultural puede garantizar el porvenir. La conversación deriva a cuestiones prácticas, en orden al cauce de los envíos de nuestras publicaciones, y, a continuación, nos deja en manos de la señora Ella Braguinkaia, que ha sido el ángel custodio de nuestros días en la Unión Soviética. Nos interesamos por la sección española, donde no sólo observa-

mos los catálogos de autores, increíblemente al día, sino los ficheros de referencias en los que, detrás del nombre de cada autor, se ordenan las citas de los artículos de diarios y revistas de todo el mundo que se ocupen de sus obras. Puntualmente, pues, *Insula, La Estafeta Literaria, Indice,* etc., son cuidadosamente revisados y fichados, así como todas las publicaciones del hispanismo mundial. De más está decir que la Biblioteca es amplia, alegre, luminosa, elegante y acogedora. Nos quedaríamos a trabajar aquí. Pero hay más cosas que ver. El hispanismo está en pleno auge. Nuestros escritores —de España y de Hispanoamérica— son perfectamente traducidos y editados en tiradas que van de los cien mil a los seiscientos mil ejemplares, cifra de la edición habitual, por ejemplo, de la revista *Literatura Soviética.* Aparte de la tarea traductoria, hay que anotar la de la investigación crítica. He tenido el honor de conocer a la profesora de origen armenio, Inna Terterian, que ha publicado dos libros sobre novelística española e hispanoamericana, y está casada con un especialista en literatura alemana. Viven en una casa que aquí se considera grande, de cuatro habitaciones, que se utilizan alternativamente para dormitorios y salas de trabajo. Su hospitalidad es de una afectuosidad incomparable, y la cena de escogidos platos rusos y armenios, una pura delicia.

El esfuerzo estético de la URSS en torno a la coreografía es un lugar común de la propaganda soviética. En el fabuloso Palacio de los Congresos del Kremlin, capaz para seis mil espectadores; en el teatro de Leningrado; en el teatro estatal de Dusanbé, en el remoto Tadjikistán asiático, he visto el mismo espectáculo de «ballet» clásico, presentado con una perfección casi exasperante. Fieles a una tradición de hace cincuenta años, culminada en la figura de Daghilev, mantenida por legendarias personalidades estelares y apoyada en una egregia tradición musical, estas gentes mantienen impertérritas unos gustos coreográficos, convertidos en norma tópica, ya para el «ballet» clásico, ya para el ballet popular. La prodigiosa realidad plástica del movimiento se completa con la maravilla del decorado y la luminotecnia, hasta alcanzar cimas casi irrespirables de exquisitez. Y ahí están.

El encanto de Europa

Curioso el éxito del teatro ligero que tiene en Moscú un local especializado: «Teatro de Opereta». En este momento están en programa: *No te pelees con los muchachos,* de Zaslavski; *Yo soy la más feliz,* de Echpal; *El concurso de belleza,* de Doluskanian; *La primavera de Moscú,* de Bugolovski. Las emisoras de Radio emiten casi exclusivamente música ligera. Podría decirse que el alma rusa está impregnada de lo musical. Todo canta en ellos. La otra noche, el grupo de muchachas que nos acompañaba se puso a entonar una canción. Nunca habían cantado juntas. Asombrosamente conjuntaron sus voces con una perfección y una delicadeza de prodigio. Como la cosa más natural del mundo.

Los títeres de Oraszof, de Moscú, que poseen un teatro propio y un museo especializado que me hizo palidecer de envidia, son un espectáculo sensacional. Son títeres de mano, no marionetas; pero su caracterización, sus voces, y sobre todo la diversidad y presteza de sus movimientos los colocan, a lo que creo, a la cabeza mundial del teatro de este género. Uno de los números representa un coro de ochenta y dos muñecos, con su director, que actúa con una perfección admirable, habida cuenta que sólo tienen once manipuladores. El programa que nosotros vimos se titula «Un concierto extraordinario», lo que permite un espectáculo misceláneo en el que entran parodias de teatro, canto, baile, música y circo. Un personaje muy popular es el «conferencier», o «animador» que ironiza sobre los temas que presenta. En general, los muñecos se burlan un poco de todo: de los «chansonniers» franceses, de los tenores italianos, de la música concreta, de la mentalidad americana, de las canciones mejicanas y, también, de sus propios problemas, de los que se ríe el público del espectáculo a mandíbula batiente.

En la representación del teatro de títeres —de la que ya he hablado— se ofrecen, en el entreacto, anuncios de carácter irónico, como: «Apresúrese a comprar caviar» (no existe en los mercados); «Gran novedad literaria —queremos decir que acaba de llegar el visado de censura». Aprovechando nuestra presencia colectiva —del Congreso de Críticos— añadieron este: «Por favor, en la Unión de Escritores Soviéticos necesitan libros de autores clásicos.»

Y ahora, de paso, uno de los chistes contados por mis amigos moscovitas:

—¿Qué diferencia hay entre cien dólares y cien rublos?

—Cien dólares.

Y esta definición:

«El capitalismo es la explotación del hombre por el hombre, el comunismo es lo mismo pero al revés.»

FIEL CONTRASTE

La primera tentación del viajero, cuando recorre caminos ya transitados, es la de ensayar una comparación entre su recuerdo y su nueva vivencia. Operación siempre arriesgada, por cuanto corre el riesgo de manejar datos incorrectos como elementos de contraste, tanto más cuando el recuerdo elegido desborda a todo lo imaginable por su tamaño y por su complejidad. El mismo binomio Moscú-Leningrado es, para empezar, un signo de antítesis. Moscú es la inmensa capital de la Rusia Central, el pivote sobre el que gira la enorme plataforma esteparia de llanura en su horizontal absoluta; Leningrado —que fue San Petersburgo, que fue Petrogrado— es la ciudad asomada al mar, asomada al borde de lo que para nosotros es Europa.

Moscú es un campamento. La muralla que da sobre la Plaza Roja —y Roja, en ruso, equivale a hermosa—, la muralla que rodea el Kremlin, tiene todavía el aire de una gigantesca empalizada. La arquitectura no tiene, como elemento definidor, la curva geométrica de los bulbos que rematan las torres de sus templos (y que hallamos también en otros lugares) sino más bien la torre cuadrangular, hecha de ladrillo y rematada por una pirámide: en suma, la tienda de campaña petrificada. Porque la llanura es, por definición, tierra abierta a las invasiones. Y en esta inmensa geografía la *blitzkrieg*, la «guerra relámpago» estaba inventada antes de que Hitler le diese su sobrecogedora denominación. Como rayos, en efecto, se abatían sobre los pueblos de la estepa, los tártaros y los mongoles, el viento con fuego que llegaba del Asia remota. Y entonces las gentes debían fabricar, con patética urgencia, las empalizadas, los fosos, los muros, las torres de defensa. Sí, Moscú es, todavía, un Campamento sobre la Estepa, y las arquitecturas del Kremlin, son un dispositivo para avizorar el horizonte. Moscú es, pues, la llanura edificada, la ciudad trazada con mayor generosidad que yo conozco. Se nota que sobra espacio. Y sus actuales construc-

tores han sabido aprovechar bien el férreo sistema que las gobierna y, al no existir la especulación del suelo, han podido trazar —caso inaudito— una ciudad para ocho millones de habitantes, donde anchurosos ríos circulatorios permiten un tráfico desahogado. De ahí esa escenográfica visualidad que descubrimos, por ejemplo, en la famosa «Prosktiva Kalinin» que los listillos traducen, apresuradamente, por «Perspectiva Kalinin», cuando, en realidad, la palabra en cuestión significa «avenida». Así, pues, todo contribuye a hacer de Moscú la ciudad continental; la ciudad que señorea la llanura; la ciudad donde una corte restringida rodeaba al palacio de los Zares, y asistía, en las pequeñas iglesias del Kremlin, a los oficios de la Iglesia ortodoxa, cuya barroca teatralidad, y su espléndido valor coral, hemos disfrutado de nuevo en la Catedral Metropolitana de la hoy capital de la URSS. La ciudad de casas de madera, fácil al incendio, fue sustituida, a lo largo del siglo XIX, por los primeros barrios residenciales de casas sólidas de dos o tres pisos, cuyo carácter conservan celosamente los arquitectos del Moscú de hoy.

Leningrado es el reverso de la medalla. Asomada al espejo del mar Báltico, Leningrado es Rusia asomándose de puntillas para ver Europa. Sin demasiada sorpresa aprendemos que los palacios que dan prez a Leningrado son obra de arquitectos italianos, y muy especialmente del famoso Rastrelli; y volvemos los ojos fervorosamente a esa Italia cuya genialidad constructora ha llegado a caracterizar la fisonomía urbanística de Europa, díganlo, con Leningrado, Varsovia y Viena, y Salzburgo, y Munich... y Barcelona. Pero aquí hay un factor cromático interesante: Leningrado, diríamos, está pintado a la acuarela, al pastel, con esa delicia de colores pálidos, verde manzana, amarillo claro, azul desvanecido; con esa transparencia que descubrimos en los dibujos a la aguada, en los viejos planos de la arquitectura, y que vamos siguiendo con una delicada cenefa policroma en el «Ermitage», en el «Almirantazgo», en las plazas columnadas, en los arcos de triunfo. Bate el mar nórdico los fundamentos de estas nobles arquitecturas, enhebrándose por las calles que, convertidas en canales, autorizan la locución tópica que hace a Leningrado la Venecia del Norte. Que confirman el contraste paisajístico entre esta ciudad y Moscú —corona del

océano de tierra, puesto de vigilancia sobre la estepa, como ya dijimos.

Y es justamente esta conjunción de ciudades lo que nos sirve para definir de algún modo este inmenso país: Rusia es una «Oscilación», una gigantesca lucha entre Asia y Europa. O, dicho de otro modo: este país debe formularse, a cada paso, su decisión crucial: su voluntad de ser. Como le acontece a España —asediada por el Africa islámica— Rusia —amenazada por el mundo amarillo— «debe optar». Y como España lo hizo en su día, la «opción» se llama Europa. A través de los grandes Zares del siglo XVIII, como a través de nuestro Felipe V y Carlos III, Rusia y España decidieron «ser Europa» —y acaso esta paralela condición marginal explica las notables similitudes históricas entre ambos países, la proximidad entre sus expresiones populares, su análogo sentido del humor y de la melancolía, su espiritualidad; el culto a Cervantes en los escritores rusos y la devoción por su literatura en los grandes novelistas españoles...

—Bien, señor periodista —me dirán ustedes. Pero díganos, por favor, desde su anterior visita, de hace tres años, ¿qué novedades tiene usted que contarnos?

—He hablado de dos Rusias en el espacio; podría hablar de dos Rusias en el tiempo. La historia se hace aquí, más que en otros países, de gigantescas programaciones, dentro de un sistema general absoluto. Todo está férreamente previsto con una concepción que pudiéramos llamar constructivista. Ved las emisiones de televisión, pedagógicas hasta la fatiga, desde clases de matemáticas hasta la exhibición de conductas ejemplares: el buen labrador, el buen estudiante, el buen tanquista, el buen pionero. Cualquier camino hacia la disolución está condenado. Aquí no hay sitio para la pornografía, ni para la noticia sangrienta de crímenes patológicos; tampoco cabe la publicidad, y su constante incitación a los placeres del lujo. Sin embargo, desde mi visita de hace tres años, veo una mayor civilización de consumo. Las tiendas tienen más mercancías y están abarrotadas de público; circulan más automóviles. Observo mayor «frivolidad» en los atuendos de las mujeres que acaban de descubrir la «minifalda», y en los restaurantes que inician, a estas alturas, la moda

«camp» de las «cenas-danzantes». Hay más locales nocturnos, y más estridencia de música, y vocalistas que imitan a sus colegas americanos...

—Pero los problemas fundamentales...

—Los problemas fundamentales, los que de verdad importan, puede decirse que están resueltos: trabajo, vivienda para todos, alimentación suficiente, atuendo decoroso, política educativa a todos los niveles, a los que se asciende (anótenlo los «progres») por la rigurosa selectividad que exigen los planes de puestos de trabajo previsibles. Perfecta asistencia sanitaria.

—Entonces...

—Yo diría que, curiosamente, han acertado en lo grande y tienen fallos en lo mínimo: construyen gigantescos hoteles y les falta imaginación para organizar el servicio de desayunos; crean un formidable servicio de «metro», y no pueden evitar que haya colas para tomar un «taxi»; fabrican colosales complejos industriales y les falla la fabricación de papel higiénico; proyectan espléndidos programas culturales y tropiezan con el problema de la distribución de libros. Claro está que todo ello tiene su clave, aparte la complicadísima máquina burocrática que exige el sistema, la propia dimensionalidad geográfica y demográfica de este país, que observamos atentamente como el mayor laboratorio sociopolítico de la historia universal.

CARTA PARA UN LECTOR SOVIÉTICO

Me pide usted, Inna Terterian, unas palabras para iniciar las que, en forma de libro de páginas escogidas tomadas de mi obra, ha preparado para la «Editorial Progreso», de Moscú. Usted es una excelente hispanista que, desde su cátedra universitaria moscovita y a través de muy valiosos estudios críticos, ha realizado una magnífica tarea traductora y divulgadora de nuestros creadores, lo que ha hecho posible y justo que la Real Academia Española la haya elegido —y fue un honor proponerla— miembro correspondiente en la URSS, junto con los profesores Alexeiev, de Leningrado y Stepanov, de Moscú, representando esa magnífica legión de conocedores de nuestra cultura que, utilizando la fabulosa máquina editorial soviética, ha permitido —en tiradas impresionantes— dar a conocer en el mundo eslavo la nata y la flor de nuestros clásicos y de nuestros contemporáneos.

Acontece, sin embargo, que al escoger algunas de las páginas menos fugaces de mi obra, usted, profesora Terterian, se ha encontrado con que —aparte mi labor de creación poética— ha debido seleccionar textos ensayísticos y críticos que, de alguna manera, intentan caracterizar períodos o tendencias de nuestro pretérito literario. Dicho de otro modo, se ha seleccionado de mi obra aquello que presenta una cierta novedad en el campo de la didáctica.

Acaso, porque una gran parte de mi esfuerzo a través de medio siglo, tiende a hacer entendibles aquellos conceptos generales que puedan ser útiles a quienes se acercan al vasto y complejo mundo de las literaturas hispánicas, de suerte que, de alguna manera, mi obra podría definirse como una operación caracterológica que intenta trazar las «líneas de sentido» de nuestra expresión estética. Destino esta carta a un imaginario lector, a un joven estudiante soviético, acaso menesteroso de estas sencillas palabras liminares.

Ello requiere dos operaciones: una, de análisis, en la que se desciende a la objetividad documental más estricta; y

otra, de síntesis, que intenta reducir esa pululación de datos a conceptos transmisibles.

«España, un modo de ser» —reza el título de un librito que escribí para mis estudiantes de los Estados Unidos, y esto es lo que pretendo hacer llegar a unos jóvenes alumnos de otras latitudes: la comprensión de la originalidad múltiple y radical que conocemos bajo el nombre de literaturas hispánicas.

Y, didácticamente, pienso en que esta operación docente será más eficaz y orientadora en la medida en que pueda ser puesta en fiel contraste con esta otra inmensa realidad múltiple, definida por la presencia de lenguas y de culturas que ocupa gran parte del mapa del mundo bajo la bandera de la URSS.

Curioso de este mundo tan original y complejo, he tenido la fortuna de recorrerlo en algunas de sus direcciones más características con intención de obtener, también, «esas líneas de sentido» que ayudan a comprender el espíritu de los pueblos, más claramente cuando se ponen en confrontación con zona que conocemos bien. Así, en el caso de un observador español, ¿cómo no partir de la doble realidad coincidente que hace del mundo español y del mundo soviético dos zonas marginales dentro de la realidad europea? Si la Península Ibérica es el finisterre occidental, asomada al infinito misterioso del Atlántico, la Rusia histórica es la frontera oriental sobre el mundo asiático no menos misterioso y lejano. Esta «marginalidad» con respecto a Europa, ¿no es un signo que aproxima y que explica el paralelismo tan curioso como evidente que media entre nuestros dos países?

Por ello es lógico que, en cuantos simposios internacionales de carácter cultural nos encontremos, soviéticos y españoles, surja entre nosotros una simpatía que viene desde nuestro común entendimiento de lo europeo, entendimiento a la vez próximo y lejano, puesto que nosotros nos sentimos a la vez unidos a Europa y marginados de ella.

Pienso, además, que la contextura interior de la Rusia europea tiene un parecido geográfico con nuestra península, Moscú centra —como Madrid— la llanura esteparia que, en

uno y otro caso, actúa como corazón y como fundente de una y otra realidad nacional. Moscú, como Madrid, son dos campamentos fortificados, inaccesibles a lo exterior, como foco y garantía de la última resistencia de la patria invadida.

Mirando el mapa se advierte que el flanco occidental del cosmos ruso, los países bálticos, Ucrania, Besarabia, representan la zona de porosidad permeable a las influencias exteriores. Este papel lo ejercen, en la Península Ibérica, los territorios mediterráneos de Cataluña, Valencia y Baleares, que asumen la función histórica de absorber los procesos culturales que se proyectan desde la otra ribera mediterranea: Provenza, la Toscana, Nápoles, Sicilia. Dos ciudades, Leningrado y Barcelona, definen perfectamente, incluso en su situación geográfica litoral, esta actitud de vigía y puerta de entrada del mundo exterior.

Los paralelismos pueden multiplicarse. He recorrido la jocunda y fértil Georgia, cuya filosofía vital, su alegría policroma, su desenfado gracioso la aproxima tanto a Andalucía. ¡Qué dos mundos dionisíacos tan próximos! Por el Sudeste —he visitado también el Uzbekistán y el Tadjikistán —donde lo oriental se filtra, a través de la cultura persa, como una repetición de la tentación del Este que percibimos también —procedente del sur africano— en la mentalidad andaluza... Y así podríamos proseguir.

Afectividad, noción de lejanía, músicas y danzas populares, capacidad de ensueños por encima de la árida sequedad cartesiana... He aquí las razones que explican esa correlación afectiva que, en el caso de hoy, ha cristalizado en el esfuerzo admirable que la profesora Terterian ha llevado a término para que esas páginas mías lleguen a ese remoto lector soviético con la emoción de mi voz amiga.

UCRANIA

KIEV, LA BIEN ARBOLADA

Aun cuando una presencia aborrascada de nubes de plomo amenaza ya los últimos días del verano moscovita, basta descender hacia Ucrania para abrir a una esperanza de luz.

Al romper el alba, el tren que me conduce a Kiev penetra un nuevo paisaje. Quedan atrás las manchas boscosas verde húmedas de abetos y abedules, para ingresar en un panorama fértil y bien labrado. Pasamos de la fronda a la agricultura. Ésta es una tierra negra, feraz, que empuja océanos de espigas, para este granero de todas las Rusias que es la tierra ucraína. Las *dachas* campesinas se levantan al borde de caminos bien trazados. El cielo es más claro, y un sol todavía febriscente abre jirones de azul en el cielo anubarrado. Bate el viento las copas de los árboles.

Nos acercamos al bucle inmenso del Dniéper, en cuyas dos orillas —separadas por un quilómetro de fuerza fluvial— se alza Kiev, cuna y primera capital de todas las Rusias, raíz originaria del alma eslava, como Bizancio es el origen de su espiritualidad religiosa, transmitida especialmente por la escritura cirílica que inventaron los santos de la Iglesia ortodoxa, Cirilo y Metodio, en el siglo x.

Cada vez que me asomo a este tema se remueve en mí el asombro ante la hazaña de este cristianismo oriental, fiel a sí mismo, primer traductor de los evangelios al griego, y finalmente mantenedor intransigente del Credo de Nicea en el que dice que el Espíritu Santo procede del Padre por mediación del Hijo, mientras que los católicos deciden una nueva versión del texto, aseverando que procede del Padre y del Hijo *(filioque)*. He aquí cómo una conjunción copulativa es capaz de desgarrar una creencia y dividir los espíritus, a pesar de la presencia creciente de las ideas ecuménicas.

Rusia es, pues, desde su origen, fiel a la creencia ortodoxa y, desde la raíz meridional, precisamente en Kiev, inicia su singular andadura histórica.

En cualquier caso, yo guardo en mi corazón un inmenso

respeto por esa Iglesia jerárquica y tenaz, que ha servido de bastión defensivo de Cristo ante las amenazas del Este asiático que, hoy mismo, bajo el poder ateo de los soviets, ha conseguido (gracias especialmente a la conducta su Patriarca durante la invasión hitleriana) un consenso que la permite mantener seminarios que, como el de Zagorsk, es una muestra de continuidad cultural y religiosa y de continuar el culto y la espléndida liturgia bizantina en algunas iglesias. Y yo no he faltado en este viaje a la catedral de la Transfiguración de Moscú, a la misa dominical oficiada por su arzobispo monseñor Pimen, Patriarca de todas las Rusias, para embelesarme con la maravilla del oro y del incienso, en la solemne ceremonia, y con la prodigiosa armonía de los cantos litúrgicos del coro y de los fieles.

Partiendo de esta fidelidad milenaria, Kiev, adelantada en el tiempo —siglo x— de la Iglesia ortodoxa en Rusia, inicia su singular andadura histórica que comienza por un itinerario que va de Sur a Norte: Kiev es la primera etapa; Moscú, la segunda; San Petersburgo, la tercera, como tres etapas de enlace de sus gentes con la tradición religiosa que procede de la palabra de Pablo y de Juan Crisóstomo. Rusia es, pues, una emanación del cristianismo que impregna de ardores místicos el alma eslava, en esa bien llamada tercera Roma.

Así está la Ucrania de san Vladimir padre de la patria, cuyo eco reverencial tenemos en la «lavra» o conjunto monástico que aparece en una montaña que se alza en el mismo corazón de Kiev, como un collar de cúpulas de oro, centrado por una torre bellísima con ecos del Bernini y de Brunelleschi.

Así la ciudad cabalga —como Roma— en una sucesión de colinas junto al Dniéper, en una situación que recuerda de algún modo la ubicación de Budapest sobre el Danubio.

Sólo que ésta es más rica de esplendor arborescente. Hasta dos mil hectáreas de parques y jardines exhiben orgullosamente los habitantes de la ciudad, que ofrece el ejemplo insólito de 120 metros cuadrados de vegetación por cada habitante, llenando el sesenta por ciento del recinto de la capital.

Kiev es, acaso, la ciudad más arbolada que yo he visto; la más densa riqueza vegetal que preside capital alguna en

Europa. Ya no son abetos y abedules. Son los grandes álamos, los inmensos castaños, las frescas acacias, las cuales flanquean las grandes avenidas e informan los parques ondulados sobre las perspectivas en desnivel escenográfico y en un señorial trazado urbanístico de anchas avenidas flanqueadas por una arquitectura policroma.

Desde lo alto de esta hermosura vegetal, el Dniéper, inmenso, abraza una parte de la ciudad, antes de abandonarla camino del mar Negro. Es un esplendor de fronda, un juego de esmeraldas que alegra el corazón y que, en estos días otoñales, alcanza un trémolo de oro.

Por la tarde, yo recomendaría el clásico paseo en uno de los barcos-mosca que recorren las orillas, para ver cómo las cúpulas de oro de la «lavra», se enfrentan con el perfil limpísimo de Santa Sofía.

La «lavra», desafectada de los servicios religiosos adquiere una frialdad de museo, aun cuando las visitas de las Catacumbas de los cristianos ucranianos, no deja de sobrecoger el ánimo del visitante. El contorno arquitectónico está ceñido por un collar de cúpulas de oro centrado por una torre que es, como hemos dicho, como una síntesis del genio italiano del Renacimiento.

Descubrimos así que el centro de la difusión que se instala entre Roma y Florencia alcanza una fabulosa geografía que abarca no sólo los perfiles inmediatos de Liubliana, Viena, Praga o Munich, sino que se encarama Europa arriba el círculo máximo, por obra del arquitecto Rastrelli ya en el siglo XVIII que se llama Varsovia, San Petersburgo y —acabamos de verlo— Kiev.

A esta luz de continuidad histórica intentaremos dibujar la línea de nuestras meditaciones.

Pero Kiev no es solamente el ejemplo de una fidelidad religiosa que llega de Bizancio y que proyectará sobre todas las Rusias, sino cuña histórica que alumbrará una conciencia nacional, llamada Ucrania.

Los historiadores señalan el esquema cronológico a partir del momento en que san Vladimiro (980-1015) lleva el cristia-

nismo a Kiev y, crea un primer recinto fortificado, en un gesto fundacional que continúa la figura del rey Jaroslav *el Sabio* (1019-1054) que, con una nueva línea amurallada de 16 metros de alto, eleva las iglesias de Santa Irene y de Santa Sofía —bellísima en su restauración actual— y dibuja ya un contorno nacional que hoy se extiende sobre una extensión de 600.000 quilómetros cuadrados que alberga a una población de 45.000.000 de habitantes, constituyendo hoy una de las Repúblicas Soviéticas (la otra es Bielorrusia) que tiene el privilegio de tener representación en el hemiciclo de las Naciones Unidas. El motivo político, se dice, es como compensación honorífica a los sufrimientos padecidos durante la invasión hitleriana. Pero los sufrimientos no fueron, desgraciadamente, patrimonio único de estos pueblos. Y así hay que buscar una explicación más convincente para entender la excepcional dignidad otorgada a estas dos repúblicas que viven a la sombra de la estrella soviética.

Por lo que se refiere a Ucrania, ya hemos señalado su dimensión geográfica en importancia demográfica, así como la histórica de los siglos X y XI, en el que surgen sucesivamente el fundador religioso en san Vladimiro y la promoción cultural con Jaroslav *el Sabio*. Uno y otro son los fundadores materiales del núcleo originario de la ciudad de Kiev, situado en la más alta de sus colinas que se encargaron de construir y de fortificar. Signo bien representativo de que se acercan jornadas dramáticas: luchas internas y ataques del exterior. Feroces contiendas feudales y la creciente amenaza sucesiva de mongoles, tártaros, turcos y polacos que harán de Ucrania una tierra de heroísmo y de sangre. Sólo la incorporación de este territorio al de la Rusia de Pedro *el Grande* —1654— proporcionará al país una cierta seguridad, aunque no falten los elementos de desasosiego para las gentes humildes sometidas a servidumbre —prácticamente a esclavitud— por parte de los propios terratenientes ucranianos que muchas veces estaban enlazados con la aristocracia polaca y teutona.

Todos estos elementos se conjugan en esa tierra abierta y generosa que, al acicate de la opresión, no puede ofrecer otra cosa que la fidelidad a su lengua, a su religión, a su cultura. Pero el tiempo de los recobramientos nacionales está

muy lejano, y no podrá apuntar hasta que en el siglo XIX la llama de los romanticismos prenda desde la raíz popular de cada colectividad histórica.

Entretanto el látigo de los zares azota el rostro de las gentes ucranianas, de natural pacífico y jovial, como se muestra en sus canciones y bailes populares; como lo hace pronosticar una naturaleza cuyo único defecto estriba en ser tan abierta, tan fácil al cuchillo del invasor. Fiel a ese destino, Ucrania se limita a ser una pieza más en la corona de oro de los zares, en cuyo derredor se asienta la sociedad aristocrática del país, que se instala en sus lujosos palacetes de Moscú.

En esta situación histórica se encuentra cuando se produce la Revolución de Octubre, que integra a Polonia como una de las Repúblicas Socialistas que son el fruto del leninismo triunfante. Las consignas de la clase vencedora son de defensa de los valores culturales autóctonos y de autonomía de los poderes políticos específicamente ucranianos, habiendo fracasado, en cambio, el intento de un «soviet» ucraniano (1917) desgajado de Moscú, que se apresuró a aplastar el movimiento disidente (1920) incorporando el territorio ucraniano a la URSS, ya que el poder soviético decidió no ceder ni un ápice de los territorios incorporados a Rusia por el insaciable imperalismo de la Rusia zarista. Y en esta política han permanecido impávidos.

En esta situación se produce la invasión hitleriana de 1941. Ucrania fue fiel a su vocación de tierra víctima. Sus llanuras —sin apenas obstáculos orográficos— se abrieron a la guerra relámpago de las divisiones alemanas, y tras unos torpes intentos de aprovechar los sentimientos nacionalistas del país por parte de los invasores, Ucrania hubo de padecer una invasión terriblemente dura. Durante dos años —1941-1943— Kiev fue ocupada por las tropas alemanas. Doscientos mil patriotas ucranianos fueron pasados por las armas, como recuerda al caminante el sombrío y patético monumento que decora uno de los hermosos parques de la ciudad. En otro de los parques, otro monumento —al que dan guardia perpetua los muchachos uniformados de la juventud comunista —Konsomol— recuerdan a los demás sacrificados, a los que murieron en el campo de batalla.

Así selló Ucrania su fidelidad al mundo eslavo. Seis mil edificios destruidos fueron el balance de esos dos años trágicos. Ni siquiera el sonriente verdor de sus jardines ha logrado borrar el rastro de tanta tragedia.

LA VOZ DE LOS POETAS

El documento de identidad de los pueblos es su lengua. Ucrania posee ese elemento de autenticidad, sostenido por cuarenta y cinco millones de habitantes. Y, naturalmente, por una legión de poetas, dramaturgos y novelistas

He tenido el honor de ser recibido, con los amigos que me acompañan, por el pleno directivo de la Unión de Escritores Soviéticos de Ucrania —que posee un millar de miembros— y he visto el orgullo con que nos muestran sus realizaciones que patentizan el predominio casi total del ucraniano sobre el ruso —en los libros y en los periódicos, uno de los cuales *Belcebit*— es un alarde de información cultural y literaria

Esta literatura surge espontánea a lo largo de los siglos difíciles —de opresión polaca, mongola y rusa— en forma de cantores populares que al son de la bandurria típica ucraniana llamada *coksbar* evoca el dolor y la alegría del pueblo humilde, al modo como lo hacen los payadores de la lengua argentina. El «Martín Fierro» de estas gentes se llamó Tarass Schevchenko, en cuyo honor se levanta en Kiev un museo monográfico, que yo podría proponer como ejemplo. La circunstancia de que el gran poeta lírico fuera, también, un excelente pintor, favorecen el atractivo de la institución que ha podido reunir sus mejores muestras, válidas tanto como ejemplos notables del posromanticismo y del realismo sino como insuperables documentos de época.

Pero es que el poeta, claro, está donde el análisis del alma ucraniana puede realizarse. Me he acercado, pues, a la poesía de Schevchenko partiendo de traducciones al español, debidas a la pluma de Rafael Estrela, uno de esos hombres al que el viento de nuestra guerra civil llevó a estas tierras ucranianas y que, providencialmente, se ha convertido en el primer conductor del hispanismo en Ucrania.

Digamos que el poeta nació en 1814, de una familia de siervos. Su «dueño» apercibido de su talento le permitió

dedicarse al dibujo y le costeó sus estudios para aprovecharse de su producción. Pero su rápida fama le llevó a que un grupo de patricios presididos por el mejor pintor ucraniano de todos los tiempos, Bruiov, que sorteó una de sus obras para reunir los doscientos rublos que el «amo» pedía para extender el documento de libertad que le permitió, por fin, ingresar en la academia de Bellas Artes, de la que acabó siendo académico de honor.

Pero, paralelamente, Schevchenko empezó a publicar poesías que recogió en 1840 en un libro que publicó bajo el título de *Cocsbar* el instrumento popular. En estas poesías late todo el dolor de los humildes bajo el látigo de los terratenientes polacos que dominaban el país Pero expresar este dolor no había de ser grato a la policía del Zar, quien lo desterró a una guarnición de la frontera del Cáucaso (1847) y después a la fortaleza de Orsk con orden estricta de que se le prohibiese escribir y pintar. En el museo que recuerda su obra pueden verse algunos bocetos dibujados a escondidas y el cuadernillo que ocultaba en las botas y en el que proseguía su lección de patriotismo. En 1850 obtuvo su libertad y, envejecido y triste, vivió en Nizna Novgorod, Kos Aral y San Petersburgo escribiendo y pintando, en testimonio doble de amor a la tierra, a sus paisajes y a su historia, cantando las hazañas de los antiguos héroes ucranianos como Tarass Fiodorovich que se sublevaron en 1630 a los «gaidamaks» o guerreros que, a lo largo del siglo XVIII se rebelaron contra el poder polaco o creando historias sentimentales sobre el dolor del pueblo, como el de una muchacha humilde deshonrada por su amo que sirvió después de tema a la famosa ópera de Mussorgski, *Kovanchina*

Así este Martín Fierro de la estepa ucraniana ha conquistado su categoría de héroe testimonial del dolor y de la gloria de su patria. Temas que se repiten a lo largo de la historia de este país, y que alcanzan una nueva cúspide con la figura de Ivan Franko (1856-1916), una selección de cuya obra he podido leer en castellano gracias a la «Editorial Progreso» de Moscú. Considerado como el último clásico de la literatura ucraniana, que en sus relatos en prosa recoge el dolor de las gentes humildes con certero pincel de costumbrista, como en sus poemas, todo ello bajo un signo político de

izquierda que lo convierte en vocero de la Revolución de 1917. Todo ello sostenido por un amor continuo a la patria y a sus gentes, tal como él expresaba en su poema de 1880, traducido por A. Herraiz: *Tierra madre buena que todo lo engendra / dame generosa el vigor que encierras / para que en la lucha mejor me mantenga / ¡Dame, madre, la fuerza. / Dame el cálido afecto que ensancha el pecho / que la sangre limpia de sentimiento / colmando el corazón, ilimitadamente / de amor puro a las gentes. / Y dame también fuego que caldee palabras / poderío trueno que conmueva las almas. / Para defender la verdad con ardor / ¡dame eterna pasión!*

Desde nuestra ladera actual de críticos, tanto las realizaciones de T. Schevchenko como las de Ivan Franko se nos antojan llenas de las limitaciones líricas de su época, de los prosaísmos inevitables. En una retórica de lucha y de los condicionamientos de una estética sentimental al uso. Pero desde nuestra atalaya de observadores de pueblos, la voz de uno y otro se nos aparecen como documentos insuperables.

EUROPA ANTE ASIA

NO HAY MÁS QUE UNA GUERRA

No conozco el Afganistán —cuya escandalosa invasión por parte del Ejército soviético solivianta al mundo—, pero tengo los datos que su hirsuta geografía ofrece, como encrucijada de razas y de culturas. Y así no me extrañó la noticia de que muchos de los soldados invasores eran comprendidos por los pueblos agredidos. En efecto, las tres repúblicas socialistas soviéticas limítrofes con Afganistán, Turkmenistán, Tadjikistán y Uzbekistán hablan dialectos del persa familiares al afgano. Así, la depredación podía disfrazarse bajo una capa de hermandad.

De este aspecto lingüístico y cultural, cuya aplicación al tema parece obvia, sí tengo personal experiencia. En dos ocasiones he recorrido las ciudades más características de este territorio: Dushambé, Samarkanda. Una inesperada visión de la URSS, hecha de clima cálido; de ropas policromas, de turbantes y minaretes, nos hace comprender una vez más que el poder soviético se sintió legítimo sucesor heredero de la política expansionista de los zares. Lenin, heredero de Catalina de Rusia y de Pedro *el Grande* no sólo no dio un ápice de las fronteras del imperialismo sino que, como en los casos de Estonia, Lituania, las ensanchó.

Pero todo esto es muy antiguo. ¿Desde cuándo siente Europa la «tentación de Asia»? O inversamente siguiendo más lógicamente el curso de la Historia, ¿desde cuando Europa se apareció como una presa posible de las grandes potencias del Oriente asiático?

Podríamos iniciar la evocación con la sombra de Ciro *el Grande,* fundador del Imperio persa en el siglo VI antes de Jesucristo, imperio cuyos límites iban desde el Indo hasta el Mediterráneo. Lo que aconteció con sus sucesores, Darío y Jerjes, lo sabemos muy bien. La poderosa máquina militar

del ejército y de la marina se estrelló en Maratón, Platea y Salamina contra un pueblo que había inventado el valor de ser hombre; el pueblo griego. Los desgarradores lamentos del orgulloso guerrero vencido todavía resuenan en *Los persas* de Esquilo. Y estremece pensar que, en estas tres batallas, se jugó el destino de Europa, libertándola de ser una satrapía más del poderoso emperador del Oriente.

Pero de alguna manera el fantasma oriental se había infiltrado en la política griega, y el alma de Filipo de Macedonia ya se alimentaba de sueños imperiales. Ha surgido «la tentación de Asia» que llevará a su término su hijo, Alejandro Magno, capaz de realizar en doce años la conquista de todo el Imperio persa, hasta la misma frontera de la India.

Asia, fábrica de sueños. Hay que recorrer las páginas de Marco Polo, escritas mil años después, para comprender la fuerza de atracción del mundo asiático a lo largo de los siglos. Desde la delicadeza de Omar Khayyam, la Persia de las cúpulas de azulejos irradia sobre todos los poetas de Europa. Asia, medicina contra racionalismos, ventana abierta al ensueño. A principios del siglo XIV el español Ruy González de Clavijo escribió su *Viaje del Gran Tamerlán,* y cuando Juan Ramón Masoliver y yo visitamos la tierra de los tachikos y de los uzbekos, todavía nos hablaron de aquel escritor que hizo llegar a Europa la primera noticia de aquellos territorios.

Asia, fábrica de fantasía. A través de la invasión árabe; al norte de África y toda la Península Ibérica sirven de trampolín para el ensueño, la poesía, el cuento de hadas o la conseja popular. Las mil y una noches y su vasto cortejo de luz y de sombra.

Los alfanjes de Mahoma rubrican las hazañas de la guerra necesaria, y obligan a España a una réplica urgente, bajo el signo de Santiago. Se nace por algo y, a veces, contra algo. Así nacimos como colectividad histórica según el oráculo de don Américo.

Pero no sólo los árabes y sus aliados norteafricanos y berberiscos constituyen el frente de combate. Los turcos proseguirán en todos los frentes de Europa: Polonia, Austria, los Balcanes. Y a España (en Viena, con Carlos V;

en Lepanto, con Felipe II) le corresponde el papel de última defensa.

Europa y Asia, una sola guerra. Eliminada la amenaza turca, el gran imperio de los zares se expande por las estepas del Asia central. La sombra de Ciro *el Grande* huye despavorida de las cúpulas de Samarkanda cuando llega el hombre eslavo. Gentes de cultura persa, discípulos de Saadi el poeta de las rosas, viven bajo la estrella roja de los soviets. Ellos forman en las divisiones de Breznev alegando hermandad de sangre con el pueblo afgano que, en sus riscos escalofriantes, se bate a sangre y fuego.

UZBEKISTÁN

UZBEKISTÁN: ENCRUCIJADA RELIGIOSA Y CULTURAL

Uzbek es, como recordarán ustedes, el personaje exótico que pone de chupa de dómine a los franceses en las *Cartas Persas* de Montesquieu. En el siglo XVIII, en efecto, se produce en la literatura europea, y con intención satírica, un cambio del «punto de mira» por el que la visión occidental del mundo, orgullosa de su tradición clásica, deja paso a una observación crítica en la que lo europeo es observado irónicamente desde el menos precisado mundo exótico. Y así Voltaire, en *L'Ingénu,* imagina con demoledora ironía las observaciones de un indio canadiense sobre la vida social y religiosa de Francia. O Cadalso en las *Cartas Marruecas* inventa los puntos de vista de unos marroquíes que recorren España.

Pues bien: yo he estado en la tierra de Uzbek, o de los uzbekos, tierra que hoy constituye una de las quince repúblicas de la Unión de Repúblicas Soviéticas y que lleva el nombre de Uzbekistán.

El territorio en que me he movido, en el corazón de Asia, es uno de los ejemplos de encrucijada antropológica más interesante que yo pueda recordar. En Uzbekistán conviven —junto a los uzbekos que ocupan el 50 %, rusos, tártaros, kazayos, tadjikos, judíos, armenios y ucranianos 10 %. La apariencia humana de estas gentes es característicamente oriental, en la que abundan para los hombres, el gorrillo cuadrangular, negro con bordados blancos: el caftán, el turbante y las botas altas y un curioso pañuelo policromo atado a la cintura. Y para las mujeres los trajes de seda decorada de colores chillones casi siempre formado por túnica y pantalones. Otras veces son de brocado de oro. La religión dominante, que les impidió durante siglos mostrar su rostro, es la islámica. Sólo dos mezquitas continúan funcionando en Samarkanda, en un país que, como los demás de la URSS, proclama el materialismo histórico y ordena museos en pro del ateísmo como el que hemos visto

en el complejo arqueológico de Shakhi-Zinda. Para la integración cultural de estos pueblos se decretó ya desde 1920 con la sustitución del alfabeto árabe por el cirílico, lo que supone un duro golpe para la tradición religiosa, establecida a través de textos redactados con aquel alfabeto.

Diré, sin embargo, que la técnica leninista es, en estos casos, bastante tolerante con las tradiciones locales, y que la lengua uzbeka que pertenece al grupo filológico ugrofinés, al que también pertenece el turco, inserta la tradición cultural dentro del área de Turquía, así como la república vecina, la de Tadjikistán —que he visitado en otra ocasión— aparece vinculada a la tradición cultural persa.

En cualquier caso, el foco de cultura islámica de Uzbekistán está situado en Bujará —la ciudad de los tapices y alfombras— donde se asienta una gran «medersa» o universidad coránica de la que dependen más de trescientas mezquitas corriendo de su cuenta, con auxilio del Gobierno uzbeko, la organización de las rituales peregrinaciones de los creyentes a La Meca. Pero frente a todo ello está, claro es, la tremenda fuerza unificadora del materialismo histórico y su consecuencia el racionalismo ateo. Cerrada la explicación trascendental del devenir de los tiempos, aceptada solamente la razón de los hombres, el camino hacia la unidad se produce, especialmente entre los jóvenes.

En Samarkanda, que es una especie de reliquia del pasado tradicional, he tenido curiosidad por visitar las mezquitas que todavía actúan para los fieles musulmanes y he hablado con algunos de los custodios de estos servicios religiosos. Los edificios son muy modestos, y las gentes que acuden a la oración del viernes son escasos —unos dos mil quinientos— para una población de medio millón de habitantes. He intentado conocer algo de la comunidad hebrea, en un barrio breve y misérrimo: la sinagoga estaba situada en un patio interior humildísimo, capaz para dos docenas de fieles. En cuanto a las iglesias ortodoxas no pueden ser más humildes. A ella acuden algunos miembros de las comunidades ucranianas —transportadas a esos territorios con una doble misión, la de desmontar el nacionalismo de Ucrania y neutralizar, con una población inmigrante, el predominio racial uzbeko.

El encanto de Europa

El proceso de integración de estas gentes al poderío soviético pasa, pues, por la unificación de la cultura —a través del ruso—, y del estímulo que para cualquier escritor de lenguas vernáculas supone la traducción al idioma general con su consecuencia de enorme difusión, con tiradas fantásticas y beneficios copiosos.

Si el riesgo de diversificación cultural es evidente y, a la vez, ineluctable, debe decirse que la política de apoyo a las literaturas locales ha producido inmensos resultados de autosatisfacción a nivel local y, al mismo tiempo, de potenciación de los valores autóctonos. En este aspecto la política propugnada por Lenin ha sido muy eficaz.

El otro elemento de dispersión podría ser la diversidad religiosa. En el enorme territorio existía, además de la Iglesia ortodoxa de la «Santa Rusia» vinculada al Estado zarista, otras muchas religiones, como el judaísmo que tiene prosélitos en todo el país o las creencias islámicas que abundan en estas repúblicas soviéticas del Asia Central. Está claro que la tradición de Omar Khayyam, de Saadi y de Firdusi planea sobre una vasta extensión del Asia Central. Pero —como he dicho— en este mismo territorio, gravita, también, la influencia de la tradición cultural turca. Téngase en cuenta que el grupo filológico ugrofinés, constituye un conjunto diversificado que desde Asia, pueblos kirguises y uzbekos, se introduce a través de las hordas invasoras y llega a informar los idiomas turco, finlandés y húngaro, piezas extrañas en el mundo eslavo, germánico y grecolatino.

Uzbekistán es, pues, culturalmente un país vinculado a la tradición turca —estas gentes pertenecieron al grupo turcomano— y los escritores con quienes he conversado aquí, me confirman su devoción a la tradición cultural del pueblo que fue la mayor amenaza de Europa, como bien saben Polonia, Austria o España, que hubo de cortar en Lepanto, la terrible posibilidad de que Europa se convirtiera (como lo fue Grecia hasta el siglo XIX) en una provincia islámica. La que, junto a la presencia histórica de los grupos rusos, judíos y armenios, completa la impresionante complejidad racial y cultural de este mundo inserto en el mismo corazón de Asia.

ULUGH BEG EL SABIO

Al lado del conquistador Tamerlán que incendia el mundo con sus hogueras militares, presenta la historia de estos pueblos, y por contraste aleccionador, la figura del nieto Ulugh Beg a quien podemos llamar *el Sabio*, cuyo reinado viene sellado por los laureles de la paz. Bajo su mandato, Samarkanda se convierte en un centro científico, y bien puede considerarse como figura representativa de la cultura mundial de su tiempo, en una encrucijada en que se encuentran los altos saberes de la poesía, árabes, persas, turcos y mongoles —Omar Khayyam—; en la filosofía —Avicena—; en la matemática —Alhuaritzmá—; de quien procede la palabra española «guarismo», Ulugh Beg es fundador de las universidades coránicas —«medersas»— de Bujará y de la primera de las tres que hoy constituyen —como veremos— el asombro del viajero en la plaza mayor de Reghistán de Samarkanda, uno de los conjuntos arquitectónicos más espectaculares del arte islámico, hasta el punto de servir hoy de escenario a evocaciones de «luz y sonido» en las que la «Plaza» se convierte en personaje narrador de una historia mezclada y turbulenta. Las otras dos medersas del conjunto se sitúan a su frente, es de Chir Dor, de líneas paralelas —a la misma altura— 31 metros —y en las mismas columnas gigantescas al flanco de los edificios. La tercera —medersa de Tillia Kari— constituyendo el lujoso telón de fondo: arquería de cuádruple juego —cuatro filas de cuatro arcos en dos plantas, centrados por la gigantesca portalada central que contiene otros seis arcos englobados en una puerta colosal. El total de las tres medersas está recubierto de mosaicos de calidad metálica, que en la noche da el conjunto iluminado para el citado espectáculo de «luz y sonido» un esplendor fantástico. Sobre la enorme plaza oscura, el viajero percibe los juegos luminosos y las melodías que ambientan, como dije, la historia de esta plaza (que habla como protagonista) verdadero corazón de Samarkanda, y en la que se desarrolla

toda la historia de Uzbekistán. Claro está que el espectáculo tiende a poner en contraste un pasado azaroso y turbulento por las continuas invasiones desde Alejandro el de Macedonia hasta Gengis Khan el de Tartaria, con evidente sufrimiento de las clases humildes, hasta alcanzar los venturosos tiempos en los que se cumplen las predicciones del sabio monarca Ulugh Beg; es decir, hasta el momento en que Kalinin, presidente del Comité Central Ejecutivo de la URSS, anunció en esta misma plaza (11 de febrero de 1925) que la época de los Zares y de los opresores había terminado. La música se enciende en banderas y se oye el carillón del Kremlin que inicia las notas de «la Internacional», y que indican que Samarkanda, al cumplir los 2.500 años de su historia, podía ofrecer un panorama de paz, felicidad y amistad. Como era lógico y previsible, el despliegue de la historia se presenta como un proceso sistemático que termina ineluctablemente en la victoria del socialismo.

Pero la figura de Ulugh Beg es todavía objeto de veneración y la visita al increíble observatorio astronómico que él construyó, con un gigantesco sextante de piedra de unos treinta metros de largo, nos produce asombro. Y su sepulcro, junto al de Tamerlán, ha permitido confirmar su desastroso fin: el esqueleto aparece con la cabeza seccionada; en efecto, el gran rey sabio fue asesinado por su hijo en 1449.

Pero toda la cultura uzbeka actual reconoce a Ulugh Beg como su patrono y como su ejemplo.

¿Cuál es el estado actual de esta cultura uzbeka? He hablado con una alta personalidad de la Unión de Escritores Soviéticos de Uzbekistán, que se muestra satisfecho del progreso cultural del país, que posee 12 diarios regionales y 20 revistas, aparte una treintena —me dice— de periódicos científicos. En estas publicaciones se usa el ruso y el uzbeko, sin que se produzcan, al parecer, discriminaciones en ningún sentido, en un ejemplo de bilingüismo perfectamente normalizado.

Pero lo importante es determinar el área cultural en que se mueven estas gentes, para definir la política de la URSS en este aspecto. Mi experiencia de viajero me permite ob-

servar que aquí se aplica la consigna de Lenin, en el sentido de potenciar las culturas locales. Lo he observado en Ucrania, en Georgia, en Tadjkistán, donde el noventa por ciento de las expresiones literarias —libros, Prensa, teatro, cine, Radio, Televisión— se producen en las lenguas locales, como se exaltan los valores vernáculos a través de las correspondientes Academias de Ciencias. (La disciplina unitaria más férrea se aplica en la imposición del ruso como lengua obligatoria común y, por supuesto, en los aspectos reservados al Estado Central: política económica y sindical, ejército, moneda, relaciones exteriores, etc.) Y, desde luego, una política de integración preside el conjunto. La constitución de Uzbekistán, por ejemplo, después de declarar «la plena igualdad de derechos a todos los ciudadanos, sin hacer distinción de raza, nacionalidad, sexo, religión» declara enérgicamente que «toda propaganda de exclusivismo, odio y desprecio raciales o nacionales es castigada por la ley» y a este respecto es curioso recordar que estas gentes consideran la capital de esta República, Tashkent, como el centro religioso musulmán del Asia Central, y que la «medersa» o universidad coránica de Bujará continúa existiendo. Pero las personas a las que he consultado —especialmente las jóvenes— me han dado, sin embargo, la impresión de que la religión —todas las religiones— es «cosa de viejos».

Pero me interesaba, especialmente, y en contraste con mi experiencia en Tadjikistán conocer el ámbito cultural de una y otra República. Y así recuerdo que los tadjikos me hablaban de su devoción hacia los poetas persas, cuya lengua, efectivamente, entendían —por razón del carácter iraniano de su idioma— hasta el punto de que colaboraban en alguna revista de Teherán.

Por lo demás, los uzbekos me hablan, orgullosos, de sus dos teatros el de la «Ópera» y el Teatro Dramático y el Teatro Ruso —uno para cada idioma uzbeko y ruso— y otro de títeres. Algunos espectáculos son clásicos; desde hace una treintena de años el público asiste a unas evocaciones escénicas de la vida del poeta Aliser Naboí (1411-1501), fundador de la literatura nacional uzbeka, ligado a Samarkanda, estudiante de la medersa de Ulugh Beg, cuyo género «hamza» (épica rimada) tiene una complicada retórica desplegada en

larguísimos relatos épicos, que alcanzan hasta 30.000 estrofas en capítulos, desarrollados al principio en forma de consejos morales (8.000 estrofas); el segundo desarrolla una leyenda amorosa; el tercero gira en torno a la vida del amor; el cuarto, a las constelaciones; amor del Rey de Irán que se casó con una princesa china. Esta obra se reedita constantemente. Es el texto oficial en todos los liceos y universidades.

Esta poesía inicial uzbeka vive de la tradición persa, pero los poetas de hoy, aun cuando no rechazan la autoridad de Aliser, continúan la tradición de las «gacelas», al estilo de las «poloi» árabes y persas, aunque su norma actual tiende a una concepción nacional libre de influencias extrañas, y se mueven en torno a las revistas literarias, la más importante de las cuales se titula *La estrella de oriente,* y se publica en dos ediciones, una en ruso y otra en uzbeko.

El teatro dramático no surge hasta después de la Revolución, y abunda en formas y temas tradicionales en prosa y en piezas musicales.

En cuanto a la novela, un escritor contemporáneo Mir Mujksim cuya novela, *El tigre de la montaña,* desarrolla el tema de la construcción de una planta de energía hidroeléctrica. Otro novelista destacado, Jamid Gulán, escribió una novela titulada *Eternidad* que desarrolla el tema del poder soviético contra las fuerzas feudales del país. Es el autor más traducido a la lengua rusa, complemento cultural obligado y trampolín que proyecta los valores nacionales uzbekos, al amplio escenario de todas las Rusias.

LAS LUCES DE SAMARKANDA

En la geografía imaginaria que, como una tela de araña, dibuja mapas ideales en la mente del viajero, hay ciudades que tienen un extraño fulgor, cuyo nombre resuena con una misteriosa música. Samarkanda es una de ellas, y su encanto deriva de la prodigiosa combinación de las cuatro sílabas que resuenan como campanitas de plata. Así en una perspectiva de horizontes lejanos le sonaban al Rubén Darío de *El canto errante* en 1907:

En Ecbatana fue una vez
o más bien creo que en Bangdad.
Era en una rara ciudad,
bien Samarkanda o quizá Fez.

Samarkanda es una ciudad relicario en el hondo y remoto Uzbekistán soviético, que fue descrita por primera vez para los occidentales por Marco Polo, en su camino hacia la China (1220) que entonces gobernaba el tártaro-mongol Gengis Khan. Pero una más detallada imagen nos ha llegado, como dijimos, a través de un español, Ruy González de Clavijo quien, ciento ochenta años después, llegó como embajador del rey Enrique III de Castilla, y nos ha dejado un libro titulado *Vida y hazañas del Gran Tamerlán, con la descripción de las tierras de su Imperio y Señorío.* Todos los escritores de este país, a los que me ha sido dado conocer, me han dicho, con una impresionante coincidencia:

—Bien venido. Es usted compatriota de Clavijo, el primer escritor que dio a conocer nuestro país en occidente. Está usted en su casa.

La Unión de Escritores Soviéticos Uzbekos recibe, en nombre de la central de Moscú, a los colegas que hasta aquí peregrinan, atraídos por aquel brillo legendario que refulge sobre su ciudad, en la que residía, ya muy anciano, el famo-

so Tamerlán, cuya corte fastuosa y cuyos espléndidos banquetes describe nuestro embajador Clavijo.

Tamerlán tenía la conciencia del poder. Se sabía sucesor de Chaki-Zinda, que trajo el islamismo y al que dedica un vasto cementerio. Y él mismo erigió el magnífico mausoleo en que todavía reposa su cuerpo.

Toda Samarkanda es, así, un gigantesco monumento funerario, en el que las grandiosas cúpulas azules —el azul es el color de luto entre los musulmanes— brillan bajo un cielo de luz restallante.

Pero no todo es homenaje a la muerte. El más alto monumento de la ciudad es la mezquita dedicada por Tamerlán a su amada esposa, que él quiso que fuera «la más grande mezquita del mundo». Una narración deliciosa supone a esta mujer, llamada Bibi-Khanum, hija del Emperador de la China, y Clavijo la mencionaba en su relato. Según esta versión fantástica, el arquitecto que construía la mezquita, en ausencia de Tamerlán, se enamoró de la Emperatriz y, al besarla, dejó una huella indeleble en su mejilla, lo que ocasionó la cólera del rey quien mandó arrojar al arquitecto infiel desde lo alto de la cúpula. ¿Perdonó a su esposa? En cualquier caso, esa espléndida arquitectura recibe todavía el nombre de mezquita de Bibi-Khanum.

Corresponde Tamerlán al arquetipo histórico del conquistador que arrolla cuanto encuentra; a la estirpe de Alejandro Magno y de Gengis Khan. Y su figura se halla mitologizada en el recuerdo de estas gentes. El descubrimiento de su esqueleto, en el impresionante mausoleo citado, ha permitido reconstruir su figura física, gracias a un antropólogo soviético, el profesor Gerásimov, especialista en convertir las sombras del pasado en bultos de apariencia viviente. Así lo hizo con Iván el Terrible y con el rey Jeroslav *el Sabio* de Ucrania. Así con Tamerlán, cuyo esqueleto ha permitido confirmar el defecto físico que padecía y que refleja su nombre —Tamur-Lank— es decir, Tamur el Cojo.

El mausoleo de Tamerlán, llamado Giar Emir, es la pieza clave entre las riquezas arqueológicas de Samarkanda. Un recinto murado abre su gran puerta de arco apuntado, decorado de ladrillos vidriados de color azul, en los que las combinaciones geométricas alternando con las leyendas, es-

critas en la elegante caligrafía árabe, dejan paso a un amplio patio arbolado en cuyo centro se alza, majestuoso, el edifisio proyectado por Tamerlán para enterrar a su nieto predilecto Zadi-Sultán. La muerte del rey en 1404 convirtió el proyecto en el monumento funerario de sí mismo y de sus descendientes. Y, así, en el centro del edificio, se alinean las piedras labradas del propio Tamerlán, en mármol blanco; la de su nieto Zadi-Sultán, en mármol negro, junto a la cual, con una cobertura de piedra de jade se encuentra la piedra funeral de Ulugh Beg, el otro nieto que reinó gloriosamente como vimos en el capítulo anterior.

Sobre estas cuatro lápidas funerarias —que corresponden a las cuatro tumbas que no encierran los cuerpos (éstos se hallan en la cripta)— se alza, majestuosa, la cúpula central que asombra al viajero. Montada sobre una planta octogonal, y apoyada sobre cuatro pechinas, se alza el enorme cimborio de lapizlázuli, ónix y oro que pretende perpetuar la gloria de Tamerlán a través de los siglos. Este cimborio se recubre exteriormente con una cúpula azul, de superficie estriada, fabricada con mosaico vidriado, que se divisa por el viajero desde gran distancia.

Lo que impresiona y, a la vez, define en estos rastros arqueológicos es la obsesión de Tamerlán por la grandeza. Él quiso ser el más grande emperador de su tiempo y residir en la más hermosa ciudad del mundo. Así el centro territorial de esta región, Maverannakar, se va convirtiendo en la ciudad de Samarkanda. Palacio, mausoleos, medersas, llevan el sello de la grandeza.

Gigantescos juegos de mosaicos alternan dibujos romboidales, formas curvas como serpientes enroscadas y las consabidas caligrafías de textos coránicos.

El sueño imperial de Tamerlán está ahí; como está también en la voluntad de convertir la ciudad de Samarkanda en un gigantesco «caravan-serrallo», que asombrase a los mercaderes que pasaban por allí para asegurar el tráfico entre la China y Occidente. Para reforzar esta idea egocéntrica, Tamerlán puso a los pueblos que existían en torno a Samarkanda los nombres de París (que ellos dicen Faris), Cairo, y, ¿se lo imaginan ustedes? Madrid. Singular manera de constituirse en el centro del Universo. Me he acercado a

ese polvoriento suburbio. Nadie sabe qué pueda significar «Madrik» —así lo pronuncian.

Pero queda, luminoso sobre el cielo turquí, el esplendor de las cúpulas de Samarkanda.

ESPAÑA

DOS ESTAMPAS DE CADAQUÉS

1. TARDE DE OCTUBRE

El gran folio blanco está ahí, dócil; y el libro abierto, en la página de la cita oportuna. Sí. Pero también está —¡Dios mío!— clara y abierta la tarde. Que también se ofrece, «sin pausa y sin prisa», como tema y delicia. Veamos.

Éste es Monseñor el Otoño. Trae, Monseñor, sus hábitos de seda crujiente. ¿De qué color? Yo diría que de varios tornasoles crepusculares; de matices evanescentes. «*Rien que la nuance?*» Viejo Verlaine, ¡cuánta sabiduría, automnal en tus versos! Pero, ¿no habíamos dejado hoy, arrumbados los libros?

Éste es el otoño; y el aire sabe a miel. El viento de otros días —la furiosa tramontana, el insistente garbí— nos ha dejado en paz. No falta un soplo de brisa; el suficiente para rizar, con ondas minúsculas, el agua de la marina. Beatitud perfecta. Se apoya la mirada, resbalando, sobre la superficie acuosa, ¿no son estas dulces tardes de otoño el esplendoroso remedo de los añiles? Vistos en un cuadro, los juzgaríamos inventados, tan intenso es su azul; tan brillante y bruñido, que parece que las barcas —blancas, rojas, verdes— están clavadas en la superficie. Inmóviles. Incluso hay gaviotas, posadas en la tersa horizontal marina.

No hay una nube, en el cielo tirante, como una seda a punto de estallar. Paz en la tarde quieta. Junto al oleaje mínimo, las grandes piedras estriadas, corroídas, bellas como la materia de las esculturas de Subirachs, crean puertecillos de juguetería, donde en el verano chapotean los niños. Pero ahora no hay nada; sino el mar y yo.

Cadaqués puede ahora ser fiel a sí misma. Casa por casa, ventana por ventana, tejadillo por tejadillo, las blancas fachadas que dan a la ribera se reencuentran en la acendrada y silenciosa soledad, después de la danza frenética del estío.

Se miran en el espejo del agua que, en los recodos, adquiere una fría quietud metálica, mate, como el estaño, brillante como el aluminio. En la playa de piedras oscuras, duermen, varadas, las embarcaciones. Unas boyas rojas ponen límites en la superficie marina. Y en los tenderetes de la ribera penden, ya flácidas, unas banderas.

Es la hora de recorrer, lentamente, la «riba». Las casas están cerradas; y, por encima de ellas, las edificaciones de atrás, de la segunda fila, se ponen de puntillas, para ver cómo la tarde empieza a desgarrarse en la bahía. Por encima de ellas, las callecitas enlosadas de pizarra, serpean monte arriba, hasta cruzarse todas en la plazoleta de la iglesia, que bajo la sombra de sus cipreses, permanece enhiesta sobre el mar. Hay que sentarse, un rato, en el pretil, para contemplar los tejados de corcho, los rojos cobres de la humedad, las grietas de las techumbres; abajo, la cenefa de Port Dogué; los porches de la ribera; el promontorio de «Es Baluard», que trae el recuerdo de los grabados franceses que dibujan «Cap de Quiers» bajo la artillería de las naves de su Majestad Cristianísima. Golpea el aire la campanada del reloj de la iglesia. Alzo la vista hacia la fachada donde hay otro reloj, éste de sol, con la frase: «*Jo sense sol i tu sense fe, no som res.*» Más arriba la torre proverbial de la iglesia de Cadaqués, que ha centrado el amor de tantos pinceles. Dentro, el incendio prodigioso del altar barroco, increíblemente transportado por mar, en los primeros años del siglo XVIII. Ahí están, los atlantes, sosteniendo sobre sus hombros la inmensa maquinaria churrigueresca, en honor a una madona de redonda y rosada majestad. Va a comenzar la misa de la tarde.

Salgo a contemplar cómo se despeña la policromía de los tejados sobre la doble curva de la bahía. Ahora se ven bien, los brazos que se abren, como una doble caricia sobre el mar. Otoño ha puesto sus cálidos cobres sobre los árboles incendiados. Al fondo, a la derecha, la casa blanca en cuyo patio se alza todavía —«con la majestad de un río — que se pusiera de pie»— el ciprés que cantó Eduardo Marquina, que fue algo más que ese desconocido a que aludía el ácido humor de un humorista nuestro. Que no nos falten, en todo caso, los poetas. «Cadaqués en el fiel del agua y la colina, — eleva escalinatas y oculta caracolas», cantó la voz deslumbra-

da de Federico, que se asomaba al mundo, dejando atrás su encastillada soledad granadina, a través del ojo mágico de la bahía de Port Lligat. Medito sobre esta pequeña circunstancia: un mar ceñido, un mar geométrico, en el que «las olas se pueden contar»; un mar que puede levantarse como una lámina, de cinc, como en las pinturas de Salvador Dalí, y que es, a la vez, infinito. Concreto y evanescente; cerrado y sin límite. Estrofa y poema libre; sonata y rapsodia. Muy entrañablemente local y muy universo a la vez.

Pero volvamos a la contemplación pura; a nuestro deleitoso aprendizaje de mirar. En la plazoleta, bajo los árboles en penumbra, los lentos y razonantes, pausados y sentenciosos jugadores de petanca, lanzan la grávida bola de plomo. En el «Maritim» los últimos «hippies» del verano muestran su cuidadoso y uniformado desaliño. Unos gatos se persiguen entre las barcas, y se esconden detrás de la caseta de los churros. Pasa, patético, un hombre que va hablando solo; un hombre para quien la noche que se avecina será un terrible manto de soledad. Octubre enciende sus primeras melancolías. El viento furioso, acecha detrás de las montañas para despeinar las arboledas, cimbrando los troncos que se convierten en arcos de ballesta; las nubes, almacenan ya el vapor de agua que se desatará en chorros devastadores. Todavía, empero, por un momento, el paisaje está ahí, dulce e impávido. Vemos el gris de los olivos recortándose sobre los fondos oscuros de los montes de pizarra. El mar está, aún, calmo, y como en sueños. El viento, como dice mi criada andaluza, «se ha echado» sobre el paisaje y mantiene, sereno, el cristal del aire, sobre el pueblo que va quedándose dormido. Se encienden las primeras luminarias. Pasan los últimos automóviles que regresan, terminado el domingo, a la ciudad del estrépito. Queda la guardia del monte de plomo agazapado como un animal dormido... La lámina del mar se torna inmóvil. Al fondo del horizonte se recorta la roca que del mar surge, como un extraño ser submarino, que lleva nombre de onomatopeya: «es Cucurucú».

Pues, señor: el folio, que era blanco, muestra ahora los nerviosos tatuajes de las palabras. El libro —con la cita opor-

tuna— no se ha abierto todavía. La letra es una cosa; la vida, otra. Hoy el menester intelectual ha dejado paso a la contemplación vital. No hay letra sin espíritu; no hay contorno sin pensamiento. Hoy, en esta dulce tarde de octubre, mi pensar se ha fabricado de mi vivir. «*Si el món ja és tan formós, Senyor, si es mira...*»

2. LA TRAMONTANA

Las rocas, deterioradas por el viento, duermen sobre el agua impávida en su mineral desnudez. El viento hurga en los agujeros, chilla en los abismos, canta, aúlla, buscando las raíces de la tierra, las profundas cuevas donde cantan, misteriosos, los peces bajo el mar.

El viento fustiga la tierra; es un latigazo largo y húmedo, que columpia los árboles. Los tamarindos tremolan sus ramitas menudas como si fuesen de pluma de ángel; los pinos pequeñajos se agarran, fuertes, a la roca, para no torcerse; los grandes eucaliptos despeinan sus hojas y oscilan en lentos movimientos ritmados. Y el viento silba entre los ramajes.

Y el mar inmóvil, con la superficie tirante, en la que se dibuja un polvillo de cristal. Un poco de espuma solamente.

En el pueblo, las casas se oscurecen, detrás de las contraventanas cerradas, que tiemblan por el ventolón. Las mujeres llevan el pañuelo negro en la cabeza y, cuando pasan, se sienten como violadas por la furia del aire, que las empuja marcando su torso y sus piernas con una voluptuosidad salvaje.

Los pescadores se ponen al abrigo, como sus barcas. Y el viento continúa soplando, frenético, con un largo silbido ululante. Ahora rodea la torre de la iglesia y la contornea de hojarasca seca y polvo. ¿Querrá decapitarla?

Furioso, el viento, latiguea los toldos de los cafés cercanos a la playa; mueve las cortinas de cañas, los vasos de las mesas, la bandera del palo. ¿Querrá llevarse el pueblo?

Después, fracasado, resopla por los alrededores de la plaza. Gira de nuevo y se lanza sobre la esmeralda viva de la bahía. Busca, enloquecido, donde fustigar con su larga cola violenta. Grita con su voz aguda, interminable, y se vuelca sobre los vallados de piedra negra y lisa, coronados de higueras retorcidas y desnudas. Entra dentro de los tiestos de cerámica y les saca resonancias de caracola.

Largas cabelleras surgen por la ribera, pues las pequeñas ninfas, valerosas, salen a plantarle cara al viento furioso. Él

las querría coger por la cintura y retorcerlas como si fueran flores. Y ellas chillan, y corren, calle arriba, con entrecortada voz, pero felices, como si un macho invisible —gigante del viento— quisiera poseerlas.

En el cielo, nubes afiladas se queman en la luz del crepúsculo, y se vuelven de seda encendida como si se desangrasen. Los dioses marinos, más allá del cabo Norfeu, izan sus testas coronadas de algas, perseguidos por los delfines de plata, a la espera del combate terrible y continuo del viento sobre los tejados sanguinolentos.

Y el viento...

ESTAMPAS BALEARES

1. MALLORCA

Acontecen los días habituales de mi verano mallorquín, bajo un sol gloriosamente puntual, que, este año, ha tenido larga la misericordia de la brisa. Y bien saben mis amigos que no hablo de datos meteorológicos, sino de valores estéticos, pues, ¿cómo imaginar este paisaje sin el cupo de oro de la maravilla solar?

De suerte que, visualmente, vivo estos días inmerso en la lámina azul de la inmensidad marina, que también se ha portado —¡perfección difícil!— a la altura de las circunstancias. Pienso, por otra parte, que el Mediterráneo que me envuelve, la condición insular de mi refugio, tiene un alcance psicológico importante. Vivo en una isla: luego me «aíslo». El mar intermedio me garantiza, en efecto, mi condición de «aislado»; de separado de mi costumbre cotidiana, en la «tierra firme» peninsular. Pues, ¿no es cierto que la idea de «vacación» va unida a la noción de «ruptura», de «cambio»? Vacación exige la idea de «vacío», de conversión a algo nuevo y distinto. Por eso las vacaciones han exigido la invención del turismo, del traslado de lo propio a lo ajeno. De lo que se deriva la noción de alienarse o, también —metafóricamente, claro— enajenarse. Pues bien cierto es que ésta es la clave de la vacación pura, que consiste en «di-vertirse», es decir, en verterse hacia afuera. De ahí —insistimos— en la correlación entre vacación y viaje, descubrimiento de asombroso resultado para aquel benemérito inglés llamado Míster Cook, que inventó «viajes que no iban a parte alguna», viajes cuya gracia estaba justamente en que eran «innecesarios» y que se iniciaron para remediar la melancolía de una «asociación de no fumadores». Lo demás, ya lo saben ustedes.

Volvamos a nuestra condición veraniega insular. Acercarse a una insularidad es, pues, acercarse a lo que geográficamente es distinto. La idea de Mallorca, por ejemplo, va unida a esta noción, ¿en qué consiste? En una toma de con-

ciencia discriminadora. Largas páginas, en efecto, se han escrito acerca de este elemento caracterizador. Basta, para ello, no fiarse a la fácil panorámica de las playas habitadas por las mismas rubicundas sirenas del Septentrión —sino adentrarse en el interior de la Isla, donde —por costumbre— los «senyors de Mallorca» edificaban la noble arquitectura de sus «posesiones». Allí, entre almendros y olivos, en llano y serranía, se extiende la autenticidad nobiliaria y payesa, en poblaciones de casa rosada y persiana verde, cerrada sobre las calles dormidas. ¿Quién espía, tras estas ventanas blindadas, a todo lo que venga del exterior? La raza, la gente, las canciones, la musicalidad del habla, el peso de la tradición, continúan operando en el corazón de la insularidad, porque toda isla es como una concentración de fuerzas y una actitud de defensa. El isleño se defiende siendo como es; en la fidelidad a sus raíces. De ahí la enorme tenacidad con que se mantienen usos y costumbres; modos de decir y danzas populares; hábitos de familia y tradición oral. Creo que una sociología de lo insular debería establecer estos signos deformadores que se mantienen furiosamente como una exigencia defensiva frente a lo exterior. Yo diría que, al modo como, en una nave, la ordenación jerárquica es más férrea y rigurosa, la sociedad insular mantiene con mayor fuerza su ordenación privativa. De ahí el enorme valor de tipicidad que se mantiene a lo largo de los años.

Asistía, la otra noche, en Montuiri, a una fiesta admirablemente organizada por la Obra Cultural Balear, que fue capaz de concentrar medio centenar de fieles a la tradición folklórica mallorquina. Allí vimos danzas de «cossiers» y bailes de caballitos, y oímos una riquísima gama de cantos de faena campesina: canciones de «batre» y de «recoir ametla», con un tremendo substrato islámico o de cante «jondo» andaluz. Pues, ¿quién no ve en estas gentes, en los ojos moriscos de las «madonas», en el gusto por los caballos y los toros, en sus cantos y danzas populares muchos siglos de procedencia islámica? Recorred la toponimia: Algaida, Alcudia, Banyalbufar, Binissalem; repasad la onomástica: Bennassar, Binimelis, Mezquida... Sonaba la música popular; *xirimiers* o «tocadors» de *xirimies,* como aquí llaman a la gaita; al son de flauta y tamboril. La flauta para la melodía

y el tamboril para el compás. (En Valencia, *tabalet* y *dolsaina*; en Vasconia *chistu* y tambor); y la zambomba, la *ximbomba fosca*...

Pero acontecía, en la fiesta que digo, que los sonadores de *xirimia* y flauta, los percutidores de zambomba y tamboril, eran, en su mayoría, ancianos. Como son de edad muy provecta los escasos *glossadors* que contienden en verso, con ágil ingenio, sobre temas innumerables en otras aún más escasas fiestas populares mallorquinas. Dentro de diez años, ¿será posible una fiesta de *xirimiers*, como la que estamos gozando en la Plaza Mayor de Montuiri? Contemplo la sobria traza de los edificios en torno, las nobles balaustradas, los pretiles señoriales, impávidos bajo la noche límpida de agosto; la autenticidad «payesa» de la voz, del gesto, de la melodía, de la palabra... Ésta es una realidad folklórica en el extremo opuesto del «popularismo» convertido en negocio, en material de exportación, en otras regiones españolas que no hace falta nombrar. Ésta es una huella todavía viva de realidades profundas milagrosamente conservadas, mantenidas en estado de pureza. Veo, en dirección al tablado, que varios de los asistentes intentan captar con micrófonos esta muestra fugitiva de la tradición popular. Por lo menos, pienso, estas grabaciones servirán, en los archivos magnetofónicos, como muestras fragmentarias de ese tesoro complejo e increíble que está a punto de perderse. Pero que, en cualquier caso, ineluctablemente, habrá de convertirse en pieza de museo o material de archivo para gozo y consuelo de folkloristas nostálgicos...

Una enorme avalancha de uniformidad se mueve en el universo mundo. Las organizaciones turísticas se las ingenian, todavía, para llevarnos, tras desesperadas búsquedas, por los itinerarios de lo diferente y lo distinto que aún palpitan en oscuros rincones del planeta. La facilidad de los transportes y la multiplicación de la hostelería turística, nos permiten realizar, bastante cómodamente, desplazamientos que, hace muy poco, eran inimaginables. Se sirve al turista el condimento de lo extraño y aun de lo extraordinario, precisamente para enfrentarlo al gris color de asfalto con que se va uniformando el mundo entero.

Yo pienso todo esto, en la plazuela atónita de Montuiri,

encastillada en el corazón de Mallorca, mientras baila en el aire la melodía de los *xirimiers*, que suenan, impertérritos, sus canciones antiguas, sus ancestrales motivos de festejo popular.

Dentro de muy poco —vuelvo a mi melancolía— todo esto no podrá verse y en el mejor de los casos —como antes he indicado— será pieza de archivo folklórico, una ficha de biblioteca de *cassettes* congeladas en la memoria de un erudito, convertidas en historia petrificada. Dejadme gozar todo esto, con este sabor de postrimería, mientras suena —en la noche agosteña— la vieja *xirimía* mallorquina, con su inmemorial acompañamiento de flauta y tamboril.

2. MENORCA

Menorca, esa Rosa de los Vientos...

* * *

Cumplo —y me lamento de que sea tan tardíamente— mi pertinaz deseo de completar mi experiencia balear. Y por medio de la feliz ocasión de una estancia en Menorca, siempre demasiado breve, bajo un cielo de azul tirante, en un enero tan limpio y tan cálido que ya he visto brotar la primera flor del almendro.

* * *

Mi anterior recuerdo menorquín se me sitúa hace ya muchos años, cuando la Isla era una pura cicatriz dolorida. Había pasado, una vez más, por su estremecida superficie, el rasgo de la Guerra. Y era difícil hasta la sonrisa.

* * *

También, en su aspecto físico. Los geólogos señalan en la configuración de Menorca dos estratos perfectamente diferenciados. El viajero, sin saber geología, advierte un doble paisaje que, acostumbrado a los otros horizontes baleáricos, le sorprende, especialmente, en su vertiente norte que, desde Mahón a Ciudadela le ofrece unas perspectivas verdehúmedas, de suaves alcores, que llegan a hacerle pensar en los *highlands* de Escocia o en los paisajes asturianos o gallegos. Tanto la vegetación arbórea —pinos y olmos silvestres— como el monte bajo, que aquí llaman «marina», aseguran una inesperada capa de verdes que, cuando puede acogerse a zonas no venteadas, da un no esperado sentido nórdico a este paisaje.

* * *

Pero el mar es quien gobierna. Como un gran navío, cuyo puente de mando es el Monte Toro, Menorca aparece anclada en el centro del Golfo de León, que señorea Su Majestad el Viento. La inclinación casi horizontal, de los árboles, es testimonio de su latigazo incesante, que hace más preciosos y entrañables los refugios de las angosturas, calas y bahías. «Tramontaña», «Gregal», «Llevant», «Xalóc», «Migjorn», «Llebeig», «Ponent», «Mestral» son las agujas de la Rosa, en la que, por cierto, falta un nombre bien característico: «Garbí».

* * *

Mahón en el Levante, camino del mar libre; Ciudadela, al Oeste, cordón umbilical que le une al tronco baleárico mallorquín. Dos mundos, como sabéis. Mahón parece —cuando paseáis por la calle central, que se llama Hannover— una pequeña ciudad inglesa, con mansiones, pintadas de rojo y de blanco, miradores de cristaleras en guillotiná; con algo de Gibraltar y algo de La Valetta. Los estudiosos han señalado la persistencia idiomática inglesa en la toponimia (Villa Carlos se llamó un día Georgetown) y en el vocabulario que designa como *boindor* (*bow-window*) los miradores, *bent* a las bandejas, (*baard*) y *mòrvols* (*marbles*) a las canicas. *Bòtil,* por botella, que parece un anglicismo, se encuentra según el maestro Francesc de B. Moll en otros ámbitos de la geografía del catalán.

* * *

Para las gentes de Cataluña, el menorquín se hace grato por la proximidad fonética con la lengua del Principado, evidentemente mejor que la del mallorquín, y sólo caracterizada por algunas supresiones: *abea* (*abella*), *paa* (*paella*), *vea* (*vella*); por la conversión de la l velar en u (*auba, auzina*) y una grata y afectuosa «cantarella» en la modulación de la frase.

El nuevo «Hotel Moskva»

Tipos de mujeres búlgaras

Catedral de Alejandro Nevski

La Varsovia actual, con el Palacio de la Cultura, de estilo soviético

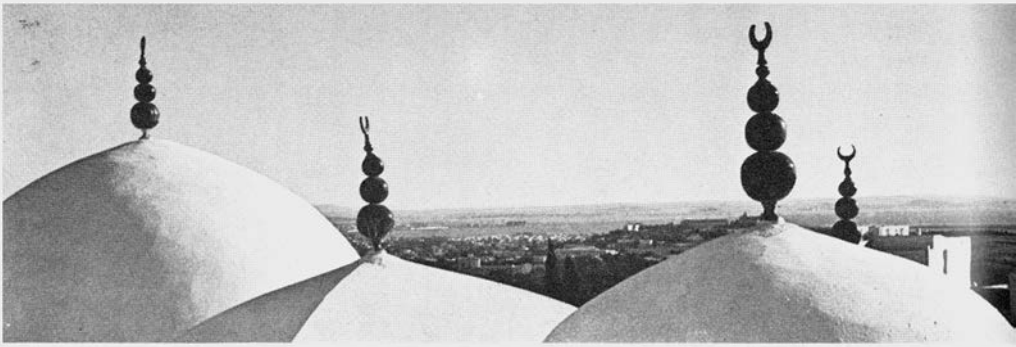
El monumento a la Patria

Varsovia. La Ciudad Vieja

Las cúpulas azules de Samarcanda

Estampa del paisaje uzbeko

Vista parcial de Túnez



Cúpulas de la mezquita

Paisaje del sur de Túnez

* * *

La vividura es, como isleña, muy característica. Las antiguas mansiones señoriales, de los titulares de las *cavalleries* o feudos repartidos entre los conquistadores se extienden por los predios de su propiedad, en las casas o *llocs* que se diferencian por su nombre y contextura de las *estances* o de las modestas edificaciones de fin de semana que aquí se llaman deliciosamente *cases per romandre.*

* * *

Ciudadela, un poco mallorquina, y un poco italiana, marca, junto a la bahía de Alcudia, como hemos dicho, el vínculo de enlace con la Balear mayor. Es, un poco, la página de las ejecutorias; el certificado de nobleza. Un tanto adormecida, la pequeña ciudad despliega teorías de soportales y de palacios de color de ocre y de almagra, en juegos góticos y renacentistas, en torno a la catedral, a lo largo del pequeño fiordo que desemboca en el mar. Las grandes fachadas —Ayuntamiento, Mansiones de Torre Saura y de Sallent— encuadran una explanada que sirve de palestra a los juegos de los caballos.

* * *

Desde junio a setiembre, en efecto, cada población de la Isla desenvuelve en los domingos el formidable espectáculo ecuestre, que aquí se denomina *es jaleo.* Los datos que me ofrecen quienes los han presenciado coinciden en la excepcionalidad de estas fiestas. En cualquier caso, son índice del gusto por los caballos que, como en Mallorca acreditan, acaso, una tradición que podría venir de la Minarka musulmana tan viva en la toponimia isleña («Benifaiba», «Binifabini», «Binibeca»).

* * *

San Luis, en cambio, curiosa muestra del paso de los franceses por Menorca, y cuya iglesia ostenta, en hermosas

8 — 3850

letras capitales romanas, la indicación del Rey Luis XV, trazada a cordel con un espíritu digno de Descartes y de Boileau, centra hoy, como se sabe, las más variadas urbanizaciones de esta isla.

* * *

Análogamente, Villa-Carlos ofrece el mismo espíritu racionalista en su trazado en torno a la explanada, que como Ciudadela, y por supuesto como Mahón, viene a ser el símbolo de nobleza palaciana y militar de estas ciudades de Menorca. De buscar más línea visible dominante en Menorca había de ser en la línea neoclásica.

* * *

Pido perdón por esta fusilería de notas dispersas, que rehúyen la meditación trascendente, tanto como la anécdota más o menos turística. La primera me exigiría sabidurías que no tengo; la segunda, melancolías que me guardo. Una y otra conducirían a una reflexión final: la condición excepcional de síntesis geográfica e histórica de esta isla que he denominado antes «Rosa de los Vientos» y que he visto en mi imaginación como un hermoso navío anclado en medio del oleaje.

PREGÓN POR LA «BELLEA DEL FOC» EN VALENCIA

A Cristina,
«Reina del Foc»

La tradición, Cristina, es como una nube sutil que nos envuelve para explicarnos que las cosas en cuyo derredor nos movemos tienen unas raíces. Estamos, aquí y ahora, en Valencia, mientras los afanosos artistas levantan los castilletes de sus fallas. La primavera acecha a la vuelta de la esquina. Ya la ciudad es una alegre fiesta. Todos los elementos de la Naturaleza se han puesto en tensión: la tierra, el agua, el aire, el fuego. Como en el Paraíso, «*que si el Paradís és en la terra, en terra de València és*», como decía Eiximenis.

La tierra y el agua. Como en el Cantar de Mío Cid se dice que los guerreros de Castilla «a ojo han el mar» y advierten cómo «la huerta es espesa e gran», pasa por la dureza militar de la epopeya, por su cabalgar incesante, un aire de sosiego y de dulzura. Por primera vez, Mío Cid y los suyos van a descansar. Ésta no es tierra para caminar, sino para quedarse. Aquí está la sonrisa y el lujo. Cuando Félez Muñoz, sobrino de Rodrigo Díaz, en el episodio de la afrenta de Corpes, salve a sus primas doña Elvira y doña Sol, les dará agua con su sombrero: «nuevo era, que de Valencia lo sacó», nos dice con deliciosa ingenuidad el poeta. Las gentes de tierra adentro ven siempre, en este litoral mediterráneo, el sombrero nuevo, la alegría de lo festival. Aquí descubrió *Joanot* Martorell las hilarantes aventuras de *Tirant lo Blanc de Roca Salada,* con Carmesina, la viuda Reposada y la doncella Plaer-de-ma-vida. Y descubrió que esta ciudad era tan bella porque «cuando el sol da al Paraíso Terrenal reverbera en la ciudad y reino de Valencia», ciudad «muy pomposa y de valentísimos caballeros poblada» y donde las damas son «más atractivas que todas las restantes del mundo» (cap. 330). Por eso Cervantes, enamorado cantor de este

libro, conoce la alegría del mar y, cuando Don Quijote llega a Barcelona, procedente también de la sequedad castellana, describe el mundo mediterráneo en agua, tierra y aire: «el mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro», mientras el fuego estalla en la alegre artillería de los cañones de las galeras coronadas de flámulas y gallardetes, «engendrando gusto súbito en todas las gentes» (II, LXI). El goce del paisaje de la marina se advierte en todos los poetas de tierra adentro. Recordad a Lope de Vega que tanto amó e hizo sufrir de amor en las márgenes del Turia:

Salen de Valencia
noche de San Juan
mil coches de damas
al fresco del mar.

... ...

¡Cómo retumban los remos,
madre, en el agua
con el viento fresco
de la mañana!

(«Las flores de Don Juan»)

«Retumbando queda el mar!»

dice otro personaje con misterio de verdad y poesía.

Y en otro lugar:

Naranjitas me tira la niña
en Valencia por Navidad,
pues a fe que si se las tiro
se le han de volver azahar.

Y enloquece, en «Los locos de Valencia», con la puerta de Cuarte y el Micalete; o si nos hace sentirnos arrastrados vertiginosamente por el gozoso carnaval en «La viuda valenciana».

Por eso, Cristina, tu ciudad pone a danzar, en fiestas,

a los cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire, el fuego. Porque Valencia juega con el agua, tal como cantó Llorente.

Ciutat a la que guaiten com dos gegants cativa
d'un cap Penyagolosa, de l'altre cap Mongó;
de la que amb l'aigua juga, de la que fou per bella
dues voltes desposada amb lo Cid de Castella
i amb Jaume d'Aragó.

Y porque canta el agua también en sus Siete Acequias Mayores, asegurando su vergel sonriente. Porque el aire está en fiesta también, transido de perfume. Y porque el fuego estalla en sus castillos de artificio, para incendiar, celoso, la creación de los hombres.

Pero el fuego es el espíritu. Y por boca del espíritu son voz de Valencia los grandes verbos de sus poetas: desde Ausias March a Xavier Casp. Y los de sus prosistas, desde Luis Vives y *Joanot* Martorell en adelante. Y los de sus predicadores que, como san Vicente Ferrer, ponían el fuego en la palabra.

Esta palabra vernácula que centra una curva hermosísima sobre el Mediterráneo, desde Alicante hasta las tierras del mistral, tal como ha cantado J. V. Foix.

Des d'Alacant fins a Provença
venen mecànics de remença
amb olis nous de llibertat.
Res no s'acaba i tot comença
i no es fa el pa sense el llevat.

La Tierra, el Agua, el Aire, el Fuego. Fidelidad a estas cuatro fuerzas elementales: la tierra sonriente, el agua viva, el aire perfumado, el fuego iluminador. Mediterráneos somos, y sabemos cuánto vale asomarse a esas orillas donde nació Venus Afrodita y en cuyas playas hay todavía sepulcros de gladiadores.

La tierra en flor, el agua en flor, el aire en flor, el fuego en flor.

(Como tú, Cristina.)

POSTALES DE GRAN CANARIA

ESCALA EN LAS PALMAS

Una Feria del Libro —uno de esos desesperados aldabonazos a la conciencia cultural de este país— me ha colocado en situación de goce, nuevamente, de ese mundo, entrañable y remoto a la vez, de las Islas Canarias. He aquí, en efecto, una lejana geografía y un cordón umbilical que la une a nosotros. Situación, ciertamente excepcional. ¿No es ésta, ya, una parcela «americana» de nuestro territorio? Me asomo al balcón del hotel, donde las palmas datileras y las buganvilias moradas encuadran una pileta donde navega, lenta, una gran tortuga. Hay pájaros de colores; se oye el grito crepitante de unas cotorras, bajo esos extraños candelabros vegetales, que se llaman dragos. Las casas blancas tienen balcones de madera oscura, y la piedra basáltica pone marcos negros al blanco de las fachadas. Aquí existe —como en Andalucía— la costumbre de enjalbegar, y veo usado un bello verbo: albear. También el Caribe está lleno de casas «albeadas» con balcones de madera torneada con motivos de estilo barroco popular.

Singular tierra, ésta. Que, junto a esta vertiente «americana», nos previene, también, en mil detalles que es un archipiélago inscrito en la geografía de África. Veinte minutos de vuelo separan Las Palmas de El Aaiun. Negros nigerianos vienen a Gran Canaria a pequeños menesteres o a grandes lujos: modistas, médicos, establecimientos tienen en ellos clientela constante. Miles de gentes extrañas —todavía más extrañas— circulan por las calles de Las Palmas. Pulula una prolífera población japonesa, que transforma, para enviar a su lejano país toneladas y toneladas de pescado que aportan docenas de barcos, de entre los cuales flotillas españolas preferentemente gallegas. Y luego la presencia familiar de las mujeres indias —con la fabulosa elegancia de sus saris recamados de oro y de plata— que constituyen las familias de los vendedores de sedas y mar-

files, pululando en esa cadena que ciñe el mundo tropical desde Gibraltar a Panamá.

* * *

He seguido, en la medida que puedo, la presencia intelectual de estas islas, la expresión de sus escritores, a la busca y captura de su carta de identidad espiritual. ¿Qué es «ser canario»? ¿Cuáles son las características que lo condicionan y definen?

Se han hecho buenos intentos de definición. Tomaré el de Rodríguez Doreste: lo «canario» vendría definido: *a*) por el sentimiento de a-islamiento; *b*) por la vocación de cosmopolitismo; *c*) por la presencia de lo marino. Los tres son importantes. Del primero vendría señalado por un sentimiento de «soledad colectiva» que se deriva de saberse «islas», territorios perdidos en la inmensidad atlántica. Pero sentirse aislado es un paso previo para el robustecimiento de la personalidad. El «canario» «no tiene más remedio» que sentirse cada vez él mismo, cada vez más autóctono. Enamorado de su clima —prodigioso—, salva los escollos que la Naturaleza opone a su vivir —la espantosa sequía, la dramática falta de agua— convirtiéndolos en factores positivos, de curiosidad estética. En Gran Canaria muestran la costa sur, heroicamente transformada en lugar turístico, a pesar de ser una sucesión de rocas calcinadas de color gris plomo, con escasas playas. Bien es verdad que los escandinavos que aquí vienen en invierno valoran justamente esta sequedad que cruje bajo un sol brillantísimo.

Esta presencia extranjera —nórdica— debe tenerse en cuenta para valorar lo que constituye el segundo elemento caracterizador: el cosmopolitismo. Desde hace cien años, oleadas de ingleses han sido elementos familiares en la vida de este país. Lo británico era una costumbre, que —como corresponde a la actividad portuaria— acaba por imprimir carácter, demostrando así que localismo y cosmopolitismo no se excluyen entre sí. Ésta es una comprobación importante.

A la que se liga la tercera: el sentimiento del mar. Si recorréis el museo Néstor de la Torre —ejemplo admirable

de lo que debe ser un homenaje monográfico para siempre— os sorprenderá la fuerza del mar en su obra. Es un mar dionisíaco, con tritones y sirenas. Es, pues, un mar mitológico, con dioses mucho más mediterráneos que atlánticos. Es, en suma, el mar de Citerea, el mar de Venus. Porque el mar es, esencialmente, dionisíaco, sensorial. He aquí por qué el modernismo fue «marino», desde Rubén Darío en adelante:

aquí junto al mar latino
digo la verdad;
siento en roca, aceite y vino
yo mi antigüedad.

Leyendo los grandes poetas canarios del siglo XX —Tomás Morales, Saulo Torón, Alonso Quesada— se percibe bien el rumor del oleaje, el sentimiento del mar como una de sus más fundamentales claves estéticas.

* * *

¿Cómo recoge esta triple herencia el escritor canario de hoy? Tengo amigos que escriben por todo el archipiélago, que me hacen llegar lo que escriben. Grupos de poetas publican revistas heroicas, finas y exigentes. «El Museo Canario», en Las Palmas, es un ejemplo de dedicación erudita y poética al mundo autóctono en que se mueven, reflejo asimismo de una «puesta al día» con los movimientos universales de la poesía y del arte. Son como pequeños círculos de iniciados que se mueven lentamente, no se sabe si con la desgana operativa de los países cálidos o si con una secreta —por no declarada— desconfianza en ellos mismos. Los periódicos cuentan con plumas ágiles —Luis Doreste, Juan del Río Ayola, Alfonso de Armas, Luis Jorge—, que escrutan los horizontes internos del país, en busca de definiciones. Se repliegan en el goce de rincones adorables de la orografía volcánica, del platanal de hoja balanceante, del pequeño pueblecito de colores verdes y alimonados. ¿Están enfermos de lejanía? ¿Se saben —o se suponen— aislados del resto de las actividades culturales hispánicas?

¿Cómo decirles que éste es un país de «reinos de taifas» en el que todos, o casi todos, trabajamos silenciosa y desesperadamente en el interior de una isla, rodeados por océanos de silencio y de indiferencia?

* * *

Entretanto, procuro captar la dirección de sus mensajes. A la dirección «brillante» y colorista de los poetas posmodernistas ha sucedido una de mayor pasión meditabunda. El impacto de Canarias sobre don Miguel de Unamuno, con ocasión de su destierro, se traduce en la proyección unamunesca de predominio del pensamiento sobre la forma. Los paisajes áridos —Lanzarote, Fuerteventura— sentían la temática hacia una «interiorización». Se regresa a Antonio Machado, es decir, hacia Quevedo. La poesía de Agustín Millares Sall, de Pedro Lezcano, de Manuel González Sosa, de Lázaro Santana son índices de este sentir.

Y ello porque el paisaje de la isla es bifronte. Por un lado nos da la estampa policroma de un trópico anclado en nuestro confín geográfico; por otro, el cromo ceniciento de un mundo desolado y mineral.

Gran Canaria ofrece bien esta doble vertiente: hacia el Sur, por la cenefa gris cemento que da un paisaje de desérticas dunas decoradas por camellos; hacia el Norte, las vegas del plátano y de la caña de azúcar. Son las deliciosas campiñas que envuelven a Teror, con su iglesia mariana de la Virgen del Pino, o de Arucas, prototipo de tantas ciudades ultramarinas del Caribe.

En el centro de la isla, en lo alto, la Cruz de Tejeda presidiendo la «tempestad petrificada» (Unamuno *dixit*) que nos da el impresionante conjunto orográfico de esta isla fabricada de noventa y tres volcanes, uno de los paisajes más tremendos y grandiosos que pueda contemplar la pupila humana.

* * *

Al fondo, del otro lado del mar, se dibuja el perfil de Tenerife y el cono del Teide, como intentando ofrecernos bajo la claridad solar de un día impoluto, la síntesis paisajística del archipiélago canario.

EXCURSIÓN A AGAETE

No. Yo no conocía aún la Zona del este de la Gran Canaria. Y quizá por ello, predominaba en mí la imagen mineral y caliza de la costa hacia Maspalomas, a la noción tempestuosa y abrupta, volcánica y sobrecogedora de la Cruz de Tejada.

Pero la excursión prevista, que se adorna con sol, verdor de las plantaciones de bananas, me han puesto en contacto con un paisaje grancanario distinto. Es el que llegamos a conocer por una ruta serpenteante que, desde Las Palmas, sube y baja por alcores y serranías, con una sucesión alternante de piedra y de verdor intenso. Vegetación que se agarra al fondo de los valles chiquitos, en los que el árbol de fuego, y el misterioso drago, se esfuerzan en crear una heráldica distinta a la del café, del drago el laurel de Indias o la araucaria. Pasmo y júbilo de botánica, este paisaje constituye un despliegue de esmeraldas sin par.

Es, ya, un paisaje americano. Como son americanos —del trópico del Caribe— los pueblecitos de casas blancas que tienen los marcos de puertas y ventanas dibujados con piedra volcánica. Es el mismo contraste de albura y de negrura que encontramos en la isla de Madeira y, al otro lado del mar, en Puerto Rico, La Guayra, Santo Domingo, La Habana, América ha empezado ya, y la fonética del decir canario es ya el anticipo de la lengua del español criollo.

Camina, pues, nuestro vehículo por esta varia hermosura, que nos depara espectáculos como el de la ciudad de Arucas, donde nos espera una sorpresa. No, por supuesto, en el juego ajedrezado de negro sobre blanco al que acabo de aludir, como prenuncio del urbanismo americano. Sino por el hecho de que una «catedral» de volumen insólito señorea el blanco juego de esos edificios «coloniales»; coloso todo él, edificado en piedra negra y cuyo autor es —¿quién lo diría?— Antonio Gaudí. El cual muy mozo aún, recién graduado de arquitecto, hubo de leer la convocatoria de

un concurso que Arucas, entonces sede episcopal, publicó para construir su templo. Y, elegido su proyecto, se trasladó a la tierra Grancanaria para ejecutarlo. Es un colosal edificio neogótico, que es indicio de lo que el ojival representa como punto de partida en la obra del impar arquitecto catalán. Goticismo, diría yo, en dos sentidos iniciales: predominio de la línea vertical y valoración de los elementos de «tensión» en la dinámica del conjunto. Cierto que este para mí desconocido edificio de Arucas, no es «todavía» gaudiniano. Pero penetrando en él no es difícil hallar formas de «heterodoxia» en relación con el goticismo puro. Los juegos de grosor en las columnas sorprendentemente más delgadas en la parte inferior, la acumulación barroquizante y «extemporánea» de algunos de sus elementos decorativos; el trazo de la lámpara circular prevista para coronar el altar mayor (que parece una madrugadora premonición de la que había de proyectar para la catedral de Mallorca) y, sobre todo, el diseño de los confesionarios nos llaman poderosamente la atención. ¿En qué medida esta obra permite o no los augurios de la genialidad que luego había de resplandecer en su obra? Los especialistas de Gaudí podrían llegar a conclusiones más certeras que las que puede aportar esta nota viajera.

Proseguimos viaje. Desnivelado, el camino se desmonta y se desmaya, según que alcores o vaguadas marquen las líneas del itinerario. En cualquier caso, se repite el pulcro diseño de las casitas encaladas, los miradores con balconaje de madera, los prenuncios —volveré a decirlo— de la arquitectura americana. La vegetación lujuriante, abre sus avenidas en las que el banano abanica el aire con su amplia hoja de brillo esmeraldino.

Nos sorprenden los topónimos, en los que abunda el fonema ta, te, ti, en inicio de palabras —Tafira, Teide, Teror, Teno, etc., y que los filólogos definen como una posible huella de la lengua guanche, la lengua de la raza aborigen, tan misteriosa como toda la riqueza legendaria de estas islas. Tan sorprendente, como la tendencia a adosar las casas a laderas del monte, en las que excavan cuevas que prolongan la casa edificada. ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿Qué turbación profunda, qué interrogación patética yace

en el fondo espiritual de este pueblo? ¿Qué toma de conciencia va a dibujar su mañana político?

Inquietudes espirituales no faltan. Observo, al paso, la ciudad de Guía, con su biblioteca pública, bajo los arcos encalados de la fachada. Y me dicen de su alta madurez cultural.

Seguimos aproximándonos al mar, hasta alcanzar Agaete, que nos espera para saludar, gozosamente, al puñado de escritores que viaja conmigo. Nos llaman a recorrer el profundo valle que, entre bananos y araucarias, se filtra por el desfiladero que forman los taludes de las montañas. Hay, al fondo de un recodo, una pequeña casa blanquísima, donde toda meditación se torna poética. En la población un jardín botánico en el que toda flora tiene asiento y raíz. Agaete blanco y sonriente, nos tiende, feliz, llena de flores, la mano hospitalaria.

TIERRA. — Diviso, de nuevo, la tierra de Lanzarote. Desde el aire, sobre la mar y sobre el fuego. Cruza la aeronave Fuerteventura y la Isla de Lobos. Ahí está, la roca negra de la leyenda, que bautizó el caballero Lancelot, el de Bretaña. Ahí está la tierra negra, calcinada, corroída, crujiéndole las entrañas, cortada a pico, o en escotaduras, con los cráteres semiabiertos. En el extremo nordeste, Lanzarote saluda a sus pequeñas islas, la Graciosa y la Alegranza.

Ahí está, sí, Lanzarote, a ojo de pájaro. Veo ya los pueblos —blanco sobre negro— de extraños nombres guanches —Teguise, Guatiza, Mala, Guasimeta, Janubio—, sobre los campos de apariencia estéril, pero milagrosamente fecundos. Ahí está, sí, sobre la dureza mineral, la capa de tierra roja y la cobertura de picón, o tierra negra, que increíblemente mantiene, bajo el sol de fuego, la humedad necesaria. He aquí al campesino creando, además, las pequeñas barricadas de lava para que cada matuja se acoja a refugiarse del viento, los grandes hoyos para que, en su fondo arraiguen las higueras, las cepas de buen vino. Paisaje, pues, negro y verde —como un negativo de fotógrafo— que cubre las llanuras, se corona de cactos y de araucarias, trepa por los alcores, sobre cuyas curvas alabeadas, las hileras de los camellos pacientes se dejan cabalgar por los surcos rubicundos que contemplan otro mundo desde sus ojos azules.

AGUA. — Bajarán luego a las cuevas profundas, para ver las aguas subterráneas de la Cueva de los Verdes, de los Jameos del Agua. Ahí están, sí, los espejos dormidos, la quietud helada de los fondos secretos de la tierra; los grandes y oscuros abismos del silencio.

El agua está, sí, bajo la tierra. Está, también, abarcando, abrazando la isla; asediándola. Guardando toda su sal para crear desiertos blancos, en las llanuras increíbles de las salinas.

A veces, el amor es brusco y desesperado. Se le ve, al mar, darle dentelladas furiosas a la tierra; jadear en el abrazo; golpear con espumas hirvientes en los acantilados de rocas corroídas; penetrar, impetuoso, por las grietas, intentando llegar a las alturas de la lava verdenegra, que está en las proas de la tierra calcinada.

Otras veces, el mar crea, en las playas blancas del sur —en las playas de suavísima arena— dulces lechos conyugales para las bodas de la Tierra y del Mar.

Entonces, el Agua deja sus collares de plata violenta para vestirse transparencias de agua-marina; para fingir ópalos y esmeraldas con que enamorar a la Tierra. La Isla, entonces, se sabe prisionera absoluta del abrazo del Mar.

AIRE. — Sopla el Viento sobre Lanzarote. Fresco viento del Norte que agita las palmeras, las araucarias, las matas valerosas de los geranios, las cepas hundidas en sus hoyos de lava negra. Otras veces, es el viento de África, el «sirocco» que trae arena del desierto, como una lluvia caliente y destemplada.

Viento sobre Lanzarote. ¿No es la isla como una nave que la violencia de los vendavales puede empujar? ¿No es la furia del aire capaz de mover este navío para devolverlo a África, la roca originaria de que fue desgajada? ¿O será su ímpetu salvaje capaz de arrancarla de cuajo de sus fondos marinos para convertirla en una nueva San Borondón camino de Atlántidas imposibles?

Baja el viento en las rocas marinas, haciendo hervideros de espuma, nieve rugidora que fabrica penachos de plata sobre la escenografía negra y verde de la Isla.

FUEGO. — Pero el gran secreto de Lanzarote es el fuego. El viajero lo adivina bajo el paisaje carbonoso y yerto; en la calcinada inmensidad del jucón o tierra negra; en las inmensas cataratas de lava, rugosa y amontonada, que cubren, desde la ladera hasta el mar, los entornos de los volcanes dormidos que muestran la trágica descarnadura de las erupciones antiguas.

Lo percibe el caminante, con espectacular evidencia, cuando en la Montaña de Fuego, se ven las entrañas llamean-

tes; el humo de los géiseres en que se convierte el agua; el seno rugidor de fuego que la Isla tiene en su entraña.

Se advierte entonces lo que todo este paisaje calcinado y verdinegro tiene de inmensa, honda, ceniza.

EUROPA ANTE ÁFRICA

MEDITACIÓN EN MELILLA

La feliz contingencia de la concesión de un Premio Internacional de Poesía me ha deparado la posibilidad de contemplar de nuevo ese peñón roquero, coronado de rebellines y murallas, en el que ondea nuestra bandera desde hace cinco siglos, que se llamó un tiempo Rusadir y que, desde los tiempos de los Reyes Católicos, figura en nuestro mapa nacional con el nombre de Melilla.

Breve en su realidad geográfica, su pequeñez contrasta con la amplitud de su impacto patético en el corazón de los españoles. Para las gentes de nuestro siglo, en efecto, no hubo década que no fuera percutida —mientras duró nuestro Protectorado— por una noticia dramática procedente de este rincón norteafricano; ni agitación sociopolítica que no tuviera su origen en un episodio surgido en su contorno.

Aportaré el mensaje mínimo de mi insignificante biografía, que se inicia en el año mismo del Desastre del Barranco del Lobo, y tiene desde su infancia el trasfondo de episodios de la guerra marroquí oídos en los romances de ciegos, revividos en los primeros periódicos que me llegaban a las manos. Así, me llegó, como un mazazo, la noticia de la catástrofe de Annual y, poco después, en aquella mi Gerona pirenaica y litoral, veía salir, con el corazón oprimido, los trenes militares, cargados de mozos atónitos que nos decían adiós, acaso para siempre, agitando sus redondos gorros colorados. Al frente de aquel «batallón expedicionario» iba mi padre. Y en su seguimiento, su familia se instaló poco después en un barrio de la Melilla nueva que, cuando he ido a visitarla, me he encontrado con que estaba a pocos metros de la actual frontera con Marruecos. Así, mi Melilla se me ha quedado pequeña y paralizada como en una amarillenta fotografía.

Pero guardo imágenes indelebles. Todavía «olía a muerto» en Nador y en Monte Arruit. Todavía los fuertes de Rostrogordo y Cabrerizas mostraban el tatuaje de la fusilería ca-

bileña. Llegaban, a veces —bien cerca de mi casa— los lentos trenes que, después de las operaciones militares, traían al Hospital Dócker las camillas de los heridos. Y recuerdo también la llegada de aquellos espectros militares, los prisioneros del Desastre, que Abd-el-Krim liberó a cambio de unas pesetas con que poder comprar nuevas armas para seguir matando soldados españoles. Era la hora de un patriotismo pequeño y provincial, en el que se cantaba a «la banderita» y al «soldadito español», con música de una zarzuela horrenda que se llamaba *Las corsarias.*

Yo no entendía nada. Veía pasar, por delante de mi casa, los lentos convoyes renqueantes de mineral de hierro que procedían de las Minas del Rif, que nos decían que eran de los Romanones, y a mí me parecía que ello no era motivo suficiente para que tantas gentes viniesen a esta tierra árida y calcinada. Yo veía pasar a los pobres beniurriagueles, de pobladas barbas, que bajaban a Melilla a vender por unos céntimos sus higos chumbos, sus humildes mercaderías; y a los judíos que hablaban un castellano de los «romances viejos» que empezaba a estudiar en el Instituto. Y sentía por ellos una enorme curiosidad. Y creo que la vocación viajera que me ha llevado, a lo largo de mi vida, a recorrer la geografía africana desde El Cairo a Tánger y desde Dakar a Addis Abeba, nace de aquella curiosidad asombrada de mi primera adolescencia.

Estos viajes, y las consiguientes lecturas, han ido planteando en mi conciencia el sentido histórico de esta presencia nuestra cinco veces secular en el borde norteafricano. España está ahí —permanece ahí— siguiendo el mandato de Roma, cuyas columnas y cuyos mosaicos rubrican un destino histórico: «Delenda est Cartago.» Toda la historia de Europa sabe bien que el Mediterráneo es, tanto como encrucijada, frontera. Y que la misión del mundo romano —y romance— es la de establecer puestos mercantiles y militares sobre el continente del «profundo sur». Por eso nuestro «Consulat de Mar» izaba sus banderas de oro y carmín sobre Alejandría, sobre La Goleta, sobre Argel. Por eso, Cisneros desembarca en Orán y Carlos V en Túnez.

Éste es el trasfondo histórico que yo sentía palpitar en Melilla, en torno a la iniciativa de su Ayuntamiento que ha

dotado a la Ciudad de un importante Premio de Poesía. Cerca de doscientos líricos españoles acudieron a la convocatoria, y ese batallón lírico venía a reforzar —pienso— a un pequeño ejército heroico y fantasmal que monta la guardia, sobre los bastiones corroídos de salitre de la vieja Melilla, enhiesta sobre el oleaje de los siglos. Y me parecía oír resonar, sobre el rumor del agua batida, la voz de aquel poeta salmantino, Francisco Sánchez Barbero a quien su corazón liberal llevó, por orden de Fernando VII, a morir en el presidio melillense no sin habernos dejado, en versos acendrados, el testimonio de su airada melancolía.

Nuestra poesía, resonando en esta ciudad, es el Adelantado Mayor de una empresa indefectible. Por eso, de alguna manera, este premio municipal es una toma de conciencia de una tradición que hay que defender y que hay que mantener. La de seguir siendo Europa; la de añadir, un eslabón tras otro, cuantos anillos de metal preciosos forman una cadena que no puede interrumpirse. Por eso yo recordaba, en mis palabras a los melillenses, la heroica legión de los que crearon revistas de literatura, *Alcántara* dirigida por Miguel Fernández —Premio Nacional de Literatura—, o *Manantial*, por Jacinto López Gorgé y Pío Gómez Nisa. Los que residiendo allí temporalmente como Carmen Conde, la describió amorosamente (*Memorias de mi infancia marroquí*) hicieron de Melilla tema de emoción lírica. O, como Juan Guerrero Zamora, tomaron a su ciudad como fondo de su prosa autobiográfica *(Murillo, 11, Melilla)*. O Francisco Salgueiro, también melillense, y poeta de inequívoca personalidad. O los recién llegados, como Antonio Abad. O los incorporados, como José Lupiáñez, creador, con Miguel Fernández, de la colección de libros poéticos «Rusadir», feliz sucesión de la que bajo el título de «Mirto y Laurel» fundara el ya citado López Gorgé, alma de la revista *Ketama* que nos hace soñar en lo que pudo ser una larga y honda colaboración de la cultura hispano-árabe. Como aquella admirable publicación que bajo el nombre evocador de «Almotámid» publicaba en Larache aquella admirable poetisa, sonetista insigne, que se llama Trina Mercader.

Y Fernando Arrabal. Sí, dejadme decir que la cumbre de esta fiesta de la poesía quedó configurada por la alegre sor-

presa de hallar como invitado de honor a una de las figuras máximas del teatro europeo contemporáneo, que nos ofreció con su presencia angélica de niño grande emocionado por el retorno —por primera vez en su vida— a sus raíces biográficas. Yo he sido privilegiado testigo de su emocionante contacto con aquella casona del Barrio Antiguo —calle José Ledesma número 3 —donde vio la primera luz, y donde pudo hablar con una vieja vecina que acaso lo tuvo en sus brazos, a la vista de aquella playa que él describe al comenzar su libro *Baal Babilonia,* que evoca la figura de su padre: «Un hombre enterró mis pies en la arena. Era en la playa de Melilla. Recuerdo sus manos junto a mis piernas y la arena de la playa. Aquel día hacía sol. Lo recuerdo.» Aquella sombra ensangrentada por la guerra terrible que marca los sueños alucinantes y crispados del futuro gran escritor de dimensión universal.

Esto ha sido el festival poético de Melilla. Estas mis reflexiones, más allá de la anécdota trivial de la noticia. En el borde norteafricano de Marruecos, unos poetas han prolongado la resonancia del mundo romance, avanzadilla de Europa, mensaje de una tradición cristiana occidental, signo de fidelidad a una tradición en la que el endecasílabo italiano canta su música celeste. Esto es todo. Y es mucho.

VIAJE A TÚNEZ

CUANDO ÁFRICA ES UNA TENTACIÓN

El gran poeta latino Virgilio, en el libro IV de *La Eneida*, cuenta cómo su protagonista, Eneas, fugitivo del desastre de Troya, arriba a las costas de Cartago, donde, con un hábil juego de recursos, consigue interesar primero y enamorar después, a la soberana de aquel país, la reina Dido, a la que seduce y abandona, para proseguir la ruta que le marca su alto destino: la fundación de Roma.

Alguna vez he utilizado estas dos figuras legendarias como símbolo de la extraña seducción que ejerce África sobre las gentes que se acercan a sus orillas.

En cualquier caso, Eneas y Dido prefiguran la historia auténtica: la que llevó a Roma y a Cartago a tres largos y dramáticos enfrentamientos colectivos —las Guerras Púnicas—, en la tercera de las cuales el poderoso ariete cartaginés, reforzado con los carros blindados que eran sus elefantes, llegó a amenazar el mismo corazón de Roma.

Pero «estaba escrito» que África no había de triunfar sobre Europa.

Y una vez que el poderío de Roma aplastó literalmente la soberbia de Cartago, sobre la tierra sembrada de sal, fue edificada una ciudad nueva que recibió el nombre de «Colonia Julia Concordia Cartago», sellando el Destino de esta tierra ribereña: el de ser puerto de arribada para las oleadas sucesivas de los conquistadores que la convirtieron en escenario de muchas culturas superpuestas.

De ahí que esta tierra que los romanos designaron con el nombre de África, y los musulmanes Ifriquiya, se constituyera en el núcleo radical de una serie de renovadas presencias culturales, que no ha querido perder su conciencia germinal, su condición definidora. De ahí la constante interrogación con que estas gentes se plantean el papel de su destino histórico.

Y esto lo descubre el viajero desde que, abandonando el reborde marino, penetra en la tierra, en cuyo fondo ani-

dan los mosaicos y las columnas de Roma, y busca y encuentra su clave en ciudades del interior que, como Keiruán, se alza en su espléndida realidad impávida, como cuando, en la Edad Media, se colocaba entre Basora y Córdoba, como una de las grandes joyas del mundo musulmán.

Descubrí esta maravilla hace muchos años, con ocasión de un crucero universitario, memorable hazaña que la España de 1933 llevó a término por iniciativa de nuestras facultades de Letras bajo los auspicios de don Fernando de los Ríos, a la sazón ministro de Instrucción Pública. Descubrimos entonces las maravillas que nos ofrecían los rastros hispánicos en la tierra tunecina. ¿No propugnaba nuestro ilustre arabista Jaime Oliver Asín que una de las oleadas invasoras que inundaron España procedía de una zona del sur de este territorio que, por llamarse —se llama todavía— Qastala, podría ser —desde su origen greco-bizantino (de Kastros)— la semilla inicial del nombre de Castilla? ¿No descubrimos, asombrados, en una callejuela del «Suk» de Túnez la venerada tumba de Anselmo de Turmeda, aquel genial y estrafalario personaje catalán que terminó siendo santón de la fe islámica? ¿No era en La Goleta, donde Carlos V desembarcó sus pendones, llevando al flanco a un enhiesto doncel que se llamaba Garcilaso de la Vega? Al pasar por la isla de Djerba, ¿no descubríamos aquel nido de piratas que tan duramente castigaron a nuestras naves en la derrota de los Gelves, que así lo pronunciábamos nosotros?

Otros rastros podían completar esta presencia de lo español en este enclave norteafricano. Así, los que dejaron los moriscos expulsos que llegaron a Túnez a principios del XVII, constituyendo barrios enteros, y aun pueblos que como Alkaláa Andalús —es decir Alcalá de los Andaluces— testimonia la presencia de estas gentes que hubieron de abandonar el solar hispano aportando numerosas pruebas de su laboriosidad y de su cultura.

Esta presencia de España fue premonitoria de ese destino que estamos señalando como característica de esta que denominamos «tierra de encrucijada», destino confirmado, desde hace un siglo, por la presencia civilizadora de Francia.

De mi primer viaje recuerdo —y mi visita de ahora me lo confirma— la calidad y la fuerza de aquella función coloni-

zadora, que hoy, después de veinte años de independencia, se percibe en las gentes tunecinas de hoy. El Túnez de Burguiba —como el Marruecos de Hassán II— han tenido el acierto de conservar el trazo cultural francés y hoy desde la escuela primaria, constituye la segunda lengua —y el segundo ingrediente cultural— de este país en cuyas librerías alternan los textos fundamentales de la cultura árabe y las últimas novedades francesas del Premio Goncourt o del Premio Fémina.

Cierto que esta presencia cultural que nos admira en la soltura con que los niños tunecinos que abordamos al paso nos muestran su francés fluido y de acento impecable, está siendo contestada por movimientos nacionalistas —con un ingrediente islámico importante que reclaman la erradicación de la cultura advenediza. Y que este fermento político-religioso que tiene su fuerza enorme en todo el Islam, desde la Libia del Gadafi a la Persia del ayatolla Jomeini, actúa como un alcaloide de africanidad, atemperado por el buen sentido de la política de Burguiba, que no quiere perder lo que el contacto de lo francés supone de conexión con la cultura europea.

Éstos son, en fin de cuentas, los datos alternativos del tema; el juego del vaivén cultural que caracteriza esta realidad fronteriza. En los términos que comentaremos adelante.

Utilizando los nombres de Eneas, el fugitivo de Troya, y de Dido, la reina de Cartago, hemos querido simbolizar la atracción que África ejerce sobre las gentes que se acercan a sus litorales. Al mismo tiempo, esta atracción, nos hace comprender las formas de fricción que la proximidad geográfica ha de producir cuando, a una y otra orilla del mar común se yerguen las amenazas militares.

Sabemos muy bien, para empezar, que aquella Roma inventada por Eneas será la rival de Cartago, cuya amenaza terrible llega a alcanzar el mismo corazón de Italia, por obra de aquellos insólitos ejércitos cuyos carros blindados eran los elefantes. Pero «estaba escrito» que África no había de triunfar sobre Europa.

A estas oleadas sucesivas se sobrepuso, desde hace casi un siglo, la ya mencionada presencia de Francia, tan eficaz que su idioma y su cultura tienen en este país carta de naturaleza.

El problema radical es éste. Al día siguiente de su libertad nacional, este pueblo —así como el argelino y el marroquí—, se encuentra con una cultura añadida de la que lógicamente no quiere prescindir, por lo que, en principio, se ha organizado con una orientación bilingüe. Pero no faltan los elementos de tensión que pretenden una progresiva «arabización» de esos instrumentos didácticos. Este proceso adquiere en algunos escenarios (pensemos en la Libia del Gadafi) un sentimiento vindicativo y religioso.

El mundo musulmán es una realidad inmensa —desde Filipinas a Marruecos— y multitudinaria... Los «moros» de Mindanao; los enemigos del europeizante sha de Persia; las tendencias «chiitas» en todo el Oriente próximo; los grupos intransigentes de Marruecos, de Mauritania, del Polisario o de Dakar ponen sobre la mesa la realidad de que el hecho religioso es una presencia que todavía está vigente, en el mundo actual tan dictaminado como racionalista y escéptico.

El encanto de Europa

La costa norteafricana, lo acabamos de ver, está sometida a las influencias exteriores. Pero en la segunda línea, en la frontera del desierto, en el sustrato beréber de todos estos territorios, hay como un alcaloide de africanidad; una raíz impresionante que actúa como reserva frente a los embates sucesivos de la Europa invasora. África, tentación permanente de Europa, tiene en su corazón una palabra última. ¿Será la que resonará próximamente en los oídos del mundo? La voz de los «nómadas», el sirocco de los alfanjes, se alza sobre la blandura de las ciudades «civilizadas» y está ahí, aguardando, como profetizan los viejos textos de Aben Jaldún.

UNA ENCRUCIJADA CULTURAL

Hacia 1934, José Ortega y Gasset, nos comunicaba su deslumbramiento intelectual al descubrir, en un texto del siglo XIV, un inesperado antecedente de lo que, cuatro centurias después, empezaría a llamarse «filosofía de la historia». Para mayor sorpresa, el texto en cuestión no pertenecía a la tradición greco-latina, sino a la cultura musulmana, en la figura de un pensador genial cuyo nombre es Aben Jaldún, quien formaba una doble constante del devenir histórico describiendo los pueblos en sus dos características esenciales: la del nomadismo, que caracteriza a la guerra de la que se deriva el «poder», y de la estabilidad que, se abriga en las ciudades, y que alumbra lo que llamamos «civilización». La historia no es otra cosa que la sucesión continuada de ambas actitudes humanas («Aben Jaldún nos revela el secreto»).

Me encuentro en Túnez, patria del genial clarividente, y más exactamente en la ciudad santa de Kairuán, la hermana rival de Córdoba. Y cuando se nos dice que la espléndida arquería de la mezquita de Sidi Okba está sostenida por cuatrocientas columnas corintias procedentes de las ruinas de templos erigidos por los bizantinos en donde estuvo Cartago, podemos tener una imagen de este juego increíble de superposiciones.

Ésta es la clave cultural de Túnez, desde que siendo Cartago —bajo la poderosa guerra de los Bárcidas que hicieron estremecer a Roma, ya sentía la influencia de lo helenístico. Como había de ser, después de la Tercera Guerra Púnica, provincia romana. Y colonia bizantina. Y provincia del Imperio turco... Y española, brevemente con Carlos V. Y durante casi cien años enclave y demarcación cultural de Francia.

Éste es el destino de Túnez. Converso con nuestra guía, una muchacha que cursa el último curso en la Facultad de Letras, y que se expresa en un francés impecable. Desde 1880, con Jules Ferry, Túnez se convirtió en protectorado

francés con la presencia decorativa de unos «beyes» que proseguían la institución del poder cuando Túnez pertenecía al Imperio turco. En 1956, Habib Burguiba le explicó el último «bey» que no hacía falta que regresara de su veraneo en Europa, el movimiento Neo-Destour inició el cambio de la independencia. Y aun cuando desde hace diez años Burguiba se encuentra en una clínica de Alemania, la línea marcada por el «Combatiente Supremo» continúa. Como continúa la huella de Francia en todos los aspectos de la vida nacional. En Túnez capital, existen seis diarios, cuatro de los cuales —los de mayor tirada— se imprimen en francés y dos en árabe. Téngase en cuenta que el árabe que se escribe —y que se imprime— es el árabe clásico y no la lengua popular que constituye el dialecto árabe-tunecino... En árabe clásico se expresan los poetas y novelistas, y en el dialecto callejero solo los pequeños ejemplos de teatro popular.

El francés, por lo tanto, se aprovecha de este desnivel sociológico. Nuestra joven universitaria me dice, por ejemplo, que cuando quiere leer novelas, un artículo de periódico, o un libro de información cultural, lo prefiere francés. En las librerías, los textos clásicos de Racine o Montesquieu, están al alcance de todos los escolares, al modo como Francia sabe hacerlo. Mi informadora me dice que incluso cuando debe escribir una carta a una de sus amigas prefiere hacerlo en francés.

Se produce, pues, una costumbre cultural que desplaza el árabe nativo a partir de un determinado nivel, y que deja en situación de inferioridad a la lengua vernácula, fenómeno que suele producirse en los territorios de expresión bilingüe.

Por otro lado, la expresión francesa parece atribuir al que la usa un cierto tono de modernidad progresista. ¿Hasta qué punto esta realidad zahiere en lo más hondo la conciencia nacional tunecina? Estoy viendo la televisión, y observo que el programa, e incluso las noticias, se expresan en francés a partir de las nueve de la noche.

Por otro lado, creo advertir una conciencia religiosa musulmana bastante atenuada. No se advierte, desde la calle, el clima de religiosidad que se da en Marruecos, donde —especialmente en Fez— la fe coránica está en la calle. Burgui-

9 — 3850

ba se declara neutral en materia religiosa. Así su partido socialista democrático —partido único— no influye positivamente en favor de la fe coránica. Pero el sustrato religioso existe, alentado por el ímpetu intransigente y fanático del coronel Gadafi, que preside una República que se titula coránica. ¿En qué medida esta presión religiosa puede constituir un foco de intransigencia que, a lo largo, socave las fuerzas del Neo-Destour que llevan cerca de treinta años en el poder? Me dice mi informadora que la ley de equiparación de la mujer y del hombre promulgada por Burguiba acaba de ser invalidada por las fuerzas de este conglomerado nacionalista y religioso que han impuesto al final la doctrina del Corán que exige, por ejemplo, que en las herencias, los hijos varones perciban el doble que las hijas.

En cualquier caso estas fuerzas están ahí latentes, bajo una apariencia calmada y progresiva.

El país aparece limpio y en orden. El aluvión turístico está ahí, a la vista de todos. Sólo en una población costera, próxima a la capital, Hamamet funcionan medio centenar de hoteles, que ofrecen sol y servicios modernos, en unas playas tranquilas. A estos hoteles han sido trasladados los turistas que, este año, al llegar a Canarias se han encontrado con una huelga de hostelería. Así somos de listos.

Además del turismo, una sólida agricultura: cítricos, dátiles, olivos y viñedos; las explotaciones industriales en torno a Sfax y Susa; la producción en fosfatos (tercer país del mundo); los pozos de petróleo que autoabastecen al país, van poniendo a esta gente, solar de una decorosa pobreza (no hay miseria ni suciedad) para una cualificación socioeconómica más allá.

El realismo político de Burguiba impone un orden preferencial al orden económico, yugulando incluso sangrientamente (enero 1978) las formas de disidencia, anteponiendo a todo la necesidad de un país cuya calma (exterior al menos) atraiga a los grandes inversores extranjeros. Ésta es la fachada que el viajero descubre al llegar a Túnez.

EL GRAN SUR

La gran novedad, en mi actual viaje a Túnez, me la han proporcionado las incursiones hacia las zonas más alejadas del mar, más interiorizadas hacia lo que aquí se llama «el gran Sur».

Aquí, donde África ofrece su latido secreto, donde el beréber y el beduino siguen formando un grupo aparte, inasequible, orgulloso de su tradicionalidad, agarrado a la tierra, tan literalmente como esos poblados trogloditas, como el de Matmata que ya figura en el itinerario obligado del turista. Y que nos ofrece el singular espectáculo de una arquitectura «hacia abajo», es decir, que procede por excavación, creando pozos que albergan grandes patios, en cuyos muros se burilan, a su vez, las habitaciones que, a distinta altura, dibujan una increíble sucesión de «rascacielos al revés», dentro de una fórmula que conoce el viajero en muy contados ejemplos, como el de los templos excavados en la roca de La Libellax (Etiopía), o las más conocidas muestras de troglodítismo popular que podemos ver en Guadix o en Granada. Todos ellos se parecen, además, en la consecución de un perfecto ambiente climático.

De este fondo meridional de Túnez nace el fermento africano que va lanzando hacia la costa mediterránea aluviones de invasión que, en la Edad Media, llegan hasta España —almorávides, almohades— cuando el poderío musulmán parecía flaquear ante el ímpetu cristiano. Son, como vimos, esos Bannu-Hi-Cal o «Hijos de la media luna», que habitaban la región presahariana llamada Qastala: topónimo que, según Oliver Asín habría dado el primer nombre a Castilla. Son, pues, estos «beréberes» o «bárbaros» (obsérvese la similitud de los vocablos) y que constituyen el fermento nómada y militar, el «beduino» que, según la genial intuición de Aben Jaldún constituye el elemento guerrero y nómada que se contrapone al pacífico y estable de ciudades («arabi»). El primero lleva al poder, al gobierno; el segundo, a la estabilidad y a la civilización.

Esta impresión de adentrarnos en el país, en el corazón de lo africano, la tenemos todavía más acentuada cuando, partiendo de Gabes, dejamos el mar para penetrar hacia el Sur. La tierra se hace seca y enteriza pareciendo que un matiz sarcástico subraya la palabra *ued* (río) que aparece sobre quebradas resecas y sedientas. Hacia Kabili y hacia Duz, la piedra caliza, moteada de ralos arbustos, deja florecer el milagro de los oasis, que a veces crecen en la hondura de las depresiones del terreno, creando un inesperado paraíso de sombra refrescante. Más hacia el Sur, empiezan las dunas, el ondulado clásico de las arenas movedizas. Estamos, señoras y señores, al borde mismo del desierto del Sáhara.

Los tipos humanos han cambiado. Los beréberes muestratran su espigada figura y la piel casi negra de su rostro, porque Kabili fue, en tiempo, mercado de esclavos procedentes del Sudán. Gentes bien distintas del tunecino mediterráneo, hablando su lengua propia, ferozmente orgullosos de sus costumbres.

He tenido la inmensa fortuna de llegar a este extremo límite de nuestro mundo, exactamente a Duz, justamente el 29 de diciembre, fecha en la que se realiza en las afueras de la población, en la línea que decoran las últimas palmeras del oasis, donde el desierto abre su ondulación alucinante, el gran festival nacional del Sáhara.

Bien lo indican los arcos policromos, las banderolas tendidas a lo largo de las calles, los carteles alusivos, las gentes merodeando por la ciudad. Van todos, en peregrinación gozosa, al lugar extramuros donde se alza la tribuna de honor, al borde mismo del océano de arena.

Van llegando las largas hileras de camellos y dromedarios; los jinetes de espigada silueta, que lucen atuendos de colores y decoran a sus caballos con gualdrapas de jade y oro; los que llevan galgos atraillados para los ejercicios de la caza; los que preparan los choques de las bestias —carneros y dromedarios—; los que suenan pífanos y tambores luciendo vistosos uniformes carmesíes; los que lucen sus habilidades de jinete haciendo corvetear a sus caballos; los que, en suma, cerrarán el espectáculo corriendo la pólvora en una alegre algarabía de raudos jinetes que juegan con sus fusiles haciéndolos voltear sobre sus cabezas, al tiempo que aprie-

tan los gatillos de los disparos.

Toda el Africa *interior,* original e inaccesible está aquí, bárbara y caballeresca, suntuosa y pobre, alegre y firme en su más tremenda y sobrecogedora identidad.

Este paisaje del sur de Túnez, no tiene rival en su originalidad paisajística, en su curiosa superposición de manchas densas de verdor —palmeras, dátiles, naranjo, limonar, chumberas, emergiendo de calvas geografías pedregosas, altozanos y cabezos de tierra caliza, gris-polvo, blanquecino, que, en los ocasos, adquiere suaves veladuras de color violeta. Entre esta geografía desierta, que aprovecha las hondonadas y desfiladeros, la riqueza vegetal se aprieta, se arremolina y se ahonda, creando unos apretados suelos de esmeralda oscura, salpicados de los rojoamarillos de los frutos, como prietos almohadones verdes bordados con pespuntes de oro. En este paisaje, en suma, he comprendido con toda su plenitud de sentido el valor de la palabra «oasis».

Existe, en España, un paisaje parecido, en el lugar en que la comarca alicantina se entra en la híbrida configuración murciana. Marcando una acusada diferencia entre la «marina» y la meseta, es la zona de contrastes —Elda, Petrel, tan bien descrita en las novelas y poemas en prosa de Gabriel Miró—. Queda, pues, atrás la geografía de las palmeras ubérrimas, de extensión limitada —cuyo ejemplo máximo, se daría en Elche— para dejar paso a un paisaje intermitente cuya gracias original se encuentra, justamente, en el mencionado contraste. Yo, propondría, como ejemplo, la geografía que se descubre en la carretera que conduce de Murcia a Cieza, y, pasando por Archena —tan curiosa ejemplificación del paisaje balneario— se empina hacia Castilla, entre las quebraduras de un paisaje calvo y desnudo que sería absolutamente lunar si no surgiese entre sus quebraduras ese milagro de verdor subtropical, que sorprende y maravilla, especialmente en los lugares en que los caseríos pintados de amarillo y violeta, rojos y blancos, con bancales que se construyen trabajosamente en las laderas minerales para que no se pierda ni un solo palmo de la hondonada regable, que una increíble bordadura vegetal, que antes he descrito, y que enmarca esta zona fronteriza, proverbial asiento de moriscos y uno de los paisajes más originales de España.

DJERBA, SIDI BU SAID, KAIRUÁN

Hemos definido a Túnez como una complejidad fabricada de culturas superpuestas.

Para un viajero un poco alertado, esta vieja tierra mediterránea, es un espectáculo inagotable, ya que cada uno de los pueblos invasores ha dejado sus trazas indelebles.

Empezando por la cultura púnica, que una vez arrasada Cartago por la vindicta implacable de Roma, va cediendo, en capas subterráneas, sus tesoros; el inconfundible estilo que permanece todavía en la cerámica popular de algunas zonas tunecinas, especialmente en la isla de Djerba.

Djerba —que nosotros conocíamos en el siglo XVII con el nombre de Gelves—, era un nido de piratas que ocasionaban grandes sobresaltos a las naos españolas que, en aquellos siglos, ejercían la vigilancia del Mediterráneo, actuando en la misión que hoy atribuimos a la Sexta Flota de los Estados Unidos. Pero aquel dominio era más turbulento y azaroso, y precisamente Djerba fue escenario de derrotas terribles, como bien recordaba a los españoles el cautivo de un romance de Góngora:

Yo nací en Gelves el año
que os perdisteis en los Gelves

aun cuando no precisa si fue en la derrota que nos infligió Barbarroja (1510) o Dragut (1560), que ambas tuvieron por escenario esa deliciosa isla mediterránea, jardín insular, o peninsular, puesto que la isla se une a la tierra firme por un «Kantara» (es decir, por un puente), que sirve de base a una promoción turística fabulosa. Al sur del territorio, junto al golfo de Gabes, la isla de Djerba conserva todavía la vieja fortaleza «Castilla» edificada por los españoles y, a su lado, un millón de palmeras repartidas sobre un llano césped que convierte su territorio en un paraíso sin pecado original.

El encanto de Europa

El mar brilla como un quieto zafiro, bajo un cielo de cristal refulgente. Ésta es tierra de serenidad, en la que se oye palpitar el silencio, junto a las playas impecables de arena blanca y fina, cuyo goce permiten los más asombrosos conjuntos balnearios, concebidos como grandes edificios de estilo tunecino, que centran las agrupaciones de *bungalows* que permiten al viajero sentirse en su casa, a la sombra de las palmeras enhiestas.

Se añade a los encantos que Djerba ofrece, la sorprendente presencia de una pequeña población judía que se jacta de poseer la sinagoga más antigua de Europa, ya que pretende datarse en los años de la destrucción de Jerusalén; es, en cualquier caso, en el primer siglo de nuestra Era. Esta sinagoga que lleva el nombre de La Ghriba, está hoy instalada en un noble y espacioso edificio, donde se custodian reverentemente, como es de rigor, los libros de la Torá, o de la ley mosaica.

Por lo demás, todo en la isla de Djerba se pliega a una lección de armonía, que bien pudiera simbolizar las lanchas pescadoras, que llevan izada la vela latina, que son así como el certificado de su mediterraneidad.

Djerba, pues, es cumbre y límite de esta espléndida cenefa marina que arranca de las proximidades de Túnez, concentra sus lujosos balnearios en pueblos deliciosos como Sidi-Bu-Said, el milagro blanco y azul que conocieron André Gide y Henry de Montherlant, que se encima sobre un promontorio de cipreses y palmas sobre la perfección marina... O como Hamamet, que quiere decir «los baños» (de ahí el nombre español de «Alhama») que agrupa otro fabuloso despliegue de centros hoteleros.

Hacia el Sur, la rubia cenefa de las playas, borda un pespunte de oro al raso azul de la marina, dejando como dos paréntesis tumultuosos, los puertos de Susa y Sfax, que centran dos conjuntos industriales y ofrecen, en sus gentes, el aire progresivo —casi total ausencia de atuendos indígenas— que indica lo que será esta tierra en un próximo porvenir. Puertas abiertas, pues, que explica que estas dos ciudades conservan, intacta, el cinturón de murallas y las torres enhiestas, de los «ribat» (o fortalezas religioso militares) que vigilaban, como sus «rábidas» o «rápitas», tanto en la Es-

paña mulsulmana como en el África costera los peligros de la guerra de los corsarios.

Pero los muros de las ciudades no eran suficientes. Y entonces surge otra defensa: el repliegue hacia el interior. He aquí entonces, cómo cobra sentido la ciudad, relicario intacto, espejo de una historia paralizada e impávida.

La defensiva es la fuga; la proyección hacia el desierto. Kairuán es la ciudad relicario, donde adquiere todo su sentido el silencio. El alma musulmana, como en la oración del almuédano, vibra en el aire. Se recoge en sí misma. Se la diría palpable, en las callejuelas de la Medina. Ahí está la lenta algarabía de los *suko,* los túneles de sombra a los que no llega el fuego solar. Los proverbiales *bacalitos* o establecimientos mercantes en donde la palabra interminable va hilando al transcurrir la vida.

Me detengo en la «Librería Aben Jaldún» y saludo emocionado el recuerdo de quien supo desentrañar, antes que nadie, el sentido de la Historia, interpretándola como un diálogo alternativo entre nomadismo y reposo, entre acción y contemplación, entre guerra y civilización.

En Túnez este diálogo lo perfila y trasciende todo. Y las gentes saben bien que todo es pasajero. Y que si desde la costa llegan constantemente fuerzas espirituales invasoras, desde el interior se ven llegar las fuerzas más profundas de la africanidad. Junto al árabe tunecino, recostado en las callejuelas; junto al beduino de trajes multicolores, al fondo de estos paisajes, el substrato beréber, el alcaloide último que vela las raíces de la africanidad.

El pueblo original y salvaje, que ni siquiera habla en árabe y que se asienta en los focos radicales, desde donde se catapultan hacia la costa, desde los almorávides y los almohades, hasta las últimas oleadas que llegan de los hondos oasis del Sur.

Todo está en esta página; en este contacto silencioso y terrible.

ÁFRICA Y LA NEGRITUD

Quisiera resumir mis impresiones en torno al mundo centroafricano: Por una parte, la presión islámica —muy vehemente— crea un conglomerado demográfico en el que lo negro y lo musulmán forman una unidad combatiente. En el otro extremo de África existe una conexión: la de la negritud y la conciencia cristiano-occidental, cuyo excelso nombre representativo nos lo da el alto poeta Leopold Sedar Senghor, presidente de la República del Senegal. Bien. Senghor es un noble poeta negro que se expresa en francés, y ha sido el francés la lengua en que ha expresado su teoría de la negritud. La expondré con sus mismas palabras; con sus nobilísimas palabras: «La negritud —dice— es uno de los dos aspectos de la africanidad, siendo el otro el arabismo de los árabes-bereberes. Estad seguros: la negritud —la palabra fue inventada por el antillano Cesaire— no es un racismo, ni mucho menos, incluso ni es antirracista. Es, por un lado, el conjunto de valores de civilización de los negros por el mundo; es, por encima de todo, la voluntad activa de cultivar esos valores para ofrecerlos como contribución, a la elaboración de las respectivas culturas nacionales, y mejor: a la edificación de la civilización de lo universal... La negritud es humanismo.»

Ahora bien: ¿Qué relación existe entre latinidad y negritud?

Hace unos pocos meses el propio Senghor, en un discurso pronunciado ante la Academia Brasileña de la Lengua, reconocía en la fusión del negro americano con las culturas latinas de España y Portugal un hecho de evidencia meridiana. Sólo el mundo iberoamericano, en efecto, ha conseguido el grado de fusión que, en África, ha conseguido el francés, como vehículo de expresión cultural. De esta realidad ha tomado Francia plena conciencia. En El Cairo he visto varios volúmenes en los que *negritude* se alía a *francité*. Es lógico. La capacidad penetradora y la fabulosa máquina de proyec-

ción intelectual de las gentes ultrapirenaicas se evidencia en estos libros. En el acto solemnísimo de la concesión a Senghor de doctor *honoris causa* por la Universidad de Burdeos, el ministro francés de Educación decía al ilustre presidente-poeta:

«La idea de usted, alimentada en la fuente de la realidad, está en marcha. No hay nadie que pueda oponerse a una gestión que sólo pretende unir moralmente, en "solidarizar" como hubiera dicho Léon Bourgeois, a pueblos hechos literalmente para comprenderse y para entenderse, lo mismo si están en África, Europa, América del Norte o del Centro, en Oriente Medio o en Asia. Usted ha lanzado ya las simientes que fructificarán...

»En efecto, la edad de los imperios ha cesado de existir. Las comunidades de mañana serán las de la lengua y la cultura. Estarán fundamentadas en la igualdad y en el respeto mutuo. La comunidad francófona en gestación es una gran comunidad natural de fines del siglo XX y comienzos del XXI. Señor Presidente, usted ha sabido despertar una gran esperanza.»

En ésta y en otras ocasiones he expuesto la noble envidia con que veo cómo Francia, y, por supuesto Inglaterra, se han repartido el mapa cultural de África. Una pléyade magnífica de poetas, especialmente en francés, no sólo contribuyen a una decisiva unificación cultural, sino que dotan a nuestros vecinos del Norte de un imperio espiritual no por incorpóreo menos interesante como mercado editorial. Al crearse la República de Guinea Ecuatorial, emergida de la matriz hispánica, me pregunté qué política estaba proyectada para los castellano-hablantes de este país en cuanto a su vinculación cultural.

Ni en Marruecos, ni, en lo que se me alcanza, en Guinea Ecuatorial, hemos dejado una presencia lingüística traducida a valores estéticos. En esta ocasión yo tuve el honor de proponer a la Real Academia Española la creación en Guinea Ecuatorial de una Academia Correspondiente de la Lengua Española. Se trataba, en efecto, de dotar a este nuevo pueblo hispánico de una conciencia de vinculación con nuestros valores literarios y humanísticos. Por modesta que sea la literatura que se produzca en estos territorios, es eviden-

te que el nuevo Estado ha de sentirse noblemente estimulado por la presencia de un grupo de intelectuales que ejerzan en su territorio nacional una misión análoga a la misión benemérita que las Academias Correspondientes de la Española realizan en todos y cada uno de los países hispanoamericanos. Mi propuesta fue acogida, por mis doctos colegas académicos, con una evasión irónica, ¡y luego presumimos de fundadores de imperios!

La presencia de España en distintas zonas del continente africano, no ha venido, por desgracia, acompañada de una forma de expresión que asegure la presencia de un cierto mestizaje cultural tal como, para honor de nuestra cultura, le ofrece el continente americano.

Hay que programar a distancia. Por mucho que la vía normal de expansión de nuestros libros sea la de Hispanoamérica, no es menos cierto que debemos atender a todos los frentes y que, a la manera como lo hace Francia e Inglaterra, debemos procurar que África, por lo menos en parte, sea una prolongación de nuestra tradición cultural.

EUROPA ANTE AMÉRICA

AMÉRICA, COMO FRONTERA DE EUROPA

I

Hace unos meses he tenido el honor de asistir en París en mi condición de miembro de la «Association Internationale des Critiques Littéraires» a una reunión de la Unesco que tenía como misión establecer un catálogo ideal con los mejores libros europeos. Se trata de una de las consecuencias más importantes de la famosa reunión de Helsinki (1975) en pro de una unidad de Europa basada en la identidad del destino histórico del viejo continente, restauración del viejo sueño de Carlomagno, que nostálgico de Roma, intentaba levantar la conciencia de unidad de todos los pueblos europeos. Sueño que a lo largo de los siglos venía destrozando la concepción política de una «Europa de las naciones» que desde Maquiavelo convertía la historia de Europa en una monstruosa sucesión de guerras implacables.

La literatura se convertiría, pues, en una toma de conciencia de Europa y ello explicaría y justificaría aquellas reuniones de la Unesco en busca de una lista de libros y de autores que contuviesen las esencias de la herencia cultural unitaria que nos define.

Pero —como expliqué al comenzar este libro— ya en nuestras primeras reuniones de París surgieron muchos temas de discusión. Así, por ejemplo, la lista se iniciaba con los autores de la antigüedad greco-latina. Pero, ¿y la Biblia? ¿Y los Evangelios? Creados fuera de la geografía estricta de Europa, ¿no forman parte de sus orígenes culturales?

Y si los orígenes planteaban el problema de las raíces, el gran álbum de la cultura europea, con sus extensos ranajes, ¿no presentaba una problemática parecida? El tema apareció cuando el Centro Nacional Norteamericano de la Unesco propuso que se añadieran a la lista de autores ingleses que había sido ya establecido, nombres como los de

Edgar Poe o Emily Dickinson, como formando parte de la prolongación biológica de la literatura inglesa en el nuevo mundo. Y al aceptarse este criterio yo hube de exigir que junto a estos nombres figurasen los escritores de Hispanoamérica y del Brasil que lógicamente constituyen la prolongación biológica de las culturas española y portuguesa.

El problema, pues, puede plantearse a partir de estos supuestos: aceptando, desde luego, la importancia y la radical representatividad de las culturas aborígenes, es evidente que América es una consecuencia cultural de Europa y como alguien ha dicho certeramente, América vendría a ser definida como «La Obra Maestra de Europa».

Recuerdo unas palabras magistrales de nuestro gran definidor común Pedro Henríquez Ureña, cuando escribía:

«Hasta políticamente hemos nacido y crecido en la Romania. Antonio Caso señala con eficaz recisión los tres acontecimientos de Europa; el descubrimiento, que es español; el Renacimiento, italiano; la Revolución, francesa.» «El Renacimiento da forma —en España sólo a medias— a la cultura que iba a ser trasplantada a nuestro mundo; la Revolución es el antecedente de nuestras guerras de Independencia. Los tres acontecimientos son de pueblos románicos. No tenemos relación directa con la Reforma, ni con la Evolución Constitucional de Inglaterra y hasta la Independencia y la Constitución de los Estados Unidos alcanzan prestigio entre nosotros merced a la propaganda que de ellas hizo Francia.» (*Obra Crítica*, pág. 250).

Los propios sentimientos que condujeron a Hispanoamérica a la Independencia y a la libertad germinan en Europa. «Todo aislamiento es ilusorio», dice en otro lugar Henríquez Ureña. «La historia de la organización espiritual de nuestra América, después de la emancipación política, nos dirá que nuestros propios orientadores fueron, en momento oportuno, europeizantes: Andrés Bello, que desde Londres lanzó la declaración de nuestra independencia literaria, fue motejado de europeizante por los proscritos argentinos veinte años después, cuando organizaba la cultura chilena; y los más violentos censores de Bello, de regreso a su patria, habían de emprender a su turno tareas de europeización.» (*Ob. cit.*, 249.)

El encanto de Europa

Las formas que se tienen por más características del arte y de la literatura hispanoamericana surgen del afán de gloria y renombre que recuerdan Bernal Díaz del Castillo y López de Gomara y que proceden de aquel «gran disío d'excellenza» que movía a los grandes humanistas italianos.

Las universidades criollas están pensadas sobre modelo europeo. Francisco Cervantes de Salazar en su diálogo sobre la ciudad de Méjico recuerda que sus inmunidades y privilegios eran «muchos y grandes, conforme en todo a los de Salamanca». Y en los claustros y paraninfos de las universidades de toda América revolaba en doctos latines la misma sabiduría que gobernaba los centros de cultura superior más exigentes de Europa. Cuando se lee «la respuesta a sor Filotea» de sor Juana Inés de la Cruz, que tanto asombraba a Karl Vossler, se descubre esta impresionante realidad europea de la cultura americana.

Y lo mismo podríamos decir del trasplante de las ideas neoclásicas que siembran el continente americano de los ideales de la ilustración a través de aquello que llamaba Ramón de Basterra la «Internacional Patricia» que florecía en las escuelas técnicas y de las Sociedades Económicas de Amigos del País.

De la misma manera sigue siendo europea la raíz de la conciencia intelectual americana, cuando el criollo considera llegada la hora de la libertad colectiva. Las ideas liberales habían trascendido al territorio americano y los «Navíos de la Ilustración» habían llevado a las costas del Caribe los libros de los enciclopedistas franceses que leían los jóvenes de familias acomodadas de la sociedad criolla de Venezuela, y uno de los cuales se llamaba por cierto Simón Bolívar.

El sistema copernicano se explicaba en la Nueva Granada así como las ideas de Newton a través de la personalidad de José Celestino Mutis y las primicias de la vacuna antivariólica llegaban a América un año después de ser inventadas en Europa. El jesuita español Juan Pablo Viscardo incitaba en 1791, como «español americano» a la separación de España en un texto que ocho años más tarde mandaba publicar en Londres el conspirador Francisco de Miranda. Hacía ya tiempo que, como escribía el coronel Cabello en

El Telégrafo Mercantil de Buenos Aires (1801), denostaba «aquellas voces bárbaras del Escolasticismo que muy poco o nada transmitían las ideas de verdaderos filósofos».

La Independencia de América, pues, se fragua en la cultura europea y en una consecuencia más de «esos vasos comunicantes» que constituyen la realidad más profunda de la cultura hispánica.

II

El Renacimiento, el Barroco y el Neoclasicismo en la América hispana son otros tantos rigurosos ejemplos de la afirmación formulada tantas veces de que América es una realidad cultural paralela a la de Europa. Tanto las formas de convivencia virreinal como las bases ideológicas de la emancipación pueden hallarse en la cultura española originaria.

La independencia de América no fue, como es bien sabido, la obra del bajo pueblo mestizo sino la de la fracción aristocrática criolla a la que parecía insufrible la presencia del funcionario español. Por algo se trata, según la define Octavio Gil Munilla de una revolución burguesa americana.

De ahí la importancia del factor cultural y el valor decisorio de la moda estética del momento independentista. Uno y otro apoyados en las maneras del Romanticismo.

Del Romanticismo, es decir, de una escuela literaria característicamente europea, va a surgir la exigencia de libertad que ha de estremecer a América entera.

Ya en la transición, Andrés Bello en su *Silvas Americanas* de 1823, es decir, antes de Junín y de Ayacucho, intenta romper los lazos con la cultura clásica a la que llega a considerar como un estigma cuya mancha ha de sacudir enérgicamente el poeta: *La corrupción cultura se apellida. / Descuelga de la encina carcomida / tu dulce lira de oro... / Y sobre el vasto Atlántico tendiendo / las vagorosas alas, a otro cielo / a otro mundo, a otras gentes se encamina... / Tiempo es ya de que dejes la culta Europa / que tu nativa rusti-*

quez desama, / y diríjase el vuelo a donde te abre / el mundo de color su grande escena.

Pero el radical contrasentido de esta expresión poética consiste en que sus raíces estéticas están en Arriaza, Meléndez y Cienfuegos, según demostró el colombiano Miguel Antonio Caro y en Horacio y en Virgilio según señaló Menéndez y Pelayo. Está claro, por lo tanto, que mientras en sus palabras, Andrés Bello exige al poeta que cante a la caña, al cafetal y al teobroma, la mecánica verbal con que esta exigencia se produce procede del viejo hontanar europeo de la antigüedad y del Renacimiento.

La clave es la pasión por lo cultural que resplandece en Andrés Bello de modo especial en documentos como el «Discurso inaugural de la Universidad de Chile» pronunciado al iniciarse el curso de 1843, en el que exige un rigor que sólo puede apoyarse en la tradición cultural del humanismo europeo.

Cuando ocho años más tarde Andrés Bello publique su monumental *Gramática Castellana* veremos cómo se producen en acto y en doctrina filológica sus ideas más radicales.

Podríamos decir que existe en Andrés Bello una «moral de frontera». Él sabe muy bien que se ha roto de alguna manera el cordón umbilical que unía América con España; «Ya no somos colonias». Pero por otra parte siente la necesidad de «educar idiomáticamente a los americanos» enseñando a «hablar bien, conforme al uso general y a la gente educada», equidistante a la vez del «supersticioso casticismo y la avalancha del neologismo» y manteniendo por supuesto «la filosofía de la gramática (que) la reduciría yo a representar al uso bajo las formas más comprensivas y simples». Y defendiendo por supuesto las «locuciones castizas pasan hoy por anticuadas y que subsisten tradicionalmente en Hispanoamérica».

La segunda directriz fundamental es la de considerar el castellano como «medio providencial de comunicación, vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español».

Observemos, pues, esta resuelta actitud de Andrés Bello que se anticipa a los temores por una posible fragmentación del castellano que traslucirá su discípulo colombiano Rufino José Cuervo y la defensa de la pureza del idioma que

resplandece en el *Diccionario de galicismos* del venezolano Rafael María Baralt (1855).

Está claro, por lo tanto, que Hispanoamérica mantiene «esa moral de frontera» que exige una vigilancia maximalista en mayor medida cuando el peligro de corrupción interior o de amenaza exterior, especialmente el anglo-americano, puede perturbar nuestro genio idiomático. Y no deja de ser conmovedor para los españoles el que Hispanoamérica ofrezca desde esos nombres ilustres a los que hay que añadir los de Marcos Fidel Suárez, Miguel Antonio Caro, Antonio Caso, ilustres defensores de nuestra tradición castiza que hoy defienden también los nombres de Arturo Maraso, Amado Alonso, Juan Antonio Carrizo, Arturo Capdevila, Pedro Henríquez Ureña, Ángel Rosenblabtt o Ángel Battistesa.

Admirable contrasentido histórico cuya significación podría asumir Sarmiento, aquel a quien Unamuno aludía diciendo: «Habla, sí, mal de España, pero habla mal de España como sólo un español puede hablar mal de ella; habla mal de España, pero lo hace en español y muy en español.»

Tanto es así que Unamuno subraya siempre los valores del criollismo como defensa castiza frente a «la cultura parisién», «la nordomanía», tan denostada por José Enrique Rodó, y la pasión por lo cosmopolita que él descubría en escritores argentinos como Carlos Octavio Bunge. «Déjese de estas cosas y cultive su huerto.»

Es evidente, por lo que vamos viendo, que una manera de ser profundamente americana es perfectamente compatible con una radical conciencia de pertenecer a la cultura europea. Como predicaba Eugenio d'Ors a los españoles, en una famosa glosa, la preocupación por la Independencia como el culto a lo aborigen, son tentaciones colectivas que hay que evitar. Cuando España se encuentra en trance de convertirse en una Provincia Romana es mal negocio sentirse entusiasmado por el «picor romántico de las pulgas de la pelliza de Viriato».

Bien está, ciertamente, el gesto de exaltación de la cultura azteca en el formidable Museo de Antropología de la Ciudad de México. Pero no es menos hermoso el «Museo del Virreinato» que los mismos mexicanos han instalado en el convento barroco de los jesuitas de Tepoptozolán, impresionante mues-

trario de una cultura trasvasada que dio allende los mares la raíz española. Repitamos la frase de Pedro Henríquez Ureña: «Todo aislamiento es ilusorio.» Porque, añado yo, dos palabras son en verdad incompatibles: la palabra *espíritu* y la palabra *frontera.*

El negocio para América frente a España, como para los españoles frente a Roma, consistía en perder porque a través de esta «derrota» surgía la posibilidad de establecer una fusión de cuerpos y de almas. Esta fusión se llama mestizaje. Yo recuerdo en una iglesia del Cuzco la espléndida pintura que refleja los desposorios entre un capitán español y una princesa de la casa real de Atahualpa. El fruto de un maridaje así podría llamarse Garcilaso de la Vega, el Inca.

También en México la dualidad señalada por los museos citados se ha resuelto armónicamente en el texto de aquella lápida que podemos todos leer en la Plaza de las Tres Culturas, de la capital azteca:

«El 13 de agosto de 1521, heroicamente defendida por Guatemoc, cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés. No fue triunfo ni derrota, fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy.»

Recordemos finalmente que, a través de la puerta española, América tiene libre y fácil el acceso a toda la temática europea: a los temas italianos de Victoria Ocampo o de Múgica Laínez y a las llamaradas vikingas que resplandecen en algunas metáforas insignes de Jorge Luis Borges. El pasaporte idiomático del castellano certifica la condición europea de la cultura común.

No hay que darle vueltas: América, desde el Canadá francés, los Estados Unidos anglosajones y la América hispánica no es otra cosa, afortunadamente, sino la frontera occidental de Europa.

LOS LÍMITES DE AMÉRICA

Desde mi observatorio boreal, ahora gozoso de sus «noches blancas», he venido dibujando el mapa ideal de las culturas, tal como se ha ido configurando en nuestras reuniones de críticos. Y hemos observado la fluidez de las líneas divisorias y hasta qué punto no pueden establecerse fronteras. El espíritu sopla donde quiere, y es tan sutil que salta por encima de cualquier límite, y tan maleable que se adapta a todas las configuraciones.

Así, en nuestra meditación anterior, descubríamos que las grandes culturas europeas se trasvasaban a América, y que cuatro literaturas ultramarinas se expresaban en español, en portugués, en inglés y en francés, sin que pudiera decirse que había una diferencia radical entre las expresiones de una a otra orilla, aunque con matices de acento y de personalidad estética.

Prolongando esta observación, diríamos que, a su vez, existe, tanto en el Viejo Continente como en el Nuevo, una misma endósmosis e intercambio de valores. Así, de la misma manera como las literaturas europeas en sus tres expresiones intercambian modas y estilos, también las que —paralelamente— se producen en América adquieren vínculos de vecindad. Es evidente, por ejemplo, que existen zonas fronterizas entre las literaturas sudamericanas, en su expresión castellana y en su expresión portuguesa. Como existe una presencia francesa en la literatura angloamericana que se produce en torno a Nueva Orleáns. Como se detecta, finalmente, el peso de lo español en la expresión de los «chicanos» del sur de los Estados Unidos. Y en este sentido, recordemos la influencia del «profundo sur» en obras tan distintas como *Lo que el viento se llevó* o *Un tranvía llamado Deseo*. Otro ejemplo de inserción «mestiza» nos ofrecen las obras en las que intervienen personajes de ascendencia italiana, tan frecuentes en los Estados Unidos, como los que nos emocionan en la obra dramática *Panorama desde el puente* de Arthur Miller.

Como ejemplo notable y menos conocido de este juego de intercambios culturales podríamos poner el de la presencia de lo español en los Estados Unidos. Un millar de universidades norteamericanas y otros tantos «colleges», mantienen Departamentos de Español, como la segunda lengua cultural de ese enorme y potente territorio. Nuestros editores especializados en la didáctica de nuestra literatura saben muy bien que hoy existe allí un mercado nada desdeñable. Pero también lo saben los productores de libros de México y la Argentina, que disputan su terreno a las casas editoriales de Nueva York, de San Francisco o de Miami. Téngase en cuenta que la población hispanohablante de los Estados Unidos alcanza la cifra de veinte millones y que varios Estados del Sur de la Unión tienen en su legislación peculiar aceptado el bilingüismo a todos los efectos culturales y pedagógicos. Y no olvidemos lo que representa el bastión de Puerto Rico, donde, de manera tan emocionante, sigue enhiesta la bandera del castellano.

Y esto es así de manera que, en el reciente Congreso de Academias, que tuvo su sede en la ciudad de Lima, se produjo un acontecimiento singular. Las entidades allí reunidas —y la Real Española como una más—, *inter pares* acordaron, por votación democrática, incorporar a las tareas del Congreso a una entidad que desde nuestra reunión anterior en Santiago de Chile había presentado su candidatura. Se trata de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, organismo que se propone cuidar del castellano que se habla y que se estudia en los Estados Unidos. La noticia seguramente sorprenderá a más de un lector. Quien, sin duda, tendrá pocas noticias de lo que representa la tarea de investigación de nuestra literatura a lo largo de revistas como *Hispanic Review, Romanic Review, Revista Iberoamericana, Revista Hispánica Moderna, PMLA, Hispania, Revista de la Universidad de Duquesne* y otras muchas. ¿Se sabe en España que en los Estados Unidos existen revistas especializadas en estudios sobre Galdós y sobre García Lorca? Todo ello apoyado en los ya mencionados departamentos de español de unas universidades cuyas disponibilidades de libros producen, a la vez, vértigo y envidia, y explican que los trabajos de investigación sobre nuestra literatura gocen de merecido prestigio.

Y esto, los que tenemos experiencia docente en los Estados Unidos lo sabemos muy bien.

En nombre de esta voluntad de saber y de difundir nuestros valores culturales, no sólo sobre la lengua castellana y su literatura, sino también sobre las expresiones en catalán y gallego, el grupo de esforzados trabajadores de nuestra cultura —españoles y norteamericanos— aspiró y obtuvo un honroso lugar entre las academias de la lengua española reunidas hace unos meses en Lima.

Una vez más, el *leit-motiv* de estos artículos halla su confirmación en las realidades fácticas de la cultura y confirma la maravillosa condición sin fronteras de los frutos del Espíritu.

CUANDO AMÉRICA ES EUROPA

Cada vez que he ido a Buenos Aires —itinerario gustoso— una visita a Victoria Ocampo ha formado parte de mi ritual viajero. Algunas veces me acompañaba, en tan grata costumbre, el editor Antonio López Llausas, esa fuerza de la Naturaleza, anclado como un paquebote gigante en los muelles del Río de la Plata, sin que medio siglo de ausencia haya conseguido quitarle su inconfundible acento cataláunico.

Íbamos, pues, en su coche, camino de San Isidro, el barrio más elegante de Buenos Aires, donde vivía en su palacete rodeado de parques esa mujer extraordinaria que centraba —desde su privilegiado nivel social— uno de los focos intelectuales de toda la América hispánica.

Todavía la recuerdo en su arrogante hermosura, con sus atuendos un poco sorprendentes. Retengo su imagen, vestida de negro, con pantalones y blusa ceñida, y una enorme rosa roja sobre su pecho. Era cordial y «espiritosa», como se diría en Italia, la patria *De Francesca a Beatrice*, para citar uno de sus libros. En torno a ella, un enjambre de la *intelligentsia* porteña y la inevitable presencia de los forasteros que, como yo, deseaban acercarse al chisporroteo verbal que la circundaba, uno de los más ciertos encantos de aquel Buenos Aires cosmopolita donde todo refinamiento tenía su lugar.

Ahora que Victoria Ocampo ha muerto, las gacetas han recordado su función de eje cultural como fundadora de la revista *Sur* y su contorno editorial. Britanizada —como su gran amigo Jorge Luis Borges—, sus héroes intelectuales —Emily Brönte, Lawrence de Arabia, Virgina Woolf, Laurence Olivier— daban la medida de su familiaridad con el mundo europeo y esnob. La sátira no la perdonaba: ¿no llegó a atribuírsele la frase de que a ella el «Quijote» sólo le gustaba traducido al francés? Pero, en cambio, los viajeros más selectos no ocultaban su fervor. Y así Ortega y Gasset, como es notorio, figuró en la corte un poco trovadoresca que se movía en torno de esta mujer de veras singular.

Cuando yo llegué por primera vez a Buenos Aires —en 1946— el peronismo triunfante acorralaba a su grupo cultural —el grupo de la revista *Sur*— acusándole de poco argentino. Soplaban vientos del nacionalismo que empujaba el velamen de la revista *Martín Fierro,* que consideraba a Victoria Ocampo y a sus amigos como vendidos a los encantos intelectuales de Europa.

No tenían razón esos guerrilleros de la argentinidad. No la tenían porque las formas extremas del nacionalismo cultural cuando no son grotescas son aberrantes; y, al final, como se vio, acaban en estremecimientos de demagogia fascista.

El tema no es privativo de la cultura argentina. Detrás de muchos indigenismos, más o menos folklóricos, hay siempre el rencor de Viriato oponiéndose a las legiones romanas. ¡Buena la hubiéramos hecho los españoles si aquel hirsuto pastor lusitano llega a poner en fuga las legiones que, con sus latines, nos traían la cultura de Grecia, la integración a las fórmulas del clasicismo mediterráneo!

Así, también, América ha sufrido de esa tentación, que ha vestido con disfraces de patriotismo y de americanismo, como si no supiéramos que la Historia está siempre contra los compartimientos estancos. Como si no se demostrara a cada paso que, como decía páginas arriba, la palabra «espíritu» es incompatible con la palabra «frontera».

Cierto que la visita a los grandes focos culturales del pasado indígena —en Perú o en México— nos sobrecoge el ánimo. Pero la destrucción de lo que ellos representaban —destrucción afortunadamente parcial— se nos aparece como ineluctable. Porque nadie puede pedir a los «conquistadores» del siglo XVI que tuviesen la conciencia histórica que se obtiene desde nuestra actual perspectiva. Y porque, incluso valorando los niveles de cultura que esos rastros demuestran, lo que las carabelas de Colón llevaron a las «Indias» tenían mil años de adelanto sobre las más avanzadas conquistas mentales de aquellos aborígenes.

Pero, en fin de cuentas, los resultados actuales nos muestran hasta qué punto no se trata de destruir, sino de intercambiar. Y así, la historia del continente americano está hecha de estas endósmosis o síntesis de corrientes culturales.

Desde su descubrimiento, en efecto, el Nuevo Mundo ab-

sorbe y asume, a través de la colonización española, los jugos de la cultura europea del Renacimiento y del Barroco, visible en esa maravillosa sucesión de cúpulas y columnatas que hallamos en las grandes ciudades virreinales de América. (Y como toda colonización es recíproca, ved cómo los elementos indígenas salpican y definen, aquí y allí, las decoraciones de esas arquitecturas.)

América, pues, pudo alcanzar su madurez intelectual precisamente en la medida en que, a cada instante y compás, pudo y supo asimilar las distintas maneras de la actividad histórica de Europa. En la proporción en que supo fundirse a la corriente directriz de la cultura universal. En la decisión de no constituirse en un compartimiento estanco cultural.

Del mismo modo, al producirse la independencia de estos pueblos y en una lógica decisión de cambiar sus hontanares culturales, Hispanoamérica se nutrió de los jugos que procedían de Francia, o de Inglaterra, especialmente a través de los Estados Unidos.

La lección que Victoria Ocampo nos ha dejado es la de su fidelidad a esos hontanares de la cultura europea. Una América que pretendiera no ser Europa corre el riesgo de no llegar a ser nada, pura anécdota acantonada en un indigenismo sin horizonte o en una introspección folklórica y elemental.

La gran fortuna de América ha sido la de ser la frontera occidental de Europa: la prolongación, más allá del océano, del más rico patrimonio cultural de la historia universal. Renunciar a ello es una forma de suicidio.

CATALUÑA Y AMÉRICA

Conocemos el grado de madurez histórica de un pueblo en la medida en que se resuelve a desmontar sus propios mitos. Al alcanzar este nivel, las concepciones que no se apoyan en la verdad más estricta van dejando paso a las que tienen su apoyo documental. En la última conmemoración del «11 de Setiembre», por ejemplo, he leído una justiciera vindicación del heroico general Moragues que murió, efectivamente, en la guerra de 1714 —fue ajusticiado y expuesta su cabeza en el Portal del Mar—, mientras que Rafael de Casanova, que también luchó heroicamente, regresó a Barcelona, ejerciendo su profesión de abogado. Cada cosa en su sitio.

Análogamente, observo otra madura restauración de los hechos en lo que se refiere a la llamada exclusión de Cataluña —de la Corona de Aragón— en la empresa de América. Un excelente número monográfico de la revista *L'Avenç* (número 15), con tres magistrales trabajos de Carles Martínez Shaw, Josep Maria Delgado y Josep Maria Oliva, reclaman un puesto para la verdad objetiva de esta cuestión polémica.

¿Fue, efectivamente, excluida Cataluña de la empresa americana hasta la famosa disposición de Carlos III de 1778? La historiografía nacionalista no ha dejado de señalarlo, pudiendo poner como ejemplo a Ferran Soldevila, para citar al más moderno y responsable de los investigadores pertenecientes a esta tendencia, quien señala perentoriamente que la Corona de Aragón fue objeto de una exclusión que «va imposibilitar de relacionar-se *directament* amb el Nou Món» (Història, 857). Los aficionados a estos temas sabemos que hay ciertamente razones para sorprenderse de esta exclusión que bien puede parecer injusta. ¿No fue financiada, en parte, la empresa colombina por Lluís de Santángel, perteneciente a la Corona de Aragón? ¿No es absurdo que no se haya valorado el hecho, en apariencia ritual, de que el almirante tomaba posesión de las tierras descubiertas llevando dos pendones, ostentando uno la «F» de Fernando y otro la «I» de Isabel? ¿No bautizó Colón, por este orden, dos islas con los

nombres de «Fernandina» e «Isabela»? ¿No llegan en el segundo viaje, catalanes a los que se encomienda nada menos que la jefatura militar, con Pere Margarit y la organización religiosa con fra Bernat Boyl?

Existía, por tanto, desde el siglo XVI, una «tolerancia» que permitía el paso a muchos catalanes a América. ¿Por qué no pasaron más? ¿Por qué hay que esperar a finales del XVIII para que la colonización ultramarina se tiña de apellidos del nordeste peninsular?

A mí siempre me han llamado la atención unas páginas de Jaume Vicens Vives, al final de su excelente libro sobre *Els Trastàmares* (Ed. Teide), donde se pregunta también por qué los catalanes no se apoderaron, después de la unión de Fernando e Isabel, de la dirección de los negocios públicos y entre ellos, naturalmente, de las empresas de América. Para Vicens hay, en principio, una cuestión demográfica: los castellanos (8 millones) eran más que los catalanes (trescientos mil). Por esta razón: «Castella fou l'eina preferida del monarca, i no per castellana, sino per poderosa i manejable. Catalunya no fou ni abandonada ni arraconada» (*ob. cit.*, 239).

Mi llorado amigo (e historiador insigne) sigue analizando el tema, utilizando especialmente textos de Frederic Rahola i Trèmols, en los que afirma que «por no tener empeño Cataluña en acudir a América, faltó ocasión para reclamar el derecho que tal vez no le hubiera sido negado» («Comercio de Cataluña con América»). Comentando esta frase, Vicens Vives habla de «mancança d'esme». «A los catalanes —dice— "les Índies no els interessaven. Prou feina tenien per a mantenir llur posició en els mercats tradicionals de la Mediterrània".» «Sicília fou i'illa de Cuba dels catalans del segle XVI i de la primera meitat del segle XVII... Fa angúnia d'escriure aquests fets —concluye Vicens Vives—, però pitjor es ignorar-los.»

Los textos que publica *L'Avenç* coinciden, en parte, con esta actitud crítica y se anteceden de un preámbulo firmado por Carles Martínez Shaw, en el que habla también de que «fou la manca de capitals, d'empenta i d'interès el que allunyà a darrera hora Catalunya dels aires atlàntics durant dos segles».

No faltan, claro está, pruebas irrefutables de que Castilla consideraba la empresa de las Indias como cosa propia. Basta recordar tajantemente que en su testamento Isabel la Católica recuerda que «fueron descubiertas e conquistadas a costa de estos mis reinos e con los naturales dellos, y por esto es razón que el trato y provecho dellos se haga, se trate y se negocie en estos mis reinos de Castilla y León y en ellos y a ellos venga todo lo que dellas se trajere». Ésta es la razón por la cual se estableció la Casa de Contratación de Sevilla que servía de «control» ineludible del tráfico americano.

Pero también es cierto que, como los trabajos de *L'Avenç* señalan, ya durante el siglo XVI, existía una presencia catalana en Andalucía, especialmente en Cádiz, que veremos prolongarse a lo largo de todo el siglo XVIII. Los que recuerden la novela *La Gaviota,* de *Fernán Caballero,* se habrán sorprendido de que el padre de la muchacha andaluza que protagoniza la obra fuese un pescador catalán llamado Pedro Santaló, que puede servir de ejemplo de aquellos trasiegos dirigidos desde el Poder en esta época, como los de los alemanes a Sierra Morena o los primeros asentamientos de los mismos catalanes que en Galicia pusieron los fundamentos de su industria conservera. Por ello no debe sorprender que, según los mencionados investigadores, existieran navíos catalanes que, ya desde 1525, hacían la ruta de América en barcos construidos en los astilleros de Cataluña.

Y no dejará de sorprender a muchos que al comenzar el siglo XVIII, inmediatamente después del triunfo de Felipe V, se instalen navegantes catalanes de cuya actividad mercantil surgió «La Real Compañía de Comercio de Barcelona a las Indias», fundada en 1755.

La etapa final se abre con la Real Cédula de 1778 que faculta a todos los puertos de Cataluña para las rutas de América, creando una espléndida oleada emigratoria que, por ejemplo en Cuba, pone en manos de los Gener, Partagás, Bacardí, las mejores explotaciones del tabaco y del ron. Por eso, en nuestras playas durante las noches del estío, podemos oír, todavía hoy, la dulzona melodía de las habaneras.

COMPLEJA AMÉRICA: LOS MESTIZOS

El punto de partida de estas meditaciones, podría ser la definición de Cuba, en boca de Fidel Castro, como «país afro-latino», locución que da oficialidad —y justiciera realidad— a uno de los hechos-clave del mundo americano.

Simplificar es un modo de empobrecer; y los esquemas son útiles, cuando lo son, como puntos de partida. Pero muchas veces, el anhelo de simplificación traiciona la realidad que suele ser infinitamente más rica y multiforme. Esquema retórico fue durante muchos años la locución «Raza» aplicada a nuestra realidad hispánica de Ultramar, ¿y cabe mayor contrasentido? Porque desde México a la Patagonia, toda América es un inmenso mestizaje; una negativa a aceptar la discriminación racial. A diferencia de la colonización sajona, que, en los Estados Unidos, acorrala al indio en sus tétricas y pobres «reservas» y estigmatiza al negro —especialmente en las zonas del Sur—, negándole acceso a hoteles, escuelas o medios de transporte reservados a los blancos, en el área de la colonización hispano-portuguesa, no existió diferenciación racial. No se trata, ahora, de sustituir la «leyenda negra» por una «leyenda rosa», ni de hacer creer que las piadosas intenciones de los Reyes Católicos, y de sus «Leyes de Indias» que veían en el indígena a un hermano en Cristo, se cumplieron en América con el rigor que era menester. Hubo, ciertamente, abusos. Pero la noción de principio era la de la no-discriminación.

Yo recuerdo siempre, en estos casos, mi emoción en una de las iglesias del Cuzco, donde los Andes peruanos quieren llegar al cielo ante un gran cuadro que conmemora el casamiento de un noble capitán español con una princesa de la casa real de Atahualpa. Y en el campo de la cultura ahí está la inmensa figura ejemplar del Inca Garcilaso de la Vega, fruto de uno de estos enlaces, que usó un castellano sonoro para describir en sus *Comentarios reales* las cos-

tumbres de los pueblos indígenas, y que, al mismo tiempo, fue capaz de traducir a nuestra lengua los *Diálogos de amor* de León Hebreo. Así toda el alma platónica del Renacimiento se trasegaba a un espíritu que aprendió a hablar en la lengua quechua.

El cruce de estas aristocracias dio lugar a una aristocracia criolla que, en general presumía de su hibridismo con el hombre blanco de la conquista. El prestigio del europeo es indiscutible en toda América, donde las gentes que no tienen sombra de mestizaje se llaman orgullosamente «godos», y es evidente que el predominio del blanco es el que conduce a la Independencia. No nos engañemos: la lucha por la libertad de América es una lucha entre el «señorito» criollo de la Colonia contra el «señorito» que llegaba de la Metrópoli. Ni Bolívar ni San Martín, ni Sucre fueron mestizos. Era una pugna entre dos oligarquías para detentar el poder. El pueblo de «color» no tomaba resueltamente partido y, en algunos casos, como el de los «llaneros» de Venezuela se colocaban resueltamente al lado del «rey de España» en quien veían el señor natural, como esos indios guajiros del lago de Maracaibo que todavía creen que dependen de Carlos III.

Pero, con todo, la realidad la daba el mestizaje. En América suelen vender unas pintorescas litografías con todas las combinaciones que el cruce de las sangres permite. Bien de blanco con indio —nuestro criollo—; bien de blanco con negra —mulato, cuarterón—; bien de negro con chino; zambo, etc. Analizar las consecuencias anímicas de estos cruces nos daría una gama inmensa de espíritus desde el sentido jocoso y extrovertido que llega con la sangre negra al predominio del silencio melancólico en el cruce con el indio.

Por otro lado, la realidad de los avances sociales fue otorgando al mestizaje categoría definitoria y rango de dominio. Excepto en los países donde el predominio del blanco es casi absoluto —Argentina, Uruguay, Chile, Costa Rica— la realidad hacía prevalecer la sangre cruzada hispano-india. Así, por ejemplo, en México, especialmente después de la revolución de Juárez y Madero, el ser mestizo se erige en dirigente político oficial: la simbología de las grandes pirámides en Tenochtitlán y en la geografía yucateca —Uxmal, Chichén

Itzá— se glorifica en el asombroso y ejemplar Museo de Antropología en la capital, México.

Una política de valoración de las tradiciones indigenistas se advierte en varios países de Centroamérica, especialmente en la bellísima Guatemala, tan rica en tesoros de arqueología maya; en Ecuador y en Bolivia, donde la presencia del indio es una realidad muchas veces patética. El fenómeno alcanza también las vertientes lingüísticas —comentadas en mi artículo anterior— con hechos tan significativos como el de la ya antigua cooficialidad del castellano y del guaraní en el Paraguay, y la reciente declaración de equivalencia entre el castellano y el quechua, decretada por la Junta Revolucionaria del Perú.

En cualquier caso, todo contribuye a la noción de culturas superpuestas que se nos aparece como definitorio de las Américas donde el castellano y el portugués garantizan un lazo de unión de sentido amplio y unificador. Pero sin que por ello dejemos de ver el valor de significación del mestizaje, tal como venimos señalando a lo largo de estas notas.

Cierto que falta todavía otro elemento definitorio: el que Fidel Castro señalaba en su discurso: junto al mundo «indo hispano», el dirigente cubano señalaba el fenómeno «afrohispano», la presencia del elemento negro, tan evidente en su realidad como injustamente preterido en la definición. El tema, por otra parte, ofrece términos muy amplios. Alguna vez he dicho que a nuestro mundo de hoy le rodea un inmenso «cinturón negro», cuya bandera más significativa nos la ofrece la música. Cuando hemos paseado los barrios típicos de Nueva Orleáns nos hemos dado cuenta de que aquellas orquestas tenían el valor de una caja de resonancia. Recogían —a través del Atlántico— el vaho caliente de las culturas de África, y la retransmitían al mundo entero. Recuerdo, también, un crucero por las costas de Gambia y el Senegal. Una de nuestras viajeras, una negra estadounidense —de formación inglesa— sintió al llegar a esos puntos, la emoción del «retorno» y transformando sus vestidos, se lanzó, embriagada, al saboreo de los ritmos originarios, al reencuentro

10 — 3850

de sus hondas raíces biológicas, de su cálida realidad subyacente.

«Toda colonización —ha dicho genialmente Eugenio d'Ors— es un acto recíproco.» El blanco se apodera del negro y lo explota convirtiéndolo en esclavo. Pero el negro, vencido, inocula en el alma de su dueño el ritmo cálido, el vaho enloquecedor de una cultura que se filtra y se aposenta en la sangre.

Sí, efectivamente. A las palabras definitorias del continente trasatlántico —Hispanoamérica, Latinoamérica— les ha faltado la connotación racial. De ahí surgió la locución, también bastante frecuente, de Indoamérica. Y, como venimos diciendo, ha surgido la frase «afro-latino» en un idioma reciente de Fidel Castro.

El elemento negro es un ingrediente importante de las tres Américas —la sajona, la española y la portuguesa—. Y ya hemos señalado la importancia de los Estados Unidos como plataforma de lanzamiento universo de la música negra: basta conectar, para comprobarlo, cualquier receptor de radio. Se diría que los ritmos africanos regresan al Viejo Continente como un «boomerang» a la mano del cazador.

El elemento transmisor de esta cultura ha sido, como se sabe, el tráfico de esclavos. Durante muchos siglos, África ha sido un almacén ingente de carne sufriente y martirizada. Antes, por supuesto, de que América fuera descubierta.

Las guerras, las acciones de la piratería, fueron hontanar de esclavos para Europa, antes de serlo para América. Y es importante hacer notar que los primeros negros enviados a Ultramar en 1502 eran esclavos que vivían en España, instruidos en la Religión católica. (Tomo estos datos de la monumental *Historia de la Esclavitud* de José Antonio Saco, vol. IV, pág. 63.) Este dato no suele citarse, teniéndose sólo en cuenta el tráfico posterior, desde Senegal a América, cuantitativamente más importante, y que se desarrolla en los siglos XVII al XIX. Pero es curioso señalar el injerto negro en períodos anteriores, e incluso en su temprana proyección estética. El profesor Rodríguez Lapa, ha hecho notar en un erudito estudio que en un viejo «cancionero» gallego-portugués se lee este verso:

n'este son de negrada farei un cantar

Es decir que, en plena Edad Media, ya sonaba el «son de

negrada», el primer jazz-band de la cultura occidental. Cervantes al evocar la figura de Lope de Rueda, señala que en su tiempo, los entremeses se distribuían en distintos tipos «ya de negra, ya de rufián, ya de bobo, ya de vizcaíno». Es decir que a mediados del siglo XVI, el «negro» era un tipo popular en el teatro español. Como ofrecen ejemplos de influencia, los poetas. Lope de Vega, en especial, supo hacer danzar a sus personajes, con ritmos africanos. Y don Luis de Góngora sabía también cantar a ese ritmo:

Pongamo fustana
e bailemo alegra
que aunque samo negra
sa hermosa tú.

Zambambú, morenica del congo
zambambú
Zambambú que galana me pongo
zambambú

Ésta era la parte alegre. La patética, ¿cuánto nos ocupará? Los barcos de los negros bordeaban la costa occidental de África escrutando las señales que colocaban los jefes de tribu para indicar que en sus expediciones al interior habían capturado esclavos y los tenían a la venta. Esta mercancía estibada en las bodegas de los navíos en hileras horizontales era conducida a los puertos de América, para su reventa y distribución. En este tráfico participan sin distinción españoles y franceses, ingleses y holandeses, hasta mediados del siglo XIX. Hasta anteayer.

Esta población negra lleva consigo sus creencias, sus dioses, sus bailes, sus canciones. Su vocabulario. Y ha sido objeto de la atención de las gentes ilustradas. Baste citar, como ejemplo, la figura preclara del cubano (de origen menorquino) Fernando Ortiz —de quien tuve el honor de ser amigo— cuyos estudios sobre el léxico y la música afroantillana son tan admirables como esclarecedores. Al producirse en los años veinte el «neopopularismo» (Lorca, Alberti) las letras

hispanoamericanas respondieron acercándose a los decires y los ritmos del negro así el puertorriqueño Luis Palés Matos,

Cuba - ñáñigo y bachata
Haití - vodú y calabaza
Puertorrico - burundanga.

o el cubano Nicolás Guillén:

De aquí no te irás mulata
ni al mercado ni a tu casa
aquí molerán tus ancas
la zafra de tu sudor:
repique, pique, repique,
repique, repique, pique,
pique, repique, repique,
¡pó!

Pero en los versos de Nicolás Guillén empezaba ya entonces una «conciencia de negritud» que iba más allá de la imitación de sus ritmos.

Aquí estamos
la palabra nos viene húmeda de los bosques
y un sol enérgico
nos amanece entre las venas.

No. Ya no son los vocablos —cafre, caimán, bozal, bochinche, guagua, banano— ni tan sólo los ritmos electrizantes, al son del bongó que suena a selva, sino algo más importante, que tiene su paralelo en esa «toma de conciencia» que hallamos también en la poesía africana actual, en la voz de Leopoldo Senghor, poeta de lengua francesa, portavoz del pálpito profundo de su pueblo africano: el Senegal:

ècoutons son chant, ècoutons battre notre sang sombe,
ècoutons,
battre le pouls profond de l'Afrique
dans la brume des villages perdus.

Guillermo Díaz-Plaja

Hace dos años tuve el placer inenarrable de presenciar el fabuloso espectáculo del Carnaval de Río de Janeiro. Y aquel desfile fantástico de «escolas de samba» se me aparecía como una gigantesca revancha del negro, de lo que la negritud representa en Ultramar, hasta el punto de que uno de sus cuadros coreográficos simbolizaba la invasión de América por el «imperio africano» que había llegado al Brasil ¡en los barcos de los esclavos! Por supuesto la «invasión» había existido, y estaba visible en los ritmos, en los cantos, en las creencias, en los ritmos ancestrales de la macumba y del candumblé.

La conciencia de negritud se va abriendo camino. Y se comprende el hondo sentido de la frase de Fidel Castro al definir a Cuba como un país afrolatino. En estos días, un poderoso ejército cubano está ayudando decisivamente a una de las fuerzas —la más radical— que luchan por el dominio político de Angola. Curiosamente, el reflujo de la obra negra se ha producido en dirección opuesta al camino hacia la esclavitud que llevó a América a millares de negros desdichados, que, desde hace siglos, fueron depositando en las tierras ultramarinas, desde los Estados Unidos al Brasil y al Uruguay, unas formas de cultura —ideas, ritmos, creencias— que en la filosofía de la cultura actual —como sabemos desde Spengler— gritan su razón y su voluntad de ser.

LA LENGUA

I

En el pleito antiguo entre las dos locuciones en uso «Hispanoamérica», «Iberoamérica» y «Latinoamérica», «Hispanoamérica» debería ser la locución correcta para el mundo castellano hablante; como «Iberoamérica» señalaría este mismo mundo con la añadidura de Brasil; como, en último término, «Latinoamérica» debería significar el mundo «no sajón»; el mundo que no habla inglés, aunque sí castellano, portugués e incluso el francés de Haití y de parte de las Antillas.

Creo que la distinción es clara, y que las razones para el uso de las tres matizaciones son bastante convincentes. Y, sin embargo, «Latinoamérica» no sólo domina en Ultramar sino que prolifera, incluso en nuestros diarios, incluso en nuestros locutores de Radio y Televisión. Y, por supuesto, en los personajes hispanoamericanos que, en el curso de artículos o entrevistas, se asoman a nuestros medios de comunicación.

Pero tampoco, por lo que se refiere a la locución, estimamos ortodoxa «Hispanoamérica» las cosas están claras, en primer lugar, porque habría que analizar el uso jerárquico de los dos conceptos: ¿lengua «hispanoamericana» o «americohispana»? Porque los números de la demografía cantan; y ellos indican, sin lugar a dudas, que en el conjunto que habla en castellano el número de los hablantes de Ultramar decuplica al de los habitantes de la Península Ibérica, de suerte que la idea de un foco «rector» emanado de la vieja Castilla —tal como se defendía hace medio siglo—, deja paso a una noción distinta en la que la lengua peninsular admite que el centro de gravedad del castellano ha pasado a América y acepta de buen grado las aportaciones ultramarinas, que ingresan de pleno en el Diccionario de la Real Academia Española, organismo que ha sustituido su antigua noción fisca-

lizadora del castellano por una noción de «gobierno colegiado» en el que figuran, con idéntico poder, todas las «academias» que tienen representación habitual en una Comisión Permanente que reside en Madrid y su representación plena en los Congresos de Academias se reúnen cada cinco años. ¡Qué lejos los tiempos en los que el «Diccionario» académico cerraba sus puertas, con gesto autoritario y hostil, a las locuciones que llamaban a su puerta! Cierto que en defensa de la sabiduría lingüística de Ultramar salían nombres insignes de maestros hispanoamericanos que como Andrés Bello, Augusto Malaret o Alfonso Reyes, no sólo mostraban su magisterio en cuestiones gramaticales, sino que descubrían en el castellano de América vetas de oro purísimo, palabras del más profundo sabor clásico, que habían desaparecido del uso español y se conservan en la lengua popular de México o del Perú ya limpias de la contaminación que las había destruido entre nosotros. Resultaba, pues, que los llamados discriminatoriamente «americanismos» tenían derecho a una legitimidad de origen y, por tanto, a la defensa.

Cierto que una vez aceptada esta paridad surgen otras banderas en el horizonte. Hace muy poco, he leído una notable iniciativa: la creación independiente de un «Diccionario del Español de México», alegando que el número de hispanohablantes de esa república duplica el de los de la Península Ibérica, lo que justifica la creación de un «corpus» lingüístico centrado en el antiguo territorio del Imperio azteca.

El tema, como se ve, ofrece nuevas complicaciones. Y tanto más cuanto que el castellano originario presenta, en la propia raíz peninsular, complejidades evidentes al confrontarse, por un lado, con las formas dialectales del propio idioma, con importantes modificaciones fonéticas, que acorralan al castellano puro dentro de un cinturón de sonidos «heterodoxos»; en segundo lugar, por la propia diferencia de niveles que el castellano estricto nos ofrece.

No todo el castellano «peninsular» es, pues, modélico, ni está fuera de dudas qué sector debe servir de norma a los demás. En el siglo XVI Juan de Valdés rechazaba las opiniones de Nebrija, alegando que era andaluz. Un ejemplo: el uso de la Z que es privativo de un ínfima minoría de castellanohablantes: no la usan (o la usan mal): ceceo, seseo, los

andaluces; la usan con dificultad los españoles del Este; y no la usan en absoluto los hispanoamericanos.

Resulta, pues, que dentro de las fronteras peninsulares y fuera de ellas el castellano es materia litigiosa. Y no hace falta insistir en el deterioro de la lengua a niveles populares, cuando oímos todos los días suprimir la X (ésito, esacto, Felis) o la D intervocálica (llegao, encontrao), incluso en personas de supuesta cultura.

Si trasladamos esta cuestión a Hispanoamérica nos encontramos —ampliados— los mismos problemas: a) variantes de la fonética de las palabras en el tonillo de las frases; b) incorporación de modismos castellanos característicos de cada territorio (chilenismos, peruanismos, etc.); c) utilización de palabras procedentes de idiomas indígenas (quechua, aymara, guaraní, náhuatl), como los consabidos «caoba», «cacao», «chocolate»; d) adopción creciente de giros idiomáticos procedentes del inglés de los Estados Unidos, etc. En resumen, una complejidad lingüística que si parece pequeña a la altura de los hablantes cultivados, se hace amplia y profunda a nivel de la clase popular, y se complica al alcanzar las cotas de la cooficialidad lingüística, como en el caso del castellano-guaraní tradicional en el Paraguay, y del castellano-quechua cuya paridad ha decretado hace poco la Junta Revolucionaria del Perú. Recorriendo el Continente jamás tendremos problemas de entendimiento escuchando una conferencia universitaria. Las dificultades empiezan cuando este mismo ambiente se pasa a la conversación privada, al juego de palabras, a las voces de doble sentido, al refrán popular, al chiste verbal. Descubrimos, entonces, que en ese «otro castellano» hay mil significados incógnitos.

He contado algunas veces que la primera vez que yo llegué a Bogotá, ante los colegas que me recibían rendí homenaje a la hermosa tradición cultural de la gente colombiana y al cuidado con que se usa nuestra lengua en la llamada con razón «Atenas de América». El problema apareció cuando, al serme ofrecido un refrigerio en el bar del aeropuerto, el camarero me preguntó:

—¿Le provoca un tinto o un perico?

Y contesté aterrado:

—No he entendido más que «le».

Mis colegas universitarios celebraron, alegres, mi salida y me explicaron que, en Colombia «provoca» significa «apetecer»; «tinto», «café negro»; y «perico», café con leche.

Y pongo este ejemplo, como caso límite que tiene gracia por extremoso. No exageremos, sin embargo. La Prensa colombiana, al decir de las gentes educadas, e incluso del pueblo, y no digamos la expresión de sus poetas y novelistas, es una muestra admirable de bien decir. No, no exageremos, ni volvamos a aquella alarmada sospecha del colombiano Rufino J. Cuervo que temía que el castellano se fragmentara en América, como el latín en los territorios de la Romania. El mundo de hoy está mucho más relacionado, y los instrumentos de intercomunicación, Prensa, Radio, cine, Televisión, cancioneros, aseguran una uniformidad lingüística por lo menos en lo esencial.

Sin embargo, sería demasiado ingenuo pensar que no existe problemática alguna en ese inmenso continente hispanohablante cuya dimensión geográfica y cuyos ingredientes raciales hacen presumible un juego infinito de diversidades. Hoy hemos expuesto algunas de esta «América Compleja».

Hay otras.

FUNCIÓN HISPÁNICA DEL LIBRO

I

Nuestros historiadores de Indias, atenidos, lógicamente, a su concepción católica del Universo, dotan muchas veces sus noticias en torno al descubrimiento de América de un aire providencialista. Desde Colón, que al empezar su *Diario de Navegación* de su Primer Viaje alude a la culminación de un proceso histórico del Cristianismo, hasta López de Gomara para quien el suceso es «la mayor cosa después de la Creación del Mundo, sacando la Encarnación y muerte del que lo crió», planea un cierto aire sobrenatural que tiñe la hazaña descubridora de un cierto trascendentalismo superior.

De la misma manera, en el campo de la cultura, el período del Descubrimiento viene marcado por unos contornos significativos. El acontecimiento histórico se produce, en efecto, en el límite fronterizo entre la Edad Media y el Renacimiento, cuando una civilización, primero oral y después manuscrita, va a dejar paso, con la aparición de la imprenta, a una nueva manera de transmisión de la cultura.

Con la aparición del libro impreso, poquísimos años antes de 1492, surge el concepto de «público». El mensaje de la palabra que llegaba a los aprendices en los centros escolares de la Edad Media a través de la lectura del «magister», de la «lectio», era un monólogo, ante el cual, el alumno no tiene otro camino que el del asentimiento.

Los libros manuscritos son escasos porque son muy costosos. Están aferrados a los muros de la biblioteca con cadenas de la misma manera como la pintura al fresco está fija a los muros.

El libro impreso, multiplicando el número de ejemplares, es en sí mismo materia transportable, más allá del aula escolástica donde el «magister dixit» resonaba autoritariamente. De la misma manera que la pintura de caballete, superando la etapa mural, permite llevarse a casa el cuadro elegido, el libro impreso, más barato, permitirá la aparición de las

bibliotecas privadas, en las que el laico disputa al clérigo la primacía de lo cultural.

El alumno, sometido a la férula unitaria, va a exigir su derecho a opinar como lector, justamente en el momento en el que el Protestantismo va a reclamar el derecho a la libre interpretación de la Biblia.

Lo que la imprenta aporta al proceso cultural de la Humanidad no es tanto la aparición de nuevas sabidurías, sino la popularización de las existentes. La imprenta posibilita una primera masificación de los lectores superando el estadio minoritario de la civilización manuscrita. La imprenta, como ha dicho brillantemente Mac Luhan, inventa el «público». Ahora bien, este público se caracteriza por la comprensión unánime y simultánea de una sola lengua. De ahí, concluye Mac Luhan, que pueda afirmarse que el público de un libro pueda definirse, ni más ni menos, que como una Nación.

Si tenemos en cuenta que la imprenta surge exactamente en el cruce de los siglos XV y XVI, comprenderemos aquel carácter oportunísimo de la fecha de su aparición. En efecto, la imprenta ha convertido la lectura, en una toma de conciencia. Más todavía y siguiendo siempre con las ideas de Mac Luhan, la imprenta ha hecho posible la regulación y la estabilización de las lenguas que se convierten así en instrumento del centralismo estatal, justo en el momento en el que la doctrina de Maquiavelo ha puesto en circulación el concepto de «Nación-Estado» que caracteriza el principio de la Edad Moderna europea.

La imprenta nace, pues, precisamente, cuándo y dónde debía nacer, en la Europa caracterizada por la aparición de una cultura burguesa y artesanal y en el momento mismo en que los libros pueden convertirse en elemento educativo a nivel de masas.

Si transportamos estas consideraciones al campo de la cultura hispanoamericana, nos encontraremos con que la oportunidad providencial de la aparición de la imprenta se extiende, al mundo ultramarino, en la medida en que la acción unificadora del libro impreso se produce en los diversos focos de la cultura virreinal separados por distancias inmensas y configurados por sus tratos aborígenes muy diferenciados. Para mayor fortuna, la imprenta americana empieza a

dar sus frutos desde la primera mitad del siglo XVI y ello significa, en último término, qu enuestras gentes de Indias leían los mismos libros en toda la vasta extensión del Imperio. En las aulas de las universidades de Santo Domingo o de la Antigua, México, Nueva Granada, Lima, Cochabamba o Buenos Aires el criollo americano leía los mismos libros que leían en sus aulas los jóvenes estudiantes de Alcalá o Salamanca.

Esto es lo que yo llamo la función hispánica del libro; la capacidad asombrosa de que las universidades americanas se adelantaran a las demás del continente en proporciones tales como las que suponen que la imprenta de México, iniciada en 1534, se anticipase en 104 años a la primera de los Estados Unidos (1638) y que los tórculos de las imprentas de Lima surgidos en 1584 llevaban la delantera de 203 años sobre las primeras imprentas del Brasil.

Tanto si se trataba de libros impresos en España, que circulaban en América casi simultáneamente a los viajes colombinos, como cuando nos referimos a los libros impresos en los distintos ángulos de la geografía americana, el resultado, hay que repetir, fue providencial, ya que los espíritus de todo el Continente americano se nutrían con los mismos libros, aprendían en ellos la misma doctrina cultural y se encantaban con los mismos fenómenos estéticos.

De ahí el asombroso espectáculo de que los grandes movimientos culturales europeos —Renacimiento, Barroco, Neoclasicismo, Romanticismo— alumbran sus antorchas a una y otra orilla del Atlántico con una casi perfecta simultaneidad.

La civilización criolla se produce a través de estos vasos comunicantes que permiten hablar de una sincronización casi perfecta del proceso cultural común.

E incluso cuando se trata de recibir las ideas libertadoras del Humanismo primero y de la Ilustración después, serán nuestros libros los que arriben a las costas americanas transportando los ideales de la Independencia.

II

La significación del libro como clave de la Unidad Hispánica es tanto más importante por cuanto los procesos de unificación cultural que la imprenta realiza obligan a poner el acento más que en la realidad de la letra impresa en la capacidad de penetración de las ideas por encima de cualquier motivación geográfica o religiosa o racial.

El libro fabricado en España o surgido de las imprentas criollas tenía un destinatario indiviso en la población americana que no tenía en cuenta la coloración de la piel de aquellos remotos lectores. El indio americano y el negro transportado a las plantaciones y las minas podía aprender en los mismos libros, las mismas ideas y las mismas palabras. Hubo indios humanistas como Garcilaso de la Vega, como hubo también lectores de la raza negra.

Cuando hace unos años, Fidel Castro definió a Cuba como un país afrolatino formuló una honda y poderosa verdad. Aún aceptando los elementos aborígenes filtrados y mantenidos desde la migración hasta los asentamientos en los campos de trabajo, es evidente que la población negra de América, aprendió, precisamente, sus letras civilizadas en nuestros libros. Tanto más, cuanto que contra lo que mucha gente cree el negro había tomado contacto con el solar de la Metrópoli mucho antes que el descubrimiento de América.

En los viejos cancioneros portugueses del siglo XIII, ya se alude «al sun de negrada» que constituía un ingrediente deliciosamente exótico en aquel momento inicial de la cultura hispánica. Los entremeses de negra de que hablaba Lope de Vega eran ya una realidad popular cuando se iniciaba el descubrimiento de América. Éste era un elemento enriquecedor de nuestra cultura y bien lo sabía Lope de Vega cuando hacía cantar a uno de sus personajes de sus comedias canciones como ésta:

El hocico de vuesa merced
me tiene pedido
de amores venciro
ay, ay, he, he
que me moriré.

Y las que siguen en algunas letrillas de Quevedo o de Góngora.

A través del castellano común, el americano ha aprendido en sus libros a sentir los ritmos y los temas negros en los versos cubanos de José Zacarías Tallet, Emilio Baliagas, Nicolás Guillén o Alejo Carpentier; en el uruguayo Ildefonso Pereda Valdés o en el puertorriqueño Luis Palés Matos.

Análogamente por lo que se refiere a las lenguas indígenas americanas tal como las recogen los poetas peruanos y araviyes imitan los ritmos de los Incas a la manera graciosa, Sor Juana Inés de la Cruz introduce voces y ritmas aztecas en sus deliciosos villancicos.

Gracias a esta misión providencial del libro y dentro de los pensamientos de Mac Luhan bien podemos decir que realiza una función unificadora cuya trascendencia no es necesaria encarecer. De acuerdo con la doctrina del Ilustre Ensayista canadiense, Hispanoamérica constituye una unidad cultural inquebrantable justo en la medida en que toda la geografía hispánica de América puede definirse por su capacidad de leer y de entender los mismos libros.

MÉXICO Y EL REY JUAN CARLOS

He vuelto a gozar por unos días —¡venturoso de mí!— de la proverbial cortesía mexicana. La caracterización de las gentes de América tiene, en cada caso, sus propios tópicos definidos. Y ¿quién negaría a las gentes del altiplano azteca esa actitud diferente, que va de lo atento a lo reverencial, que constituye la flor de las «buenas maneras» que caracteriza a las gentes mexicanas?

Desde la esfera familiar, donde la expresión reverencial del respeto, en la que las palabras «señor» o «señora» son frecuentes en el trato de las gentes mayores, a la manera ceremonial con que los títulos académicos —«maestro», «doctor», «licenciado»— son recordados por el hablante, cuando se dirige respetuosamente a los que gozan de título o preeminencia, el habla habitual de las gentes mexicanas es una constante valoración de los factores jerárquicos cuya constancia debe aparecer en el trato entre las gentes.

Ya en el siglo XVII, Bernardo de Balbuena en su precioso poema *Grandeza Mejicana* definía estos factores sociales del habla de estas gentes, cuando describe las virtudes capitales del vivir de la Nueva España: «*De la famosa Méjico el asiento / origen y grandeza de edificios / caballos, calles, trato, cumplimiento / letras, virtudes, variedad de oficios / regalos, ocasiones de contento / primavera inmortal en sus indicios / gobierno ilustre, religión y estado / todo en este discurso está cifrado.*

En la continuación de este hermoso poema que desarrolla el contenido de esta espléndida octava real, Bernardo de Balbuena habla, también refiriéndose al hombre mexicano de su tiempo, destaca *su cortés compostura, su nobleza, / su trato hidalgo, su apacible modo, / su cortedad ni sombra de escaseza y aquel pródigamente darlo todo* que define al hombre del Virreinato de la Nueva España.

Todo coincide, pues, en la definición de esta cortesía proverbial de estas gentes, que se advierte, especialmente, en

sus modos expresivos, iniciados con frecuencia en la forma habitual «¿mande?» con que acoge nuestras palabras la persona que nos habla, fórmula que carece en México del matiz rústico o servil que tendría en España, y sirve para subrayar la actitud deferente con que las gentes reciben las palabras del interlocutor.

A ello se une la suavidad del habla. Los mexicanos suelen decir que los españoles hablan «muy golpeado», y esto lo saben bien nuestros actores que deben rebajar el diapasón de su voz en los tablados escénicos. Incluso cuando ya estamos habituados a oírlos, el lenguaje del mexicano nos parece próximo al bisbiseo, a la dicción suave y resbaladiza, que no necesita nunca —sea cual fuere la situación dialéctica— aumentar el tono de su voz.

De ahí que percibamos en la dicción mexicana como un halo de delicadeza que la dibuja y define.

Coincidieron mis horas mexicanas con las jornadas regias, lo que me permitió recoger, desde la calle, la respuesta popular a la presencia de don Juan Carlos y de su egregia esposa, tan intrépidamente entregados a la devoción popular con que eran acogidos. Y pude ver el momento, acaso el más emocionante de su viaje, y, por supuesto, el más significativo, el de la inauguración del Parque del Mestizaje, que culminó en un soberbio conjunto sinfónico, en el que cruzaban el aire, por un lado, los acordes vibrantes de los «mariachis» mexicanos; por otro, los de centenares de gaitas y chirimías de los centros gallego y asturiano.

Comprendí mejor que nunca, en todo ello, el sentido, bajo el signo de un «mestizaje», tan lejano del absurdo colonialismo discriminador como de un artificial e inexistente indigenismo excluyente. Tan distante de las retóricas impuestas como de las rebeldías ya innecesarias. Comprendí, mejor que nunca, el hallazgo feliz de la frase que en la plaza de las Tres Culturas, al evocar la caída de la fortaleza que defendía Guauhtémoc, con la expresión «no fue una victoria ni una derrota», sino «el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el mexicano de hoy», que ya hemos citado anteriormente.

Atrás quedan, pues, naturalmente, los errores fatales que llevaron a la destrucción de piedras antiguas (¿quién tenía

en el siglo XVI sensibilidad arqueológica para evitarlo?) como las caricaturas de los muralistas que veían en las gentes de Cortés sólo sujetos de atroces rasgos fisionómicos. Y queda más atrás todavía el increíble error de la mitología que creó el concepto de «la raza» como signo de una estirpe que, si por algo se define es por la tremenda frondosidad de sus cruces raciales.

Queda, pues, el diálogo como signo. Y en esta encrucijada la palabra es la clave. De ahí que, en este viaje, haya querido valorar, más que en otras ocasiones, la importancia de las buenas maneras en el habla coloquial mexicana. Un goce, además para el oído, cuando se aguza para percibir la suavidad fonética de las palabras; el goce de los diminutivos; la dicción que se insinúa sin necesidad del grito o la palabrota. Una lengua que ha pasado por los latines retóricos de Sor Juana, y que ha incorporado los sabrosos indigenismos con que se bautiza el traje antiguo o el manjar insólito.

Una lengua en la que hallamos, de pronto, la palabra pura, castiza, clásica, que los españoles ya hemos perdido, como encontramos las formas reverenciales que antes hemos recordado, con que las gentes mexicanas se dirigen a sus mayores en edad —tratamiento privilegiado—. Una lengua, pues, que conserva trazos de la nobleza antigua, en la civilizada manera con que se dirige en cada caso, al interlocutor. Que cuando llega de España, no tiene otro camino que el del gozoso ánimo con que expresa su acción de gracias.

MÉXICO Y JUAN PABLO II

La asombrosa personalidad del Papa Wojtila, se nutre de facetas diversas, entre las que destaca su ánimo práctico y su don para las lenguas. Quienes oímos su casi perfecta dicción italiana en sus primeras palabras pontificales, teníamos la premonición de su formidable capacidad políglota que luego hemos podido comprobar. Y por ello nada hubo de sorprendernos cuando Juan Pablo II en sucesivas audiencias se expresaba en un castellano cada vez más correcto. Pues, ¿cómo iba a resultarle extraño la lengua de San Juan de la Cruz sobre cuya obra mística el joven Wojtila había de escribir su tesis doctoral?

Así, las lecciones que ahora recibe deben ser «de repaso». Y bien lo supimos cuando le escuchamos dirigirse al mundo hispanoamericano con ocasión del Concilio que hubo de celebrarse en Puebla de los Ángeles, en tierra mexicana. Porque Juan Pablo II se ha asignado la proeza apostólica de un desplazamiento trasatlántico, y ha escogido bien el lugar de amarre de su navecilla pontifical. Él sabe, sin duda, que la tierra llamada con razón Nueva España, es una amplificación a tamaño gigante de nuestra geografía peninsular, centrada por una Meseta —Castilla— que tiene el mismo aire transparente que el altiplano azteca, y festoneada por unos litorales que, más allá del Atlántico, multiplican las Valencias y las Andalucías.

Pero el Papa Wojtila sabe más. Él conoce, sin duda, la tradición católica de los escritores virreinales mexicanos, y sabe del esplendor barroco de las cúpulas de Guanajuato y de Puebla, bajo cuyos oros lucientes, sonaban los latines de la tradición de Roma. Y sabe que el siglo XVII alumbró figuras como la asombrosa Sor Juana Inés de la Cruz, capaz de elevarse a alturas impresionantes en su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* y de descender a las delicias de un villancico popular como este:

Pues si Dios ha nacido a penar
déjenle velar.
Pues está desvelado por mí
déjenle dormir.

De esta tradición se nutre, naturalmente, una gran parte del México actual, aun cuando en un momento dado y partiendo de la impresionante realidad de la tradición indígena pareció que sólo ello constituía la raíz válida de este gran pueblo, lo que permitía denostar o cuando menos silenciar la obra de la Conquista. Pero si el Gobierno mexicano alzó como era lógico y necesario el impresionante Museo Nacional de Antropología, en homenaje a las culturas azteca, tolteca y maya, no es menos cierto que ese mismo Gobierno ha querido complementar su esfuerzo vindicatorio, organizando el Tepozotlán, en el espléndido seminario de San Francisco Xavier, de la Compañía de Jesús, un formidable Museo del Virreinato que alberga una deslumbrante muestra del barroco indohispano.

Pero el Papa Wojtila sabe más. Sabe que, junto y por debajo del *status* oficial mexicano, que prolonga y perpetúa la revolución progresista de Juárez y Madero, existe una realidad católica mexicana que va más allá de las ingenuas devociones a la Virgen de Guadalupe, incluso de sus vertientes idolátricas, para constituir una selecta minoría católica, que tiene su expresión en la revista *Abside*, y que es un ejemplo de discreción intelectual y de continuidad creyente. También de esto sabe mucho el Papa Wojtila, que en sus templos también barrocos de su bellísima ciudad de Cracovia ha podido comprobar la continuidad de un catolicismo que se mantiene firme a pesar de que las esferas del Poder proclamen los dogmas del materialismo histórico, con exigencias de exclusividad. El Papa Juan Pablo II sabe, pues, perfectamente, que no es el apoyo del Estado el que hace proliferar el ánimo religioso —acaso sea todo lo contrario— sino la seguridad de cada creyente en el plano de su más inefable intimidad la que se acrisola con la hostilidad exterior.

Todo ello cabe dibujar, o imaginar si se quiere, en torno

al viaje pontifical al bastión mexicano, entendido con toda la trascendencia de una clave histórica. Por algo, la etapa inicial de su viaje se centra en la República Dominicana, tan celosa de su condición de silla episcopal primada de las Américas.

Así la intención del viaje pontificio alcanza una dimensión continental y esa geografía de sus itinerarios puede prefigurar los que podrían desarrollarse —en el mismo olor de multitud— en Colombia, Venezuela, Perú, Chile y la Argentina. Con la misma significación de cultura heredada, y —también— con las mismas problemáticas. A la Iglesia Católica de América le corresponde hoy una parte importante, y seguramente patética, de la lucha por la libertad interior y exterior del hombre. Los sacerdotes católicos que ejercen en América su ministerio saben muy bien que muchas veces, en conciencia, tienen que luchar contra los intereses de los poderosos. Que un gran fermento vindicativo hierve en las venas de los humildes, y que la palabra de Cristo es esperada como prenda de fraternidad.

El Papa Wojtila supo todo esto, y también que por ello, la magna reunión de Puebla de los Ángeles iba a tener —junto al palio de los inciensos litúrgicos— crepitaciones de hoguera. La santidad del Pontífice reinante, Juan Pablo II lo sabía. Y por eso, probablemente fue allí.

¿Silenciaré que, desde el comienzo de mi viaje, me campanea en el corazón el nombre de Nicaragua? ¡Viejo Rubén mío, de mi libro de mocedad, cuando apenas bachiller me hiciste, mago insuperable, dedicarte mis primeras vigilias de estudios!

Los nombres nicaragüenses —Managua, Metapa, León, Granada— se me hicieron familiares. Y los paisajes; bajo el luminoso sol,

bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,

como canta el sonante verso rubeniano.

Ya he dicho de mi amor a estas tierras en las que el sol restalla sobre el verde oscuro apretado de los laureles de Indias y quiebra la altura de las palmas reales. Alegría viva en el aire policromo. Confieso mi porosidad ante el mundo externo, y la experiencia contraria —un larguísimo invierno en el Norte, en la frontera del Canadá— me dio tanta nieve triste en el corazón, que mi amor a las tierras cálidas y luminosas se acreció de modo insuperable. Lo dije al comenzar estas páginas. Lo digo ahora, cuando la etapa hondureña —en la altura serrana de Tegucigalpa— me ha dado una pequeña sombra fría, un breve estremecimiento invernal.

Y ahora veo de nuevo la tierra cálida. Bajo los finos motores del «Viscount», se abre el lago de Managua, con el festón verdísimo, lujuriante. Al viajero, el Trópico —lo he dicho ya— le parece una fiesta. Y esta fiesta se le dobla en el alma con los recuerdos de su mocedad rubeniana, con la fidelidad que siempre ha mantenido al mejor músico verbal que la lengua castellana ha tenido. (Hay, cierto, un Rubén para cada edad. Hay un Rubén tierno, levemente rosado; y otros Rubenes, desde la plenitud y la melancolía. Por eso es inmortal. Pero no divaguemos.) El aeropuerto de las Mercedes está ahí con los brazos amigos. Quema el

aire. Veo las primeras buganvillas. Corremos a la ciudad. Managua repite el cliché de las ciudades horizontales, que ya he descrito. No carece, como las que se sitúan en un plano superior, de nuevas líneas arquitectónicas. En realidad, los terremotos han rehecho la capital muchas veces. La propia catedral y la Casa de Gobierno han debido reconstruirse, manteniendo incólume la clásica disposición en ángulo recto, sobre la Plaza de Armas de todas las ciudades dibujadas por los conquistadores.

Paisajísticamente, la capital nicaragüense se modula entre el cerro que preside el Palacio Presidencial y el gran lago de Managua que se extiende a sus pies, unidas estas dos coordenadas por dos amplias avenidas: Bolívar y Roosevelt. Sí, pero el otro; no el de la Oda exaltada de Rubén). El Lago es como una gran gema oscura, sobre la que se recorta el blancor de las arquitecturas: un pequeño mar espumoso, de color de león. Da un fondo único al paisaje urbano, cuando se le contempla desde lo alto del cerro, donde se asienta la residencia del Presidente de la República, que domina sobre una cortadura, la ciudad. Detrás del cerro, una breve laguna, actúa de foso, y servirá de centro de gravitación a la nueva Managua, que el dinamismo del país se propone ofrecer. La situación del palacio, junto a los acuartelamientos militares llama la atención del viajero que ya ha visto pintadas por las paredes los «Viva Tacho», que acreditan —negro sobre blanco— que el clan de los Somoza, respaldado por el Partido Liberal, se apresta a la lucha para continuar en el poder, en la elección que se avecina, frente al luchador Partido Conservador, que tiene como líder al doctor Chamorro, otra vieja estirpe gobernante. Se reproduce, pues, en estas latitudes, la terrible querella de clanes, en la que los personalismos son más fuertes que las ideologías. Quisiéramos lo mejor para esta tierra, pero un sordo rumor de fronda circula a todas horas. Ha corrido la sangre, y la sangre es mala consejera. Las elecciones no serán tranquilas, y es posible que la evocación de Rubén tenga un matiz alborotado.

Y es pena, porque las gentes aquí son gratas y cordiales, y tienen un hermoso sentido de la hospitalidad. Remontan la escala de la economía con esfuerzo plausible, y las bien

cuidadas carreteras muestran un progreso en crecida. El paisaje es muy bello, porque a la frondosidad tropical se une una rica abundancia de lluvias. Por eso, éste es acaso el campo más feraz de Centroamérica, y en las partes bajas, junto a los grandes y hermosos lagos, los árboles presentan toda su cálida hermosura: desde las esbeltas palmas cocoteras de increíble fuste blanco, a las ceibas y las bananas que cubren con su hoja clemente los delicados cafetales que exigen la sombra.

El paisaje se adorna con los grandes nombres de la geografía del espanto: Momotombo, Concepción, Ometepe, junto al mar interior (cinco mil kilómetros cuadrados) del gran lago de Nicaragua, cuyas olas baten, oceánicas, la costa, y por la que navegan —especie única— temibles tiburones de agua dulce. Tiene, pues, como soterrado el paisaje, la fuerza telúrica de una naturaleza enfebrecida y violenta.

Pero lo exterior es la sonrisa. Hay, en las zonas campesinas, una tranquila, lenta, desgana. Pasamos por Masaya, el poblado indio, en el que los ojos oblicuos, sobre la piel intensamente aceitunada, contemplan atónitos el coche del viajero, abriéndose paso entre la policromía del mercado, donde la paja popular y la cerámica campesina hacen su humilde comercio. Son indios mestizos de otra estirpe —no soy antropólogo— que los que hemos visto en Guatemala, eco lejano de aquellas bellas figuras —Niñas Chole redivivas— que vimos un día en el Yucatán mexicano, melancólicas y altivas como princesas, en sus blancos bordados huipiles. Estas gentes —¿chorotegas?— han perdido, a lo que creo, conciencia originaria; no tienen reminiscencias de cultos animistas, como los guatemaltecos, y entregan su desesperada tristeza a un cristianismo popular de santitos de barro. Nicaragua tiene ahí larga tarea para superar la humildad anímica de estas gentes.

Mientras, para entender mejor esta tierra, vamos a Granada, junto al lago de Nicaragua, que fue la segunda ciudad, como preámbulo para entender mejor a León, que fue la capital histórica de este país, antes que Managua, arrolladoramente, dejara marginados, en el pasillo de la Historia, los recuerdos de un pasado remoto.

Esto —un poco de pretérito estratificado, como atónito,

se percibe en las callecitas de Granada—, cuyo nombre tan bien recuerda esa difusa Andalucía percibible en todas las zonas del Caribe. ¿No serían granadinos o cordobeses esos patios en sombra por los que corre el surtidor? ¿No es ese cabello negro y brillante, digno de una bailaora?

El tono dominante es el sosiego. Todo está hecho: las hamacas oscilaban bajo los árboles. La catedral está vacía, con todas las puertas abiertas al viento. Surca una paloma. En la plaza de la iglesia, viejos soldados departen con hombres sin edad. Pasan unas calesas pintadas de verde; unos hombres cruzan a caballo; otros bostezan en la sombra, junto a los inevitables limpiabotas que son el lujo de todos estos pueblos pobres. ¿Qué hora es? ¿Dónde estamos? ¿En qué siglo vivimos?

¿...Y qué importa?

LAS MIL FUNDACIONES DE BUENOS AIRES

Volver a pasear las calles porteñas; el damero perfecto de su dibujo urbanístico; los nombres entrañables: Corrientes, Florida, Suipacha, Cangallo, Maipú... La palabra prócer, delicada, sin estridencias. Los amigos indeclinables, redivivos en el abrazo, tras el túnel del tiempo. Mis recuerdos argentinos de 1946, de 1953, de 1977.

La rueda de la fortuna de los aniversarios, de las conmemoraciones... Este año, ya lo sabéis, Buenos Aires cumple el cuarto centenario de su fundación. ¿Cuál de sus fundaciones? ¿Se olvidó o arrumbó la presencia del adelantado Pedro de Mendoza, que, en 1536, plantó sus primeros fortines al borde del Río de la Plata? Ahora, lo que se conmemora es el gesto de Juan de Garay, el de 1580... Lo sabemos bien. Nos lo enseñó don Enrique Larreta en sus libros *Santa María del Buen Aire* y *Las dos fundaciones de Buenos Aires.* Traen estos dos libros el perfume de un tema antiguo del escritor argentino, *La gloria de don Ramiro,* editado en 1908. Sí: el perfume es el mismo; pasa por la ciudad de Santa Teresa. Entre los fundadores de Buenos Aires anda Rodrigo de Cepeda, el hermano que la ayudaba, cuando niños, a construir altarcicos para sus devociones. El que escapó con ella a tierra de moros para morir juntos como mártires de Cristo...

Pasear la ciudad a la anochecida; recorrer la hermosura arborescente del bosque de Palermo; el trajinar de la avenida del Libertador, a lo largo del «Río Inmóvil», como le llamó Eduardo Mallea. Esa inmensidad de agua que tiene, como dijo Lugones, «color de león». Esa puerta que enfervoriza a Jorge Luis Borges, cuando piensa que por allí llegaron aquellos españoles que venían «a fundarme la Patria»...

Hasta aquí, sólo hasta aquí, ¿historia que se repite?

No, esto es distinto. Conozco bien, venturoso de mí, la geografía castellana de América y he estudiado cuanto he podido la gesta fundadora de España. Y la excepcionalidad de la República Argentina deriva de su extensión territorial y

de una demografía sin apenas mestizaje, y yo me he preguntado muchas veces por qué surgió precisamente en la Argentina la iniciativa de celebrar nuestra comunidad hispánica bajo el nombre del «Día de la Raza»: cuando toda nuestra hazaña histórica está hecha de fusiones multirraciales.

Pero, insisto, en el caso de la Argentina, lo característico es que la renovación de la historia llegue de fuera. Corre por estas latitudes un decir de un escritor hispanoamericano que sentencia: «Los mexicanos descienden de los aztecas; los guatemaltecos, de los mayas; los peruanos, de los incas; los paraguayos, de los guaraníes... Los argentinos descienden de los barcos.»

Sí. La Argentina es, con la sola comparación posible de los Estados Unidos de Norteamérica, un país en estado permanente de inmigración. De un perpetuo recibir oleadas de recién llegados. Ved, por curiosidad, la guía telefónica de Buenos Aires y veréis junto a los apellidos españoles, millares y millares de nombres gentilicios que denuncian la ascendencia italiana, inglesa, alemana, francesa, árabe, judía o eslava. No existe, pues, una «fundación de Buenos Aires», sino que éste es un país en perpetuo estado fundacional. Sí, ésta es la «nueva Babel, en la que todos se comprenden», como señaló Rubén Darío en su espléndido «Canto a la Argentina». Y como en el ejemplo de los Estados Unidos, que se precian de ser un *melting pot*, donde todo se funde, la Argentina es un crisol donde las sangres y las hablas hallan un punto de fusión, en la aceptación de una patria nueva y en la adopción de una lengua común.

El país no se ha hecho, pues, «de atrás hacia delante», sino «de fuera adentro». Y cada oleada sucesiva, a lo largo de la Historia, suponía un robustecimiento y, a la vez, un ensanchamiento de las fronteras. Lo he visto mejor en este viaje, en el que me ha sido dado acercarme, gracias a la gentil invitación de la Universidad de Bahía Blanca, al confín meridional que se asoma a la inmensidad patagónica, azotada ya por los helados vientos del Polo Sur. Aquí la historia no tiene nombres. En el principio fue el Fortín. Llegaban las tropillas expedicionarias batiendo a oleadas de indios araucanos que se habían derramado por la Pampa desde la cordillera andina y caían en furiosos malones, a punta de lanza.

Como en la América sajona, aquí no hubo propiamente «raza vencida», sino «tierra de nadie» que iban ocupando las oleadas de inmigrantes. Ahí, en ese sur desértico, se instalaban gentes que llegaban directamente de Italia, de Polonia o del Líbano, y plantaba sus tiendas de pueblo itinerante, llevando consigo la dulce carga de sus lenguas y de sus canciones. Por aquellos confines del sur argentino desembarcaron aquellas gentes amigas de Garibaldi, que inspiraron, sin duda, a Edmundo de Amicis el episodio del padre de Marco en su popular relato «De los Apeninos a los Andes». Pero ni en el texto del «Cuore», ni en su versión televisiva, se hace notar que esos italianos inmigrantes se convierten inmediatamente en argentinos y en la escuela aprenden a amar la bandera blanca y azul que les cobija. Aprenden la historia de su nueva patria y la hacen suya, y conocen que es una historia de «frontera», hacia el sur patagónico, o hacia el corazón de la América interior, a lo largo del Paraná o del Río de la Plata, hacia Córdoba. Salta o Jujuy, donde la Pampa se encabrita y se hace enhiesta. Éste era el «far-west» argentino, donde la lucha tenía resplandores de cuchillo, a gloria o a muerte. Por eso las primeras obras de la literatura gauchesca tiene resonancias de romance fronterizo, con héroes pobres y sentenciosos, como Martín Fierro. Tierra, pues, de cabalgadas que ensanchan la patria recién nacida, tal como palpita en las páginas de Sarmiento, tal como la va construyendo la peonada heroica que deja en la tierra nueva el sudor de su frente y va fabricando sus ranchitos en torno a la ciudad.

¿La fundación de Buenos Aires? ¿La de 1536 o la de 1580? Las dos y ninguna. Porque ésta es la ciudad de las mil fundaciones, crisol de razas y de lenguas. He vuelto a ver, en el «Teatro Cervantes», de Buenos Aires, edificado en estilo hispano-morisco por María Guerrero, el delicioso sainete criollo *El conventillo de la Paloma.* El autor es A. Vacarezza; el director de la espléndida versión, Rodolfo Graciano: dos apellidos italianos. ¿Pero no es italiano el personaje que —con el «gallego», el «alemán» y el «turco» simbolizan la presencia viva del inmigrante en la vida porteña? Toda capital actúa de fuerza succionadora, y es permeable a las presencias exteriores. Y esto lo sabemos por Madrid, que convierte en

símbolos castizos un baile escocés, el chotis (*scotish*), o polaco (la polca), y el mantón «de Manila». También en el tango, fruto del arrabal porteño, hay resonancias de modas exóticas...

Pero está, además, la lengua como fundente supremo. Ese castellano de la Argentina que Eduardo Mallea define como «cierta modulación menos enfática y más delicadamente decorosa». Ese castellano celosamente defendido, aun en las ocasiones en las que, desde Sarmiento a Borges, parecen apuntar disidencias críticas. No importa. En la oleada incesante de la inmigración, en «las mil fundaciones de Buenos Aires», el vencedor es ese vínculo de nuestra palabra viva que he vuelto a encontrar, junto al «río inmóvil», al pasear, una vez más, feliz, las calles de la Reina del Plata.

EL RESPLANDOR DE AREQUIPA

Obstinado de mi amor a América, héteme aquí cabalgando nubes, para volver a esa tierra cuyo tesoro está en su nombre, porque «vale un Perú». Volveré, sí, a callejear la vieja Lima, la entrañable ciudad, «del Puente a la Alameda». Recorreré las fachadas de maderas nobles; los «jirones» multitudinarios; la ejemplar Plaza de Armas. O volveré al Cuzco, donde la altura tiene pasmado al aire...

Pero esta vez, además, cumpliré un viejo deseo: acercarme a Arequipa. Si Cuzco es Inca y Lima es el Virrey, Arequipa es la tierra en libertad. En su belleza. Pues, ¿no es cierto que Arequipa, bajo la cumbre encanecida del Misti, volcán augusto, guarda muchos tesoros de hermosura para el viajero?

Primero que todo, la luz. Dejando atrás Lima, en un fino vellón gris perla sobre el cielo, Arequipa es un deslumbrante azul que recorta los perfiles de los montes, la bordadura esmeralda de las arboledas.

Arequipa es, como sabéis, la ciudad blanca. Puesto que está fabricada, toda ella, de un sillar volcánico, de albura sorprendente. Una piedra porosa, más brillante que las partículas de mica que contienen, sirve a los alarifes arequipeños para obtener un material constructivo cuya blandura permite la manipulación por los canteros, que construyen sus bloques perfectamente geométricos y dan a las fachadas de las casas —desde la Catedral a las viejas casonas patricias— no sólo una rotundidad corpórea y luminosa, sino un elemento arquitectónico de fácil adaptación por el cincel del cantero, de ahí que fachadas, arcos, columnas, se presten al juego escultórico del artífice que crea un barroco característico, por mitad churrigueresco y por mitad incaico.

Edificios como la Catedral o el conjunto arquitectónico de paños que integran la Compañía nos dan una impresión de majestuosa belleza, así como la Plaza de Armas, cuyas galerías porticadas, a dos niveles, unen a su altivez rotunda

la regularidad del diseño en su conjunto. Pero a mí dejadme recorrer las callecitas antiguas; las igualmente blancas edificaciones para la intimidad y para el comercio en las que rumorea la vida cotidiana, la belleza de la mujer de espléndidos ojos negros, el gesto corretón y solemne del indio arequipeño. El rumor de los cafetines bajo los soportales; el abejeo de los vendedores ambulantes.

Tiene la ciudad, la paz rumorosa de las ciudades antiguas; su calma provincial bajo el cielo transparente. El tiempo, ¿se ha detenido?

Para sumergirse en pretérito. Arequipa tiene una posibilidad impar. En efecto, hace muy pocos años esta clara ciudad del meridión peruano abrió a la curiosidad de los turistas una inmensa construcción cenobitica; un beaterio conocido por Monasterio de monjas privadas de santa Catalina de Arequipa, que empezó a edificarse en 1540 por encargo del conquistador Francisco de Pizarro, recibiendo en 1570 el impulso del virrey Francisco de Toledo. Desde esta fecha se inicia un período constructivo que durante cuatro siglos va a edificarse un dédalo de callejuelas, patios, celdas, capillas, refectorios, cocinas, salas de locutorio, claustros porticados, huertos y jardines, lavanderías, iglesia mayor e incluso ciudadela. Sin que falte ni la cámara «De profundis», donde se velaba el cadáver de las que morían, ni el cementerio, lleno de flores, donde se enterraban.

Este delicioso laberinto, tarda en recorrerse más de tres horas, lo que permite conocer no sólo las obras de arte de escuela cuzqueña y española, como la deliciosa profusión de flores y árboles frutales —naranjos especialmente— que decoran cada rincón de ese «mundo aparte», dedicado al trabajo y a la oración, microcosmos que encerraba dentro del ámbito de sus muros toda la complejidad de la época y su rigurosa estratificación en clases sociales, que hacía que las monjas «religiosas de velo negro» y de «velo blanco» y «donadas» fueron atendidas por «doncellas» que las cuidaban y atendían en su vida comunitaria. Cada celda monacal, en efecto, tenía adjunto un pequeño habitáculo para la servidora, cosa que no debe sorprender en una época en que incluso los soldados de los tercios de Flandes se hacían acompañar de sus criados.

Recorrer el Convento de Santa Catalina de Arequipa es —incluso para los viajeros españoles— una sorpresa. Conserva, como los beaterios españoles que se han abierto recientemente al público de España —por ejemplo, en las de Madrid o Ávila— aquel tono de intimidad entrañable en la que no falta una estética un poco «Kitch», sentimental y un poco cursi, en torno a las imágenes objeto de la devoción de las monjitas, para las que las figuras sacras son un poco los juguetes infantiles de las religiosas. Todo se convierte así en íntimo y entrañable...

Y se diría que esta misma feminidad, está en los rincones de ese maravilloso laberinto, en donde el paso del tiempo se cristaliza en un silencio profundo, y en el que los nombres de las «calles» del recinto, son tan oportunos como Málaga o Córdoba, o Zocodover, se enlazan con una decoración de flores rojas, fusilería cromática más viva al resaltar sobre los muros ocres, verdes y azules, sin que falte —en los grandes edificios— el «sillar» blanco de piedra volcánica de Arequipa. Todo dentro de esta arquitectura mestiza, en que lo barroco español —con extrañas cúpulas bizantinas— se injerta de motivos incaicos, creando una prodigiosa caligrafía irrepetible.

EUROPA — U.S.A.

I

Gusto de leer —en el sosiego estival— los artículos que escribe, sobre varia lección, José María de Areilza, quien, como ha dicho con gracejo a un periodista, está realizando su segunda «travesía del desierto», situación vital en la que le sostiene, desde su indudable vocación de humanista, la meditación sobre temas socioculturales.

En uno de estos artículos, y justo al regresar de la Europa renana, ha escrutado el tema de la realidad norteamericana, tan engañosa si se la apercibe sólo en un superficial conjunto de anécdotas truculentas.

«Estados Unidos no son exclusivamente el suburbio de Nueva York o de Chicago; ni las tensiones radicales de ésta o la otra ciudad conflictiva; ni la explosión del homicidio espectacular en un gigantesco país de más de doscientos millones de habitantes: Son, en cambio, más representativas de su esencia las decenas de miles de ciudades de dimensión media que viven fuertemente arraigadas en un clima de paz y de libertad y que sirven de base a la comunidad civil. De esa gran América media, sale el ímpetu gigantesco que permite al coloso extender sus formas de vida a las viejas tierras de nuestro occidente.»

En los largos meses de mi estancia en una Universidad norteamericana con los viajes que facilitan las invitaciones para dar conferencias por todo el país, pude acercarme a ese clima de «comunidad civil» de que habla el articulista, sostenido por una tradición puritana muy estricta, que nos hace comprender, por ejemplo, que los divorcios sucesivos de algunos artistas de Hollywood no son tan aceptados como parece.

Pero lo sorprendente de los Estados Unidos, para nuestra mentalidad observadora, es la fuerza cohesionante de ese

país como crisol (*melting pot*) que funde gentes de procedencias distintas. Cuando llegamos, lo primero que advertimos es que «nadie es de allí». *You are from?*, es una pregunta que a nadie sorprende, ni molesta, ya que se supone que la persona en cuestión (o sus padres) llegaron de otras partes; de sus Inglaterras, de sus Polonias, de sus Alemanias o de sus Italias. «Norteamérica —continúa Areilza— plantea, al parecer, mayores problemas de convivencia que los pueblos europeos, ya que tiene dentro de sus fronteras más de veinticuatro millones de negros, tres millones de amarillos y un millón de indios, junto con una intensa floración de religiones, sectas, Iglesias, creencias y ritos de toda especie. La «paz con libertad» como principio de unidad es, no sólo una alocución rutinaria sino una realidad tangible. De alguna manera, esa paz se ha logrado entre clases, estamento, razas y credos y se acepta como un axioma del que hay que partir. No es una paz inmóvil y estática, sino evolutiva y flexible. Pero sirve como «hipótesis de trabajo» al equilibrio sustentador de la sociedad. La sociedad es allá permeable y esponjosa, haciendo partícipes al mayor número en sus decisiones colectivas.»

No es que la fusión sea sencilla, y los movimientos del *black power* (y de sus fulminantes reacciones «nazis», «Ku Klux Klan», «White-power») nos hacen comprender frecuentemente que no todo el monte es orégano. Pero a mí me maravilla siempre pensar que, en cada inserción de un ser extraño en la vida americana, existe (o se exige) una voluntad de asimilación (la Administración organiza incluso «cursos de americanización» para los inmigrantes) y, por otro lado, la colectividad acepta —una vez cumplidos los trámites exigidos— al recién llegado, con plenitud de derechos, a la participación de la vida colectiva.

Lo cierto es que el doble sistema de exigencia y de inserción ha creado un «modo de ser» que sirve de bandera a la fracción más progresiva de Europa y del mundo. Areilza medita esto al advertir la creciente impronta americana en la Alemania Federal.

«Me impresionó, viajando hace poco por Europa, comprobar, en cambio, hasta dónde llegó en su invasión pacífica el americanismo auténtico y profundo que ha contagiado a

gran parte de la juventud europea, y aun de la población en general.

»La misma destrucción y reconstrucción consiguientes a la guerra mundial sirvieron para dar más pátina de americanismo a las resucitadas ciudades alemanas, ahogadas hoy día por el tráfico: con los derribos sistemáticos; la floración de los aparcamientos múltiples; el tipo de los bares y cafeterías; los alimentos y las bebidas consumidos, los semanarios gráficos; los filmes y comedias musicales; el "hippismo" excursionista y orfeónico; el más que libérrimo vestuario; las modalidades externas de la exhibición sexual; los drive-in y los moteles.»

Analizando el tema en profundidad, el escritor alude a las influencias de los americanos en la Universidad alemana. Pero yo quisiera apostillar esta afirmación de mi ilustre amigo recordándole las raíces germánicas de las grandes Universidades de Estados Unidos. Quienes tengan una experiencia docente en aquel país pueden recordar hasta qué punto los métodos de trabajo —rigor científico, saber objetivo, prioridad a la investigación, cautela ante las hipótesis y las actitudes teorizantes— son de estirpe característa germánica. Por si hubiera faltado poco, la brutal persecución nazi proyectó sobre esas Universidades ultramarinas personalidades señeras de la cultura alemana, desde el campo científico (como Einstein) hasta el hispanismo (como Leo Spitzer). Como decía irónicamente un *chairman* de una Universidad americana, «Hitler movía el árbol y nosotros recogíamos los frutos». Existía, pues, un *background,* un fundamento subterráneo que procedía de la endósmosis entre la emigración germano-sajona y la receptibilidad norteamericana.

Pero a favor de esta última queda el éxito de la fusión humana conseguida. En este sentido, el balance es favorable a los Estados Unidos. ¿Por qué razones?

Intentaremos dilucidarlas.

II

El punto de partida de estas anotaciones ha sido una meditación de José María de Areilza en torno al avance que puede observarse de los modos de vida norteamericanos en el centro de Europa, especialmente en la Alemania Federal. El fenómeno, nos dice, es perceptible no sólo en el aspecto vital exterior —modas, atuendos—, sino en la orientación científica universitaria. En una de mis acotaciones yo recordaba, por mi parte, la fuerte impronta de los métodos alemanes en los departamentos de investigación de los Estados Unidos. Mi experiencia docente en aquel país, y la lectura de las revistas especializadas, me mostraban esa «simpatía» soterrada entre las bases socioculturales de una y otra banda del Atlántico.

Pero la meditación de Areilza —decíamos— nos conduce a reconocer el absoluto éxito de la capacidad de fusión de los Estados Unidos frente a la penosa incapacidad de Europa en este aspecto: «Mil años de historia: de rivalidades dinásticas, primero, y nacionalistas después, envenenaron la convivencia continental, en un atroz tejido de guerras, luchas religiosas, querellas ideológicas, fricciones lingüísticas y culturales y disputas colonialistas y mercantiles inacabadas todavía. Cada vez que la Comunidad Europea intenta dar un paso hacia delante, en ese terreno, surgen las fuerzas autóctonas del egoísmo nacional; los proteccionismos, los celos patrióticos, la insolidaridad, en suma.»

En ese aspecto, los Estados Unidos con su «lecho de fusión» imbatible dentro de la gran caldera nacional —el ya citado *melting pot*— ofrecen resultados sorprendentes.

Señalábamos, en efecto, nuestro personal asombro cuando advertíamos la rapidez de la incorporación de los emigrantes, su toma de consciencia de miembros de una nueva comunidad. Profesores procedentes de todos los lugares del planeta se sentían plenamente incorporados por el mero hecho de haber sido aceptados tras los trámites de rigor, sin

que a nadie se le ocurriera poner en duda la idoneidad de su aportación, en todo caso bien recibida a la tarea común.

Recuerdo que meditaba muchas veces sobre la fabulosa extensión geográfica de los Estados Unidos. Nueva York está más lejos de San Francisco de California que de las costas de Europa: basta comprobar la diferencia horaria «de costa a costa», y el hecho cierto de que, en los Estados Unidos no hay Prensa «nacional», es decir, diarios destinados a todos los públicos norteamericanos. Lo que sí son «nacionales» son los hábitos vitales. En todo el territorio, pongo por ejemplo, una red de cafeterías —albergues— a lo largo de las autopistas, sirve los mismos platos, las mismas bebidas, con locales de la misma decoración y con camareras que llevan los mismos uniformes. El norteamericano quiere comer sin sorpresas ni pintoresquismos. ¿Es, en su apariencia trivial, un síntoma de una realidad más profunda?

¿Induce esto a creer en uniformismo? No, ni desde el punto climatológico, ni desde el punto de vista humano. Cuando yo vivía en los Estados Unidos junto a la frontera del Canadá, ¿en qué se parecía mi contorno al de Miami, Nueva Orleáns o San Francisco de California? Y si del clima pasamos al aspecto racial, ¿no hallaríamos mil motivos diferenciadores? Y, sin embargo, la realidad fusionante del crisol, del *melting pot* americano es de una evidencia abrumadora. La gente se siente inserta en una unidad «de empresa» indiscutible.

¿Cómo es posible que Europa no haya conseguido algo parecido y que, a estas alturas el Ulster, Euzkadi, Chipre o el Alto Adigio presenten problemas secesionistas de gravedad irreversible?

LA LECCIÓN DE QUEBEC

Los recientes acontecimientos políticos del Canadá, en torno al pleito planteado por la «provincia de Quebec», trascienden una anécdota administrativa e, incluso, un problema de denominación geográfica. Porque de lo que se trata es de una escisión entre las dos grandes ramas de la cultura occidental: la latina y la anglosajona. Las gentes canadienses del sector atlántico, en efecto, son francófonos, mientras que los del centro y occidente se expresan en inglés. Algunas zonas como Montreal (que allí pronuncian Montreol) son, específicamente, bilingües, con universidades para cada uno de los dos sectores.

Pero la bandera de Canadá fue, durante muchos lustros, la de la «Union Jack» que predicaba su raíz británica y que sólo hace unos años, fue sustituida por la roja, blanca y roja, con una hoja de arce en su centro, para demostrar que aquel inmenso territorio si bien dentro de la «Commonwealth» británica no es absolutamente «inglés». No lo es porque, desde 1609, existía un sector canadiense de procedencia francesa. Y no hace falta recorrer las calles de Quebec, a la sombra del espléndido castillo de Frontenac, con los restaurantes al estilo de la vieja Francia, para comprenderlo. La lengua de Racine y de Molière está allí viva y fresca como una rosa.

Problemas, pues, de bilingüismo, con el natural desequilibrio que supone la demografía angloparlante —setenta por ciento— que, además, poseen los recursos del poder político, de los escalafones administrativos y de las grandes firmas industriales. El problema, pues, estaba planteado con fuerza suficiente para que el general De Gaulle, jefe del Estado francés, se atreviese a romper con todos los módulos protocolarios, con aquel famoso «vive le Quebec libre» que dejó estupefactos a sus anfitriones.

Ignorarlo no era posible. Desde mayo de 1963 venía funcionando una «Real Comisión de Encuesta sobre Bilingüismo y Culturalismo» cuyas conclusiones fueron editadas en Ot-

tawa, por Roger Duhamel, «impresor de la Reina».

Tuve ocasión de seguir muy de cerca este proceso, puesto que, como saben mis amigos, yo fui durante todo un año residente en los Estados Unidos, en una zona fronteriza al Canadá, a pocos kilómetros de Toronto, en cuya Universidad, por aquellos años profesaba el famoso Mac Luhan, el de la «Galaxia Gutenberg», iba con frecuencia, pues, a territorios canadienses, donde adquiría la revista de los nacionalistas franceses *Parti pris* y *Québec libre*, que se vendían poco, puesto que la provincia de Ontario es angloparlante. Pero ya por aquellos años las fuerzas políticas francófonas habían obtenido del Gobierno una ley que ordenaba poner en funcionamiento en todas las provincias de Canadá, junto a las emisoras que utilizaban el inglés, otras paralelas de expresión francesa.

Pues bien, para un español, perdido en aquellos remotos confines, durante un larguísimo invierno en que los veinte grados bajo cero eran temperatura habitual, aquellas emisoras de lengua francesa se convertían en un precioso hilo conductor que enlazaba con mi vieja cultura mediterránea. Porque como es lógico, los servicios de expansión cultural de Francia no habían de perder la ocasión para lanzar, a través del aire gélido, programas admirables de poesía, teatro, pensamiento y amena literatura.

Y así me convertí en un «quebecois» en aquella soledad de mi cuarto de trabajo, en el que me acompañaba solamente mi hija Aurora. Y bendecía aquella posibilidad de seguir en contacto con mi más honda tradición cultural a través de aquellos programas radiofónicos.

Meditaba entonces sobre el factor lingüístico que en el nordeste del Canadá y a todo lo largo y lo ancho de la «provincia» de Quebec era grande como media Europa.

¿Cuál pudo ser el destino de esta cuña cultural que tempranamente actuaba como fuerza de presión sobre las primeras presencias holandesas y británicas en el nordeste de los Estados Unidos? He recorrido muchos puestos fronterizos que conservan todavía la flor de lis de la Casa de Borbón. Pero hay otro factor interesante: desde el siglo XVI y XVII existía sobre esta zona otra fuerza de presión del mundo latino: la que procedía de los conquistadores españoles, algu-

nos de los cuales, al mando de Coronado, se introdujeron hasta alcanzar el centro de los Estados Unidos actuales. ¿Qué hubiera sucedido si este ramal de penetración hubiera empalmado con el que procedía del Canadá francés? Toda la América septentrional hubiera iniciado su expansión hacia el Pacífico por gentes de habla latina con las consecuencias culturales que se pueden imaginar.

Y basta recorrer los viejos pueblos de Nuevo México, pasear por la plaza porticada de Santa Fe para oír hablar el castellano de esos que se llaman «hispanos» para dar a entender que su origen es anterior al de la independencia de la República mexicana.

Todo esto pensaba en mis largas noches tempestuosas, de huracán y de nieve, cuando vivía como profesor para postgraduados en la Universidad del Estado de Nueva York, en Buffalo, junto a los lagos Erie y Ontario, donde todavía corre a caballo la sombra de aquel Buffalo Bill de mis lecturas infantiles.

Y a lo largo de esas soledades, como dije, me convertí en una especie de «quebecois» que agradecía a los canadienses del Este su amor y su fidelidad a la noble lengua de Francia. Este amor ha cristalizado en unos votos y habrá de tener unas repercusiones políticas. Porque como acontece en estos casos, los derechos de las lenguas minoritarias acaban siempre por alcanzar las cotas de la aceptación y del respeto.

Sí. Yo me sentía «quebecois» durante un año entero de mi vida de profesor en los Estados Unidos, a través de aquella emisora de Radio Toronto que se expresaba en francés, en una entrañable lengua hermana (en función de la común paternidad del latín) que aproximaba a mi corazón solitario la mejor esencia de mi Europa mediterránea y eterna.

Aquella vivencia fronteriza era, además, un ejemplo de equilibrada cortesía, que bien podía simbolizar en la fórmula dúplice que los canadienses empiezan el *toast* al levantar la copa: *The Queen, la Reine.* Esta actitud convivencial no debe perderse. No debemos perderla, tampoco nosotros, cuando el destino histórico nos ha colocado ante la posibilidad de hacer compatible la unidad de la patria con la pluralidad de sus expresiones lingüísticas y culturales.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

CHINA EN SU LABERINTO

China es, hoy, el más importante panorama del mundo. Además de un inmenso despliegue de hermosura, en el que la Naturaleza está complementada por un refinamiento increíble de la mente humana, el «Imperio del Centro», para llamarlo con su nombre ancestral, es, también, el más apasionante laboratorio sociopolítico de nuestro tiempo. Lo que en ese territorio «enorme y delicado» se está construyendo ahora habrá de ser decisivo para la Historia universal.

Un escenario así no podía dejar indiferente a nuestro Guillermo Díaz-Plaja, bachiller en panoramas y doctor en horizontes, como alguien le ha llamado. Cuantos conocen la obra múltiple de nuestro insigne académico saben bien de su vocación de trotamundos, su condición de eterno aprendiz de mirar y de escrutador agudo y definidor de lo que observa. Este libro suyo ha colmado todas sus ansias de conocer, y nos ofrece una visión de la China a la vez poética y filosófica, política y social. Un libro que marcará **época.**

LAS ÍNSULAS EXTRAÑAS

La fabulosa producción literaria de Guillermo Díaz-Plaja, no sorprende solamente por su extensión —más de doscientos títulos—, sino por la diversidad de sus contenidos —poesía, ensayo, crítica, historia— y por la multiplicidad de sus horizontes, que le ha llevado a lo que él mismo denomina su «gozosa posesión del mundo». Esta ambiciosa curiosidad se desenvuelve de la poesía al ensayo, pero tiene su presencia específica en la literatura de viajes, que hace de Guillermo Díaz-Plaja un cultivador magistral con una manera personalísima de hacer, en la que intervienen, por una parte, una admirable sensorialidad receptiva de colores y formas, de horizontes y paisajes, y por otra, una capacidad de interpretación por la que el mundo aparencial se convierte en mensaje y símbolo, en clave de realidades más profundas. De ahí que estos libros viajeros de nuestro escritor interesen, a la vez, al coleccionista de sensaciones exóticas y al captador de las realidades profundas que se ocultan tras cada una de las etapas del camino.

Todo ello será fácil de percibir en *Las ínsulas extrañas*, que podemos considerar como la expresión más alta de esta faceta de su excepcional personalidad de escritor.

Este libro se imprimió en los talleres
de GRÁFICAS GUADA, S. A.
Virgen de Guadalupe, 33
Esplugues de Llobregat.
Barcelona

En esta misma colección:

LOS ISRAELÍES
por Harry Golden

EL MEDITERRÁNEO ES UN HOMBRE DISFRAZADO DE MAR
por José María Gironella

¿A QUÉ TRIBU PERTENECES?
por Alberto Moravia

EL ORO DEL DIABLO
por Jean Lartéguy

GRACIA Y DESGRACIAS DE CASTILLA LA VIEJA
por Ramón Carnicer

DIARIO PIEL ROJA
por Jean Raspail

LA TIERRA ES UN SOLO PAÍS
por André Brugiroux

JERUSALÉN, IDA Y VUELTA
por Saul Bellow

FIU
Tahití, la piragua y la bomba
por Jean Lartéguy

LAS ÍNSULAS EXTRAÑAS
por Guillermo Díaz-Plaja

LOS BRASILES
por Fernando Díaz-Plaja

DE PRETORIA A MOSCÚ
por Enrique Rubio

ALLÍ, DONDE EL DÍA DURA UN AÑO
por A. E. Maxwell e Ivar Ruud

CHINA EN SU LABERINTO
por Guillermo Díaz-Plaja

LAS MURALLAS DE ROMA
por Ramón Conde Obregón

El autor de este libro intenta, a lo largo de sus páginas, una definición de Europa, justo en el momento en que nuestro continente está próximo a perder su función rectora del mundo.

Es, pues, como una elegía, como otra «pavana para una Infanta difunta» que se entretiene en buscar, por los viejos caminos, la hermosura recóndita de una civilización dos veces milenaria.